
GIOVANNI GUARESCHI
Don Camilo
Lectulandia

En un mundo pequeñito donde se mueven pocos centenares de personas, afanadas en la diaria rutina de subsistir, ocurren acontecimientos que no adquieren trascendencia universal, pero que, sin embargo, reflejan las pasiones, los anhelos, las inquietudes de todos los hombres y de todos los lugares de la tierra. En ese pequeño mundo que desarrolla la novela, destacan dos personajes, cuyas sombras podrían cubrir muy vastos territorios: el cura don Camilo, consejero espiritual de la pacífica grey aldeana, y el comunista Peppone, alcalde de la villa, en virtud de una victoria comicial de los «rojos». Este hecho trastorna la existencia de la aldea y plantea problemas nunca sospechados. Imagine el lector los antagonismos que surgen de semejante oposición. Pero el líder comunista es hijo del pueblo, criado en la reverencia al credo de sus mayores, y la nueva ideología social no alcanza a destruir en él la fe religiosa. Es, en consecuencia, un comunista católico, pero anticlerical, Este singular estado de conciencia provoca regocijantes soluciones en los actos del alcalde. El autor ha sabido explotarlos con decoroso humorismo, el que da a este libro una fisonomía en extremo simpática, además de la llaneza de las sugestiones que son profundamente humanas. Porque, en verdad, remueven aquel ínfimo espacio de la tierra, las mismas querellas que gravitan sobre el alma de los hombres de todas las latitudes.

Lectulandia

Giovanni Guareschi

Don Camilo

ePub r1.1
Hechadelluvia 19.10.14

Título original: *Don Camillo. Mondo Piccolo*
Giovanni Guareschi, 1948
Traducción: Fernando Anselmi
Ilustraciones: Giovanni Guareschi

Editor digital: Hechadelluvia
ePub base r1.1

Aquí, con tres historias y una referencia, se explica el mundo de «Un mundo pequeñito»…

De joven, yo trabajaba de cronista en un diario y daba vueltas en bicicleta todo el día en busca de sucesos que contar.

Después conocí a una muchacha, y entonces pasaba los días pensando cómo se habría comportado esa muchacha si yo me hubiera vuelto emperador de Méjico o si me muriese. De noche llenaba mis carillas inventando sucesos y éstos gustaban bastante a la gente porque eran mucho más verosímiles que los verdaderos.

En mi vocabulario tendré más o menos doscientas palabras, y son las mismas que empleaba para relatar la aventura del viejo atropellado por un ciclista o del ama que se había rebanado la yema de un dedo pelando papas.

Así que, nada de literatura o de cualquier otra mercadería semejante: en este libro soy ese cronista de diario y me limito a referir hechos de crónica. Cosas inventadas y por eso tan verosímiles que me ha ocurrido un montón de veces escribir una historia y a los dos meses verla repetirse en la realidad. En lo que no hay nada de extraordinario. Es una simple cuestión de razonamiento: uno considera el tiempo, la estación, la moda y el momento psicológico y concluye que, siendo las cosas así, en un ambiente equis, puede suceder tal o cual acontecimiento.

Estas historias, pues, viven en un determinado clima y en un determinado ambiente. El clima político italiano de diciembre de 1946 a diciembre de 1947. La historia, en suma, de un año de política.

El ambiente es un pedazo de la llanura del Po: y aquí debo precisar que, para mí, el Po empieza en Plasencia.

Que de Plasencia hacia arriba sea siempre el mismo río, no significa nada: también la Vía Emilia de Plasencia a Milán, es al fin y al cabo el mismo camino; pero la Vía Emilia es la que va de Plasencia a Rímini.

Sin duda no se puede hacer un parangón entre un río y una carretera porque los caminos pertenecen a la historia y los ríos a la geografía.

¿Y con eso?

La historia no la hacen los hombres, sino que la soportan, como soportan la geografía. Y la historia, por lo demás, está en función de la geografía.

Los hombres procuran corregir la geografía horadando montañas y desviando ríos, y obrando así se ilusionan de dar un curso diverso a la historia, pero no la modifican absolutamente, ya que un buen día todo irá patas arriba: las aguas

engullirán los puentes, romperán los diques e inundarán las minas; se derrumbarán las casas y los palacios y las chozas, la hierba crecerá sobre las ruinas y todo retornará a ser tierra. Los sobrevivientes deberán luchar a golpes de piedra con las fieras y volverá a empezar la historia.

La acostumbrada historia.

Después, al cabo de tres mil años descubrirán, sepultado bajo cuarenta metros de fango, un grifo del agua potable y un torno de la Breda de Sesto San Giovanni y dirán: «¡Miren qué cosas»!.

Y se afanarán para organizar las mismas estupideces de los lejanos antepasados, porque los hombres son criaturas desdichadas condenadas al progreso, el cual tiende irremediablemente a sustituir el viejo Padre Eterno por las novísimas fórmulas químicas. Y de este modo, al final, el viejo Padre Eterno se fastidia, mueve un décimo de milímetro la última falange del meñique de la mano izquierda, y todo el mundo salta por los aires.

Así, pues, el Po empieza en Plasencia y hace muy bien, porque es el único río respetable que existe en Italia y los ríos que se respetan a sí mismos se extienden por la llanura, pues el agua es un elemento hecho para permanecer Horizontal y sólo cuando está perfectamente horizontal el agua conserva entera su natural dignidad. Las cascadas del Niágara son fenómenos de circo, como los hombres que caminan sobre las manos.

El Po empieza en Plasencia, y también en Plasencia empieza el «mundo pequeñito» de mis historias, el cual está situado en aquella lonja de llanura que se asienta entre el Po y los Apeninos.

> «… el cielo es a menudo de un hermoso color azul, como doquiera en Italia, salvo en la estación menos buena en que se levantan espesísimas nieblas. El suelo en su mayor parte es amable, arenoso y fresco, algo duro yendo hacia el norte y a veces francamente arcilloso. Una lujuriante vegetación tapiza el territorio, que no presenta un palmo despojado de verdura, la cual procura extender su dominio hasta sobre los anchos arenales del Po.
>
> »Los campos de ondulantes mieses, rayados doquiera por las hileras de vides casadas con los álamos, coronados en sus términos por crinadas moreras, muestran la feracidad el suelo… Trigo, maíz, copia de uvas, gusanos de seda, cáñamo, trébol, son los principales productos. Crece bien cualquier linaje de plantas, y mucho prosperaban antaño los robles y toda suerte de frutos. Tupidos mimbrerales erizan las riberas del río, a lo largo del cual, más en el pasado que ahora, verdeaban anchos y ricos bosques de álamos, aquí y allá intercalados de alisos y sauces, o hermoseados por la olorosa madreselva, que abrazando las plantas forman chocitas y pináculos

salpicados de coloridas campanillas.

»Hay muchos bueyes, ganado porcino y aves de corral, acechadas éstas por la marta y la garduña. El cazador descubre no pocas liebres, presa frecuente de los zorros; y en su tiempo, hienden el aire codornices, tórtolas, perdices de plumaje entrecano, becadas que picotean el terreno convirtiéndolo en criba, y otros volátiles transeúntes. Sueles ver en el espacio bandadas de estorninos y de ánades, que en invierno se extienden sobre el Po. La gaviota blanquecina centellea atenta sobre sus alas; luego se precipita y atrapa el pez. Entre los juncos se esconde el multicolor alción, la canastita, la polla de agua y la astuta fúlica. Sobre el río oyes pinzones, divisas garzas reales, chorlitos, avesfrías y otras aves ribereñas; rapaces halcones y gigantescos cernícalos, terror de las cluecas, nocturnos mochuelos y silenciosos búhos. Algunas veces fueron admiradas y cazadas aves mayores, traídas por los vientos de extrañas regiones, por encima del Po o aquende los Alpes. En aquella cuenca te punzan los mosquitos («de fangosas charcas sus antiguos layes cantan las ranas»), pero en las luminosas noches del estío el hechicero ruiseñor acompaña con su canto suavísimo la divina armonía del universo, lamentando quizá que otra semejante no venga a endulzar los libres corazones de los hombres.

»En el río, rico en peces, culebrean los barbos, las tencas, los voraces lucios, las argentadas carpas, exquisitas percas de rojas aletas, lúbricas anguilas y grandes esturiones —que, a veces, atormentados por pequeñas lampreas, remontan el río—, de un peso hasta de ciento cincuenta y más kilogramos cada uno.

»… Sobre las playas del río yacen los restos de la villa de Stagno, un día muy extensa, ahora casi enteramente tragada por las aguas. En el ángulo donde la comuna toca Stirone, cerca del Taro, está la aldea de Fontanelle, soleada y esparcida. Allá donde la carretera provincial se cruza con el dique del Po está el caserío de Ragazzola. Hacia el oriente, donde la tierra es más baja, se alza el pueblecillo de Fossa y la apartada aldehuela de Rigosa, humilde y arrinconada entre olmos y álamos y otros árboles, no lejos del lugar donde el arroyo Rigosa desagua en el Taro. Entre estas aldeas se ve Roccabianca…».

Doctor Francisco Luis Campari.
«Un castillo del parmesano a través de los siglos».
(Ed. Battei, Parma, 1910).

Cuando releo esta página del notario Francisco Luis Campari, me parece verme convertido en un personaje de la conseja que él relata, porque yo he nacido en esa

aldea «soleada y esparcida».

El pequeño mundo de «Un mundo pequeñito» no vive, allí, sin embargo; no está en ningún sitio fijo. El pueblo de «Un mundo pequeñito» es un puntito negro que se mueve con sus Peppones y sus Flacos a lo largo del río en aquella lonja de tierra que se halla entre el Po y los Apeninos; pero éste es el clima, el paisaje es éste. Y en un pueblo como éste basta pararse en el camino a mirar una casa campesina, ahogada entre el maíz y el cáñamo, y enseguida nace una historia.

Primera historia



Yo vivía en Bosque Grande, en la Basa (así llaman, la Bassa (la Baja), a la llanura del valle del Po descrita en el capítulo anterior. Tierra baja le llamaremos en adelante en esta traducción), con mi padre, mi madre y once hermanos. Yo, que era el mayor, tocaba apenas los doce años, y Quico, que era el menor, apenas contaba dos. Mi madre me daba todas las mañanas una cesta de pan y un saquito de miel de castañas dulces; mi padre nos ponía en fila en la era y nos hacía decir en voz alta el Padrenuestro; luego marchábamos con Dios y regresábamos al anochecer.

Nuestros campos no acababan nunca y habríamos podido correr todo el día sin salir de sus lindes. Mi padre no hubiera dicho una palabra si le hubiésemos pisoteado una hectárea de trigo en brote o si le hubiésemos arrancado una hilera de vides. Sin embargo, siempre salíamos fuera, y no nos sobraba el tiempo para nuestras fechorías. También Quico, que tenía dos años, la boca pequeñita y rosada, los ojos grandes, de largas cejas, y ricitos que le caían sobre la frente como a un angelito, no se dejaba escapar un ansarón cuando lo tenía a tiro.

Todas las mañanas, a poco de haber partido nosotros, llegaban a nuestra granja viejas con canastos llenos de anserinos, pollas y pollitos asesinados, y mi madre por cada cabeza muerta daba una viva. Teníamos mil gallinas escarbando por nuestros campos, pero cuando queríamos poner algún pollo a hervir en la olla, era preciso comprarlo.

Mi madre, entre tanto, seguía cambiando ansarones vivos por ansarones muertos.

Mi padre ponía cara seria, se ensortijaba los largos bigotes e interrogaba rudamente a las mujerucas para saber si recordaban quién de los doce había sido el culpable.

Cuando alguna le decía que había sido Quico, el más pequeñín, mi padre se hacía contar tres o cuatro veces la historia, y cómo había hecho para tirar la piedra, y si era una piedra grande, y si había acertado el ansarón al primer tiro.

Estas cosas las supe mucho tiempo después: entonces no nos preocupaban. Recuerdo que una vez, mientras yo, después de haber lanzado a Quico contra un

ganso que se paseaba como un estúpido por un pradecito pelado, estaba apostado con mis otros diez hermanos detrás de unas matas, vi a mi padre a veinte pasos de distancia, fumando su pipa a la sombra de una gruesa encina.

Cuando Quico hubo despachado el ganso, mi padre se marchó tranquilamente con las manos en los bolsillos, y yo y mis hermanos dimos gracias al buen Dios.

—No se ha dado cuenta —dije en voz baja a mis hermanos. Pero entonces yo no podía comprender que mi padre nos había seguido toda la mañana, ocultándose como un ladrón, nada más que para ver cómo mataba Quico los gansos.

Pero me estoy saliendo del sembrado. Es el defecto de quien tiene demasiados recuerdos.

Debo decir que Bosque Grande era un pueblo donde nadie moría, por virtud del aire extraordinario que allí se respiraba. En Bosque Grande, por lo tanto, parecía imposible que un niño de dos años pudiera enfermarse. Sin embargo, Quico enfermó seriamente. Una tarde, a tiempo ya de regresar a casa, Quico se echó repentinamente al suelo y comenzó a llorar. Al cabo de un rato dejó de llorar y se quedó dormido. No hubo modo de despertarlo. Lo alcé en brazos y sentí que ardía. Parecía de fuego. Todos entonces tuvimos un miedo terrible. Caía el sol, y el cielo estaba negro y rojo; las sombras se hacían largas. Abandonamos a Quico entre los pastos y huimos gritando y llorando como si algo terrible y misterioso nos persiguiera.

—¡Quico duerme y quema!… ¡Quico tiene fuego en la cabeza! —sollocé cuando llegué donde estaba mi padre.

Mi padre, lo recuerdo bien, descolgó la escopeta de doble caño de la pared, la cargó, se la puso bajo el brazo y nos siguió sin hablar. Nosotros íbamos apretados alrededor suyo, ya sin miedo, porque nuestro padre era capaz de fulminar un lebrato a ochenta metros. Quico, abandonado en medio de las oscuras hierbas con su largo vestidito claro y sus bucles sobre la frente, parecía un ángel del buen Dios al que se le hubiese estropeado una alita y hubiera caído en el trebolar.

En Bosque Grande nunca moría nadie, y cuando la gente supo que Quico estaba mal, todos experimentaron una enorme ansiedad. En las casas se hablaba en voz baja. Por el pueblo merodeaba un forastero peligroso y nadie de noche se atrevía a abrir la ventana por miedo de ver, en la era blanqueada por la luna, rondar la vieja vestida de negro con la guadaña en la mano.

Mi padre mandó la calesa en busca de tres o cuatro doctores famosos. Todos palparon a Quico, le apoyaron el oído en la espalda y luego miraron en silencio a mi padre.

Quico seguía dormido y ardiendo; su cara habíase vuelto más blanca que un pañuelo. Mi madre lloraba entre nosotros y se negaba a comer. Mi padre no se sentaba nunca y seguía rizándose el bigote, sin hablar. El cuarto día, los tres últimos doctores que habían llegado juntos abrieron los brazos y dijeron a mi padre:

—Solamente el buen Dios puede salvar a su hijo. Recuerdo que era de mañana: mi padre hizo una seña con la cabeza y lo seguimos a la era. Luego, con un silbido llamó a los domésticos, cincuenta personas entre hombres, mujeres y niños.

Mi padre era alto, flaco y fuerte, de largos bigotes, gran sombrero, chaqueta ajustada y corta, pantalones ceñidos a los muslos y botas altas. (De joven mi padre había estado en América, y vestía a la americana). Daba miedo cuando se plantaba con las piernas abiertas delante de alguno. Así se plantó ese día mi padre frente a los domésticos y les dijo:

—Sólo el buen Dios puede salvar a Quico. De rodillas: es preciso rogar al buen Dios que salve a Quico.

Nos arrodillamos todos y empezamos a rogar en voz alta al buen Dios. Por turno las mujeres decían algo y nosotros y los hombres respondíamos: «Amén».

Mi padre, cruzado de brazos, permaneció delante de nosotros, quieto como una estatua, hasta las siete, de la tarde, y todos oraban porque tenían miedo a mi padre y porque querían a Quico.

A las siete, cuando el sol bajaba a su ocaso, vino una mujer en busca de mi padre. Yo lo seguí.

Los tres doctores estaban sentados, pálidos, en torno de la camita de Quico.

—Empeora —dijo el más anciano—. No llegará a mañana.

Mi padre nada contestó, pero sentí que su mano apretaba fuertemente la mía.

Salimos: mi padre tomó la escopeta, la cargó a bala, se la puso en bandolera, alzó un paquete grande, me lo entregó y dijo: «Vamos».

Caminamos a través de los campos. El sol se había escondido tras el último boscaje. Saltamos el pequeño muro de un jardín y llamamos a una puerta.

El cura estaba solo en su casa, cenando a la luz de un candil. Mi padre entró sin quitarse el sombrero.

—Reverendo —dijo—, Quico está mal y solamente el buen Dios puede salvarlo. Hoy, durante doce horas, sesenta personas han rogado al buen Dios, pero Quico empeora y no llegará al día de mañana.

El cura miraba a mi padre asombrado.

—Reverendo —prosiguió mi padre—, tú sólo puedes hablarle al buen Dios y hacerle saber cómo están las cosas. Hazle comprender que si Quico no sana, yo le hago volar todo. En ese paquete traigo cinco kilos de dinamita. No quedará en pie un ladrillo de toda la iglesia. ¡Vamos!

El cura no dijo palabra; salió seguido de mi padre, entró en la iglesia y fue a arrodillarse ante el altar, juntando las manos.

Mi padre permaneció en medio de la iglesia con el fusil bajo el brazo, abiertas las piernas, plantado como una roca. Sobre el altar ardía una sola vela y el resto estaba oscuro.

Hacia medianoche mi padre me llamó.

—Anda a ver cómo sigue Quico y vuelve enseguida.

Volé por los campos y llegué a casa con el corazón en la boca. Luego volví corriendo todavía más ligero. Mi padre estaba todavía allí, quieto, con el fusil bajo el brazo, y el cura rezaba de bruces sobre las gradas del altar.

—¡Papá! —grité con el último aliento—. ¡Quico ha mejorado! ¡El doctor ha dicho que está fuera de peligro! ¡Un milagro! ¡Todos ríen y están contentos!

El cura se levantó: sudaba y tenía el rostro deshecho.

—Está bien —dijo bruscamente mi padre.

Y mientras el cura lo miraba con la boca abierta, sacó del bolsillo un billete de mil y lo introdujo en el cepillo de los donativos.

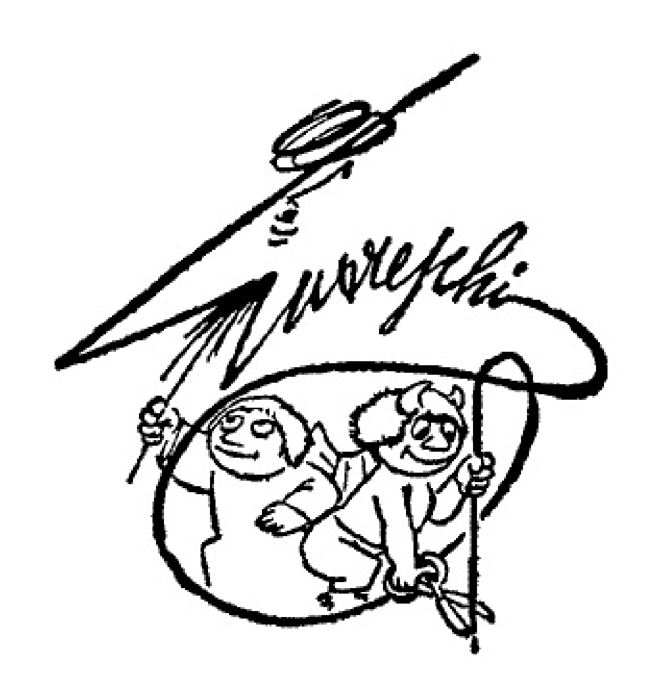
—Yo los servicios los pago —dijo mi padre—. Buenas noches.

Mi padre nunca se jactó de este suceso, pero en Bosque Grande hay todavía algún excomulgado el cual dice que aquella vez Dios tuvo miedo.

Ésta es la tierra baja, donde hay gente que no bautiza a los hijos y blasfema, no para negar a Dios, sino para contrariar a Dios. Distará unos cuarenta kilómetros o menos de la ciudad; pero, en la llanura quebrada por los diques, donde no se ve más allá de un cerco o del recodo, cada kilómetro vale por diez. Y la ciudad es cosa de otro mundo.

***Yo me acuerdo*.**

Segunda historia



Algunas veces aparecía en Bosque Grande gente de la ciudad: mecánicos, albañiles. Iban al río para atornillar los bulones del puente de hierro o del canal de desagüe, o a reparar los muretes de las compuertas. Traían sombrero de paja o gorras de paño, que echaban hacia un lado, se sentaban delante de la hostería de Nita y pedían cerveza y bifes con espinacas. Bosque Grande era un pueblo en donde la gente comía en su casa y solamente iba a la taberna para blasfemar, jugar a las bochas y beber vino en compañía.

—Vino, sopa con tocino y huevos con cebolla —respondía Nita asomándose a la puerta. Y entonces aquellos hombres echaban los sombreros y las gorras hacia atrás y empezaban a vociferar que Nita tenía de lindo esto y lo otro, a dar fuertes puñetazos sobre la mesa y a alborotar como gansos.

Los de la ciudad no entendían nada: cuando recorrían la campaña hacían como las marranas en los maizales: alboroto y escándalo. Los de la ciudad, que en su casa comían albóndigas de caballo, venían a pedir cerveza a Bosque Grande, donde a lo sumo se podía beber vino en escudillas; o trataban con prepotencia a hombres que como mi padre poseían trescientos cincuenta animales, doce hijos y más de cuatrocientas hectáreas de tierra.

Actualmente aquello ha cambiado porque ya también en el campo hay gente que usa la gorra ladeada, come albóndigas de caballo y les grita en público a las criadas de la hostería que tienen esto y lo otro de lindo. El telégrafo y el ferrocarril han hecho mucho en este terreno. Pero entonces las cosas eran distintas y cuando llegaban los de la ciudad a Bosque Grande, había personas que estaban en duda sobre si salir de sus casas con la escopeta cargada con balines o con bala.

Bosque Grande era un bendito pueblo hecho de esta manera.

Una vez, sentados delante del poyo de la era, mirábamos a nuestro padre sacar con un, hacha de un tranco de álamo una pala para el trigo, cuando llegó Quico a toda carrera.

—¡Uh! ¡Uh! —dijo Quico, que tenía dos años y no podía hacer largos discursos. Yo no alcanzo a comprender cómo hacía mi padre para entender siempre lo que farfullaba Quico.

—Hay algún forastero o alguna mala bestia —dijo mi padre, y haciéndose traer la escopeta se dirigió llevado por Quico, hacia el prado que empezaba en el primer fresno. Encontramos allí a seis malditos de la ciudad, con trípodes y estacas pintadas de blanco y de rojo, que medían no sé qué mientras pisoteaban el trébol.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó mi padre al más cercano, que sostenía una de las estacas.

—Hago mi oficio —explicó el imbécil sin darse vuelta—, y si usted hiciera lo mismo, nos ahorraríamos aliento.

—¡Salga de ahí! —gritaron los otros que estaban en medio del trébol, alrededor del trípode.

—¡Fuera! —dijo mi padre apuntando la escopeta contra los seis imbéciles de la ciudad.

Cuándo lo vieron alto como un álamo, plantado medio del sendero, recogieron sus instrumentos y escaparon como liebres.

Por la tarde, mientras, sentados en torno del poyo de la era, estábamos mirando a nuestro padre dar los últimos toques de hacha a la pala, volvieron los seis de la ciudad, acompañados por dos guardias a los que habían ido a desanidar en la estación de Gazzola.

—Es ése —dijo uno de los seis miserables, indicando a mi padre.

Mi padre continuó su trabajo sin levantar siquiera la cabeza. El cabo manifestó que no entendía cómo había podido suceder eso.

—Sucedió que he visto a seis extraños arruinarme el trébol y los he echado fuera de mi campo —explicó mi padre.

El cabo le dijo que se trataba del ingeniero y de sus ayudantes, que venían a tomar las medidas para colocar los rieles del tranvía de vapor.

Debieron decirlo. Quien entra en mi casa debe pedir permiso —dijo mi padre, contemplando satisfecho su trabajo—. Además, a través de mis campos no pasará ningún tranvía de vapor.

—Si nos conviene, el tranvía pasará —dijo riendo con rabia el ingeniero. Pero mi padre en ese momento había notado que la pala tenía de un lado una joroba y se había aplicado a alisarla.

El cabo afirmó que mi padre debía dejar pasar al ingeniero y a sus ayudantes.

—Es cosa gubernativa —concluyó.

—Cuando tenga un papel con los sellos del gobierno, dejaré entrar a esa gente —barbotó mi padre—. Conozco mis derechos.

El cabo convino en que mi padre tenía razón y que el ingeniero habría traído el papel con los sellos. El ingeniero y los cinco de la ciudad volvieron al día siguiente. Entraron en la era con los sombreros echados atrás y las gorras sobre la oreja.

—Ésta es la nota —dijo el ingeniero presentando un pliego a mi padre.

Mi padre tomó el pliego y se encaminó a casa. Todos lo seguimos.

—Léelo despacio —me ordenó cuando estuvimos en la cocina. Y yo leí y releí.

—Ve a decirles que entren —concluyó finalmente, sombrío.

De regreso seguí a mi padre y a los demás al granero y todos nos ubicamos ante la ventana redonda que daba sobre los campos.

Los seis imbéciles caminaron canturreando por el sendero hasta el fresno. De improviso los vimos gesticular rabiosos. Uno hizo ademán de correr hacia nuestra casa, pero los otros lo sujetaron.

Los de la ciudad, aun ahora, se conducen siempre así: hacen el aspaviento de echarse encima de alguien, pero los demás los sujetan.

Discutieron cierto tiempo en el sendero, luego se quitaron los zapatos y las medias y se arremangaron los pantalones, después de lo cual entraron a saltitos en el trebolar.

Había sido duro el trabajo desde la medianoche hasta las cinco de la mañana. Cuatro arados de profundas rejas, tirados por ochenta bueyes habían revuelto todo el trebolar. Luego habíamos debido obstruir fosos y abrir otros para inundar la tierra arada. Finalmente tuvimos que acarrear diez tanques de inmundicias extraídas del pozo negro del establo y vaciarlos en el agua.

Mi padre quedó con nosotros en la ventana del granero hasta mediodía, mirando hacer gambetas a los hombres de la ciudad.

Quico soltaba chillidos de pajarito cada vez que veía alguno de los seis vacilar, y mi madre, que había subido para avisarnos que la sopa estaba lista, se mostraba contenta.

—Míralo: desde esta mañana ha recobrado sus colores. Tenía verdaderamente necesidad de divertirse, pobre pollito. Gracias sean dadas al buen Dios que te ha hecho pasar por el cerebro la idea de esta noche —dijo mi madre.

Al atardecer volvieron una vez más los seis de la ciudad acompañados por los guardias y un señor vestido de negro, sacado quién sabe de dónde.

—Los señores aseveran que ha anegado usted el campo para obstaculizar su trabajo —dijo el hombre vestido de negro, irritado porque mi padre permanecía sentado y ni siquiera lo miraba.

Con un silbido mi padre llamó a los domésticos y al punto llegaron todos a la era: entre hombres, mujeres y niños eran cincuenta.

—Dicen que yo he inundado esta noche el prado que llega al fresno —explicó mi padre.

—Hace veinticinco días que el campo está anegado —afirmó un viejo.

—Veinticinco días —dijeron todos, hombres, mujeres y niños.

—Se habrán confundido con el prado de trébol que está cerca del segundo fresno —razonó el vaquero— es fácil equivocarse para quien no conoce bien el lugar. Todos se marcharon masticando rabia.

La mañana siguiente mi padre hizo atar el caballo a la tartana y se trasladó a la ciudad, donde permaneció tres días. Regresó muy apesadumbrado.

—Los rieles deben pasar por aquí. No hay nada que hacer —explicó a mi madre.

Vinieron otros hombres de la ciudad y empezaron a clavar estacas entre los terrones ya secos. Los rieles debían atravesar todo el trebolar para seguir luego el camino hasta la estación de Gazzola.

El tranvía de vapor, llegando de la ciudad hasta Gazzola, significaba un gran progreso, pero atravesaría, la heredad de mi padre, y lo malo era que la atravesaría de prepotencia. Si se lo hubiesen pedido gentilmente, mi padre habría concedido la tierra sin pretender siquiera indemnización. Mi padre no era contrario al progreso. ¿No había sido acaso él en Bosque Grande el primero en comprar una escopeta moderna de doble caño y gatillos internos? Pero así, ¡santo Dios!

A lo largo de la carretera provincial, largas filas hombres de la ciudad colocaban piedras, enterraban durmientes y atornillaban rieles; y a medida que avanzaba la vía, la locomotora que transportaba vagones de materiales daba un paso adelante. De noche los hombres dormían en vagones cubiertos enganchados en la cola del convoy.

Ya la línea se acercaba al campo del trébol y una mañana los hombres empezaron a desmontar un trozo de cerco. Yo y mi padre estábamos sentados al pie del primer fresno, y junto a nosotros se hallaba Gringo, el perrazo que mi padre amaba como si fuera uno de nosotros. Apenas las azadas horadaron el cerco, Gringo se lanzó a la carretera, y cuando los obreros abrieron una brecha entre los cromos, se encontraron con Gringo que les enseñaba los dientes amenazador.

Uno de los imbéciles dio un paso adelante y Gringo le saltó al cuello.

Los hombres eran unos treinta, armados de picos y azadones. No nos veían porque estábamos detrás del fresno.

El ingeniero se adelantó con un bastón.

—¡Fuera, perro! —gritó. Pero Gringo le hincó los colmillos en una pantorrilla haciéndolo rodar entre gritos.

Los otros efectuaron un ataque en masa a golpes de azada. Gringo no cedía. Sangraba, pero seguía repartiendo dentelladas, desgarraba pantorrillas, trituraba manos.

Mi padre se mordía los bigotes: estaba pálido como un muerto y sudaba. Hubiera

bastado un silbido suyo para que Gringo se volviera enseguida, salvando su vida. Mi padre no silbó: siguió mirando, pálido como un muerto, llena la frente de sudor y apretándome la mano, mientras yo sollozaba.

En el tronco del fresno tenía apoyada la escopeta y allí permaneció.

Gringo ya no tenía fuerzas, pero luchaba bravamente hasta que uno le partió la cabeza con el filo del azadón.

Otro lo clavó contra el suelo con la pala. Gringo se quejó un poco y después quedó tieso.

Entonces mi padre se alzó, y llevando bajo el brazo la escopeta, avanzó lentamente hacia los de la ciudad.

Cuando lo vieron aparecer ante ellos, alto como un álamo, con los bigotes enhiestos, con el ancho sombrero, la chaqueta corta y los pantalones ceñidos metidos en las botas, todos dieron un paso atrás y lo contemplaron mudos, apretando el mango de sus herramientas.

Mi padre llegó hasta Gringo, se inclinó, lo aferró por el collar y se lo llevó arrastrando como un trapo. Lo enterramos al pie del dique y cuando hube aplastado la tierra y todo quedó como antes, mi padre se quitó el sombrero.

Yo también me lo quité.

El tranvía no llegó nunca a Gazzola. Era otoño, el río se había hinchado y corría amarillo y fangoso. Una noche se rompió el dique y el agua se desbordó por los campos, anegando toda la parte baja de la heredad: el trebolar y la carretera se convirtieron en un lago.

Entonces suspendieron los trabajos y para evitar cualquier peligro futuro detuvieron la línea en Bosque Grande, a ocho kilómetros de nuestra casa. Y cuando el río bajó y fuimos con los hombres a reparar el dique, mi padre me apretó la mano con fuerza: el dique se había roto justamente allí donde habíamos enterrado a Gringo.

Que tanto puede la pobre alma de un perro.

Yo digo que éste es el milagro de la tierra baja. En un escenario escrupulosamente realista como el descrito por el notario Francisco Luis Campari (hombre de gran corazón y enamorado de la tierra baja, pero que no le hubiera concedido ni una tortolita, si las tortolitas no formaran parte de la fauna local), un cronista de diario pone una historia y ya no se sabe si es más verdadera la descripción del notario o el suceso inventado por el cronista.

Éste es el mundo de «Un mundo pequeñito»: caminos largos y derechos, casitas pintadas de rojo, de amarillo y de azul ultramarino, perdidas entre los viñedos. En las noches de agosto se levanta lentamente detrás del dique una luna roja y enorme que parece cosa de otros siglos. Alguien está sentado sobre un montón de grava, a la orilla de la acequia, con la bicicleta apoyada en el palo del telégrafo. Arma un cigarrillo de

tabaco picado. Pasas tú, y aquél te pide un fósforo. Conversáis. Tú le dices que vas al «festival» a bailar, y aquél menea la cabeza. Le dices que hay lindas muchachas y aquél otra vez menea la cabeza.

Tercera historia



¿Muchachas? No; nada de muchachas. Si se trata de hacer un poco de jarana en la hostería, de cantar un rato, siempre dispuesto. Pero nada más. Ya tengo mi novia que me espera todas las tardes junto al tercer poste del telégrafo en el camino de la Fábrica. Tenía yo catorce años y regresaba a casa en bicicleta por ese camino. Un ciruelo asomaba una rama por encima de un pequeño muro y cierta vez me detuve.

Una muchacha venía de los campos con una cesta en la mano y la llamé. Debía tener unos diecinueve años porque era mucho más alta que yo y bien formada.

—¿Quieres hacerme de escalera? —le dije.

La muchacha dejó la cesta y yo me trepé sobre sus hombros. La rama estaba cargada de ciruelas amarillas y llené de ellas la camisa.

—Extiende el delantal, que vamos a medias —dije a la muchacha.

Ella contestó que no valía la pena.

—¿No te agradan las ciruelas? —pregunté.

—Sí, pero yo puedo arrancarlas cuando quiero. La planta es mía: yo vivo allí —me dijo.

Yo tenía entonces catorce años y llevaba los pantalones cortos, pero trabajaba de peón de albañil y no tenía miedo a nadie. Ella era mucho más alta que yo y formada como una mujer.

—Tú tomas el pelo a la gente —exclamé mirándola enojado—; pero yo soy capaz de romperte la cara, larguirucha.

No dijo palabra.

La encontré dos tardes después siempre en el camino.

—¡Adiós, larguirucha! —le grité. Luego le hice una fea mueca con la boca. Ahora no podría hacerla, pero entonces las hacía mejor que el capataz, que ha aprendido en Nápoles. La encontré otras veces, pero ya no le dije nada. Finalmente una tarde perdí la paciencia, salté de la bicicleta y le atajé el paso.

—¿Se podría saber por qué me miras así? —le pregunté echándome a un lado la visera de la gorra. La muchacha abrió dos ojos claros como el agua, dos ojos como jamás había visto.

—Yo no te miro —contestó tímidamente. Subí a mi bicicleta.

—¡Cuídate, larguirucha! —le grité—. Yo no bromeo.

Una semana después la vi de lejos, que iba caminando acompañada por un mozo, y me dio una tremenda rabia. Me alcé en pie sobre los pedales y empecé a correr como un condenado. A dos metros del muchacho viré y al pasarle cerca le di un empujón y lo dejé en el suelo aplastado como una cáscara de higo.

Oí que de atrás me gritaba hijo de mala mujer y entonces desmonté y apoyé la bicicleta en un poste telegráfico cerca de un montón de grava. Vi que corría a mi encuentro como un condenado: era un mozo de unos veinte años, y de un puñetazo me habría descalabrado. Pero yo trabajaba de peón de albañil y no tenía miedo a nadie. Cuando lo tuve a tiro le disparé una pedrada que le dio justo en la cara.

Mi padre era un mecánico extraordinario y cuando tenía una llave inglesa en la mano hacía escapar a un pueblo entero; pero también mi padre, si veía que yo conseguía levantar una piedra, daba media vuelta y para pegarme esperaba que me durmiese. ¡Y era mi padre! ¡Imagínense ese bobo! Le llené la cara de sangre, y luego, cuando me dio la gana, salté en mi bicicleta y me marché.

Dos tardes anduve dando rodeos, hasta que la tercera volví por el camino de la Fábrica y apenas vi a la muchacha, la alcancé y desmonté a la americana, saltando del asiento hacia atrás.

Los muchachos de hoy hacen reír cuando van en bicicleta: guardabarros, campanillas, frenos, faroles eléctricos, cambios de velocidad, ¿y después? Yo tenía una Frera cubierta de herrumbre; pero para bajar los dieciséis peldaños de la plaza jamás desmontaba: tomaba el manubrio a lo Gerbi y volaba hacia abajo como un rayo.

Desmonté y me encontré frente a la muchacha. Yo llevaba la cesta colgada del manubrio y saqué una piquetilla.

—Si te vuelvo a encontrar con otro, te parto la cabeza a ti y a él —dije.

La muchacha me miró con aquellos sus ojos malditos, claros como el agua.

—¿Por qué hablas así? —me preguntó en voz baja.

Yo no lo sabía, pero ¿qué importa?

—Porque sí —contesté—. Tú debes ir de paseo sola o si no, conmigo.

—Yo tengo diecinueve años y tú catorce cuando más —dijo—. Si al menos tuvieras dieciocho, ya sería otra cosa. Ahora soy una mujer y tú eres un muchacho.

—Pues espera a que yo tenga dieciocho años —grité—. Y cuidado con verte en compañía de alguno, porque entonces estás frita.

Yo era entonces peón de albañil y no tenía miedo de nada: cuando sentía hablar

de mujeres, me mandaba a mudar. Se me importaban un pito las mujeres, pero ésa no debía hacer la estúpida con los demás.

Vi a la muchacha durante casi cuatro años todas las tardes, menos los domingos. Estaba siempre allí, apoyada en el tercer poste del telégrafo, en el camino de la Fábrica. Si llovía tenía su buen paraguas abierto. No me paré ni una sola vez.

—Adiós —le decía al pasar.

—Adiós —me contestaba.

El día que cumplí los dieciocho años desmonté de la bicicleta.

—Tengo dieciocho años —le dije—. Ahora puedes salir de paseo conmigo. Si te haces la estúpida, te rompo la cabeza.

Ella tenía entonces veintitrés y se había hecho una mujer completa. Pero tenía siempre los mismos ojos claros como el agua y hablaba siempre en voz baja, como antes.

—Tú tienes dieciocho años —me contestó—, pero yo tengo veintitrés. Los muchachos me tomarían a pedradas si me viesen ir en compañía de uno tan joven.

Dejé caer la bicicleta al suelo, recogí un guijarro chato y le dije:

—¿Ves aquel aislador, el primero del tercer poste?

Con la cabeza me hizo seña que sí.

Le apunté al centro y quedó solamente el gancho de hierro, desnudo como un gusano.

—Los muchachos —exclamé—, antes de tomarnos a pedradas deberán saber trabajar así.

—Decía por decir —explicó la muchacha—. No está bien que una mujer vaya de paseo con un menor. ¡Si al menos hubieses hecho el servicio militar!… Ladeé a la izquierda la visera de la gorra.

—¿Querida mía, por casualidad me has tomado por un tonto? Cuando haya hecho el servicio militar, yo tendré veintiún años y tú tendrás veintiséis, y entonces empezarás de nuevo la historia.

—No —contestó la muchacha— entre dieciocho años y veintitrés es una cosa y entre veintiuno y veintiséis es otra. Más se vive, menos cuentan las diferencias de edades. Que un hombre tenga veintiuno o veintiséis es lo mismo.

Me parecía un razonamiento justo, pero yo no era tipo que se dejase llevar de la nariz.

—En ese caso volveremos a hablar cuando haya hecho el servicio militar —dije saltando en la bicicleta—. Pero mira que si cuando vuelvo no te encuentro, vengo a romperte la cabeza aunque sea bajo la cama de tu padre.

Todas las tardes la veía parada junto al tercer poste de la luz; pero yo nunca descendí. Le daba las buenas tardes y ella me contestaba buenas tardes. Cuando me llamaron a las filas, le grité:

—Mañana parto para la conscripción.

—Hasta la vista —contestó la muchacha.

—Ahora no es el caso de recordar toda mi vida militar. Soporté dieciocho meses de fajina y en el regimiento no cambié. Habré hecho tres meses de ejercicios; puede decirse que todas las tardes me mandaban arrestado o estaba preso.

Apenas pasaron los dieciocho meses me devolvieron a casa. Llegué al atardecer y sin vestirme de civil, salté en la bicicleta y me dirigí al camino de la Fábrica. Si ésa me salía de nuevo con historias, la mataba a golpes con la bicicleta.

Lentamente empezaba a caer la noche y yo corría como un rayo pensando dónde diablos la encontraría. Pero no tuve que buscarla: la muchacha estaba allí, esperándome puntualmente bajo el tercer poste del telégrafo. Era tal cual la había dejado y los ojos eran los mismos, idénticos.

Desmonté delante de ella.

—Concluí —le dije, enseñándole la papeleta de licenciamiento. La Italia sentada quiere decir licencia sin término. Cuando Italia está de pie significa licencia provisoria.

—Es muy linda —contestó la muchacha.

—Yo había corrido como un alma que lleva el diablo y tenía la garganta seca.

—¿Podría tomar un par de aquellas ciruelas amarillas de la otra vez? —pregunté.

La muchacha suspiró.

—Lo siento, pero el árbol se quemó.

—¿Se quemó? —dije con asombro—. ¿De cuando aquí los ciruelos se queman?

—Hace seis meses —contestó la muchacha—. Una noche prendió el fuego en el pajar y la casa se incendió y todas las plantas del huerto ardieron como fósforos.

Todo se ha quemado. Al cabo de dos horas sólo quedaban las puertas. ¿Las ves?

Miré al fondo y vi un trozo de muro negro, con una ventana que se abría sobre el cielo rojo.

—¿Y tú? —le pregunté.

—También yo —dijo con un suspiro—; también yo como todo lo demás. Un montoncito de cenizas y sanseacabó.

Miré a la muchacha que estaba apoyada en el poste del telégrafo; la miré fijamente, y a través de su cara y de su cuerpo, vi las vetas de la madera del poste y las hierbas de la zanja. Le puse un dedo sobre la frente y toqué el palo del telégrafo.

—¿Te hice daño? —pregunté.

—Ninguno.

Quedamos un rato en silencio, mientras el cielo se tornaba de un rojo cada vez más oscuro.

—¿Y entonces? —dije finalmente.

—Te he esperado —suspiró la muchacha— para hacerte ver que la culpa no es

mía. ¿Puedo irme ahora?

Yo tenía entonces veintiún años y era un tipo como para llamar la atención. Las muchachas cuando me veían pasar sacaban afuera el pecho como si se encontrasen en la revista del general y me miraban hasta perderme de vista a la distancia.

—Entonces —repitió la muchacha—, ¿puedo irme?

—No —le contesté—. Tú debes esperarme hasta que yo haya terminado este otro servicio. De mí no te ríes, querida mía.

—Está bien —dijo la muchacha. Y me pareció que sonreía.

Pero estas estupideces no son de mi gusto y enseguida me alejé.

Han corrido doce años y todas las tardes nos vemos. Yo paso sin desmontar siquiera de la bicicleta.

—Adiós.

—Adiós.

—¿Comprenden ustedes? Si se trata de cantar a poco en la hostería, de hacer un poco de jarana, siempre dispuesto. Pero nada más. Yo tengo mi novia que me espera todas las tardes junto al tercer poste del telégrafo sobre el camino de la Fábrica.

Uno ahora me dice: hermano ¿por qué me cuentas, estas historias?

Porque sí, respondo yo. Porque es preciso darse cuenta de que en esta desgraciada lonja de tierra situada entre el río y el monte pueden suceder cosas que no ocurren en otra parte. Cosas que nunca desentonan con el paisaje. Allá sopla un aire especial que hace bien a los vivos y a los muertos, y allá tienen un alma hasta los perros. Entonces se comprende mejor a don Camilo, a Peppone y a toda la otra gente. Y nadie se asombra de que el Cristo hable y de que uno pueda romperle la cabeza a otro, pero honradamente, es decir, sin odio. Tampoco asombra que al fin dos enemigos se encuentren de acuerdo sobre las cosas esenciales.

Porque es el amplio, el eterno respiro del río el que limpia el aire. Del río plácido y majestuoso, sobre cuyo dique; al atardecer, pasa rápida la Muerte en bicicleta. O pasas tú de noche sobre el dique y te detienes, te sientas y te pones a mirar dentro de un pequeño cementerio que está allí, debajo del terraplén. Y si la sombra de un muerto viene a sentarse junto a ti, no te espantas y te pones a platicar tranquilamente con ella.

He aquí el aire que se respira en esa faja de tierra a trasmano; y se comprende fácilmente en qué Pueden convertirse allá las cosas de la política.

En estas historias habla a menudo el Cristo crucificado, pues los personajes principales son tres: el cura don Camilo, el comunista Peppone y el Cristo crucificado.

Y bien, aquí conviene explicarse: si los cuyas se sienten ofendidos por

causa de don Camilo, son muy dueños de romperme en la cabeza la vela más gorda; si los comunistas se sienten ofendidos por causa de Peppone, también son muy dueños de sacudirme con un palo en el lomo. Pero si algún otro se siente ofendido por causa de los discursos del Cristo, no hay nada que hacer, porqué el que habla en mi historia no es Cristo, sino mi Cristo, esto es, la voz de mi conciencia.

Asunto mío personal; asuntos íntimos míos.

Conque, cada uno para sí y Dios con todos.

Pecado confesado



Don Camilo era uno de esos tipos que no tienen pelos en la lengua. Aquella vez que en el pueblo había ocurrido un sucio lío en el cual estaban mezclados viejos propietarios y muchachas, don Camilo durante la misa había empezado un discursito genérico y cuidado; mas de pronto, notando justamente en primera fila a uno de los disolutos, había perdido los estribos, e interrumpiendo el discurso, después de arrojar un paño sobre la cabeza del Jesús crucificado del altar mayor, para que no oyese, plantándose los puños en las caderas había acabado el sermón a su modo, y tronaba tanto la voz que salía de la boca de ese hombrazo, y decía cosas de tal calibre que el techo de la iglesiuca temblaba.

Naturalmente, don Camilo, llegado el tiempo de las elecciones, habíase expresado en forma tan explícita con respecto a los representantes locales de las izquierdas que, un atardecer, entre dos luces, mientras volvía a la casa parroquial, un hombrachón embozado habíale llegado por detrás, saliendo del escondite de un cerco y, aprovechando la ocasión que don Camilo estaba embarazado por la bicicleta, de cuyo manubrio pendía un bulto con setenta huevos, habíale dado un robusto garrotazo, desapareciendo enseguida como tragado por la tierra.

Don Camilo no había dicho nada a nadie. Llegado a la rectoral y puestos a salvo los huevos, había ido a la iglesia a aconsejarse con Jesús, como lo hacía siempre en los momentos de duda.

—¿Qué debo hacer? —había preguntado don Camilo.

—Pincélate la espalda con un poco de aceite batido en agua y cállate —había contestado Jesús de lo alto del altar—. Se debe perdonar al que nos ofende. Ésta es la regla.

—Bueno —había objetado don Camilo—; pero aquí se trata de palos, no de ofensas.

—¿Y con eso? —le había susurrado Jesús—. ¿Por ventura las ofensas inferidas al cuerpo son más dolorosas que las inferidas al espíritu?

—De acuerdo, Señor. Pero debéis tener presente que apaleándome a mí, que soy vuestro ministro, os han ofendido a vos. Yo lo hago más por vos que por mí.

—¿Y yo acaso no era más ministro de Dios que tú? ¿Y no he perdonado a quien

me clavó en la cruz?

—Con vos no se puede razonar —había concluido don Camilo. Siempre tenéis razón. Hágase vuestra voluntad. Perdonaré. Pero recordad que si esos tales, envalentonados por mi silencio, me parten la cabeza, la responsabilidad será vuestra. Os podría citar pasos del Viejo Testamento…

—Don Camilo: ¡vienes a hablarme a mí del Viejo Testamento! Por cuanto ocurra asumo cualquier responsabilidad. Ahora, dicho entre nosotros, una zurra te viene bien; así aprendes a no hacer política en mi casa.

Don Camilo había perdonado. Sin embargo, algo se le había atravesado en la garganta como una espina de merluza: la curiosidad de saber quién lo había felpeado.

Pasó el tiempo y, un atardecer, mientras estaba en el confesionario, don Camilo vio a través de la rejilla la cara de Peppone, el cabecilla de la extrema izquierda.

Que Peppone viniera confesarse era tal acontecimiento como para dejar con la boca abierta. Don Camilo se alegró:

—Dios sea contigo, hermano; contigo que más que nadie necesitas de su santa bendición. ¿Hace mucho que no te confiesas?

—Desde 1918 —contestó Peppone.

—Figúrate los pecados que habrás cometido en estos veintiocho años con esas lindas ideas que tienes la cabeza.

—¡Oh, bastantes! —suspiró Peppone.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo: hace dos meses le di a usted un garrotazo.

—Es grave —repuso don Camilo—. Ofendiendo a un ministro de Dios, has ofendido a Dios.

—Estoy arrepentido —exclamó Peppone—. Además no lo apaleé como ministro de Dios, sino como adversario político. Fue un momento de debilidad.

—¿Fuera de esto y de pertenecer a ese tu diabólico partido, tienes otros pecados graves?

Peppone vació el costal.

En conjunto no era gran cosa, y don Camilo la liquidó con una veintena entre Padrenuestros y Avemarías. Después, mientras Peppone se arrodillaba ante la barandilla para cumplir la penitencia, don Camilo fue a arrodillarse bajo el Crucifijo.

—Jesús —dijo—, perdóname, pero yo le sacudo.

—Ni lo sueñes —respondió Jesús—. Yo lo he perdonado y tú también debes perdonar. En el fondo es un buen hombre.

—Jesús, no te fíes de los rojos: esos tiran a embromar. Míralo bien: ¿no ves la facha de bribón que tiene?

—Una cara como todas las demás. Don Camilo, ¡tú tienes el corazón envenenado!

—Jesús, si os he servido bien, concededme una gracia: dejad por lo menos que le sacuda ese cirio en el lomo. ¿Qué es una vela, Jesús mío?

—No —respondió Jesús—. Tus manos están hechas para bendecir, no para golpear.

Don Camilo suspiró. Se inclinó y salió de la verja. Se volvió hacia el altar para persignarse una vez más, y así se encontró detrás de Peppone, quien, arrodillado, estaba sumergido en sus rezos.

—Está bien —gimió don Camilo juntando las palmas y mirando a Jesús—. ¡Las manos están hechas para bendecir, pero los pies no!

—También esto es cierto —dijo Jesús de lo alto—. Pero te recomiendo, don Camilo: ¡uno solo!

El puntapié partió como un rayo. Peppone lo aguantó sin parpadear, luego se levantó y suspiró aliviado.

—Hace diez minutos que lo esperaba —dijo—. Ahora me siento mejor.

—Yo también —exclamó don Camilo, que se sentía el corazón despejado y limpio como el cielo sereno.

Jesús nada dijo. Pero se veía que también él estaba contento.

El bautizo



Entraron en la iglesia de improviso un hombre y dos mujeres; una de ellas era la esposa de Peppone, el jefe de los rojos.

Don Camilo, que subido sobre una escalera estaba lustrando con «sidol» la aureola de San José, volviose hacia ellos y preguntó qué deseaban.

—Se trata de bautizar esta cosa —contestó el hombre. Y una de las mujeres mostró un bulto que contenía un niño.

—¿Quién lo hizo? —preguntó don Camilo, mientras bajaba.

—Yo —contestó la mujer de Peppone.

—¿Con tu marido? —preguntó don Camilo.

—¡Se comprende!… ¿Con quién quiere que lo hiciera? ¿Con usted? —replicó secamente la mujer de Peppone.

—No hay motivo para enojarse —observó don Camilo, encaminándose a la sacristía—. Yo sé algo… ¿No se ha dicho que en el partido de ustedes está de moda el amor libre?

Pasando delante del altar, don Camilo se inclinó y guiñó un ojo al Cristo.

—¿Habéis oído? —y don Camilo rió burlonamente—. Le he dado un golpecito a esa gente sin Dios.

—No digas estupideces, don Camilo —contestó fastidiado el Cristo—. Si no tuviesen Dios no vendrían aquí a bautizar al hijo, y si la mujer de Peppone te hubiese soltado un revés, lo tendrías merecido.

—Si la mujer de Peppone me hubiera dado un revés, los habría agarrado por el pescuezo a los tres y…

—¿Y qué? —preguntó severo Jesús.

—Nada, digo por decir —repuso rápidamente don Camilo, levantándose.

—Don Camilo, cuidado —lo amonestó Jesús. Vestidos los paramentos, don Camilo se acercó a la fuente bautismal.

—¿Cómo quieren llamarlo? —preguntó a la mujer de Peppone.

—Lenin, Libre, Antonio —contestó la mujer.

—Vete a bautizarlo en Rusia —dijo tranquilamente don Camilo, volviendo a colocar la tapa a la pila bautismal.

Don Camilo tenía las manos grandes como palas y los tres se marcharon sin protestar. Don Camilo trató de escurrirse en la sacristía, pero la voz del Cristo lo frenó.

—¡Don Camilo, has hecho una cosa muy fea! Ve a llamarlos y bautízales el niño.

—Jesús —contestó don Camilo—, debéis comprender que el bautismo no es una burla. El bautismo es una cosa sagrada. El bautismo…

—Don Camilo —interrumpió el Cristo—, ¿vas a enseñarme a mí qué es el bautismo? ¿A mí que lo he inventado? Yo te digo que has hecho una barrabasada porque si esa criatura, pongamos por caso, muere en este momento, la culpa será tuya de que no tenga libre ingreso en el Paraíso…

—Jesús, no hagamos drama —rebatió don Camilo—. ¿Por qué habría de morir? Es blanco y rosado una rosa.

—Eso no quiere decir nada —observó Cristo—. Puede caérsele una teja en la cabeza, puede venirle un ataque apopléjico… Tú debías haberlo bautizado.

Don Camilo abrió los brazos.

—Jesús, pensad un momento. Si fuera seguro que el niño irá al Infierno, se podría dejar correr; pero ese, a pesar de ser hijo de un mal sujeto, podría perfectamente colarse en el Paraíso, y entonces decidme: ¿cómo: puedo permitir que os llegue al Paraíso uno que se llama Lenin? Lo hago por el buen nombre del Paraíso.

—Del buen nombre del Paraíso me ocupo yo —dijo secamente Jesús—. A mí sólo me importa que uno sea un hombre honrado. Que se llame Lenin o Bonifacio no me importa. En todo caso, tú podrías haber advertido a esa gente que dar a los niños nombres estrafalarios puede representarles serios aprietos cuando sean grandes.

—Está bien —respondió don Camilo—. Siempre yo desbarro; procuraré remediarlo.

En ese instante entró alguien. Era Peppone solo, con la criatura en brazos. Peppone cerró la puerta con el pasador.

—De aquí no salgo —dijo— si mi hijo no es bautizado con el nombre que yo quiero.

—Ahí lo tenéis —murmuró don Camilo, volviéndose al Cristo—. ¿Veis qué gente? Uno está lleno de las más santas intenciones y mirad cómo lo tratan.

—Ponte en su pellejo —contestó el Cristo—. No es un sistema que deba aprobarse, pero se puede comprender…

Don Camilo sacudió la cabeza.

—He dicho que de aquí no salgo si no me bautiza al chico como yo quiero —repitió Peppone, y poniendo el bulto en un silla, se quitó el saco, se arremangó y avanzó amenazante.

—¡Jesús! —imploró don Camilo—. Yo me remito a vos. Si estimáis justo que un sacerdote vuestro ceda a la imposición, cederé. Pero mañana no os quejéis si me traen

un ternero y me imponen que lo bautice. Vos lo sabéis, ¡guay de crear precedentes!

—¡Bah! —replicó el Cristo—. Si eso ocurriera, tú deberías hacerle entender…

—¿Y si me aporrea?

—Tómalas, don Camilo. Soporta y sufre como lo hice yo.

Entonces volvió don Camilo y dijo:

—Conforme, Peppone; el niño saldrá de aquí bautizado, pero con ese nombre maldito no.

—Don Camilo —refunfuñó Peppone—, recuerde que tengo la barriga delicada por aquella bala que recibí en los montes. No tire golpes bajos, o agarro un banco…

—No te inquietes, Peppone; yo te los aplicaré todos en el plano superior —contestó don Camilo, colocando a Peppone un soberbio cachete en la oreja.

Eran dos hombrachos con brazos de hierro y volaban las trompadas que hacían silbar el aire. Al cabo de veinte minutos de furibunda y silenciosa pelea, don Camilo oyó una voz a sus espaldas:

—¡Fuerza, don Camilo!… ¡Pégale en la mandíbula!

Era el Cristo del altar. Don Camilo apuntó a la mandíbula de Peppone y éste rodó por tierra, donde quedó tendido unos diez minutos. Después se levantó, se sobó el mentón, se arregló, se puso el saco, rehizo el nudo del pañuelo rojo y tomó al niño en brazos. Vestido con sus paramentos rituales, don Camilo lo esperaba, firme como una roca, junto a la pila bautismal. Peppone se acercó lentamente.

—¿Cómo lo llamaremos? —preguntó don Camilo.

—Camilo, Libre, Antonio —gruñó Peppone.

Don Camilo meneó la cabeza.

—No; llamémoslo, Libre, Camilo, Lenin —dijo—. Sí, también Lenin. Cuando está cerca de ellos un Camilo, los tipos de esa laya nada tienen que hacer.

—Amén —murmuró Peppone tentándose la mandíbula.

Terminado el acto, don Camilo pasó delante del altar y el Cristo le dijo sonriendo:

—Don Camilo, debo reconocer la verdad: en política sabes hacer las cosas mejor que yo.

—Y en dar puñetazos también —dijo don Camilo con toda calma, mientras se palpaba con indiferencia un grueso chichón sobre la frente…

La proclama



Una tarde llegó a la rectoral Barchini, el papelero del pueblo, quien, poseyendo sólo dos cajas de tipos de imprenta y una minerva de 1870, había escrito en el frente de su negocio: «Tipografía». Debía de tener cosas gordas que contar porque permaneció largo rato en el pequeño despacho de don Camilo.

Cuando Barchini se retiró, don Camilo corrió al altar a abrirse con Jesús.

—¡Importantes novedades! —exclamó—. Mañana el enemigo lanzará un manifiesto; lo imprime Barchini, que me ha traído la prueba. Y don Camilo sacó del bolsillo una hoja, con la tinta fresca aún, que leyó en voz alta:

PRIMERO Y ÚLTIMO AVISO.

Otra vez, anoche, una vil mano anónima ha escrito un insulto agraviante en nuestra cartelera mural. Abra el ojo la mano del bellaco que aprovecha la sombra para ejecutar actos de provocación, el cual, cualesquiera que sea, si no acaba, se arrepentirá cuando sea ya irreparable.

Toda paciencia tiene un límite.

El Secretario del Comité:
Giuseppe Botazzi

Don Camilo rió.

—¿Qué os parece? ¿No es una obra maestra? Pensad qué jaleo mañana cuando la gente lea el manifiesto en las paredes… Peppone metiéndose a redactar proclamas. ¿No es para reventar de risa?

El Cristo no contestó y don Camilo quedó turbado.

—¿No habéis oído el estilo? ¿Queréis que lo relea?

—He comprendido, he comprendido —contestó el Cristo—. Cada cual se expresa como puede. No es lícito pretender que quien sólo ha cursado el tercer grado elemental atienda a detalles estilísticos.

—¡Señor! —exclamó don Camilo, abriendo los brazos—. ¿Vos llamáis detalles una jerigonza de esta especie?

—Don Camilo: la acción más miserable que puede cometerse en una polémica es la de aferrarse a los errores de gramática y de sintaxis del adversario. Lo que vale en la polémica son los argumentos. Más bien deberías decirme que es feísimo el tono de amenaza que tiene el manifiesto.

Don Camilo volvió la hoja al bolsillo.

—Está sobrentendido —murmuró—. Lo verdaderamente reprobable es el tono de amenaza del manifiesto, pero ¿qué otra cosa podéis esperar de esta gente? No entienden más que la violencia.

—Sin embargo —observó el Cristo—, no obstante sus intemperancias, ese Peppone no me da la impresión de ser realmente un mal sujeto.

Don Camilo se encogió de hombros.

Es como poner buen vino en una cuba podrida. Cuando uno entra en ciertos ambientes, practica ciertas ideas sacrílegas y frecuenta a cierta gentuza, termina por corromperse.

Pero el Cristo no pareció convencido.

—Yo digo que en el caso de Peppone no se debe reparar en la forma, sino indagar la sustancia. O sea, ver si Peppone se mueve empujado por un mal ánimo natural o si lo hace bajo el impulso de una provocación. ¿Contra quién apunta, a tu parecer?

Don Camilo abrió los brazos. ¿Y quién podría saberlo?

—Bastaría saber de qué especie es la ofensa —insistió el Cristo—. Él habla de un insulto que alguien ha escrito anoche en su cartel mural. Cuando tú fuiste a la cigarrería, ¿no pasaste por casualidad ante ese cartel? Procura recordarlo.

—En efecto, sí he pasado —admitió francamente don Camilo.

—Bien; ¿y no se te ha ocurrido detenerte un momento a leerlo?

—Leer verdaderamente, no; a lo sumo le eché un vistazo. ¿Hice mal?

—De ningún modo, don Camilo. Es necesario estar siempre al corriente de lo que dice, escribe y posiblemente piensa nuestra grey. Te preguntaba solamente para saber si no has notado alguna escritura extraña en el cartel, cuando te detuviste a leerla.

Don Camilo meneó la cabeza.

—Puedo asegurar que cuando me detuve no advertí nada extraño.

El Cristo quedose un rato meditando.

—¿Y cuando te retiraste, don Camilo, no viste tampoco alguna escritura extraña al manifiesto?

Don Camilo se reconcentró.

—¡Ah, sí! —dijo—. Haciendo memoria, me parece que cuando me retiraba vi en la hoja algo garabateado con lápiz rojo… Con permiso… Creo que hay gente en la parroquia.

Don Camilo se inclinó rapidísimamente y por salir del aprieto quiso escurrirse en la sacristía, pero la voz del Cristo lo paró:

—¡Don Camilo!

Don Camilo retrocedió lentamente y se detuvo enfurruñado ante el altar.

—¿Y entonces? —preguntó el Cristo.

—Ahora —masculló don Camilo— recuerdo que se me escapó escribir alguna cosa. Se me fue la mano y estampé: «Peppone asno»… Si hubierais leído esa circular, estoy seguro de que vos también…

—¡Don Camilo! ¿No sabes lo que haces y pretendes saber lo que haría el hijo de Dios?

—Disculpadme; he cometido una tontería, lo reconozco. Pero ahora Peppone comete otra publicando manifiestos con amenazas y así quedamos a mano.

—¿Cómo que a mano? —exclamó el Cristo—. Peppone ha sido ayer blanco del «asno» tuyo y todavía mañana le dirán asno en todo el pueblo. Figúrate la gente que lloverá aquí de todas partes para reírse a carcajadas de los disparates del caudillo Peppone, a quien todos temen. Y será por tu culpa. ¿Te parece lindo? Don Camilo se recobró.

—De acuerdo… Pero a los fines políticos generales…

—No me interesan los fines políticos generales. A los fines de la caridad cristiana ofrecer motivos de risa a la gente, a costillas de un hombre porque ese hombre no pasó del tercer grado, es una gran porquería, don Camilo.

—Señor —suspiró don Camilo—, decidme: ¿qué debo hacer?

—No fui yo el que escribió «Peppone asno». Quien cometió el pecado sufra la penitencia. Arréglatelas, don Camilo.

Don Camilo se refugió en su casa y se puso a caminar de arriba abajo por la habitación. Ya le parecía oír las carcajadas de la gente parada ante el manifiesto de Peppone.

—¡Imbéciles! —exclamó con rabia, y se volvió a la estatuilla de la Virgen—. Señora —le rogó— ¡ayudadme!

—Es una cuestión de estricta incumbencia de mi hijo —susurró la Virgencita—. No puedo intervenir.

—Al menos dadle un buen consejo.

—Ensayaré.

Y he aquí que de improviso entró Peppone.

—Oiga —dijo Peppone—, no me traen asuntos políticos. Se trata de un cristiano que se encuentra en apuros y viene a pedir consejo a un sacerdote. ¿Puedo fiar en él?

—Conozco mi deber. ¿A quién has asesinado?

—Yo no mato, don Camilo —replicó Peppone—. Yo, en todo caso, cuando alguno me pisa demasiado los callos, hago volar fulminantes bofetadas.

—¿Cómo está tu Libre Camilo Lenin? —preguntó con sorna don Camilo.

Entonces Peppone se acordó de la cepillada que había recibido el día del bautismo, y se encogió de hombros.

—Sabemos lo que suele pasar —refunfuño—. Las trompadas son mercancía que viaja; trompadas van y trompadas vienen. De todos modos ésta es otra cuestión. En fin, sucede que ahora hay en el pueblo un pillo, un bellaco redomado, un Judas Iscariote de dientes venenosos, que todas las veces que pegamos en la cartelera un escrito con mi firma de secretario se divierte escribiéndole encima: «Peppone asno».

—¿Eso es todo? —preguntó don Camilo—. No me parece una gran tragedia.

—Me gustaría ver si usted razonaría lo mismo cuando durante doce semanas seguidas encontrase escrito en la cartelera de la parroquia: «Don Camilo asno».

Don Camilo dijo que esa comparación no tenía base. Una cosa es la cartelera de una iglesia y otra la de un comité de partido. Una cosa es llamar burro a un sacerdote de Dios y otra llamar así al jefe de unos cuantos locos sueltos.

—¿No barruntas quién pueda ser? —preguntó finalmente.

—Es mejor que no lo sospeche —contestó torvo Peppone—. Si llego a adivinar, ese barrabás andaría ahora con los ojos negros como su alma. Son ya doce veces que me hace esa burla el asaltante y estoy seguro de que siempre es el mismo. Quisiera ahora advertirle que la cosa ha llegado al extremo; que sepa refrenarse, porque si lo agarro, sucederá el terremoto de Mesina. Haré imprimir un manifiesto y lo mandaré pegar en todas las esquinas para que se enteren él y los de su banda.

Don Camilo se encogió de hombros.

—Yo no soy impresor —dijo— y nada tengo que ver en el asunto. Dirígete a una imprenta.

—Ya lo hice —explicó Peppone—. Pero como no me resulta hacer la figura de asno, quiero que usted le eche una mirada a la prueba, antes de que Barchini imprima el manifiesto.

—Barchini no es un ignorante y si hubiera visto algo incorrecto, te lo habría dicho.

—¡Figúrese! —dijo riendo Peppone—. Barchini es un clerizonte. Quiero decir un negro reaccionario, tan negro como su alma asquerosa, y aunque notara que he escrito corazón con s, no lo diría con tal de verme hacer una mala figura.

—Pero tienes tus hombres —replicó don Camilo.

—¡Ya!… ¡Voy a rebajarme haciendo corregir mis escritos por mis subalternos! ¡Valientes colaboradores! Entre todos juntos no podrían escribir la mitad del alfabeto.

—Veamos —dijo don Camilo.

Peppone le alcanzó la hoja y don Camilo recorrió lentamente las líneas impresas.

—¡Hum!… Dislates aparte, como tono me parece demasiado fuerte.

—¿Fuerte? —gritó Peppone—. Para decirle todo lo que se merece esa maldita canalla, ese pícaro, semejante bandido provocador, harían falta dos vocabularios.

Don Camilo tomó el lápiz y corrigió atentamente la prueba.

—Ahora pasa en tinta las correcciones —dijo cuando hubo terminado.

Peppone miró tristemente la hoja llena de enmiendas y tachaduras.

—¡Y pensar que ese miserable de Barchini me había dicho que todo estaba bien! ¿Cuánto le debo?

—Nada. Ve y cuida de tener cerrada la boca. No quiero que sepan que trabajo para la Agitación y Propaganda.

—Le mandaré unos huevos.

Peppone se marchó y don Camilo antes de meterse en cama dirigióse a saludar al Cristo.

—Gracias por haberle sugerido que viniera a verme.

—Es lo menos que podía hacer —contestó el Cristo sonriendo—. ¿Cómo salió?

—Un poco difícil, pero bien. No sospecha de mí ni de lejos.

—En cambio lo sabe perfectamente. Sabe que fuiste tú, siempre tú, las doce veces. Hasta te ha visto dos noches, don Camilo. Pero atención, piensa siete veces antes de escribir una más «Peppone asno».

—Cuando salga dejaré en casa el lápiz —prometió solemnemente don Camilo.

—Amén —concluyó el Cristo sonriendo.

Persecución



Don Camilo se había dejado llevar un poco por su celo durante una jaculatoria de asunto local en que no faltó algún pinchacito más bien fuerte para esos tales, y sucedió que, la noche siguiente, cuando tiró de las cuerdas de las campanas porque al campanero lo habían llamado quién sabe dónde, se produjo el infierno. Un alma condenada había atado petardos al badajo de las campanas. No hubo daño alguno, pero se produjo una batahola de explosiones como para matar de un síncope.

Don Camilo no había abierto la boca. Había celebrado la función de la tarde en perfecta calma, con la iglesia repleta. No faltaba ninguno de aquéllos. Peppone en primera fila, y todos mostraban caras tan compungidas como para poner frenético a un santo. Pero don Camilo era un aguantador formidable y la gente se había retirado desilusionada.

Cerrada la puerta grande, don Camilo se había echado encima la capa, y antes de salir, había ido a hacer, una corta reverencia ante el altar.

—¡Don Camilo! —le dijo el Cristo—. ¡Deja eso!

—No entiendo —había protestado don Camilo.

—¡Deja eso!

Don Camilo había sacado de debajo la capa un garrote y lo había depositado ante el altar.

—Una cosa muy fea, don Camilo.

—Jesús, no es de roble: es de álamo, madera liviana, flexible… —habíase justificado don Camilo.

—Vete a la cama, don Camilo, y no pienses más en Peppone.

Don Camilo había abierto los brazos e ido a la cama con fiebre. Así, la noche siguiente, cuando se le presentó la mujer de Peppone, dio un salto como si le hubiese estallado un petardo bajo los pies.

—Don Camilo —empezó la mujer, que estaba muy agitada.

Pero él la interrumpió:

—¡Márchate de aquí, raza sacrílega!

—Don Camilo, olvide estas estupideces… En Castellino está aquel maldito que intentó matar a Peppone… Lo han soltado.

Don Camilo había encendido el cigarro.

—Compañera, ¿a mí vienes a contármelo? No la hice yo la amnistía. Por lo demás, ¿qué te importa? La mujer se puso a gritar.

—Me importa porque han venido a decírselo a Peppone y Peppone ha salido para Castellino como un endemoniado, llevándose el ametrallador[1].

—¡Ajá! ¿Así que tenemos armas escondidas, verdad?

—Don Camilo, ¡deje tranquila la política! ¿No comprende que él lo mata? ¡Si usted no me ayuda, él se pierde!

Don Camilo rió pérfidamente:

—Así aprenderá a atar petardos al badajo de las campanas. ¡En presidio quisiera verlo morir! ¡Fuera de aquí!

Tres minutos después, don Camilo, con la sotana atada en torno del cuello, partía como un obseso hacia Castellino en la «Wolsit» de carrera del hijo del sacristán. Alumbraba una espléndida luna y a cuatro kilómetros de Castellino vio don Camilo a un hombre sentado en el parapeto del puentecito del Foso Grande. Allí moderó la marcha, pues hay que ser prudentes cuando se viaja de noche. Detúvose a diez metros del puente, teniendo al alcance de la mano un chisme que se había hallado en el bolsillo.

—Joven —preguntó—, ¿ha visto pasar a un hombre grande en bicicleta, derecho hacia Castellino?

—No, don Camilo —contestó tranquilamente el otro.

Don Camilo se acercó.

—¿Has estado ya en Castellino? —inquirió.

—No; he pensado que no valía la pena. ¿Ha sido la estúpida de mi mujer la que lo ha hecho incomodarse?

—¿Incomodarme? Figúrate… Un paseíto.

—Pero ¡qué pinta ofrece un cura en bicicleta de carrera! —dijo Peppone soltando una carcajada.

Don Camilo se le sentó al lado.

—Hijo mío, es preciso estar preparado para ver cosas de todos los colores en este mundo.

Una horita después don Camilo estaba de regreso e iba a hacerle su acostumbrada relación al Cristo.

—Todo ha andado como me lo habíais sugerido.

—Bravo, don Camilo. Pero, dime, ¿te había sugerido también agarrarlo por los pies y arrojarlo al foso?

Don Camilo abrió los brazos.

—Verdaderamente no recuerdo bien. El hecho es que a él no le hacía gracia ver un cura en bicicleta de carrera y entonces procedí de manera que no me viese más.

—Entiendo. ¿Ha vuelto ya?

—Estará por llegar. Viéndolo caer en el foso pensé que saliendo un poco mojado le estorbaría la bicicleta y entonces pensé regresar solo trayendo las dos.

—Has tenido un pensamiento muy gentil, don Camilo —aprobó el Cristo gravemente.

Peppone asomó hacia el alba en la puerta de la rectoral. Estaba empapado y don Camilo le preguntó si llovía.

—Niebla —contestó Peppone entre dientes—. ¿Puedo tomar mi bicicleta?

—Figúrate: ahí la tienes. Peppone miró la bicicleta.

—¿No ha visto por casualidad si atado al caño había un ametrallador?

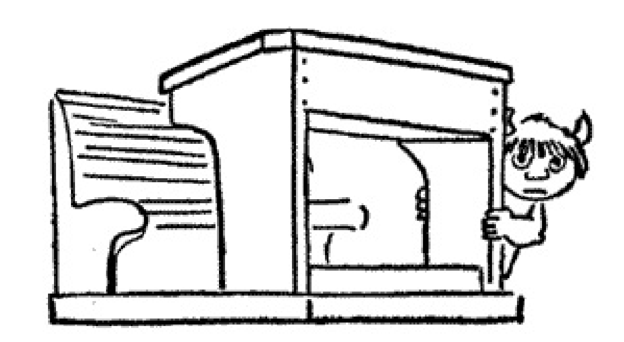
Don Camilo abrió los brazos sonriendo.

—¿Un ametrallador? ¿Qué es eso?

—Yo —dijo Peppone desde la puerta— he cometido un solo error en mi vida: el de atarle petardos a los badajos de las campanas. Debía haberle atado media tonelada de dinamita.

—*Errare humanum est* —observó don Camilo.

Escuela nocturna



La escuadra de los hombres embozados tomó cautelosamente el camino del campo. Reinaba profunda oscuridad, pero todos conocían aquel paraje, terrón por terrón, y marchaban seguros. Llegaron por la parte de atrás a una casita aislada, distante media milla del pueblo, y saltaron por sobre el cercado del huerto.

A través de las celosías de una ventana del primer piso filtraba un poco de luz.

—Llegamos bien —susurró Peppone, que tenía el comando de la pequeña expedición—. Está todavía levantada. Hemos tenido suerte. Llama tú, Expedito.

Un hombre alto y huesudo, de aspecto decidido, avanzó y dio un par de golpes en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz de adentro.

—Scarrazzini —contestó el hombre.

A poco la puerta se abrió y apareció una viejecita de cabellos blancos como la nieve, que traía un candil en la mano. Los otros salieron de la sombra y se acercaron a la puerta.

—¿Quién es esa gente? —preguntó la anciana, recelosa.

—Están conmigo —explicó Expedito—. Son amigos: queremos hablar con usted de cosas muy importantes.

Entraron los diez en una salita limpia y permanecieron mudos, cejijuntos y envueltos en sus capas delante de la mesita a la cual la vieja fue a sentarse. La anciana se enhorquetó los anteojos y miró las caras que asomaban de las capas negras.

—¡Hum! —murmuró. Conocía de memoria y del principio hasta el fin a todos esos tipos. Ella tenía ochenta y seis años y había empezado a enseñar el abecé en el pueblo cuando todavía el abecedario era un lujo de gran ciudad. Había enseñado a los padres, a los hijos y a los hijos de los hijos. Y había dado baquetazos en las cabezas más importantes del pueblo. Hacía tiempo que se había retirado de la enseñanza y que vivía sola en aquella casita remota, pero hubiera podido dejar abiertas las puertas de par en par, sin temor, porque «la señora Cristina» era un monumento nacional y nadie se hubiera atrevido a tocarle un dedo.

—¿Qué sucede? —preguntó la señora Cristina.

—Ha ocurrido un suceso —explicó Expedito—. Ha habido elecciones comunales y han triunfado los rojos.

—Mala gente los rojos —comentó la señora Cristina.

—Los rojos que han triunfado somos nosotros —continuó Expedito.

—¡Mala gente lo mismo! —insistió la señora Cristina—. En 1901 el cretino de tu padre quería hacerme sacar el Crucifijo de la escuela.

—Eran otros tiempos —dijo Expedito—. Ahora es distinto.

—Menos mal —refunfuñó la señora Cristina—. ¿Y entonces?

—Es el caso que nosotros hemos ganado, pero hay en la minoría dos negros.

—¿Negros?

—Sí, dos reaccionarios: Spilletti y el caballero Bignini…

La señora Cristina rió burlonamente.

—Esos, si ustedes son rojos, los harán volverse amarillos de ictericia. ¡Imagínate, con todas las estupideces que ustedes dirán!

—Por eso estamos aquí —dijo Expedito—. Nosotros no podemos acudir sino a usted porque solamente en usted podemos confiar. Debe ayudarnos. Se comprende que pagando.

—¿Ayudar?

—Aquí está todo el consejo municipal. Vendremos tarde, al anochecer, para que usted nos haga un repaso. Nos revisa los informes que debemos leer y nos explica las palabras que no podemos comprender. Nosotros sabemos lo que queremos y no necesitamos de tanta poesía, pero con esas dos inmundicias es preciso hablar en punta de tenedor o nos harán pasar por estúpidos ante el pueblo.

La señora Cristina movió gravemente la cabeza.

—Si ustedes en vez de andar de vagos hubieran estudiado cuando era tiempo, ahora…

—Señora, cosas de treinta años atrás…

La señora Cristina volvió a calarse los anteojos y quedó con el busto erguido, como rejuvenecida en treinta años. También los visitantes se sentían rejuvenecidos en treinta años.

—Siéntense —dijo la maestra. Y todos se acomodaron en sillas y banquetas…

La señora Cristina alzó la llama del candil y pasó revista a los diez. Evocación sin palabras. Cada cara un nombre y el recuerdo de una niñez.

Peppone estaba en un ángulo oscuro, medio de perfil; la señora Cristina levantó el candil, luego lo bajó rápidamente, y apuntando con el dedo huesudo dijo con voz dura:

—¡Tú, márchate!

Expedito intentó decir algo, pero la señora Cristina meneó la cabeza.

—¡En mi casa Peppone no debe entrar ni en fotografía! ——exclamó—.

Bastantes juderías me hiciste, muchacho. ¡Bastante y demasiado gordas! ¡Fuera de aquí y que no te vea más!

Expedito abrió los brazos desolado.

—Señora Cristina, ¿cómo hacemos? ¡Peppone es el alcalde!

La señora Cristina se levantó y blandió amenazadora una baqueta.

—¡Alcalde o no, sal de aquí o te pelo a golpes la calabaza!

Peppone se alzó.

—¿No les había dicho? —dijo saliendo—. Demasiadas fechorías le hice.

—Y acuérdate de que aquí no pones más los pies aunque llegaras a ministro de Educación. —Y volviendo a sentarse, exclamó—: ¡Asno!

En la iglesia desierta, iluminada solamente por dos cirios, don Camilo estaba platicando con el Cristo.

—No es ciertamente por criticar vuestra obra —concluyó en cierto momento—; pero yo no hubiese permitido que un Peppone llegara a alcalde en un consejo donde sólo hay dos personas que saben leer y escribir correctamente.

—La cultura no cuenta nada, don Camilo —contestó sonriendo el Cristo—. Lo que vale son las ideas. Con los lindos discursos no se llega a ninguna parte si debajo de las hermosas palabras no hay ideas practicas. Antes de emitir un juicio, pongámoslo a prueba.

—Justísimo —aprobó don Camilo—. Yo decía esto simplemente porque si hubiese triunfado la lista del abogado, tendría ya la seguridad de que el campanario sería reparado. De todos modos, si la torre se derrumba, en compensación se levantará en el pueblo una magnífica Casa del Pueblo, con salas de baile, despacho de bebidas, salones para juegos de azar, teatro para espectáculos de variedades…

—Y una casa de fieras para encerrar las serpientes venenosas como don Camilo —concluyó el Cristo.

Don Camilo bajó la cabeza. Le desagradaba haberse mostrado tan maligno. Luego la levantó y dijo:

—Me juzgáis mal. Sabéis lo que significa para mí un cigarro. Bien; éste es el último que tengo y ved lo que hago.

Sacó del bolsillo un cigarro y lo hizo trizas en la enorme mano.

—Bravo —dijo el Cristo—. Bravo, don Camilo: acepto tu penitencia. Pero ahora hazme el favor de arrojar al suelo esos restos, porque tú eres capaz de guardarlos en el bolsillo y fumarlos luego en pipa.

—Pero estamos en la iglesia —protestó don Camilo.

—No te preocupes, don Camilo. Arroja el tabaco en ese rincón.

Don Camilo así lo hizo bajo la mirada complacida del Cristo y en ese momento se oyó llamar a la puerta de la sacristía y entró Peppone.

—Buenas tardes, señor alcalde —dijo don Camilo con mucha deferencia.

—Dígame —dijo Peppone—, si un cristiano tiene una duda sobre algo que ha hecho y viene a contárselo a usted, y usted advierte que aquél ha cometido errores, ¿usted se los hace notar o deja correr?

Don Camilo se fastidió.

—¿Cómo te atreves a poner en duda la rectitud de un sacerdote? El primer deber de un sacerdote es el de hacer reparar al penitente con claridad todos los errores que ha cometido.

—Bien —dijo Peppone—. ¿Está usted listo para recoger mi confesión?

—Estoy.

Peppone sacó del bolsillo un grueso cartapacio y empezó a leer: «Ciudadanos, mientras saludamos la victoriosa afirmativa de la lista…».

Don Camilo lo interrumpió con un ademán y fue a arrodillarse ante el altar.

—Jesús —murmuró—, ¡yo no respondo más de mis actos!

—Respondo yo —contestó el Cristo—. Peppone te ha vencido y tú debes acusar honradamente el golpe y comportarte conforme a tus obligaciones.

—Jesús —insistió don Camilo—, ¿os dais cuenta de que me hacéis trabajar para el comité de Agitación y Propaganda?

—Tú trabajas para la gramática, la sintaxis y la ortografía, cosas que nada tienen de diabólico ni de sectario.

Don Camilo se caló los anteojos, empuñó el lápiz y puso en regla las frases bamboleantes que Peppone debía leer el día siguiente. Peppone releyó gravemente.

—Bien —aprobó—. Lo único que no entiendo es esto: donde yo decía *«Es nuestro propósito hacer ampliar el edificio escolar y reconstruir el puente sobre el Fosalto*», ha puesto usted: *«Es nuestro propósito hacer ampliar el edificio escolar, reparar la torre de la iglesia y reconstruir el puente sobre el Fosalto*.» ¿Por qué?

—Por razones de sintaxis —explicó don Camilo gravemente.

—Dichosos ustedes que han estudiado el latín y conocen todos los detalles de la lengua —suspiró Peppone—. Así —agregó— se esfuma la esperanza de que la torre caiga y le aplaste la cabeza.

Don Camilo abrió los brazos.

—Es preciso inclinarse ante la voluntad de Dios. Después de haber acompañado a Peppone hasta la puerta, don Camilo fue a saludar al Cristo.

—Bravo, don Camilo, —le dijo el Cristo sonriendo—. Te había juzgado mal y me duele que hayas roto tu último cigarro. Es una penitencia que no merecías. Pero seamos sinceros: ha sido bien villano ese Peppone al no ofrecerte ni un cigarro después del trabajo que te has tomado por él.

—Está bien —suspiró don Camilo, sacando del bolsillo un cigarro y disponiéndose a triturarlo en su gruesa mano.

—No, don Camilo; ve a fumarlo en paz, que te lo mereces.

—Pero…

—No, don Camilo, no lo has robado. Peppone tenía dos en el bolsillo; Peppone es comunista y escamoteándole diestramente uno, tú no has hecho más que tomar tu parte.

—Nadie mejor que vos sabe estas cosas —exclamó don Camilo con mucho respeto.

En vedado



Todas las mañanas don Camilo iba a medir la famosa grieta de la torre y siempre era la misma historia: la grieta no se agrandaba, pero tampoco se achicaba. Perdió entonces la calma y un día envió al sacristán a la Municipalidad.

—Ve a decirle al alcalde que venga enseguida a ver este horror. Explícale que es una cosa grave.

El sacristán fue y volvió.

—Ha dicho el alcalde Peppone que confía en su palabra de que la cosa es grave, pero que si usted quiere mostrarle la grieta le lleve la torre a la Municipalidad. Él recibe hasta las cinco.

Don Camilo no parpadeó. Se limitó a decir después del oficio vespertino:

—Si mañana Peppone o alguno de su banda tiene el coraje de hacerse ver en la misa, asistiremos a un espectáculo de cinematógrafo. Pero lo saben, tienen miedo y no se harán ver.

La mañana siguiente no había ni la sombra de un «rojo» en la iglesia, pero cinco minutos antes de empezar la misa se sintió resonar en el atrio el paso cadencioso de una formación en marcha.

En perfecta escuadra, todos los rojos, no sólo del pueblo, sino también de las secciones vecinas, todos, incluso Bilo el zapatero, que tenía una pierna de palo, y Roldo de los Prados, que venía con una fiebre de caballo, marchaban fieramente hacia la iglesia con Peppone al frente, quien iba marcando el un, dos. Con toda compostura tomaron sitio en el templo, juntos como un bloque granítico y con un aspecto feroz de acorazado Potemkin.

Llegado al instante del pequeño sermón, don Camilo ilustró con gracia la parábola del buen Samaritano, y terminó espetando una breve reprensión a los fieles:

—Como todos saben, menos aquellos que deberían saberlo, una quiebra peligrosa está minando la solidez de la torre. Me dirijo, pues, a vosotros, mis queridos feligreses, para que vengáis en ayuda de la casa de Dios. Al decir «feligreses» entiendo referirme a los hombres honrados que vienen aquí para acercarse a Dios, no a los facciosos que vienen para hacer alarde de su preparación militar. A éstos bien

poco puede importarles que la torre se derrumbe.

Terminada la misa, don Camilo se sentó junto a una mesita, cerca de la puerta de la rectoral y la gente desfiló delante de él. Empero ninguno se retiró; hecha la limosna, todos permanecieron en la plazoleta para ver cómo acababa aquello. Y acabó con que Peppone, seguido de su batallón perfectamente encuadrado, hizo un formidable ¡alto! frente a la mesita. Peppone avanzó fiero.

—Desde esta torre, estas campanas saludaron ayer el alba de la liberación, y desde esta torre, estas mismas campanas deberán saludar mañana él alba radiosa de la revolución proletaria —dijo, y puso bajo las narices de don Camilo tres grandes pañuelos rojos llenos de monedas. Luego se retiró, erguida la cabeza, seguido de su banda. Roldo de los Prados reventaba de fiebre y costábale trabajo mantenerse en pie; pero él también llevaba la cabeza erguida; y Bilo, el rengo, cuando pasó delante de la mesita marcó altivamente el paso con la pata de palo.

Cuando don Camilo fue a mostrarle al Cristo la cesta llena de dinero, diciéndole que sobraba para refaccionar la torre, el Cristo sonrió asombrado.

—Tenías razón, don Camilo.

—Es natural —contestó don Camilo—. Porque vos conocéis a la humanidad, pero yo conozco a los italianos.

Hasta aquí don Camilo se había portado bien. Erró en cambio cuando mandó decir a Peppone haber apreciado mucho la preparación militar de los suyos, pero que, según él, debería ejercitarlos mejor en «retaguardia, carrera march», que les haría mucha falta el día de la revolución proletaria.

Esto le cayó mal a Peppone y lo esperó al paso.

Don Camilo era un perfecto hombre de bien, pero junto con una formidable pasión por la caza tenía una espléndida escopeta con admirables cartuchos «Walsrode».

Además, el coto del barón Stocco distaba solamente cinco kilómetros del pueblo y constituía una verdadera tentación, no sólo por la caza que encerraba, sino también porque las gallinas de la comarca sabían que bastaba refugiarse detrás del alambrado para poder reírseles en la cara a quienes pretendían retorcerles el pescuezo.

Nada de extraño, por consiguiente, que una tarde don Camilo, con sotana, anchos pantalones de fustán y un sombrerote de fieltro en la cabeza, se encontrara dentro del coto del barón. La carne es débil y aun más débil la carne de los cazadores. Y tampoco es de extrañar que a don Camilo se le escapara un tiro que fulminó a una liebre de un metro de largo. La vio en tierra, la colocó en el morral y ya se disponía a batirse en retirada cuando topó de improviso con alguien. Entonces calóse el sombrero hasta las cejas y le disparó al bulto un cabezazo en el estómago para derribarlo boca arriba, pues no era propio que en el pueblo se supiera que el párroco había sido sorprendido por el guardabosque cazando furtivamente en vedado.

El lío fue que el otro había tenido la misma idea del cabezazo, y así, las dos calabazas se encontraron a medio camino. Fue tan potente el encontronazo que los mandó de rebote a sentarse en el suelo con un terremoto en la cabeza.

—Un melón tan duro no puede pertenecer sino a nuestro bien amado señor alcalde —refunfuñó don Camilo apenas se le hubo despejado la vista.

—Una calabaza de esta especie no puede pertenecer sino a nuestro bien amado arcipreste —repuso Peppone rascándose la cabeza.

El caso es que también Peppone cazaba furtivamente en el lugar y tenía, también él, una gruesa liebre en el morral. Ahora miraba burlón a don Camilo.

—No habría creído jamás que aquel que predica el respeto de la cosa ajena —dijo Peppone— entrara en el cercado ajeno para cazar de contrabando.

—Yo no hubiera creído jamás que el propio primer ciudadano, el compañero alcalde…

—Alcalde, pero compañero —lo interrumpió Peppone—. Alcalde perdido por las teorías infernales que quieren la distribución equitativa de los bienes y por lo tanto coherente con sus ideas mucho más que el reverendo don Camilo, el cual en cambio…

Alguien se acercaba, estaba ya a pocos pasos y era imposible huir esquivando el riesgo de recibir un escopetazo, pues esta vez se trataba de un verdadero guardián del coto.

—Es preciso hacer algo —susurró don Camilo—. Si nos encuentran aquí ocurrirá un escándalo.

—No me interesa —contestó Peppone tranquilo—. Yo respondo siempre de mis actos.

Los pasos se acercaban y don Camilo se arrimó a un grueso tronco. Peppone no se movió; al contrario, cuando apareció el guardián con la escopeta abrazada, lo saludó.

—Buenas tardes.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó el guardián.

—Recojo hongos.

—¿Con la escopeta?

—Es un sistema como cualquier otro.

El modo de neutralizar a un guardabosque no es muy complicado. Hallándose á espaldas de uno de éstos, basta cubrirle de improviso la cabeza con una manta, darle un puñetazo y aprovechar enseguida el momentáneo aturdimiento del sujeto para alcanzar el vallado y saltarlo. Una vez fuera, todo queda en regla.

Don Camilo y Peppone se encontraron sentados detrás de un matorral, distante una milla del vedado.

—Don Camilo —suspiró Peppone—, hemos hecho una bestialidad. Hemos

levantado la mano sobre un guardián del orden. Es un delito.

Don Camilo, que había levantado él la mano, sudaba frío.

—La conciencia me remuerde —prosiguió el infame—. ¿Ya no tendré paz pensando en este horrible suceso? ¿Cómo encontraré el valor necesario para presentarme ante un ministro de Dios a pedirle perdón de mi delito? ¡Maldito sea el día en que he prestado oídos a las infames lisonjas del verbo moscovita, olvidando los sagrados preceptos de la caridad cristiana!

Don Camilo estaba tan humillado que sentía deseos de llorar. Pero el mismo tiempo tenía unas ganas atroces de aporrear a aquel perverso, y como Peppone lo adivinó dejó de quejarse.

—¡Maldita tentación! —gritó Peppone sacando del morral la liebre y arrojándola lejos.

—Maldita, sí —gritó don Camilo, y sacando su liebre, también la tiró sobre la nieve, alejándose luego cabizbajo. Peppone lo siguió hasta los Aromos, luego dobló a la derecha.

—Perdone —dijo deteniéndose—. ¿Sabría indicarme un buen párroco de la comarca para ir a descargarme de este pecado?

Don Camilo apretó los puños y siguió derecho. Cuando hubo recobrado el valor de presentarse al Cristo del altar, dijo disculpándose:

—No lo hice por mí sino porque si se supiese que yo cazo de contrabando, más que yo sufriría la Iglesia. Pero el Cristo permaneció mudo, y en esos casos a don Camilo le venía la fiebre cuartana y se ponía a pan y agua durante días y más días, hasta que el Cristo, compadecido, no le decía: «Basta».

Esta vez, antes de que el Cristo le dijera «basta», don Camilo estuvo a pan y agua siete días, y justamente la tarde del séptimo, cuando para mantenerse en pie tenía que apoyarse en las paredes y el hambre le gritaba en el estómago, Peppone vino a confesarse.

—He contravenido las leyes y la caridad cristiana —dijo Peppone.

—Lo sé —contestó don Camilo.

—Además, apenas usted se alejó, yo regresé, tomé las dos liebres y las he cocinado, una a la cazadora y la otra en escabeche.

—Me lo imaginaba —repuso don Camilo con un hilo de voz. Y cuando luego pasó ante el altar, el Cristo le sonrió, no tanto en atención a los siete días de ayuno cuanto porque don Camilo, contestando «me lo imaginaba», no sintió el deseo de romperle la cabeza a Peppone; por lo contrario, habíase avergonzado profundamente recordando que aquella tarde tuvo por un instante, él también, la misma idea de regresar para hacer lo mismo.

—¡Pobre don Camilo! —susurró el Cristo conmovido.

Don Camilo abrió los brazos como diciendo que él hacía todo lo posible y que si

alguna vez se equivocaba no era por maldad.

—Lo sé, lo sé, don Camilo —dijo el Cristo—. Y ahora ve a comer tu liebre que Peppone ha traído a tu casa ya cocinada.

Incendio doloso



Una noche lluviosa, repentinamente la casa vieja empezó a arder. La casa vieja era una antigua tapera abandonada en la cima de un montículo escarpado. Aun de día la gente dudaba acercarse porque decían que estaba llena de víboras y de fantasmas. Lo extraño del caso era que la casa vieja consistía en una gran pila de piedras, pues hasta las más pequeñas astillas que habían quedado cuando la habían abandonado después de llevarse toda la madera que pudieron, el aire se las había comido. Y ahora la tapera ardía como una fogata.

Mucha gente bajó a la calle y salió del pueblo para contemplar el espectáculo, y no había persona que no se maravillara del suceso.

Llegó también don Camilo, quien se situó en el corrillo que miraba desde el sendero que conducía a la casa vieja.

—Habrá sido una hermosa cabeza revolucionaria la que ha llenado de paja la barraca y luego le ha prendido fuego para festejar alguna fecha importante —dijo en voz alta don Camilo, abriéndose paso a empujones hasta quedar a la cabeza del montón—. ¿Qué dice de esto el señor alcalde?

Peppone ni siquiera se volvió.

—¿Qué quiere que sepa? —rezongó.

—¡Vaya! Como alcalde deberías saberlo todo —repuso don Camilo, que se divertía extraordinariamente—. ¿Se festeja acaso algún acontecimiento histórico?

—No lo diga ni en broma, que mañana se difundirá en el pueblo que nosotros hemos organizado este mal negocio —interrumpió el Brusco que, junto con todos los cabecillas rojos, marchaba al lado de Peppone.

El sendero, al terminar los dos vallados que lo flanqueaban, desembocaba en una ancha meseta pelada como la miseria, en cuyo centro estaba el áspero montículo que servía de basamento a la casa vieja. La distancia a la tapera era de trescientos metros y se la veía llamear como una antorcha.

Peppone se paró y la gente se abrió a su derecha y a su izquierda.

Una ráfaga de viento trajo una nube de humo hacia el grupo.

—Paja… ¡Cómo no!… Esto es petróleo.

La gente empezó a comentar el hecho curioso y algunos se movieron para acercarse más, pero fuertes gritos los detuvieron.

—¡No hagan estupideces!

Algunas tropas se habían detenido en el pueblo y en sus alrededores al final de la guerra; en consecuencia podía tratarse de un depósito de nafta o de bencina colocadas allí por alguna sección, o tal vez escondidas por alguien que las hubiera robado. Nunca se sabe.

Don Camilo se echó a reír.

—¡No hagamos novelas! A mí este asunto no me convence y quiero ver con mis propios ojos de qué se trata.

Y decididamente se separó de la grey y se dirigió a la tapera a pasos rápidos. No había andado cien metros cuando Peppone en dos zancadas lo alcanzó.

—¡Vuélvase usted!

—¿Y con qué derecho te mezclas en mis asuntos? —contestó bruscamente don Camilo, echándose atrás el sombrero y poniéndose los gruesos puños en la cintura.

—¡Se lo ordeno como alcalde! ¡No puedo permitir que un conciudadano se exponga estúpidamente al peligro!

—¿Qué peligro?

—¿No siente qué olor de petróleo y bencina? ¿Sabe usted qué demonios hay allí adentro?

Don Camilo lo miró receloso.

—¿Y tú qué sabes? —preguntó.

—¿Yo? Yo no sé nada, pero tengo el deber de ponerlo en guardia, pues así como hay petróleo podría haber cualquier otra cosa.

Don Camilo se echó a reír.

—He comprendido ¿Sabes de qué se trata? Que te ha entrado el chucho y ahora te mortifica hacer ver a tus secuaces que su jefe toma lecciones de valor civil de un pobre curita reaccionario como es don Camilo.

Peppone apretó los puños.

—Mis hombres me han visto trabajar en los montes y…

—Ahora se trata de trabajar en el llano, compañero alcalde. El chucho de la llanura es distinto del de la montaña.

Peppone se escupió en las manos e hinchando el ancho tórax, marchó hacia el incendio con paso decidido. Había recorrido apenas cincuenta metros cuando don Camilo, que había quedado mirándolo cruzado de brazos, corrió y prontamente se le puso al lado.

—¡Alto! —le dijo, asiéndolo de un brazo.

—¡Alto un cuerno! —gritó Peppone soltándose—. Vaya a regar sus geranios, que yo sigo. ¡Ahora se verá quién de los dos tiene miedo!

Don Camilo habría deseado escupirse en las manos, pero no lo hizo recordando que era el arcipreste. Se limitó, por tanto, a hinchar él también el pecho y a apretar los puños, y siguió marchando.

Caminaron muy juntos, mientras la distancia disminuía, y ya se percibía el calor de las llamas, y los dos, paso a paso, apretaban siempre más los puños y los dientes, estudiándose con el rabo del ojo, esperando cada cual que el otro se parase, pero cada uno decidido a adelantársele al otro.

Ochenta, sesenta, cincuenta metros.

—¡Alto! —dijo una voz a la cual era imposible desobedecer. Los dos se detuvieron en el mismísimo instante, dieron media vuelta y luego echaron a correr veloces como el rayo.

Diez segundos después una tremenda explosión rompía el silencio mientras la tapera saltaba por los aires abriéndose como una flor de fuego.

Peppone y don Camilo volvieron, a encontrarse sentados en el suelo en medio de la carretera. No se veía un alma viviente porque todos habían escapado hacia el pueblo como liebres.

Regresaron por un atajo y caminaron uno junto al otro en silencio.

—Hubiera sido mucho mejor que lo hubiese dejado seguir adelante —refunfuñó de pronto Peppone.

—Eso mismo pienso yo —contestó don Camilo—. Magnífica ocasión perdida.

—Si lo hubiese dejado seguir —continuó Peppone— habría tenido el placer de contemplar al más negro reaccionario del mundo haciendo piruetas en el aire.

—No creo —contestó don Camilo sin volverse—. A los doscientos metros me hubiese detenido.

—¿Y por qué?

—Porque sabía que en la gruta, bajo la casa vieja, había seis latas de bencina, noventa y cinco fusiles ametralladores, doscientas setenta y cinco bombas de mano, dos cajas de municiones, siete ametralladoras y tres quintales de trotil.

Peppone se detuvo y lo miró con ojos desorbitados.

—Nada de extraño —explicó don Camilo—. Antes de prenderle fuego a la bencina he hecho el inventario.

Peppone apretó los puños.

—Ahora yo tendría que matarlo —gritó rechinando los dientes.

—Lo comprendo, Peppone, pero es difícil matarme. Reiniciaron la marcha. Al cabo de un rato Peppone volvió a pararse.

—¡Entonces usted conocía el peligro y sin embargo llegó hasta cincuenta metros!

—Se comprende; lo sabía como lo sabías tú —contestó don Camilo—. Estaba en danza nuestro valor personal.

Peppone meneó la cabeza.

—No hay nada que hacerle: somos dos grandes tipos. Lástima que usted no sea uno de los nuestros.

—Lo mismo pienso yo: lástima que no seas uno de los nuestros.

Se separaron delante de la casa parroquial.

—En el fondo usted me ha hecho un favor —dijo Peppone—. Toda esa maldita mercadería me pesaba en la conciencia como la espada de Damocles.

—Anda despacio con las citas históricas, Peppone —dijo don Camilo.

—Sin embargo —continuó Peppone— ha dicho usted que las ametralladoras eran siete cuando en realidad eran ocho. ¿Quién habrá tomado la otra?

—No te preocupes, la he tomado yo. Cuando estalle la revolución proletaria, quédate a distancia de la casa parroquial.

—Nos volveremos a ver en el Infierno —masculló Peppone, marchándose.

Don Camilo fue a arrodillarse ante el Cristo del altar.

—Os agradezco —dijo—. Os agradezco por habernos dado el alto. ¡Si no lo hubierais hecho, habría sido un lío!

—No creo —contestó el Cristo sonriendo—. Sabiendo a donde ibas, seguir habría sido para ti un suicidio y hubieras retrocedido lo mismo.

—Lo sé, pero de todos modos es preciso no confiar demasiado en la propia fe. A veces el orgullo nos pierde.

—Dime: ¿cómo es esa historia de la ametralladora? ¿Has tomado de veras esa máquina infernal?

—No —contestó don Camilo—. Eran ocho y las ocho volaron. Pero es útil que ésos crean que tengo aquí una ametralladora.

—Bien —dijo el Cristo—. Bien, si fuera cierto. Lo malo es que tú has tomado de veras ese maldito artefacto. ¿Por qué eres tan mentiroso, don Camilo? Don Camilo abrió los brazos.

El tesoro



Llegó a la casa parroquial el Flaco, un joven excombatiente de la resistencia que oficiaba de mensajero de Peppone cuando éste luchaba en los montes, y que ahora estaba empleado de mandadero en la Municipalidad. Traía una carta grande, de lujo, escrita a mano en letra gótica y con el membrete del partido.

Vuestra Señoría queda invitada a honrar con su presencia la ceremonia de proyecciones sociales que se desarrollará mañana a las 10 horas en la Plaza de la Libertad.

El Secretario del Comité,
compañero Bottazzi, Alcalde Giuseppe

Don Camilo se encaró con el Flaco.

—Dile al compañero Peppone, alcalde Giuseppe, que no tengo ningún deseo de ir a escuchar las acostumbradas pamplinas contra la reacción y los capitalistas. Las sé de memoria.

—No —explicó el Flaco—, no habrá discursos políticos. Será una ceremonia patriótica de proyecciones sociales. Si usted se niega a concurrir significa que no entiende nada de democracia.

Don Camilo meneó gravemente la cabeza.

—Si las cosas son así, no he dicho nada.

—Bien. Dice el jefe que vaya de uniforme y con todos los utensilios.

—¿Qué utensilios?

—Sí, el baldecito y el pincel; hay mucho que bendecir.

El Flaco hablaba de este modo a don Camilo precisamente porque era el Flaco un tipo que por su talla especial y agilidad diabólica, en la montaña podía pasar entre las balas sin recibir un rasguño. Así, cuando el grueso libro lanzado por don Camilo llegó donde estaba la cabeza del Flaco, este ya había saltado fuera de la rectoral y

apretaba los pedales de su bicicleta.

Don Camilo se levantó, recogió el libro y fue a desahogarse con el Cristo del altar.

—Jesús —dijo—, ¿será posible que no se pueda saber qué están tramando esos para mañana? Nunca vi cosa tan misteriosa. ¿Qué significarán todos estos preparativos? ¿Qué significan los ramos que están plantando en torno del prado entre la farmacia y la casa de los Baghetti? ¿Qué diablura estarán maquinando?

—Hijo, si fuese una diablura, en primer lugar no la harían a la vista de todos y secundariamente no te llamarían para la bendición. Ten paciencia hasta mañana.

Por la noche don Camilo fue a dar un vistazo, pero no vio sino ramos y festones en torno del prado y nadie sabía nada. Cuando por la mañana partió seguido por dos acólitos, le temblaban las piernas. Sentía que algo no funcionaba bien en el asunto. Presentía una traición.

Volvió al cabo de una hora, deshecho y afiebrado.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó el Cristo del altar.

—Una cosa como para hacer erizar el cabello —balbuceó don Camilo—. Algo horrendo. Banda, himno de Garibaldi, discurso de Peppone y colocación de la piedra fundamental de la «Casa del Pueblo». Y yo he debido bendecir la piedra. Peppone reventaba de satisfacción. Y el pillastre me ha invitado a decir dos palabras, de modo que también he debido pronunciar un discursito de circunstancias. Porque aunque se trata de un acto del partido, el bellaco lo ha presentado como una obra pública.

Don Camilo se paseó de arriba abajo por la iglesia desierta, luego se paró delante del Cristo.

—Casi nada —exclamó—. Sala de tertulia y de lectura, biblioteca, gimnasio, dispensario y teatro. Un rascacielos de dos pisos, con campo de deportes anexo y cancha de bochas. Todo eso por la miserable suma de diez millones.

—No es caro, dados los precios actuales —observó el Cristo.

Don Camilo se desplomó en un banco.

—Jesús —suspiró dolorido—, ¿por qué me habéis hecho este agravio?

—¡Don Camilo, tú desvarías!

—No; no desvarío. Hace diez años que os ruego de rodillas que me ayudéis a conseguir algún dinero para instalar una pequeña biblioteca. Una sala de recreos para los niños con calesita y columpios, y, de ser posible, una pileta chica de natación como la de Castellina. Hace diez años que me afano haciendo cumplimientos a esos puercos propietarios tacaños que de buena gana abofetearía cuando los encuentro; he combinado doscientas loterías, he llamado a dos mil puertas y no he conseguido nada. Llega ese pícaro excomulgado y le llueven del cielo diez millones en el bolsillo.

El Cristo meneó la cabeza.

—No le han llovido del cielo —dijo—. Los ha encontrado en la tierra. Yo nada

tengo que ver en el asunto; es fruto de su iniciativa personal.

Don Camilo abrió los brazos.

—Entonces la cosa es simple: significa que yo soy un pobre estúpido.

Don Camilo, ya en su casa, recorría rugiendo su habitación. Descartó que Peppone hubiese conseguido los diez millones asaltando a la gente en la calle o forzando la caja de caudales de un banco.

—Ése, los días de la liberación, cuando bajó de los montes y parecía que estaba por estallar la revolución proletaria de un momento a otro, debe de haber explotado el miedo de esos cobardes de ricachos y haberles sonsacado plata.

Pensó luego que en aquellos días no había un solo rico en el pueblo; en cambio había un retén inglés llegado junto con los hombres de Peppone. Los ingleses se habían alojado en las casas de los señores, ocupando el lugar dejado libre por los alemanes, quienes, dueños del pueblo bastante tiempo, habían limpiado racionalmente las casas de todo lo mejor. Luego, ni siquiera se podía pensar que Peppone se hubiese procurado los diez millones saqueando.

¿Acaso el dinero le venía de Rusia? Se puso a reír. ¡Cómo imaginar que los rusos tengan en cuenta a Peppone!

—Jesús —le fue a implorar por fin don Camilo—. ¿No puedes decirme de dónde ha sacado el dinero Peppone?

—Don Camilo —respondió el Cristo sonriendo—, ¿me has tomado por un agente de investigaciones? ¿Por qué pedir a Dios cuál es la verdad cuando ella está dentro de ti? Búscala, don Camilo, y entre tanto, para distraerte un poco podrías dar un paseo hasta la ciudad.

La tarde siguiente, volviendo de su viajecito a la ciudad, don Camilo se presentó al Cristo en un estado de agitación impresionante.

—¿Qué te sucede, don Camilo?

—Una cosa enloquecedora —exclamó éste jadeante—. ¡He encontrado un muerto! ¡Cara a cara en la calle!

—Don Camilo, ¡cálmate y razona! Habitualmente los muertos con quienes uno se encuentra cara a cara en la calle están vivos.

—Lo excluyo —gritó don Camilo—. El mío es un muerto-muerto, porque yo mismo lo llevé al cementerio.

—Si es así —repuso el Cristo— no tengo nada que decir. Será un fantasma.

Don Camilo se encogió de hombros.

—¡Tampoco! Los fantasmas existen solamente en la cholla de las mujeres estúpidas.

—¿Y entonces?

—Vaya uno a averiguar —refunfuñó don Camilo.

Don Camilo ordenó sus ideas. El muerto era un mocetón flaco, no del pueblo, que había bajado de los montes junto con los hombres de Peppone. Estaba herido en la cabeza, maltrecho, y lo habían depositado en la planta baja de la villa Docchi, que había sido la sede del comando alemán y después del comando inglés.

En la pieza contigua a la del herido, Peppone había instalado su despacho-comando.

Don Camilo recordaba perfectamente. La villa estaba rodeada de tres puestos de centinelas ingleses y no entraba ni salía una mosca, porque allí cerca se combatía y los ingleses aman particularmente su pellejo.

Esto había ocurrido por la mañana; la misma noche el mozo herido había muerto. Peppone mandó llamar a don Camilo hacia la media noche, pero cuando don Camilo llegó, el muchacho estaba ya frío. Los ingleses no querían muertos en la casa y al mediodía el ataúd con el pobre muchacho salía de la villa llevado en peso por Peppone y sus tres hombres más fieles, cubierto por una bandera tricolor. Un pelotón armado de ingleses —¡oh qué buenos!— le había rendido honores.

Don Camilo recordaba que la ceremonia fúnebre había sido muy conmovedora: todo el pueblo había seguido el féretro, que iba en una cureña de cañón.

Y el discurso en el cementerio, antes de echar el cajón a la fosa lo había dicho él, don Camilo, y la gente lloraba. También Peppone, que estaba en primera fila, sollozaba.

—¡Cuándo me empeño, yo sé hablar! —díjose complacido don Camilo evocando el episodio. Luego reanudó el hilo lógico de su discurso y concluyó—: Y con todo ello estoy dispuesto a jurar que el muchacho flaco que encontré hoy en la ciudad es el que conduje a la sepultura.

Suspiró.

—¡Así es la vida!

Al día siguiente don Camilo fue a buscar en su taller a Peppone, a quien encontró trabajando echado bajo un automóvil.

—Buen día, compañero alcalde. He venido para decirte que desde hace dos días estoy pensando en la descripción de tu Casa del Pueblo.

—¿Qué le parece? —preguntó Peppone riendo maliciosamente.

—Magnífica. Me he decidido a edificar ese pequeño local con piscina, jardín, campo de juegos, teatrito, etcétera, que como sabes, tengo en la cabeza desde hace tantos años. Pondré la piedra fundamental el próximo domingo y estimaré mucho que tú, como alcalde, estés presente.

—Con mucho gusto; cortesía por cortesía.

—Bien. Entre tanto, procura achicar un poquito el plano de tu casa. Es demasiado grande, en mi opinión.

Peppone lo miró asombrado.

—Don Camilo, ¿desvaría?

—No mucho más de aquella vez que oficié una función fúnebre con discurso patriótico ante un cajón de muerto que no debía estar bien cerrado porque ayer encontré el cadáver de paseo por la ciudad.

Peppone rechinó los dientes.

—¿Qué quiere usted insinuar?

—Nada; ese ataúd al que los ingleses presentaron armas y que yo bendije, estaba lleno de objetos hallados por ti en la villa Dottí, donde antes estuvo el comando alemán. Y el muerto estaba vivo y escondido en el desván.

—¡Ah! —gritó Peppone—. ¡Volvemos a la vieja a historia! ¡Se trata de difamar el movimiento de la Resistencia!

—Deja en paz la Resistencia, Peppone. A mí no me engañas.

Peppone mascullaba oscuras amenazas.

Esa misma tarde don Camilo lo vio llegar a la casa parroquial acompañado por el Brusco y otros dos tipos, los mismos que habían alzado el ataúd.

—Usted —dijo ceñudo Peppone— tiene poco que insinuar. Todas eran cosas robadas por los alemanes: platería, máquinas fotográficas, instrumentos, oro, etcétera.

Si no las tomábamos nosotros, lo mismo lo habrían hecho los ingleses. Era el único modo de sacarlas de allí. Aquí tengo recibos y testimonios: nadie ha tocado una lira. Se han logrado diez millones de provecho, y diez millones serán gastados en beneficio del pueblo.

El Brusco, que era fogoso, se puso a gritar que tal era la verdad y que él por las dudas sabía muy bien cómo tratar a cierta gente.

—Yo también —repuso don Camilo con calma. Y dejó caer el diario que tenía extendido ante sí, y entonces se vio que bajo el brazo derecho llevaba el famoso ametrallador que un tiempo fuera de Peppone.

El Brusco palideció y dio un salto atrás, mientras Peppone abría los brazos.

—Don Camilo, me parece que no es del caso reñir.

—Lo mismo me parece a mí —dijo don Camilo—. Tanto más cuanto que estoy de acuerdo con ustedes: diez millones se han reunido y diez millones deben ir a beneficiar al pueblo. Siete para vuestra Casa del Pueblo y tres para mi recreo-jardín para los hijos del pueblo. *Sinite parvulos venire ad me.* Yo exijo solamente mi parte.

Los cuatro se consultaron en voz baja.

—Si usted no tuviese esa maldita herramienta en las manos, le responderíamos que éste es el más vil chantaje del universo.

El domingo siguiente el alcalde Peppone presenció con todas las autoridades la colocación de la piedra fundamental del recreo-jardín de don Camilo. Y hasta pronunció un discursito. Pero encontró la oportunidad de susurrar a don Camilo:

—Esta primera piedra tal vez habría sido mejor empleada atándosela al cuello y

después arrojándolo al Po.

Al atardecer don Camilo fue a referir lo ocurrido al Cristo del altar.

—¿Qué me decís? —preguntó al fin.

—Eso que te dijo Peppone: si tú no tuvieses esa maldita herramienta en las manos diría que éste es el más vil chantaje del mundo.

—Pero yo en la mano no tengo más que el cheque que me ha entregado Peppone —protestó don Camilo.

—Justamente —susurró el Cristo—. Con estos tres millones harás demasiadas cosas buenas y hermosas, don Camilo, para que yo pueda maltratarte.

Don Camilo se inclinó y fue a dormir y a soñar con un jardín lleno de chicos, un jardín con calesita y columpio, y en el columpio el hijo menor de Peppone, que gorjeaba como un pajarito.

Rivalidad



Llegó de la ciudad un personaje importante y la gente acudió a escucharlo de todos los distritos. Peppone había dispuesto que el mitin tuviese lugar en la plaza grande, y no sólo hizo levantar un hermoso palco tapizado de rojo sino que se procuró también una de esas camionetas que tienen en el techo cuatro grandes bocinas y adentro el mecanismo eléctrico para amplificar la voz.

La tarde de aquel domingo, pues, la plaza estaba repleta de gente, que invadía hasta el atrio de la iglesia, confinante con la plaza.

Don Camilo había cerrado todas las puertas y se había retirado a la sacristía para no ver a nadie, no oír a nadie y no hacerse mala sangre. Dormitaba, cuando una voz que parecía la de la cólera divina, lo hizo sobresaltar: *«¡Compañeros*…!.»

Como si las paredes no existieran.

Don Camilo fue a desahogar su indignación con el Cristo del altar mayor.

—Deben haber apuntado una de sus malditas bocinas justamente contra nosotros —exclamó—. Ésta es una verdadera violación de domicilio.

—¿Qué vas a hacerle, don Camilo? Es el progreso —repuso el Cristo.

Después de una premisa genérica, el orador había entrado enseguida en el fondo de la cuestión, y como era un extremista, cargaba sin miramientos.

«¡Es necesario mantenerse en la legalidad y nos mantendremos! ¡Aun a riesgo de tener que empuñar el ametrallador y de fusilar a todos los enemigos del pueblo…!.»

Don Camilo piafaba como un caballo.

—Jesús, ¿oís qué cosas?

—Oigo, don Camilo; desgraciadamente, oigo.

—Jesús, ¿por qué no disparáis un rayo en medio de esa canalla?

—Don Camilo, permanezcamos en la legalidad. Si para hacer comprender a uno que se equivoca, tú lo dejas tendido de un escopetazo, ¿quieres decirme con qué objeto me habría dejado yo colgar en la cruz?

Don Camilo abrió los brazos.

—Tenéis razón; no nos queda sino esperar que también a mí me cuelguen en la cruz.

El Cristo sonrió.

—Si en lugar de hablar y después pensar en lo que has dicho, antes pensaras lo que debes decir y luego hablases, evitarías arrepentirte de haber dicho tonteras.

Don Camilo bajó la cabeza.

«*…en cuanto a aquellos que, escondiéndose a la sombra del crucifijo, intentan disgregar con el veneno de sus palabras ambiguas a la masa de los trabajadores*….»

La voz del altoparlante, llevada por el viento, llenó la iglesia e hizo temblar los vidrios rojos, amarillos y azules de las ventanitas góticas.

Don Camilo aferró un grueso candelabro de bronce y empuñándolo como una clava se dirigió a la puerta rechinando los dientes.

—¡Don Camilo, detente! —le gritó el Cristo—. Tú no saldrás de aquí hasta que se hayan marchado todos.

—Está bien —contestó don Camilo, colocando en su sitio el candelabro—. Obedezco.

Caminó de arriba abajo por la iglesia y luego se detuvo ante el Cristo.

—¿Aquí adentro puedo hacer lo que quiero?

—Naturalmente, don Camilo, estás en tu casa y puedes hacer lo que gustes. Menos asomarte a la ventana y disparar tu escopeta contra la gente.

Tres minutos después, don Camilo, brincando alegremente en el campanario, estaba ejecutando el más infernal *carrillón* que jamás se había oído en el pueblo.

El orador debió interrumpirse y se volvió a los cabecillas del lugar, que estaban detrás de él en el palco.

—Es preciso hacerlo callar —gritó indignado. Peppone aprobó gravemente, meneando la cabeza.

—Es preciso —dijo—. Los sistemas para hacerlo callar son dos: o hacer explotar una mina bajo la torre o tomarla a cañonazos.

El orador le reprochó tales tonterías. ¡Caramba! ¡No era muy difícil derribar la puerta de la torre y subir!

—Eso es relativo —explicó Peppone con calma—. Se sube a la torre de piso en piso por medio de escaleritas de mano. ¿Ve, compañero, eso que asoma de la ventanilla de la izquierda del campanario? Son todas las escaleras que el campanero ha retirado a medida que subía. Cerrada la puerta del último piso, el campanero queda aislado del mundo.

—Se podría probar a disparar contra las ventanas del campanario —propuso el Flaco.

—Sí —aprobó Peppone—, pero se necesitaría estar seguros de alcanzarlo con el primer tiro; de lo contrario empezará a disparar él y entonces se arma Troya.

Las campanas callaron y el orador volvió a hablar. Todo marchó bien mientras no soltó algo que no fue del gusto de don Camilo. Porque apenas lo hizo,

inmediatamente don Camilo le retrucó con las campanas. Y luego dejó de repicar, y luego repicó de nuevo, y así siguió la polémica hasta el latiguillo final, que por ser una simple peroración patética y patriótica, fue respetada por el campanero censor.

Al atardecer, Peppone encontró a don Camilo.

—Cuidado, don Camilo, que a fuerza de provocar acabará mal.

—Ninguna provocación —contestó calmosamente don Camilo—. Ustedes hacen sonar sus trompetas y nosotros hacemos sonar nuestras campanas[2]. Esto es la democracia, compañero. Si en cambio ha de serle permitido sonar a uno solo, eso es dictadura.

Peppone no contestó, pero una mañana don Camilo vio emplazados delante de la iglesia, a medio metro de la línea que dividía el atrio de la plaza, una calesita, un columpio, tres tiros al blanco, una montañita rusa, una pista eléctrica, el «muro de la muerte» y un número indeterminado de otras barracas de feria.

El empresario de ese parque de diversiones le hizo ver el permiso firmado por el alcalde y don Camilo se limitó a recogerse en la rectoral. Esa misma tarde empezó el infierno: organitos, altoparlantes, estampidos, gritos, cantos, campanillas, silbidos, bramidos, mugidos.

Don Camilo fue a protestar ante el Cristo.

—Esto es una falta de respeto a la casa de Dios —exclamó.

—¿Hay algo de inmoral, de escandaloso? —se informó el Cristo.

—No; calesitas, columpios, pequeños automóviles, cosas más bien para niños.

—Entonces esto es simplemente democracia.

—¿Y esta maldita bulla? —preguntó don Camilo.

—También la bulla es democracia, mientras se mantenga dentro de la legalidad. Más allá del atrio manda el alcalde, hijo mío.

La casa parroquial estaba a treinta metros de la iglesia y su frente daba sobre la plaza. Y justamente bajo la ventana habían instalado una máquina que despertó enseguida la curiosidad de don Camilo. Era una pequeña columna de un metro de alto, con una especie de hongo tapizado de cuero, encajado en la cima. Detrás, otra columnita más delgada y más alta sostenía un gran cuadrante marcado de 1 a 1.000: un medidor de fuerzas. Se daba un puñetazo en el hongo y la aguja señalaba los grados. Espiando a través de las celosías, don Camilo empezó a divertirse. A las once de la noche el punto máximo alcanzado era 750 y lo marcó Badil, el vaquero de los Gretti, que tenía unos puños que parecían bolsas de papas.

Luego, de improviso y rodeado de su estado mayor, llegó el compañero Peppone. La gente corrió a verlo y todos gritaban «¡Fuerza, fuerza!» Peppone entonces se quitó el saco, se arremangó y se plantó frente a la máquina midiendo con el puño la distancia. Se hizo un silencio y aun a don Camilo se le saltó el corazón.

El puño fulguró en el aire y se abatió sobre el hongo.

—¡Novecientos cincuenta! —gritó el dueño del aparato—. ¡Solamente en 1939 vi en Génova alcanzar esta marca por un descargador del puerto!

La muchedumbre aulló entusiasmada.

Peppone volvió a ponerse el saco, después alzó la cabeza y miró a la ventana detrás de la cual estaba escondido don Camilo.

—¡Si a alguno le interesa —dijo Peppone en voz alta—, sepa que en la altura 950 soplan malos vientos! Todos miraron la ventana de don Camilo y rieron burlonamente.

Don Camilo fue a acostarse temblando de ira. La noche siguiente estaba otra vez allí, escondido detrás de la ventana y esperando ansioso las once. Y nuevamente llegó Peppone con su estado mayor, se quitó el saco, se arremangó y disparó el puñetazo sobre el hongo.

—¡Novecientos cincuenta y uno! —aulló la muchedumbre. Y todos volvieron a mirar hacia la ventana de don Camilo, con aires de burla. También lo hizo Peppone.

—Si a alguno le interesa —dijo alzando la voz tenga presente que en la altura 951 soplan malos vientos.

Don Camilo se metió en cama con fiebre. El día siguiente fue a arrodillarse ante el Cristo:

—Jesús —suspiró—, esto me arroja al precipicio.

—Sé fuerte y resiste, don Camilo.

Por la noche, éste enderezó a la ventana como si marchara al patíbulo. Ya la noticia había corrido por el pueblo y todos se preparaban para presenciar el espectáculo. Y cuando apareció Peppone, se oyó serpear un murmullo: «¡Ya vino!»

Peppone miró hacia arriba, burlón, se quitó el saco, alzó el puño y la gente enmudeció.

—¡Novecientos cincuenta y dos!

Don Camilo vio millones de ojos fijos en su ventana y entonces perdió la luz de la razón y se abalanzó fuera de la casa.

—Si a alguno…

Peppone no pudo terminar de decir que en la altura 952 soplan malos vientos, pues ya don Camilo estaba ante él. La multitud gruñó, luego guardó silencio.

Don Camilo hinchó el pecho, se plantó firmemente sobre los pies, arrojó al suelo el sombrero y se persignó. Luego levantó el formidable puño y descargó un mazazo sobre el hongo.

—¡Mil! —aulló la muchedumbre.

—Si a alguno le interesa, sepa que en la altura mil soplan malos vientos —dijo don Camilo.

Peppone se había puesto pálido y los hombres de su estado mayor lo miraban de reojo entre desilusionados y ofendidos. Otros reían contentos.

Peppone miró en los ojos a don Camilo, se quitó de nuevo el saco, se plantó delante de la máquina y alzó el puño.

—Jesús —susurró deprisa don Camilo.

El puño de Peppone hendió el aire.

—¡Mil! —gritó el gentío. Y el estado mayor de Peppone brincó de júbilo.

—A la altura mil soplan malos vientos para todos —concluyó el Tuerto—. Es mejor quedarse en el llano.

Peppone se alejó triunfante por su lado y don Camilo también triunfante por el otro.

—Jesús —dijo don Camilo cuando estuvo delante del Cristo—. Te agradezco. He tenido un miedo bárbaro.

—¿De no hacer mil?

—No; de que no hiciese mil también ese testarudo. Me habría pesado en la conciencia.

—Lo sabía y yo lo he ayudado —respondió sonriendo el Cristo—. Por lo demás, apenas te ha visto, también Peppone tuvo miedo de que no pudieras llegar a 952.

—Quizás —rezongó don Camilo, a quien de tanto en tanto le agradaba mostrarse escéptico.

Expedición punitiva



Los jornaleros se reunieron en la plaza y empezaron a alborotar reclamando trabajo a la Municipalidad, pero la Municipalidad no tenía recursos, y entonces el alcalde Peppone se asomó al balcón y les gritó que se mantuviesen en calma, que él estaba pensando cómo arreglar las cosas.

—Provéanse de automóviles, motocicletas, camiones y birloches y tráiganmelos aquí a todos dentro de una hora —ordenó Peppone a sus segundos, reunidos en su despacho.

Emplearon tres horas, pero al fin todos los más adinerados propietarios y arrendatarios del municipio estaban reunidos, pálidos y turbados, mientras abajo la multitud rumoreaba.

Peppone se explicó pronto.

—Yo siempre llego donde puedo llegar —dijo bruscamente—. La gente que tiene hambre quiere pan y no lindas palabras: o ustedes entregan mil liras por hectárea, y con eso se podrá dar trabajo en obras de utilidad pública a esos hombres, o yo, como alcalde y jefe de las masas trabajadoras, me lavo las manos.

El Brusco se asomó al balcón y explicó a la gente que el alcalde había dicho esto y lo otro. Más tarde haría saber qué contestaban los propietarios. La gente respondió con un alarido que hizo palidecer a los notificados.

La discusión no duró mucho y más de la mitad firmó la promesa de ofrecer espontáneamente un tanto por hectárea. Ya parecía que todos iban a firmarla, cuando, llegados al viejo Verola, el arrendatario de Campolargo, el negocio no siguió adelante.

—No firmo ni aunque me maten —dijo Verola—. Cuando se dicte la ley, entonces pagaré; ahora no doy un cobre.

—Iremos a tomarlos —gritó el Brusco.

—Sí, sí —masculló el viejo Verola, el cual, entre hijos, hijos de los hijos, maridos de las hijas y nietos podía reunir en Campolargo unas quince escopetas de buena puntería.

—Sí, sí: el camino ustedes lo conocen.

Los que ya habían firmado se mordieron los labios de rabia y los demás dijeron:

—Si no firma Verola, tampoco firmamos nosotros.

El Brusco refirió a los de la plaza el incidente y los de la plaza pidieron a gritos que echaran abajo a Verola o que subirían ellos a buscarlo. Pero Peppone se presentó en el balcón y les aconsejó que no hiciesen estupideces.

—Con lo que hemos obtenido podemos tirar adelante dos meses. Entre tanto, sin salirnos de la legalidad, como hemos procedido hasta ahora, encontraremos el modo de convencer a Verola y a los otros.

Aparentemente todo quedó en regla y Peppone en persona acompañó en su automóvil a Verola para convencerlo. Mas, por toda contestación, cuando bajó frente al puentecito de Campolargo, el viejo dijo:

—A los setenta años se tiene un solo miedo: el de tener que vivir aún muchos más.

Al cabo de un mes las cosas estaban en el mismo punto que al principio y la gente se envenenaba siempre más, cuando una noche reventó la bomba.

Don Camilo fue avisado por la mañana temprano y voló a Campolargo en bicicleta. Encontró a todos los Verola en un campo, en fila, con los brazos cruzados y mirando al suelo, mudos como piedras.

Don Camilo adelantó unos pasos y quedó sin aliento: media hilera de vides había sido cortada al pie y los sarmientos abandonados entre la hierba parecían culebras negras. En un olmo habían clavado un letrero con esta inscripción: «Primer aviso».

A un campesino cortadle una pierna antes que una vid: le causaréis menos daño. Don Camilo regresó aterrorizado como si hubiese visto media hilera de gente asesinada.

—Jesús —dijo al Cristo—, aquí no cabe sino buscarlos y ahorcarlos.

—Don Camilo —contestó el Cristo—, dime un poco: ¿si te duele la cabeza, tú te la cortas para curar el mal?

—¡Pero las víboras venenosas se aplastan! —gritó don Camilo.

—Cuando mi padre creó el mundo hizo una distinción precisa entre los animales y los hombres. En tal virtud, todos aquellos que pertenecen a la categoría de los hombres son siempre hombres, hagan lo que hagan, y deben ser tratados como tales. De otra manera en vez de descender a la tierra para redimirlos, dejándome clavar en la cruz, ¿no hubiera sido mucho más simple aniquilarlos?

Aquel domingo don Camilo habló en la iglesia de las vides asesinadas, con tanta emoción y lirismo como si se las hubiesen cortado a su padre, que era campesino. Pero cuando en un momento dado vio a Peppone entre los feligreses, se tornó sarcástico.

—Agradezcamos al Eterno que ha colocado el sol alto en el cielo e inalcanzable; de otro modo, alguien, para molestar al adversario político, vendedor de anteojos ahumados, ya lo habría apagado. Escucha, pueblo, la voz de tus jefes: ellos poseen la verdadera sabiduría, ellos te enseñan que para castigar al zapatero antipático, debes

cortarte los pies.

Y continuó mirando a Peppone como si el discurso le fuera destinado.

Al atardecer, Peppone apareció en la casa parroquial, sombrío.

—Esta mañana usted la tenía conmigo —dijo.

—Yo me meto solamente con aquellos que llenan la cabeza de la gente con ciertas teorías —respondió don Camilo.

Peppone apretó los puños.

—Don Camilo, ¿no supondrá usted que yo les he sugerido a esos la idea de destruir las vides de Verola?

Don Camilo movió la cabeza.

—No; tú eres un violento, pera no eres un vil. Sin embargo, eres tú quien desencadena a esa gente. —Yo procuro frenarla, en cambio; pero se me escapa.

Don Camilo se levantó y fue a plantarse con las piernas abiertas delante de Peppone.

—Peppone —dijo—: ¡tú sabes quién ha sido el que cortó las vides!

—No sé nada —exclamó Peppone.

—Tú sabes quién ha sido, Peppone, —y si no te has vuelto el último de los bribones o de los imbéciles, sabes también que tu deber es denunciarlos.

—Yo no sé nada —insistió Peppone.

—Tú debes hablar, no sólo por el daño material y moral que significa la destrucción de treinta vides. Es como un punto que se corre en una malla: o lo detienes enseguida o mañana la malla estará rota. Si sabiendo, tú no intervienes, te pareces al hombre que ve la colilla encendida en el pajar y no la apaga. ¡En poco más toda la casa estará destruida por culpa tuya! No por culpa de quien ha arrojado la colilla, así lo haya hecho dolosamente.

Peppone insistió en que nada sabía, pero don Camilo lo acosaba y le quitaba el aliento hasta que al fin se rindió.

—¡No hablaré aunque me degüellen! Los de mi partido son personas decentes, y por tres sinvergüenzas…

—He comprendido —lo interrumpió don Camilo.

—Si mañana se supiese la cosa, los otros se volverían tan agresivos y descarados que sería el caso de andar a los balazos.

Don Camilo se paseó de arriba abajo y de pronto sé detuvo.

—¿Admites cuando menos que esos sinvergüenzas merecen un castigo? ¿Admites que es preciso proceder de manera que no repitan el crimen que han cometido?

—Sería un cerdo si no lo admitiese.

—Perfectamente —concluyó don Camilo—. Espérame.

Veinte minutos después regresó vestido de fustán, a lo cazador, con botas y una gorra en la cabeza.

—Vamos —dijo poniéndose la capa.

—¿Adónde?

—A la casa del primero de los tres. Te explicaré por el camino.

La noche era oscura y ventosa; no transitaba un alma por las calles. Llegado a las inmediaciones de una casa apartada, don Camilo se embozó hasta los ojos y se ocultó en la zanja. Entre tanto Peppone llamó a la puerta, entró y al rato salió con un hombre. Instantáneamente don Camilo saltó de la zanja y «¡manos arriba!», gritó, sacando el ametrallador. Los dos levantaron los brazos. Don Camilo los enfocó con la linterna.

—Tú sigue sin volver la cabeza —dijo a Peppone, y éste se fue sin decir palabra.

Don Camilo empujó al otro en medio de un campo, lo hizo tenderse en el suelo boca abajo y le arrimó diez latigazos en las asentaderas, capaces de erizar el pelo a un hipopótamo.

—Primer aviso —explicó—. ¿Has comprendido?

El hombre asintió con la cabeza.

Don Camilo encontró a Peppone en el sitio convenido.

Al segundo fue más fácil atraparlo porque mientras don Camilo, escondido tras la choza del horno, planeaba con Peppone un plan diverso del primero, el hombre salió con un balde en busca de agua, y el cura lo cazó al vuelo. Terminado el trabajo, también el segundo tomó buena nota de que se trataba del primer aviso y dijo que había comprendido.

Don Camilo tenía el brazo dolorido porque había hecho las cosas a conciencia y fue a sentarse a fumar su medio toscano junto a Peppone detrás de un matorral. Luego, el sentido del deber volvió a ganarlo, y apagando el cigarro contra la corteza de un árbol, dijo:

—Ahora el tercero.

—El tercero soy yo —dijo Peppone.

Don Camilo se sintió desfallecer.

—¿Tú? —balbuceó—. ¿Y por qué?

—¿Si no lo sabe usted que tiene relaciones con el Padre Eterno, cómo quiere que lo sepa yo? —gritó Peppone.

Luego arrojó la capa, se escupió en las manos y abrazó con rabia el tronco de un árbol.

—¡Pega, cura maldito! —gritó rechinando los dientes—. ¡Pega, o pego yo!

Don Camilo meneó la cabeza y se alejó sin hablar.

—Jesús —dijo don Camilo consternado cuando se presentó delante del altar—. Jamás hubiera imaginado que Peppone…

—Don Camilo: lo que has hecho esta noche es horrendo —lo interrumpió el Cristo—: Yo no admito que un sacerdote mío llevé a cabo expediciones punitivas.

—Jesús, perdonad a vuestro indigno hijo —susurró don Camilo—. Perdonadme como el Padre Eterno os perdonó cuando sacasteis a latigazos del templo a los mercaderes que lo deshonraban.

—Don Camilo —dijo el Cristo serenado—, quiero esperar que no me reprocharás un pasado de escuadrista[3].

Don Camilo se puso a caminar sombrío por la iglesia desierta. Estaba ofendido, humillado. El asunto de Peppone asesino de vides no lo podía tragar.

—Don Camilo —lo llamó el Cristo—. ¿Por qué te mortificas? Peppone ha confesado y se ha arrepentido. El malo eres tú que no lo absuelves. Cumple tu deber, don Camilo.

Solo en su taller desierto, Peppone estaba metido bajo el capot del camión ajustando con rabia un tornillo, cuando entró don Camilo. Peppone permaneció inclinado sobre el motor y don Camilo le aplicó diez latigazos en el trasero.

—Ego te absolvo —dijo acomodándole un puntapié extra—. Esto va por lo de cura maldito.

—Serán agradecidos —dijo Peppone, apretando los dientes, siempre con la cabeza metida dentro del camión.

—El porvenir está en las manos de Dios —suspiró don Camilo.

Al retirarse arrojó lejos el azote y durante la noche soñó que el látigo arraigaba en la tierra y le brotaban hojas, flores y pámpanos y seguidamente se cargaba de racimos de uva dorada.

La bomba



Eran los días que en el Parlamento y en los diarios los políticos se agarraban de los pelos por causa de aquel famoso artículo 4° que luego resultó ser el 7°[4], y como entraban en danza la Iglesia y la religión, don Camilo no había vacilado en meterse hasta el pescuezo en la tormenta.

Cuando estaba seguro de trabajar por una causa justa, don Camilo procedía como un carro blindado, y de ese modo, como los otros hacían de la cuestión sobre todo un problema partidario y veían en la aprobación del artículo una victoria del más poderoso adversario político, las relaciones entre don Camilo y los rojos eran muy tirantes y soplaban vientos de garrotazos.

—Nosotros queremos que el día en que sea rechazado el artículo sea de regocijo para todos —había dicho Peppone a los suyos, en una reunión—. Por lo tanto, participará también en los festejos nuestro reverendo arcipreste.

Y había impartido directivas para la confección de un magnífico don Camilo de paja y trapos, que sería conducido al cementerio con gran pompa y al son de la música, con este gran letrero sobre la panza: «Artículo 4°».

Naturalmente, don Camilo lo había sabido enseguida y se apresuró a Hacer preguntar a Peppone si, habiendo él, don Camilo, determinado abrir un círculo de mujeres católicas en el comité de la Sección, el compañero Peppone estaba dispuesto a cederle las habitaciones lo más pronto posible, sin esperar el día de la aprobación del artículo.

La mañana siguiente aparecieron en el atrio el Brusco y otros cinco o seis de la barra, quienes se pusieron a discutir en voz alta, indicando con amplios ademanes esta o aquella parte de la casa parroquial.

—Yo opinaría hacer el salón de baile utilizando toda la planta baja y situar el bufet en el primer piso.

—También se podría abrir una puerta en el muro divisorio y unir la planta baja con la capilla de San Antonio; levantar una pared para aislar la iglesia y poner el bufet en la capilla.

—Demasiada complicación. Mas bien: ¿Dónde alojamos al arcipreste? ¿En el sótano?

—Es demasiado húmedo, pobrecito. Mejor en el desván…

—También podríamos ahorcarlo en el poste de la luz.

—¡Eso no! En el pueblo hay todavía tres o cuatro católicos y es preciso tenerlos contentos también a ellos. Dejémosles el cura. ¿Qué molestias da el pobrecito?

Don Camilo escuchaba escondido detrás de la celosía de una ventana del primer piso y sentía trabajarle el corazón como el motor de un carro blindado en una cuesta. Finalmente no pudo más y abriendo de par en par la ventana se asomó con la escopeta amartillada en la mano izquierda y con una carga de cartuchos en la derecha.

—Tú, Brusco, que entiendes de esto —dijo don Camilo—, para tirar a las becadas, ¿qué tamaño de perdigones emplearías?

—Depende —dijo el Brusco, abandonando rápidamente el campo junto con sus compañeros.

Las cosas habían llegado a este punto cuando repentinamente llegó el diario con la noticia de que el artículo 7° había sido aprobado con el voto de la extrema izquierda.

Don Camilo corrió al altar agitando el diario, pero el Cristo no lo dejó hablar.

—Sé todo, don Camilo —dijo el Cristo—. Ahora ponte la capa y ve a hacer un hermoso paseo por los campos. Vuelve a la noche y guárdate bien de pasar por el pueblo y especialmente por el comité de aquellos.

—¿Creéis, por ventura, que yo tenga miedo? —protestó don Camilo.

—Todo lo contrario, don Camilo. Precisamente no deseo que vayas a preguntar a Peppone a qué hora es el funeral del artículo 7°, y luego si ha decidido instalar el bufet en la planta baja o en el primer piso de la casa parroquial.

—Jesús —dijo noblemente ofendido—. ¡Estáis haciendo el proceso de las intenciones! Yo no había pensado ni remotamente… Por lo demás, debéis considerar que el señor Peppone…

—He considerado todo, don Camilo, y he concluido que la única cosa que debes hacer es un paseíto por los campos.

—Sea hecha vuestra voluntad —dijo don Camilo.

Regresó al anochecer.

—Bravo, don Camilo —dijo el Cristo cuando lo vio aparecer—. ¿Qué tal el paseo?

—Excelente —respondió don Camilo—. Os estoy muy agradecido del consejo. He pasado un día maravilloso con el corazón limpio y con el ánimo liviano como la sombra de una mariposa. Uno se siente más bueno cuando está en contacto con la naturaleza. ¡Cómo parecen cosas despreciables, entonces, nuestros resentimientos, nuestros odios, nuestros celos de hombres pequeños!

—Justamente es así, don Camilo —aprobó gravemente el Cristo—. Justamente es así.

—Si no os molesta —dijo don Camilo—, ¿podría hacer una escapadita de un

minuto a la cigarrería? Excusadme el descaro, pero siento que un cigarro me lo he merecido.

—Te lo has merecido, sin la menor duda, don Camilo. Ve. Pero me agradaría que antes de salir me encendieras ese cirio de la izquierda. Me da tristeza verlo apagado.

—¡Si no es más que eso! —exclamó don Camilo, tanteándose el bolsillo para buscar los fósforos.

—¡No desperdicies los fósforos! —le previno el Cristo—. Toma un pedacito de papel y enciéndelo en la llama del otro cirio que está detrás de ti.

—Hallar ahora un pedazo de papel es un poco difícil…

—Pero, don Camilo —exclamó el Cristo sonriendo—, ¡estás perdiendo la memoria! ¿No recuerdas ya que tienes en el bolsillo una carta que quisiste romper? Más bien quémala: matas dos pájaros de un tiro.

—Es cierto —reconoció don Camilo de mala gana. Y sacó del bolsillo una carta, la acercó al cirio y al punto el papel llameó. La carta estaba dirigida a Peppone, y decía que, puesto que los rojos de la extrema izquierda habían aprobado por unanimidad el artículo 7°, el compañero Peppone podría constituir un consejo de gestiones para la Iglesia con el objeto de administrar los pecados de la parroquia, y establecer, de común acuerdo con el titular don Camilo, las penitencias que en cada caso correspondiesen a los pecadores. Que él, don Camilo, estaba dispuesto a escuchar cualquier pedido suyo y se sentiría muy dichoso si el compañero Peppone o el compañero Brusco consintieran en ofrecer algún sermón a los fieles en ocasión de la Santa Pascua. Para retribuir la cortesía, él, don Camilo, explicaría a los compañeros el secreto y profundo sentido religioso y cristiano de las teorías marxistas.

—Ahora puedes marcharte, don Camilo —dijo el Cristo cuando la carta quedó reducida a cenizas—. Así evitas el peligro de que, al encontrarte en la cigarrería, en un momento de distracción se te ocurra pegar un sello en el sobre y echar luego la carta al buzón.

En cambio don Camilo debió acostarse rezongando que así era peor que cuando existía el ministerio de la cultura popular.

Entre tanto se avecinaba la Pascua. Reunidos en sesión todos los cabecillas de la capital del distrito y de las seccionales, Peppone estaba sudando como un condenado para explicar cómo los compañeros diputados habían procedido muy bien al votar por la aprobación del articulo 7°.

—Ante todo, para no perturbar la paz religiosa del pueblo, como ha dicho el jefe, que sabe muy bien lo que dice y no tiene necesidad de que se lo enseñemos nosotros. Secundariamente, para evitar que la reacción explote el asunto lloriqueando sobre la triste suerte del Papa, ese pobre viejo que nosotros, malvados, queremos mandar errante por el mundo, como ha dicho el secretario del partido, que es un hombre que tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros y dentro de la cabeza un cerebro así de

grande. Tercero, porque el fin justifica los medios, como digo yo, que no soy un estúpido y afirmo que, para alcanzar el poder, todo sirve. Y cuando lo hayamos alcanzado, los reaccionarios clericales del artículo 7° sentirán el sabor del artículo 8°.

Así terminó Peppone, y tomando de sobre el escritorio un aro de hierro que oficiaba de pisapapel, lo torció con sus manazas convirtiéndolo en un 8, y todos entendieron lo que quería decir Peppone y rugieron de entusiasmo[5].

Peppone se enjugó el sudor: la idea de poner sobre la mesa el aro de hierro y de emplearlo a los fines del golpe de efecto del artículo 8° había sido excelente. Estaba satisfecho y concluyó:

—Por el momento, calma perfecta. Pero entiéndase bien, que con el articulo 7° o sin él, nosotros continuaremos por nuestro camino sin desviarnos ni un millonésimo de milímetro y no toleraremos ninguna, aunque fuese mínima, interferencia extraña. ¡Ninguna!

En aquel preciso instante se abrió la puerta de la habitación y entró don Camilo con el hisopo en la mano, seguido por dos acólitos que llevaban el calderillo del agua bendita y la cesta para los huevos.

Se produjo un silencio de hielo. Sin decir palabra, don Camilo avanzó unos pasos y asperjó con el agua bendita a todos los presentes. Luego entregó el hisopo a un monaguillo y dando una vuelta en torno fue dejando en la mano de cada uno de los presentes una imagen.

—No, a ti una de Santa Lucía —dijo don Camilo al llegar a Peppone—, para que te conserve la vista, compañero.

Luego roció abundantemente con agua bendita el gran retrato del jefe, haciéndole una corta reverencia, y salió cerrando la puerta. Y fue como si hubiese pasado el viento embrujado que convierte en piedra a la gente.

Con la boca abierta Peppone contempló aturdido la estampa que tenía en la mano, luego miró hacia la puerta y explotó en un alarido casi animal:

—¡Agárrenme o lo mato!

Lo agarraron, y así don Camilo pudo volver a su casa con el pecho hinchado como un globo, tanto le rebosaba de alegría.

El Cristo del altar estaba cubierto aún con el triángulo de terciopelo, pero igualmente vio a don Camilo cuando entró en la iglesia.

—¡Don Camilo! —llamó con voz severa.

—Jesús —respondió con calma don Camilo—, si bendigo las gallinas y los terneros, ¿por qué no podría bendecir a Peppone y sus hombres? ¿Tal vez he errado?

—No, don Camilo, tienes razón. Pero eso no quita que seas un pícaro.

La mañana de Pascua, don Camilo, saliendo temprano, encontró frente a la puerta

de la casa parroquial un colosal huevo de chocolate con una hermosa cinta de seda roja. O mejor: un huevo formidable que semejaba mucho un huevo de chocolate, pero que en realidad era simplemente una bomba de cien kilos, que habían pintado de marrón después de haberle serruchado las aletas.

La guerra había pasado también por el pueblo de don Camilo y los aviones habían realizado más de una visita arrojando bombas. Muchos de estos malditos artefactos no habían explotado y quedaron hundidos apenas o abandonados en el terreno, porque, cuando todo hubo acabado, habían llegado dos artificieros que habían hecho saltar lejos del lugar poblado las bombas yacentes o habían desconectado las que no se podían hacer explotar, por haber caído muy cerca de las casas. Una de estas bombas había caído sobre el viejo molino, destrozando el techo y quedando luego empotrada entre el muro y una viga maestra, y la habían dejado ahí porque la casa estaba deshabitada, y además, quitándole el fulminante, ya no había peligro. Era ésa la bomba que, privada de sus aletas, había sido transformada por manos desconocidas en un huevo pascual.

Se dice desconocidas por decir, pues debajo de la leyenda *«Buena Pasqua,»* con que estaba escrito: *«para retribuir* la *cortesía de la* grata visita». Y además, la cinta roja.

La cosa había sido estudiada con cuidado, pues cuando don Camilo alzó la vista del extraño huevo vio el empedrado lleno de gente. Aquellos condenados se habían dado todos cita para regodearse con la facha que pondría don Camilo.

Éste se enojó y dio un puntapié al artefacto, el que, naturalmente, ni se movió.

—¡Es cosa maciza! —gritó alguien.

—¡Se necesita una empresa de transportes! —vociferó otro.

Se oyeron risotadas.

—¡Prueba a bendecirla! ¡Quién sabe si no marcha sola! —gritó un tercero.

Don Camilo se volvió y dio con los ojos de Peppone, el cual estaba en primera fila junto con su estado mayor en pleno, mirándolo cruzado de brazos y riendo burlonamente.

Don Camilo entonces palideció y las piernas empezaron a temblarle. Se inclinó lentamente y con las manos enormes aferró la bomba por ambos extremos.

Hubo un silencio helado. La gente miraba a don Camilo reteniendo el aliento, con los ojos desencajados, casi con terror.

—¡Jesús! —susurró don Camilo con angustia.

—¡Fuerza, don Camilo! —le respondió una voz queda que venía del altar mayor.

Crujieron los huesos dentro de aquella gran máquina de carne. Lento e implacable, don Camilo se levantó con el enorme bloque de hierro soldado a sus manos. Quedó un instante mirando a la multitud y luego se movió. Cada paso pesaba una tonelada; salió del atrio y, un paso tras otro, lento e inexorable como el destino,

don Camilo atravesó toda la plaza, seguido por la multitud, muda y asombrada. Llegó al lado opuesto, donde estaba el comité y ahí se paró. También la multitud se detuvo.

—Jesús —susurró don Camilo con angustia.

—¡Fuerza, don Camilo! —le respondió una voz ansiosa que venía del altar mayor de la iglesia, allá del fondo—. ¡Fuerza, don Camilo!

Don Camilo se encogió sobre sí mismo; luego, de un envión, se llevó el enorme bloque de acero hasta el pecho. Otro envión y la bomba comenzó lentamente a subir ante el susto de la gente.

Luego los brazos se tendieron y se vio en alto la bomba sobre la cabeza de don Camilo. Cae la bomba, yendo a hincarse justamente en la puerta del comité.

Don Camilo se volvió hacia el gentío.

—Reenviar al remitente —dijo en voz alta—. Pascua se escribe con c. Corregir y devolver.

La multitud se abrió y don Camilo regresó triunfante a la casa parroquial.

Peppone no reexpidió la bomba. Entre tres la cargaron en un carrito y fueron a arrojarla en una vieja cantera, lejos del pueblo. La bomba rodó por la pendiente y no llegó al fondo, pues quedó en pie, detenida por un arbusto. De lo alto se leía: «Buena Pascua».

Tres días después sucedió que una cabra bajó a la cantera y se puso a pacer las hierbas al pie del arbusto. Fue así como tocó la bomba, la cual volvió a rodar, y hechos dos metros chocó con una piedra y estalló con espantoso fragor. En el pueblo, que, sin embargo, estaba lejos, se hicieron trizas los vidrios de treinta casas.

Peppone llegó poco después a la casa parroquial, jadeante, y encontró a don Camilo que subía la escalera.

—¡Y yo —barbotó Peppone—, y yo que he martillado toda una tarde para quitarle las aletas!…

—¡Y yo que…! —contestó gimiendo don Camilo. Y no pudo proseguir al representarse la escena de la plaza.

—Me voy a la cama… —jadeó Peppone.

—Yo estaba a punto de hacerlo —jadeó don Camilo.

Se hizo traer luego al dormitorio el Crucifijo del altar mayor.

—Disculpadme si os incomodo —susurró don Camilo, que tenía una fiebre de caballo—. Quería daros las gracias en nombre de todo el pueblo.

—No hay de qué, don Camilo —contestó sonriendo el Cristo—. No hay de qué.

El huevo y la gallina



Entre los hombres de Peppone había uno al que llamaban Bólido.

Era una bestia enorme, lenta y tarda como un elefante y un poco tocado. Bólido pertenecía a la «escuadra política», capitaneada por el Pardo y tenía la función de tanque: cuando era preciso aventar una asamblea adversaria, Bólido se ponía al frente de la escuadra y no había quien lo detuviese en su inexorable avance, y de esa manera el Pardo y los que lo seguían, podían llegar bien pronto hasta la tribuna del orador, y allí, con silbidos y mugidos, lo reducían a silencio en contados minutos.

Una tarde en que Peppone se encontraba en el comité, rodeado de todos los cabecillas de las seccionales, entró Bólido. Una vez puesto Bólido en movimiento, para detenerlo se necesitaba una bomba explosiva. Así que todos se hicieron a un lado y lo dejaron pasar. Sólo se detuvo ante el escritorio de Peppone.

—¿Qué quieres? —preguntó Peppone fastidiado.

—Ayer he dado una paliza a mi mujer —explicó Bólido, bajando la cabeza avergonzado—. Pero la culpa fue suya.

—¿Y vienes a decírmelo a mí? —gritó Peppone—. ¡Anda a contárselo al párroco!

—Ya se lo conté —contestó Bólido—. Pero don Camilo me ha contestado que ahora, con el artículo 7° las cosas han cambiado, que él no puede absolverme y que debes hacerlo tú, que eres el jefe del comité.

Peppone, dando un puñetazo en la mesa hizo callar a los otros, que se reían a carcajadas.

—Ve a decirle a don Camilo que se vaya al infierno —gritó.

—Voy, jefe —dijo Bólido—; pero primeramente me debes absolver.

Peppone empezó a gritar, pero Bólido, sacudiendo la cabezota, gruñó:

—Yo no me muevo de aquí si no me absuelves. Y si dentro de dos horas no me has absuelto, empiezo a romper todo, porque eso significa que la tienes conmigo.

La alternativa era, o matar a Bólido o ceder.

—¡Te absuelvo! —gritó Peppone.

—No, así no vale —rezongó Bólido—; tienes que absolverme en latín como hace el cura.

—¡Ego te absolvio! —dijo Peppone que reventaba de rabia.

—¿Qué penitencia debo cumplir? —preguntó Bólido.

—Ninguna.

—Bien —dijo Bólido complacido, iniciando la retirada—. Ahora voy a decirle a don Camilo que se vaya al infierno, y si hace cuestión, se la doy.

—Si hace cuestión, quédate quieto, si no quieres que te dé él la paliza —le dijo a gritos Peppone.

—Bueno —aprobó Bólido—; pero si me ordenas dársela, yo se la doy lo mismo, aunque después la reciba también.

Don Camilo esperaba ver llegar esa misma noche a Peppone hecho una fiera. En cambio no se dejó ver. Apareció la tarde siguiente con su estado mayor, y todos se pusieron a charlar, comentando un diario, sentados en los bancos situados delante de la casa parroquial.

En ciertas cosas don Camilo tenía algo de Bólido y mordió la carnada como una mojarrita. Salió a la puerta de la rectoral, con las manos detrás y el cigarro en la boca.

—¡Buenas tardes, reverendo! —lo saludaron todos con mucha cordialidad, tocando el ala de sus sombreros.

—¿Ha visto, reverendo? —dijo el Brusco, dando un manotón al diario—. ¡Cosas extraordinarias! Contábase en él la historia de la famosa gallina de Ancona, la cual, bendecida por el párroco; había puesto un extrañísimo huevo en el que se veía dibujado en relieve un emblema sacro.

—¡Aquí está clara la mano de Dios! —exclamó serio Peppone—. ¡Es todo un señor milagro!

—Despacio con los milagros, muchachos. Antes de declarar que un suceso es milagroso es preciso indagar y ver si no se trata de un simple fenómeno natural.

Peppone aprobó con gravedad, moviendo la cabezota.

—Se comprende, se comprende. Pero, a mi parecer, un huevo de esta clase habría sido mejor soltarlo en vísperas de elecciones. Todavía estamos demasiado lejos.

El Brusco se echó a reír.

—¡Qué ingenuo! Todo es asunto de organización. Cuando se tiene una prensa bien organizada se puede hacer poner huevos milagrosos en cualquier momento.

—¡Buenas tardes! —cortó secamente don Camilo.

Pasando al otro día delante del comité, don Camilo vio pegado en la cartelera mural el recorte del diario con el suceso de Ancora y la fotografía del huevo.

Debajo había un cartel:

«Por orden de la oficina de prensa de la Democracia Cristiana las gallinas católicas trabajan en la propaganda electoral. ¡Admirable ejemplo de disciplina»!

La tarde siguiente estaba en la ventana cuando aparecieron Peppone y su estado

mayor delante de la casa parroquial.

—¡Es verdaderamente milagroso! —decía Peppone agitando un diario—. ¡Aquí dice que en Milán otra gallina ha puesto un huevo igualito al de Ancora! ¡Venga a verlo, reverendo!

Don Camilo bajó, miró la fotografía del huevo y de la gallina y leyó el artículo.

—¡Qué idea nos hemos dejado escapar! —suspiró Peppone—. Figúrese si la hubiésemos tenido nosotros antes: *«¡Una gallina se inscribe en el partido y al día siguiente da a luz un huevo, con, en relieve, el emblema de la hoz y el martillo*»!

Todos suspiraron, pero Peppone, moviendo la cabeza, hizo esta otra reflexión.

—Nosotros no hubiéramos podido hacerlo. Los otros tienen el instrumento de la religión, que arregla todas las cosas. ¡Nosotros no podemos hacer milagros!

—¡Hay el que nace con suerte y el que no! —exclamó el Brusco.

—¡Qué vamos a hacerle!

Don Camilo no entró a discutir. Saludó y se fue, mientras Peppone y sus compañeros corrían a pegar en la cartelera mural el recorte con el relato del huevo milanés, comentándolo bajo este título: *«¡Otra gallina de propaganda*»!

Más tarde, no habiendo podido llegar a una conclusión, don Camilo fue a aconsejarse con el Cristo del altar mayor.

—Jesús —dijo—, ¿qué asunto es éste?

—Tú lo sabrás, don Camilo. Lo has leído en el diario.

—Lo he leído, sí, en el diario, pero no entiendo un comino del asunto —replicó don Camilo—. En el diario uno puede escribir lo que se le antoja. A mí tal milagro me parece imposible.

—Don Camilo, ¿no crees que el Eterno puede hacer una cosa semejante?

—No —contestó decidido don Camilo—. ¡Figuraos si el Eterno puede perder su tiempo haciendo figuritas en los huevos de las gallinas!

El Cristo suspiró.

—Eres un hombre que no tiene fe…

—¡Ah, eso no! —protestó don Camilo—. ¡Eso no! Déjame terminar, don Camilo. Decía que eres un hombre que no tiene fe en las gallinas.

Don Camilo quedó perplejo. Luego abrió los brazos, se persignó y se marchó.

Por la mañana, después de celebrar la misa y sintiendo deseos de comer un huevo fresco, fue al gallinero, donde la Negra acababa de poner uno. Lo sacó calentito del nido y lo llevó a la cocina. Y aquí se le nubló la vista.

El huevo era idéntico a los que había visto en las fotografías de los diarios, como despegado de éstos, con el dibujo de una hostia radiante trazado nítidamente en relieve.

Quedó aturdido, y colocando el huevo en un vasito se sentó a contemplarlo por espacio de una hora larga. Luego, de improviso se levantó, ocultó el huevo en un

armario y a gritos llamó al hijo del campanero.

—Corre a casa de Peppone y dile que venga enseguida con todos sus secuaces, porque necesito hablarle de una cosa seria y urgentísima. ¡Cuestión de vida o de muerte!

Media hora más tarde llegaba Peppone seguido de los suyos. Permaneció en el umbral, desconfiado.

—Adelante —dijo don Camilo—. Cierren la puerta con el pasador y tomen asiento.

Se sentaron en silencio y quedaron mirándolo. Don Camilo descolgó de la pared un pequeño Crucifijo y lo colocó sobre el tapete rojo de la mesita.

—Señores —dijo—, si yo les juro sobre este Crucifijo decir la verdad, ¿ustedes están dispuestos a creerme?

Estaban sentados en semicírculo, y Peppone en el medio: todos se volvieron hacia él.

—Sí —dijo Peppone.

—Sí —dijeron los demás.

Don Camilo hurgó dentro del armario, luego puso la diestra sobre el Crucifijo: «Juro que este huevo lo he recogido yo hace una hora en el nido de mi gallina la Negra, y nadie ha podido colocarlo ahí porque estaba recién puesto y el candado de la puerta lo he abierto yo mismo con la llave que está junto a las otras en un manojo que llevo en el bolsillo».

Pasó el huevo a Peppone.

—Hazlo circular, le dijo.

Los hombres se pusieron de pie, el huevo pasó de mano en mano y todos lo miraron contra la luz al tiempo que las uñas rascaban el relieve.

Al final, Peppone, que se había puesto pálido, depositó delicadamente el huevo sobre el tapete rojo de la mesita.

—¿Qué escribirán ahora ustedes en su necedario mural cuando yo haya mostrado y hecho tocar a todos este huevo? —preguntó don Camilo—. ¿Cuándo haga venir a los más importantes profesores de la ciudad para que lo analicen y declaren en documentos sellados que no se trata de un engaño? ¿Dirán ustedes que es una invención de los periodistas? Ya verán al día siguiente caerles encima las mujeres de la comuna, que los llamarán sacrílegos y les arrancarán los ojos.

Don Camilo había extendido el brazo, y el huevo, herido por el sol, brillaba en la palma de la manaza como si fuera de plata.

Peppone abrió los brazos.

—Ante un milagro de esta especie —refunfuñó—, ¿qué quiere que podamos decir?

Don Camilo estiró más el brazo y habló con voz solemne.

—Dios, que ha hecho el cielo y la tierra y el universo y todo lo que hay dentro del universo, incluso ustedes, cuatro infelices, para demostrar su omnipotencia no precisa ponerse de acuerdo con una gallina —dijo lentamente.

Y apretando el puño, trituró el huevo.

—Y para hacer comprender a la gente la grandeza de Dios, yo no tengo necesidad de hacerme ayudar por una estúpida gallina —prosiguió.

Seguidamente salió del cuarto como una saeta y regresó trayendo apretada por el pescuezo a la Negra.

—Toma —dijo retorciéndoselo—. ¡Toma, gallina sacrílega, que te permites mezclarte en los sagrados ministerios del culto!

Don Camilo arrojó la gallina en un rincón y, todo agitado aún, se dirigió hacia Peppone con los puños cerrados.

—Un momento, don Camilo —balbuceó Peppone retrocediendo y defendiéndose el cuello con las manos—. No lo he puesto yo el huevo…

La brigada salió de la rectoral y atravesó la plaza llena de sol.

—¡Bah! —dijo el Brusco deteniéndose de pronto—. Yo no sé explicarme porque no he estudiado; pero ése es un tipo que aunque me cargara de trompadas, yo no me enojaría.

—¡Hum! —murmuró Peppone, que en otra ocasión había recibido su carga y en el fondo no se había enojado.

Entre tanto don Camilo había ido a referir el suceso al Cristo del altar.

—En fin —concluyó—, ¿he hecho bien o mal?

—Has hecho bien —contestó el Cristo—, has hecho bien, don Camilo. Tal vez has exagerado un poco irritándote contra esa pobre e inocente gallina.

—¡Jesús! —suspiró don Camilo—. Hacía dos meses que me moría del deseo de comérmela frita.

El Cristo sonrió.

—Si es así, tienes razón, pobre don Camilo.

Delito y castigo



Saliendo al atrio, una mañana don Camilo vio que, durante la noche, alguien había escrito en rojo sobre el muro cándido de la casa parroquial un Don Camalo (en dialecto genovés, descargador de puerto, y por extensión, hombre zafio, ordinario), alto medio metro.

Don Camilo, con un balde de cal y una brocha se empeñó en tapar la escritura, pero el color era de anilina y cubrir con cal la anilina es como invitarla a unas bodas: siempre aparece a la superficie aunque la capa tenga tres dedos de espesor. En vista de ello, don Camilo se proveyó de un raspador y empleó media jornada de trabajo en borrar la leyenda.

Se presentó después al Cristo del altar, blanco como un molinero, pero con un humor negro.

—Si yo sé quien ha sido —dijo—, le doy tal paliza que el palo se vuelve estopa.

—No dramatices, don Camilo —le aconsejó el Cristo—. Es cosa de muchachones. En fin de cuentas no te han dicho nada grave.

—No está bien llamar descargador de puerto a un sacerdote —protestó don Camilo—. Además, es un apodo acertado y si la gente descubre esto, me lo pega en la espalda por toda la vida.

Tienes buena espalda, don Camilo —lo consoló el Cristo sonriendo—. Yo no la tenía como la tuya y debí llevar la cruz; sin embargo no he apaleado a nadie.

Don Camilo dijo que el Cristo tenía razón, pero no estaba convencido del todo, y por la noche, en vez de ir a la cama, se escondió en un sitio bien disimulado y aguardó pacientemente. Hacia las dos de la madrugada apareció en el atrio un sujeto que, poniendo un balde en el suelo, se puso cautelosamente a trabajar de pintor en el muro de la casa parroquial, Don Camilo no lo dejó terminar siquiera la D, y encajándole el balde en la cabeza, lo largó zumbando con un fulminante puntapié.

El color de la anilina es terrible, y Jigote (uno de los hombres de choque de Peppone), que había recibido la ducha de tinta en la cabeza, debió permanecer tres días encerrado en su casa, fregándose la cara con todos los solventes del universo; pero alguna vez debió salir para ir a su trabajo. El hecho ya se había divulgado y le

aplicaron enseguida el apodo de Pielroja. Como don Camilo soplaba en el fuego, la rabia hacía que el pobre Jigote, de rojo se pusiera verde. Hasta que una noche, don Camilo, regresando de una visita hecha al médico, advirtió que alguien le había embadurnado con inmundicias la manija de la puerta; pero lo advirtió demasiado tarde. Entonces sin más dilación salió en busca de Jigote, a quien pescó en la hostería, y con una bofetada capaz de nublarle la vista a un elefante, le plantó en la cara el barniz de la manija. Naturalmente, estas cosas resbalan enseguida al campo político, y como Jigote estaba en compañía de cinco o seis de los suyos, don Camilo se vió precisado a echar mano de un banco.

Esa misma noche un desconocido dió una serenata a don Camilo arrojando un petardo en la puerta de su casa.

Los seis que habían sido cepillados por el banco de don Camilo reventaban de rabia y en la hostería gritaban como endemoniados y poco había faltado para que estallase un incendio. La gente estaba preocupada.

Así fue como una mañana don Camilo debió ir urgentemente a la ciudad porque el obispo quería hablarle.

El obispo era viejo y encorvado, y para mirarle la cara a don Camilo tenía que levantar la cabeza.

—Don Camilo —dijo el obispo—, tú estás enfermo. Tienes necesidad de pasarte tranquilo unos meses en un lindo pueblecito de la montaña. Sí, sí; ha muerto el cura de Puntarroja y por tanto haces un viaje y —dos servicios: me reorganizas bien la parroquia y recuperas la salud. Luego vuelves fresco como una rosa. Te sustituirá don Pedro, un mozo que no te causará ninguna molestia. ¿Estás contento, don Camilo?

—No, monseñor, pero partiré cuando monseñor ordene.

—Bravo —repuso el obispo—. Tu disciplina es tanto más meritoria cuanto que aceptas sin discutir una cosa que no te agrada.

—Monseñor, ¿no os desagradará si luego en el pueblo se dice que he huido de miedo?

—No —contestó el anciano sonriendo—. Nadie en el mundo podrá pensar jamás que don Camilo tenga miedo. Vete con Dios, don Camilo, y deja quietos los bancos. Nunca han sido un argumento cristiano.

Pronto corrió por el pueblo la noticia y fue el mismo Peppone el que la llevó a una junta extraordinaria.

—Don Camilo se va —anunció Peppone—. Va transferido por castigo a un pueblo de la montaña, qué sé yo dónde. Parte mañana a las tres.

—Bien —gritaron los presentes—. ¡Y que reviente allá arriba!

—En verdad es mejor que las cosas hayan terminado así —dijo Peppone—. Ya se creía el papa-rey y si continuaba aquí habría sido preciso darle una cepillada mayúscula. Es trabajo ahorrado.

—¡Debe irse como un perro! —gritó el Brusco—. Hagamos entender a la gente que soplarán malos vientos para los que se hagan ver por ahí mañana de dos a tres y media.

Llegó la hora, y don Camilo, —después de haber preparado la valija—, fue a saludar al Cristo del altar.

—Me disgusta no poder llevaros conmigo —suspiró don Camilo.

—Te acompañaré lo mismo —contestó el Cristo—. Vete tranquilo.

—¿He cometido de veras una tontería tan gorda, como para merecer ser enviado a la frontera? —preguntó don Camilo.

—Sí.

—Entonces tengo a todos contra mí —suspiró don Camilo.

—Todos, así es —contestó el Cristo. Incluso don Camilo está contra ti y desaprueba lo que has hecho.

—También esto es verdad —reconoció don Camilo—. Me daría de bofetadas.

—Ten quietas las manos, don Camilo, y que tengas buen viaje.

En las ciudades el miedo marca 90, pero en los pueblos marca 180; así que las calles del pueblo estaban desiertas. Don Camilo subió al vagón y cuando vió desaparecer su campanario detrás de un grupo de árboles, se sintió lleno de amargura.

—Ni un perro siquiera se ha acordado de mí —suspiró don Camilo—. Se ve que realmente no he cumplido mi deber. Se ve que soy de veras un mal sujeto.

El tren paraba en todas las estaciones y por lo tanto paró también en Bosquecillo, lugarcito de cuatro casas a seis kilómetros del pueblo de don Camilo. Allí, de improviso, él vió invadido su compartimiento y, empujado contra la ventanilla, se encontró ante un mar de gente que lo aplaudía y le arrojaba flores.

—Los hombres de Peppone dijeron que si alguien se hacía ver en el pueblo cuando usted partía, lo habrían vuelto loco a palos —explicó el quintero de Callelarga —. Y para evitar líos hemos venido todos a despedirlo aquí.

Don Camilo ya no oía nada, aturdido por el ruido infernal, y cuando el tren reinició la marcha, encontró el compartimiento lleno de flores, de botellas, de paquetes grandes y chicos, de envoltorios y de gallinas, que amarradas por las patas, chillaban en la rejilla. Sin embargo, le quedaba en el corazón una espina.

¡Los otros verdaderamente me detestan a muerte, si han hecho esto! ¿No les ha bastado hacerme echar? Media hora después el tren se detuvo en Bosquellano, última estación del municipio. Allí don Camilo se oyó llamar, se asomó y se vió delante al alcalde Peppone y el consejo en pleno. Y el alcalde Peppone pronunció el siguiente discurso:

—Antes de que usted salga del territorio de la comuna de nuestra pertenencia, deseamos ofrecerle el saludo de la población y el augurio de que su cura sea rápida, por la cual pueda usted retornar pronto a su misión espiritual.

Luego, mientras el tren volvía a ponerse en marcha, Peppone se quitó el sombrero con un amplio ademán. También don Camilo se quitó el sombrero, y así, asomado con el sombrero en la mano, parecía una estatua del Resurgimiento.

La iglesia de Puntarroja estaba en la cima de la montaña y parecía una tarjeta ilustrada. Cuando don Camilo llegó, respiró a plenos pulmones el aire que olía a pino y exclamó satisfecho:

—Un poco de reposo en esta altura me volverá a quicio, por la cual podremos retornar pronto a nuestra misión espiritual.

Y lo dijo seriamente. En verdad, aquel «por la cual» le parecía de más valor que todos los discursos de Cicerón puestos en fila.

La vuelta al redil





El sacerdote enviado para regentear la parroquia durante la convalecencia política de don Camilo, era un curita joven y delicado, que conocía perfectamente su oficio y hablaba con garbo, con lindas palabritas redondas y limpitas que parecían recién cosechadas en la viña del vocabulario. Naturalmente, aun sabiendo que se trataba de una gestión provisoria, el curita había introducido en la iglesia esas pequeñas innovaciones necesarias para que un hombre pueda hallar soportable su permanencia en casa ajena.

Aquí no se hace parangón alguno; pero es como cuando vamos a dormir en un hotel y aun sabiendo que sólo permaneceremos en él una noche, no podemos menos que mover a la derecha la mesita que estaba a la izquierda y poner a la izquierda la silla que estaba a la derecha, pues cada uno de nosotros tiene un concepto propio de la estética y del equilibrio de las masas y los colores, y por eso experimenta ciertos sufrimientos cuando, pudiendo hacerlo, no procura restablecer ese equilibrio que le parece alterado.

El hecho es que el primer domingo que el curita ofició, la gente notó dos importantes innovaciones: el gran cirio decorado con florecitas que estaba a la izquierda del altar, sobre el segundo peldaño de la balaustrada, había sido puesto a la derecha, ante el cuadrito de una santa, cuadrito que antes no existía.

Por la curiosidad de conocer al nuevo párroco; se hizo presente todo el pueblo.

Peppone y los demás cabecillas rojos estaban en primera fila.

—¿Has visto? —dijo riendo el Brusco a Peppone, señalándole el candelabro cambiado de sitio—. ¡Novedades!

—¡Hum! —murmuró Peppone, que estaba muy nervioso. Y tal se mantuvo hasta tanto el curita se acercó a la balaustrada para hacer el discursito ritual.

Peppone entonces no pudo más y antes que el curita soltara una palabra, se separó del grupo, marchó resueltamente hacia la derecha, aferró el gran candelabro, lo llevó a la izquierda y lo puso en el antiguo sitio, sobre el segundo peldaño.

Luego volvió al centro de la primera fila, y, plantándose con las piernas abiertas y los brazos cruzados, miró sañudamente en los ojos al curita.

—¡Bien! —murmuró la muchedumbre de los fieles, incluso los reaccionarios.

El curita, que había seguido lo ejecutado por Peppone con la boca abierta, palideció, y balbuceando como pudo su sermón, regresó al altar para concluir la misa.

Cuando salió, se encontró con Peppone y todo su estado mayor, que lo esperaban. El atrio estaba lleno de gente silenciosa y enojada.

—Diga un poco, don… don no sé qué —preguntó Peppone, dejando caer, las palabras de lo alto—, ¿quién es esa cara nueva que usted ha colgado en el pilar de la derecha?

—Santa Rita de Casia —balbuceó el curita.

—En este pueblo nada tiene que hacer Santa Rita de Casia, ni ninguna cosa parecida —afirmó Peppone—. Aquí todo está bien como estaba.

El curita abrió los brazos.

—Yo creo que estoy en mi derecho —comenzó a protestar; pero Peppone no lo dejó seguir.

—¿Ah, usted toma las cosas así? En tal caso hablemos claro: aquí tampoco tienen nada que hacer los sacerdotes como usted.

El curita sintió que le faltaba el aliento.

—No sé que les he hecho…

—¡Se lo diré yo qué ha hecho! —exclamó Peppone—. Usted ha salido de la legalidad. ¡Usted ha querido subvertir un orden que el titular efectivo de la parroquia había instituido interpretando la voluntad del pueblo!

—¡Bien! —aprobó la muchedumbre, incluso los reaccionarios.

El curita intentó sonreír.

—Si no es más que eso, se coloca todo como estaba antes y asunto terminado. ¿No le parece?

—¡No! —contestó Peppone, echándose el sombrero hacia atrás y encajándose en los flancos los enormes puños.

—¿Y por qué, si es lícito saberlo?

Peppone había agotado toda su discreción diplomática.

—¡Bah! —dijo—. Si realmente quiere saberlo, esto no marcha porque si yo le doy a usted una bofetada, lo hago volar a quince metros, mientras que si se la doy al titular efectivo, no se mueve ni un centímetro.

Peppone no creyó útil explicar que si él hubiera dada una bofetada a don Camilo, éste le habría restituido ocho. Pasó por alto el detalle; pero el sentido era claro para todos. Menos para el curita, que lo miraba aterrorizado.

—Disculpe —dijo—, ¿pero por qué quiere usted pegarme?

Peppone perdió la paciencia.

—¿Quién quiere pegarle? ¿También a usted le ha dado por denigrar a los partidos de izquierda? ¡Yo he hecho simplemente una comparación para aclarar el concepto! ¡No se figurará que voy a perder mi tiempo tomando a pescozones a un anticipo de

cura como usted!

Al sentirse calificar de anticipo de cura, aquel se irguió en toda la altivez de su metro y sesenta e hinchó las venas del cuello.

—Anticipo o no anticipo —gritó con voz chillona—, aquí me ha enviado la autoridad eclesiástica y aquí me quedaré hasta que esa autoridad lo disponga.

¡Aquí adentro usted no manda! ¡Y Santa Rita quedará donde está, y en cuanto al candelabro, mire lo que hago! Entró en la iglesia, afrontó con decisión el candelabro, que era más pesado que él, y después de una lucha encarnizada consiguió volver a colocarlo a la izquierda, delante de la nueva imagen.

—¡Ahí lo tiene! —dijo bravíamente.

—¡Está bien! —dijo Peppone, que había asistido a la escena desde la puerta de la iglesia.

Luego se volvió hacia el gentío que, agolpado en el atrio, esperaba mudo y enojado, y gritó:

—¡El pueblo dirá su palabra! Todos a la Municipalidad para hacer una demostración de protesta.

—¡Bien! —voceó el pueblo.

Peppone atravesó el gentío, se puso al frente y la masa lo siguió en formación, vociferando y agitando bastones.

Llegado el cortejo a la Municipalidad, el griterío se tornó más fuerte. Peppone también vociferaba, alzando el puño hacia el balcón de la sala del Consejo.

—¡Peppone! —le gritó al oído el Brusco—, ¡que Dios te fulmine! ¡Déjate de gritar! ¿Has olvidado que eres tú el alcalde?

—¡Caramba! —exclamó Peppone—. Cuando estos malditos me hacen perder la brújula, ya no entiendo nada.

Corrió arriba y se asomó al balcón. La muchedumbre lo aplaudió, incluso los reaccionarios.

—¡Compañeros, ciudadanos! —gritó Peppone—. ¡No soportaremos este atropello que ofende nuestra dignidad de hombres libres! Nos mantendremos en el orden y la legalidad hasta que nos sea posible, pero estamos dispuestos a conseguir nuestros fines aunque sea a cañonazos. Entre tanto propongo que una comisión encabezada por mí me acompañe a entrevistar a la autoridad eclesiástica y le haga presente democráticamente los anhelos del pueblo.

—¡Bien! —aulló la muchedumbre—. ¡Viva el alcalde Peppone!

Cuando el alcalde, seguido por la comisión, se encontró en presencia del obispo, tropezó algo al comienzo de su discurso. Pero luego tomó impulso.

—Excelencia —dijo—, el que nos ha enviado es un cura que no es digno de las tradiciones de nuestra cabeza de distrito.

El obispo alzó la cabeza para mirar la cumbre de Peppone.

—Decid no más: ¿qué ha hecho?

Peppone abrió los brazos.

—¡Por el amor de Dios! Como hacer, no ha hecho nada grave… Más bien no ha hecho nada… El conflicto consiste en que, en suma… Eminencia: un medio calcetín, quiero decir: un curita de esta clase es cosa de oratorio… Ése, cuando está vestido de ceremonia, disculpe, parece una percha con tres capotes y una capa.

El anciano obispo meneó gravemente la cabeza.

—¿Es que vosotros —dijo con mucha gracia— medís el valor de los sacerdotes con el metro y la balanza?

—No, Excelencia —contestó Peppone—. ¡No somos salvajes! El hecho es que, en fin, también los ojos reclaman su parte y en estas cosas de religión pasa lo que con el médico: cuenta mucho la simpatía personal por la sugestión física y la confianza moral.

El anciano obispo suspiró.

—Comprendo, comprendo, me doy perfectamente cuenta. Pero, queridos hijos, teníais un arcipreste que parecía una torre y habéis sido precisamente vosotros quienes habéis venido a rogarme que os lo quitara de encima.

Peppone arrugó la frente.

—Monseñor —explicó solemnemente—, se trataba de un *casos bello*, un caso *sui generi*, *como* se dice. Porque ése como hombre era una asociación criminal, en el sentido que arrastraba por los pelos al precipicio con sus actitudes dictatoriales y provocativas.

—Lo sé, lo sé —dijo el obispo—. Ya me lo habéis dicho la otra vez, hijo mío, y como habéis visto, lo he alejado. Justamente porque me he dado cuenta que se trata de un hombre deshonesto…

—¡Un momento, disculpe! —interrumpió el Brusco—. Nunca hemos dicho que fuese deshonesto.

—Si no es deshonesto —continuó el anciano obispo—, don Camilo es un sacerdote indigno, por cuanto…

—Disculpe —lo interrumpió Peppone—. Nunca hemos dicho que como sacerdote no haya cumplido con su deber. Hemos hablado de sus gravísimos defectos, de sus gravísimas culpas como hombre.

—Precisamente —concluyó el anciano obispo— y como por desdicha el hombre y el sacerdote se identifican, ya que como hombre don Camilo representa un peligro para el prójimo, estábamos pensando en convertir en definitivo su traslado. Lo dejaremos allá en medio de las cabras de Monterrojo. Si lo dejamos, porque aun no está decidido si permitiremos que continúe oficiando o si lo suspenderemos a *divinis*. Veremos.

Peppone confabuló un poco con la comisión y luego volvióse al obispo.

—Monseñor —dijo en voz baja, y estaba pálido y sudoroso porque se veía forzado a no gritar—: si la autoridad eclesiástica tiene motivos particulares para proceder así, ella es muy dueña; pero tengo el deber de advertir que hasta que no regrese el titular efectivo de la parroquia, nadie volverá a la iglesia.

El anciano obispo abrió los brazos.

—Hijos míos —exclamó—, ¿os dais cuenta de la gravedad de cuanto estáis diciendo? Ésta es una coerción.

—No, señor —explicó Peppone—, nosotros no coercionamos a nadie, porque todos se quedarán en sus casas por su voluntad y ninguna ley los obliga a ir a la iglesia. Es un simple ejercicio de la libertad democrática. Porque los únicos que pueden juzgar si un sacerdote sirve o no, somos nosotros, que lo tenemos encima desde hace casi veinte años.

—*Vox populi, vox Dei* —suspiró el anciano obispo—. Sea hecha la voluntad de Dios. Quedaos con vuestro mal sujeto. ¡Pero no vengáis después a quejaros de que es un prepotente!

Peppone rió.

—¡Eminencia! Las fanfarronadas de los guapos del tipo don Camilo no nos impresionan por cierto. La vez pasada hemos procedido así por una simple precaución de carácter social y político, para evitar que Pielroja le arrojara una bomba a la cabeza.

—¡Pielroja serás tú! —replicó resentido Jigote, el hombre a quien don Camilo había teñido la cara con anilina y le había sacudido el polvo con el banco—. Yo no quería tirarle bombas. Le he tirado nada más que un petardo delante de la casa, para hacerle saber que no estaba dispuesto a dejarme sacudir bancos por la cabeza, aunque él sea el reverendo arcipreste.

—¿Ah, fuiste tú, hijo mío, quien arrojó el petardo? —preguntó con indiferencia el anciano obispo.

—Bueno, Excelencia —masculló Jigote—; usted sabe cómo suceden las cosas. Cuando a uno le han sacudido un banco por la cabeza, hace fácilmente cualquier zoncera.

—Comprendo perfectamente —respondió el obispo, que era anciano y sabía como tratar a la gente.

Don Camilo regresó diez días después.

—¿Cómo va? —le dijo Peppone, al encontrarlo en la calle al tiempo que salía de la estación—. ¿Ha pasado bien sus vacaciones?

—¡Bah! No era muy alegre estar allá arriba. Por fortuna tenía mis barajas y me desahogaba haciendo solitarios —contestó don Camilo.

Sacó de su bolsillo un mazo de cartas.

—Son éstas —dijo—; ahora ya no me sirven.

Y delicadamente, sonriendo como si quebrase una corteza de pan, partió el mazo en dos.

—Nos volvemos viejos, señor alcalde —suspiró don Camilo.

—¡Al diablo usted y quien lo hizo volver! —rezongó Peppone marchándose con el ceño fruncido.

Don Camilo tenía una bolsa de noticias para referir al Cristo del altar. Al terminar la plática, preguntó al Cristo con fingida indiferencia:

—¿Qué tipo era mi reemplazante?

—Un buen muchacho, educado, de ánimo gentil, que cuando alguien le hacía un favor, no lo agradecía con la fanfarronada de romperle en la nariz un mazo de cartas.

—¡Jesús! —dijo don Camilo abriendo los brazos—, creo que nadie le ha hecho aquí un favor. Además, a cierta gente es preciso darle las gracias por este sistema. ¿Apostamos a que en este momento Peppone está diciendo a los de su banda: «¿Entiendes? ¡Un mazo de cartas ha partido, así, ¡zas! ¡zas!, ¡ese hijo de perra!» ¡Y lo dice con satisfacción íntima! ¿Queréis apostar?

—No —repuso el Cristo suspirando—. No, porque Peppone está justamente diciendo eso.

La derrota



El duelo a cuchillo que venía durando ya casi un año, terminó con el triunfo de don Camilo, quien llegó a concluir su «Recreatorio Popular» cuando a la «Casa de Pueblo» de Peppone le faltaba aún toda la carpintería.

El «Recreatorio Popular» resultó una obra de primera: salón de tertulia para representaciones, conferencias y demás actos públicos; pequeña biblioteca con sala de lectura y escritura; superficie cubierta para ejercicios deportivos y juegos invernales. Además, una magnífica extensión cercada, con campo de gimnasia, pista, piscina, jardín de infantes, calesita, columpios, etcétera. Cosas en su mayor parte en estado embrionario, pero lo importante en todo es empezar.

Para la fiesta de la inauguración don Camilo había preparado un programa en forma: cantos corales, justas atléticas y partido de fútbol. Porque don Camilo había organizado un equipo sencillamente formidable, y fue éste un trabajo al que dedicó tanto entusiasmo que, echadas las cuentas, al cabo de ocho meses de adiestramiento, los puntapiés que don Camilo había dado a los once jugadores habían sido muchos más que los puntapiés dados por los once jugadores juntos a la pelota.

Peppone sabía todo y tragaba bilis. No podía soportar que el partido que representaba verdaderamente al pueblo, resultara segundo en el torneo iniciado con don Camilo, a favor del pueblo. Y cuando don Camilo le había hecho saber que para demostrar «su simpatía por las más ignorantes capas sociales del pueblo», había generosamente concedido al equipo «Dynamos» la ocasión de medirse con el suyo, el «Gallardo», Peppone palideció, y haciendo llamar a los once muchachos del equipo seccional los puso en fila contra el muro y les espetó este discurso:

«Jugarán con el equipo del cura. ¡O vencen o le rompo la cara a todos! ¡Es el partido el que lo ordena, por el honor del pueblo vilipendiado!»

—¡Venceremos! —contestaron los once, que sudaban de miedo.

Cuando lo supo, don Camilo reunió a los hombres del Gallardo y refirió la cosa.

—No estamos aquí entre gente grosera y salvaje como esos tales —concluyó sonriendo—. Podemos así reaccionar como caballeros juiciosos. Con la ayuda de Dios les meteremos seis goles a cero. No hago amenazas: digo sencillamente que el

honor de la parroquia está en las manos de ustedes. Quiero decir, en los pies. Cumpla cada uno su deber de buen ciudadano. Ahora, naturalmente, si hay algún bribón que no se emplea a fondo, yo no haré tragedias como Peppone, que rompe las caras. ¡Yo les pulverizo el trasero a puntapiés!

Todo el pueblo acudió a la fiesta de la inauguración. Peppone, a la cabeza de sus secuaces, de pañuelo rojo encendido. En calidad de *alcalde genérico*, se complugo con la iniciativa, y como *representante del pueblo en particular*, afirmó serenamente su confianza en que la iniciativa no serviría para finalidades indignas de propaganda política, como algún maligno ya susurraba.

Durante la ejecución de los coros, Peppone halló la manera de observar con el Brusco que, en el fondo, aún el canto es un deporte en cuanto desarrolla los pulmones. Con señoril sosiego el Brusco le contestó que, según él, sería más eficaz a los efectos del mejoramiento físico de la juventud católica que los jóvenes acompañasen el canto con ademanes adecuados, a fin de desarrollar, además de los pulmones, también los músculos de los brazos.

Durante el partido de pelota al cesto, Peppone dijo con convicción sincera, que también el aro tiene, además de un indudable valor atlético, una finísima gracia y se asombró de que en el programa no se hubiese incluído un torneo del mismo.

Como estas observaciones eran expresadas con tal discreción que se podían oír cómodamente a setecientos metros de distancia, don Camilo tenía las venas del cuello como dos estacas de aromo. Y esperaba por lo tanto con ansia indescriptible, que llegara el momento del partido de fútbol. Entonces hablaría él.

Y llegó ese momento. Malla blanca con una gran G en negro sobre el pecho de los once jugadores del Gallardo. Malla roja con la hoz, el martillo y la estrella, entrelazados con una elegante D, los once del Dynamos.

El pueblo, indiferente a los símbolos, saludó a los equipos a su modo:

—«¡Viva Peppone!» «¡Viva don Camilo!»

Peppone y don Camilo se miraron y se saludaron con mucha dignidad inclinando ligeramente la cabeza. Arbitro neutral: el relojero Binella, apolítico de nacimiento.

Al cabo de diez minutos de juego, el oficial de carabineros, pálido como un muerto, se aproximó a Peppone, seguido por dos gendarmes igualmente exangües.

—Señor alcalde —balbuceó—, ¿cree oportuno que telefonee a la ciudad pidiendo refuerzos?

—Puede usted llamar una división, si quiere, pero si esos carniceros no abandonan el juego violento, nadie podrá impedir que aquí se levante una montaña de muertos alta hasta el tercer piso. ¡Tampoco Su Majestad el Rey podría impedirlo! ¿Ha entendido? —gritó Peppone, olvidando en su excitación hasta la existencia de la República.

El oficial volvióse hacia don Camilo, quien estaba a un metro de distancia.

—¿Cree usted que?… —balbuceó.

Pero don Camilo no lo dejó terminar.

—Yo —gritó—, creo simplemente que tampoco la intervención americana en persona podrá impedir que aquí nademos en sangre, si esos malditos bolcheviques no dejan de inutilizarme a los hombres con patadas en las canillas.

—Está bien —concluyó el oficial. Y fue a atrincherarse con sus dos hombres en el cuartel, porque sabía sin la menor duda que, al final de todos esos líos la gente remata los festejos intentando incendiar el puesto de los carabineros.

El primer gol lo señaló el Gallardo y se levantó un alarido que hizo temblar el campanario. Peppone, con el rostro congestionado, volvióse hacia don Camilo, apretando los puños amenazador, como para echársele encima. Don Camilo contestó poniéndose en guardia. Faltaba un milímetro para el encontronazo, pero don Camilo vió con el rabo del ojo que la gente se había de pronto inmovilizado y que todas las miradas estaban fijas en él y en Peppone.

—Si nos peleamos nosotros, aquí se produce la batalla de Maclodio —dijo entre dientes don Camilo.

—Está bien: lo hago por el pueblo —manifestó Peppone reportándose.

—Y yo por la cristiandad —dijo don Camilo. Nada ocurrió, pero Peppone, apenas concluyó el primer tiempo, reunió a los de Dynamos.

—¡Fascistas! —les gritó con voz llena dé repugnancia. Luego agarró por el cuello al Flaco, que era el centrodelantero.

—Tú, puerco traidor, acuérdate de que cuando estábamos en los montes te salvé tres veces el pellejo. ¡Si en los cinco primeros minutos no marcas un tanto, esta vez soy yo quien te saca el pellejo!

El Flaco, iniciado el segundo tiempo, cuando se apoderó de la pelota trabajó con la cabeza, con los pies, con las rodillas, con las nalgas; hasta dió un mordisco a la pelota, escupió un pulmón, se reventó el bazo, pero a los cuatro minutos la metía en el arco.

Luego se echó al suelo y no se movió más. Don Camilo fue a situarse en la parte opuesta del campo para no comprometerse. El arquero del Gallardo, del susto tenía fiebre.

Los rojos se replegaron a la defensiva y no hubo forma de romper el cerco. Treinta segundos antes de terminar el partido, el árbitro decretó un penal contra el Gallardo.

La pelota partió. Ni Zamora habría atajado un tiro semejante. ¡Gol!

El partido allí quedó terminado. La única tarea de los hombres de Peppone consistió en retirar a los jugadores y llevarlos al comité. El árbitro era apolítico: que se las arreglara.

Don Camilo ya no comprendía nada. Corrió a la iglesia y fue a arrodillarse ante el altar.

—¡Señor!, —dijo—, ¿por qué no me has ayudado? He perdido.

—¿Y por qué debía ayudarte a ti y no a los otros? Veintidós piernas tenían tus hombres y veintidós los otros: todas las piernas son iguales, don Camilo. Yo no puedo ocuparme de piernas. Yo me ocupo de las almas. *Da mihi animas, caetera tolle. Los* cuerpos se los dejo a la tierra. ¿Nunca volverás a encontrar tu seso, don Camilo?

—Me cuesta, pero lo encuentro —respondió don Camilo—. No pretendía que vos administrarais personalmente las piernas de mis muchachos, tanto más que son mejores que las de los otros. Digo solamente que no habéis impedido que la deshonestidad de un hombre castigase a los míos por una falta no cometida.

—Se equivoca el cura al decir la misa, don Camilo ¿por qué no admites que otro pueda equivocarse, aun sin mala fe?

—Se puede admitir que uno se equivoque en todos los terrenos. ¡Pero no cuando se trata de un arbitraje deportivo! Cuando está de por medio una pelota…

—Don Camilo razona, también él, no peor que Peppone, sino peor que Bólido, el que no razona absolutamente —prosiguió el Cristo.

—También esto es verdad —admitió don Camilo—. Pero Binella es un sinvergüenza.

No pudo continuar porque oyó avecinarse un vocerío tremendo y de allí a poco entró un hombre, deshecho, jadeante, con el terror pintado en el rostro.

—Quieren matarme —sollozó—. ¡Sálveme!

La turba estaba en la puerta a punto de entrar. Don Camilo aferró un candelabro de medio quintal y lo blandió amenazante.

—¡En el nombre de Dios —gritó—, atrás o les parto la cabeza! ¡Recuerden que quien entra aquí es sagrado e intocable!

La gente se detuvo.

—¡Avergüénzate, jauría desatada! Vuelve a tu cubil a rogar a Dios que te perdone tu bestialidad.

La gente bajó la cabeza confundida y silenciosa y se volvió para marcharse.

—¡Persígnense! —ordenó don Camilo. Y con el candelabro blandido por la mano ciclópea, alto como una montaña; parecía Sansón.

Todos se persignaron.

—Entre vosotros y el objeto de vuestro odio bestial está la cruz que cada uno de vosotros ha trazado con su mano. Quien trata de violar esta sagrada barrera es un sacrílego. ¡Vade retro!

Entró y corrió el pestillo de la puerta; pero no era necesario. El hombre estaba abatido en un banco y todavía jadeaba.

—Gracias, don Camilo —susurró.

Don Camilo no respondió. Se puso a pasear de un extremo al otro y finalmente se paró delante del hombre.

—¡Binella! —dijo vibrante don Camilo—. Binella ¡aquí, delante de mí y de Dios, no puedes mentir! ¡No hubo falta! ¿Cuánto te ha dado ese bellaco de Peppone para obligarte a sancionar un penal en caso de empate?

—Dos mil quinientas liras.

—¡Hum! —mugió don Camilo, poniéndole los puños bajo la nariz.

—Pero… —gimió Binella.

—¡Fuera! —vociferó don Camilo, señalándole la puerta.

Cuando quedó solo se volvió hacia el Cristo.

—¿No os había dicho que éste era un infame vendido? ¿Tengo o no razón de estar enojado?

—No, don Camilo —contestó el Cristo—. La culpa es tuya que por el mismo servicio has ofrecido a Binella dos mil liras. Cuando Peppone le ofreció quinientas más, él aceptó la oferta de Peppone.

Don Camilo abrió los brazos.

—Jesús —dijo—, si razonamos así va a resultar que el culpable soy yo.

—Así es justamente, don Camilo. Proponiéndole tú, sacerdote, el primero, la trampa, él ha pensado que se trataba de un negocio lícito, y en consecuencia, negocio lícito por negocio lícito, uno se queda con el que da mayor beneficio.

Don Camilo bajó la cabeza.

—¿Queréis decir que si aquel desgraciado recibía una carrada de leña de los míos, mía habría sido la culpa?

—En cierto sentido sí, porque tú has sido el primero en inducir al hombre en tentación. Pero tu culpa habría sido mayor si aceptando tu oferta, Binella hubiese fallado en favor de los tuyos. Porque en tal caso lo habrían apaleado los rojos y tú no hubieras podido detenerlos.

Don Camilo reflexionó un poco.

—En conclusión —dijo—, es mejor que hayan vencido los otros.

—Así es, don Camilo.

—Jesús, entonces os agradezco por haberme hecho perder. Y si os digo que acepto serenamente la derrota como castigo de mi deshonestidad, debéis creer que estoy verdaderamente arrepentido. Porque no enojarse al ver perder un equipo como el mío, un equipo, y no lo digo por jactarme, que podría jugar en la división B, un equipo que se come a dos mil Dynamos, creedme, es una cosa que destroza el corazón y reclama la venganza de Dios.

—¡Don Camilo! —amonestó sonriente el Cristo.

—No podéis comprenderme —suspiró don Camilo—. Él deporte es un asunto muy especial. El que está metido, está metido, y el que no está metido, no está.

¿Expreso la idea?

—Demasiado, pobre don Camilo. Te comprendo tanto que… Bueno: ¿para cuándo es el desquite?

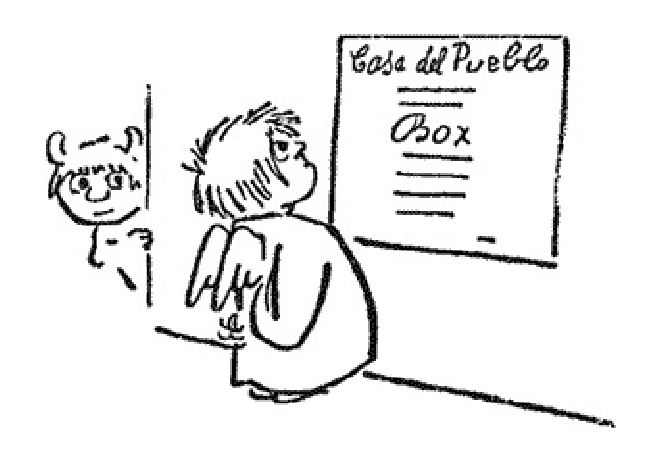
Don Camilo se alzó con el corazón rebosante de alegría.

—¡Seis a cero! —gritó—. Seis pelotazos como balas, que ni los verán pasar. Tan seguro es como que acierto en ese confesionario.

Arrojó al aire el sombrero y con un puntapié lo recibió al vuelo y lo metió en la ventanilla del confesionario.

—¡Gol! —dijo el Cristo sonriendo.

El vengador



Llegó el Flaco en su bicicleta de carrera y frenó a la americana: proeza especial que consiste en saltar del asiento hacia atrás y quedar cabalgando sobre la rueda. Don Camilo, que estaba leyendo el diario, sentado en un banco delante de la casa parroquial, levantó la cabeza.

—¿Te los da Stalin los pantalones? —le preguntó tranquilamente.

El Flaco le alargó una carta, se tocó con el índice la visera de la gorra, montó en la bicicleta y, antes de doblar la esquina, volvióse y gritó de pie en los pedales:

—¡Me los da el papa! Luego disparó con la velocidad del rayo.

Don Camilo esperaba esa carta. Tratábase de la invitación a la ceremonia inaugural de la «Casa del Pueblo», con programa anexo de los festejos. Discursos, informes, banda, refrescos, y por la tarde un *Gran encuentro de pugilato entre el campeón del Comité local, peso máximo, compañero Mirko Bagotti, y el campeón de la Federación Provincial, peso máximo, compañero Anteo Gorlini*.

Don Camilo fue a referir esto al Cristo del altar.

—Jesús —exclamó después de haberle leído el programa—, ¡esto es una deshonestidad! Si Peppone no fuese el último villano, habría puesto en el programa, no una trompeadura, sino el partido de desquite entre el Gallardo y Dynamos. Así que yo ahora…

—Ahora ni sueñes siquiera en ir a cantarle cuatro frescas como desearías, pues no tienes razón —le interrumpió el Cristo—. Era lógico que Peppone procurara hacer algo distinto de lo que tú hiciste. Secundariamente era lógico que Peppone no se expusiera a inaugurar su casa con una derrota. Aun en el supuesto de que su campeón llegara a perder, la cuestión no tendría importancia: compañero el uno tanto como el otro, las cosas quedan en familia. Una derrota sufrida por su equipo resultaría perjudicial para el prestigio de su partido. Don Camilo, tú debes admitir por lo tanto que Peppone no podía incluir un encuentro con tu equipo.

—Sin embargo —exclamó don Camilo—, en mi programa hubo un torneo con su equipo. ¡Y también he perdido!

—Don Camilo —rebatió el Cristo con dulzura— tú no representas un partido. Tus muchachos no defendían los colores de la Iglesia, defendían simplemente el prestigio de un equipo deportivo que por una feliz combinación se ha formado a la sombra de la iglesia parroquial. ¿O crees acaso que la del domingo fue una derrota de la religión cristiana?

Don Camilo se echó a reír.

—Jesús —protestó—, me agraviáis si pensáis que yo razono de esa manera. Yo sólo decía que Peppone es un villano, deportivamente hablando. Por lo tanto me perdonaréis sí me pongo a reír a carcajadas cuando su famoso campeón empiece a recibir tantos puñetazos que al tercer «round» no sabrá ya ni cómo se llama.

—Sí, te perdonaré, don Camilo. En cambio no te perdonaría que tú también hallaras divertido el espectáculo de dos hombres que tratan de romperse el alma a puñetazos.

Don Camilo abrió los brazos.

—Nunca he pensado en eso y jamás aceptaría autorizar con mi presencia semejantes manifestaciones de brutalidad que sólo sirven para valorizar el culto de la violencia, tan arraigado ya en el espíritu de las masas. Estoy completamente de acuerdo con vos y condeno todo deporte en que la destreza ocupe el segundo lugar con respecto a la fuerza bruta.

—Bravo, don Camilo —dijo el Cristo—. Si un hombre siente necesidad de estirar los músculos, no es en modo alguno necesario que tome a puñetazos a su prójimo. Basta para ello que, después de protegerse las manos con guantes bien acolchados, se desahogue en una bolsa de aserrín o en una pelota colgada en cualquier parte.

—Así es —dijo don Camilo, persignándose deprisa y apresurándose a salir.

—Sácame de una curiosidad, don Camilo —lo atajó el Cristo—. ¿Cómo se llama esa pelota de cuero que has fijado con la cuerda elástica al techo y al piso del desván?

—Me parece que punching-ball —farfulló don Camilo deteniéndose.

—¿Y qué significa?

—No sé inglés —contestó don Camilo, escabulléndose.

Don Camilo presenció la ceremonia inaugural de la Casa del Pueblo y Peppone en persona lo acompañó a visitar el local: se trataba de una obra realmente de primera.

—¿Qué le parece? —le preguntó Peppone, que reventaba de gozo.

—¡Bonito! —contestó sonriendo don Camilo—. Digo la verdad, no se diría por cierto que la hubiese dibujado un pobre maestro albañil como el Brusco.

—Claro —rezongó Peppone, quien había gastado lo indecible para hacerse dibujar el proyecto por el mejor arquitecto de la ciudad.

—No es mala la idea de colocar las ventanas acostadas y no de pie —observó don Camilo—. Así pueden tenerse piezas más bajas sin que el conjunto desentone. Bien.

Bien. ¿Éste es el depósito?

—Es la sala de actos —explicó Peppone.

—¡Ah! ¿Y la armería y la celda para encerrar a los adversarios peligrosos, las han puesto en el sótano?

—No —contestó Peppone—. No tenemos adversarios peligrosos. Poca cosa todos: no nos importa que sigan circulando. En cuanto a la armería, hemos pensado hacer uso de la suya en caso de necesidad.

—Excelente idea —repuso con mucha amabilidad don Camilo—. Por lo demás, usted ha visto con qué celo cuido yo el ametrallador que usted me confió, señor Peppone.

Habían llegado delante de un cuadro de grandes dimensiones en el que se veía representado un hombre de enormes bigotes caídos, ojos pequeños y pipa.

—¿Es uno de vuestros muertos? —inquirió compungido don Camilo.

—Es uno de nuestros vivos que, cuando llegue, lo hará sentar a usted en la punta del pararrayos del campanario —explicó Peppone, que ya estaba harto.

—Es un sitio demasiado alto para un humilde arcipreste. El sitio más alto del pueblo está reservado al alcalde y yo lo pongo desde ahora a su completa disposición.

—¿Tendremos el honor de su presencia hoy en el partido de box, señor arcipreste?

—Gracias. Mi asiento pueden ustedes dárselo a Bólido que es más capaz que yo de apreciar la intima belleza y el profundo significado educativo y espiritual del espectáculo. Yo, por otra parte, me mantendré preparado en la rectoral para el caso de que el campeón de ustedes tenga necesidad del Santo Óleo. Que venga el Flaco y en dos minutos estaré aquí.

Por la tarde don Camilo quedóse charlando con el Cristo una horita; luego solicitó licencia para retirarse.

—Tengo sueño, voy a la cama. Y os agradezco por haber hecho llover a cántaros. En mi opinión eso hará mucho bien al trigo.

—Y sobre todo impedirá, en tu opinión, que mucha gente que vive lejos pueda asistir a la fiesta —agregó el Cristo—. ¿No es así?

Don Camilo meneó la cabeza.

La lluvia, aunque torrencial, no había aguado absolutamente la fiesta de Peppone. De todas las fracciones de la comuna y de las comunas más próximas había acudido gente, y la gran palestra de la Casa del Pueblo estaba llena como un huevo. El campeón de la Federación era un hombre acreditado y Bagotti gozaba en la zona de indudable popularidad. Además, en cierto modo era un encuentro entre la ciudad y la campaña, lo que daba mayor interés al asalto.

Peppone, en primera fila, junto al «ring», exultaba por aquella afluencia. Además

estaba seguro de que Bagotti en el peor de los casos perdería por puntos, lo que en la ocasión habría representado una victoria. A las cuatro en punto, después de una batahola de aplausos y gritos capaces de hacer desplomarse el techo, sonó el primer «gong» y la hinchada empezó a envenenarse el hígado.

Pronto se vió que el campeón provincial tenía un estilo superior al de Bagotti, pero éste era más ágil y el primer «round» fue algo como para cortar el aliento.

Peppone estaba bañado en sudor y parecía que hubiese comido dinamita.

El segundo «round» comenzó bien para Bagotti, que inició el ataque, pero de improviso Bagotti cayó como una roca. El árbitro empezó a contar los segundos.

—¡No! —gritó Peppone poniéndose de pie en la silla—. ¡Golpe bajo!

El campeón federal se volvió hacia Peppone sonriendo sarcásticamente. Negó con la cabeza y se tocó el mentón con el puño.

—¡No! —volvió a gritar Peppone exasperado, mientras la gente se alborotaba—. ¡Lo han visto todos! ¡Primero le has dado un golpe bajo y cuando él por el dolor se ha agachado le has asestado el puñetazo en el mentón! ¡No vale!

El campeón federal se encogió de hombros riendo. Entre tanto el árbitro había contado hasta diez y ya tomaba la mano del púgil para alzarla cuando ocurrió la tragedia.

Peppone arrojó el sombrero y de un salto subió al «ring» y avanzó con los puños apretados contra el campeón federal.

—¡Ya verás! —gritó.

—¡Cáscalo, Peppone! —gritó la gente enloquecida.

Mientras el púgil se ponía en guardia, Peppone se le echó encima como un «panzer» y le disparó un puñetazo. Pero estaba demasiado enfurecido para razonar y el otro esquivó fácilmente el golpe y le envió un directo a la mandíbula. Y no se fatigó mucho en asestarlo fuerte y justo, porque Peppone estaba inmóvil, completamente descubierto, fue como pegar en la bolsa de aserrín. Se derrumbó como un peñasco y en la multitud corrió algo así como un viento de angustia que heló las palabras en todas las gargantas. Mas he aquí que mientras el campeón federal sonríe de conmiseración mirando al gigante tendido en la lona, la multitud levanta un tremendo alarido: un hombre ha subido a la pista. No se cuida siquiera de quitarse el impermeable mojado y la gorra. Aferra dos guantes que están sobre un banco en un ángulo de las cuerdas, los calza sin tiempo de atarlos, se planta en guardia delante del campeón y le larga un trompis.

El campeón federal lo esquiva, naturalmente, pero no puede devolver, porque el otro está cubierto. La cosa quedará liquidada en tres segundos más. Brinca en torno del hombre, que se limita a girar lentamente y, llegado el momento, le dispara un formidable directo. El otro ni siquiera se mueve. Desvía con la izquierda y con la derecha le asesta en la mandíbula un puñetazo tal que el campeón queda como

adormecido en viaje hasta desplomarse dormido fuera del «ring».

La multitud enloquece.

Fue el campanero el que llevó la noticia a la rectoral, y don Camilo debió saltar de la cama para abrirle la puerta, porque el sacristán parecía enloquecido, y si no le contaba todo de la a a la zeta habría reventado.

Don Camilo bajó para hacer su relación al Cristo.

—¿Y? —preguntó el Cristo—. ¿Cómo anduvo eso?

—¡Un escándalo vergonzoso, un espectáculo de desorden e inmoralidad que no puede imaginarse!

—¿Cómo la tentativa de linchamiento de tu árbitro? —preguntó el Cristo con indiferencia.

Don Camilo rió burlón.

—¡Qué árbitro! Al segundo «round» el campeón de aquí cayó como una bolsa de papas. Entonces Peppone en persona subió al «ring» a trompearse con el vencedor. Peppone es fuerte como un buey, pero es tan cabezudo que avanza en masa como un pelotón de zulúes o de rusos; entonces el otro le encaja un directo al mentón y lo acuesta seco como un clavo.

—¿Así que fueron dos las derrotas sufridas por el comité?

—Sí, dos del comité y una de la federación —dijo don Camilo riendo—. Porque la cosa no terminó ahí. Apenas cayó Peppone, saltó otro al «ring». Uno de los venidos de las comunas vecinas, parece, un pedazo de hombre de barba y bigotes: éste también se pone en guardia y sacude una trompada al campeón federal.

—Y el campeón esquiva y contesta, y el hombre de la barba también rueda por tierra para completar ese espectáculo brutal —interrumpió el Cristo.

—¡No! El hombre está más defendido que una caja metálica. Entonces el campeón federal empieza a dar saltitos para tomarlo por sorpresa. De pronto, ¡zas!, dispara un directo con la derecha. Entonces, yo desvío con la izquierda y lo fulmino con la derecha. ¡Fuera del «ring»!

—¿Y tú que tienes que ver en esto?

—No entiendo.

—Has dicho: yo desvío con la izquierda y lo fulmino con la derecha.

—La verdad es que no sé cómo he podido decir tal cosa.

El Cristo meneó la cabeza.

—¿Tal vez porque el hombre que castigó al campeón fuiste tú?

—No me parece —respondió gravemente don Camilo—; yo no tengo barba ni bigote.

—Uno puede disfrazarse para no hacer ver a la gente que el arcipreste halla interesante el espectáculo de dos hombres que se estropean públicamente a

puñetazos.

Don Camilo abrió los brazos.

—Jesús, todo puede suceder. Debe tenerse presente también que los arciprestes están hechos de carne.

El Cristo suspiró.

—Lo recordamos; pero también tenemos presente que los arciprestes, aun cuando hechos de carne, jamás deberían olvidar que tienen cerebro. Porque si el arcipreste de carne se disfraza para ir a presenciar un pugilato, el formado de cerebro debe impedirle dar un espectáculo de violencia.

Don Camilo meneó la cabeza.

—Así es; pero también debería tenerse presente que los arciprestes, además que de carne y de cerebro están hechos de otra cosa. Y por eso cuando esa otra cosa ve que un alcalde es acostado en el piso ante la vista de todos sus administrados por un tramposo de la ciudad que vence tirando golpes bajos (bellaquería que pide la venganza de Dios), esa otra cosa toma al arcipreste de carne y al arcipreste de cerebro y los obliga a subir al «ring».

El Cristo meneó la cabeza.

—¿Querrías decir que yo debiera tener en cuenta que los arciprestes están hechos también de corazón?

—Por el amor del cielo —exclamó don Camilo—, jamás me permitiré daros consejos. Cuando más puedo deciros que nadie sabe quién es el hombre de la barba.

—Tampoco lo sé yo —dijo el Cristo suspirando—. Entre tanto, ¿tienes una idea de lo que quiere decir *punching-ball*?

—Mis conocimientos de la lengua inglesa no han aumentado, Señor.

—Renunciemos a querer saber también esto —dijo el Cristo—. En el fondo, la cultura es a veces más un mal que un bien. ¡Adiós, campeón federal!

Nocturno con campanas



Desde cierto tiempo don Camilo se sentía constantemente vigilado por dos ojos. Cuando andaba por el camino o a través de los campos y se volvía repentinamente, aunque no veía a nadie estaba seguro de que si hubiese revisado detrás del seto o entre las matas, habría encontrado los ojos y lo demás.

Habiendo salido de noche dos veces de su casa, al sentir un crujido detrás de la puerta llegó a entrever una sombra.

—Déjalo hacer —le había contestado el Cristo del altar, cuando don Camilo le había pedido consejo—. Dos ojos nunca hicieron mal a nadie.

—Convendría saber si los dos ojos viajan solos o acompañados de un tercero de calibre 9, por ejemplo —suspiró don Camilo—. Es un detalle que tiene su importancia.

—Nada puede turbar una conciencia tranquila, don Camilo.

—Lo sé, Jesús —dijo suspirando nuevamente don Camilo—. Lo malo es que habitualmente el que se comporta así no dispara contra la conciencia sino contra la espalda.

Don Camilo, sin embargo, no adoptó ninguna actitud. Transcurrió todavía algún tiempo y una noche, estando solo en su casa, leyendo, «sintió» repentinamente los ojos.

Y eran tres. Levantó lentamente la cabeza y vió en primer término el ojo negro de una pistola y luego los ojos del Rubio.

—¿Debo levantar las manos? —le preguntó tranquilamente don Camilo.

—No quiero hacerle daño —contestó el Rubio guardando el arma en el bolsillo del saco—. Temía que se asustara viéndome de repente y que se pusiera a gritar.

—Entiendo —repuso don Camilo—. ¿No se te ha ocurrido que llamando a la puerta te hubieras ahorrado todo este trabajo?

El Rubio no contestó y fue a apoyarse en el alféizar de la ventana. Luego, de pronto se volvió y se sentó junto a la mesa de don Camilo.

Tenía el pelo revuelto, los ojos cavados en profundas ojeras y la frente llena de sudor.

—Don Camilo —dijo el Rubio entre dientes—, al de la casa del dique lo despaché yo.

Don Camilo encendió el «toscano».

—¿Al del dique? —dijo tranquilamente—. ¡Bah! Asunto viejo, cuestión de índole política que entró en la amnistía. ¿De qué te preocupas? Estás en paz con la ley.

El Rubio se encogió de hombros.

—Me importa un pito de la amnistía —dijo con rabia—. Yo todas las noches apenas apago la luz lo siento junto a mi cama. No consigo comprender qué me sucede.

Don Camilo arrojó una bocanada de humo azul.

—No es nada, Rubio —le dijo sonriente—. Un consejo: duerme con la luz encendida.

El Rubio saltó en pie.

—¡Vaya usted a tomarle el pelo al cretino de Peppone —gritó—, no a mí!

—En primer lugar, Peppone no tiene nada de cretino; secundariamente, yo nada más puedo hacer por ti —dijo don Camilo.

—Si hay que comprar velas o hacer alguna ofrenda a la iglesia, yo pago. Pero usted debe absolverme, ya que con la ley estoy en paz.

—En efecto, hijo —dijo con dulzura don Camilo—. Lo malo es que la amnistía para las conciencias no la han dictado y por eso aquí aun se continúa con el sistema primitivo. Para ser absueltos es preciso arrepentirse y luego demostrar estar arrepentidos y luego proceder de manera que se merezca el perdón. Trámite largo.

El Rubio lanzó una risotada.

—¿Arrepentirme? ¿Arrepentirme de haber despachado a aquél? ¡Siento haber despachado uno sólo!

—Es una materia en la que soy por completo incompetente. Por otra parte, si tu conciencia te dice que has hecho bien, no hay problemas —dijo don Camilo abriendo un libro ante los ojos del Rubio—. ¿Ves?, nosotros tenemos reglamentos muy precisos que no admiten la excepción del móvil político. Quinto: no matar. Séptimo: no robar.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo? —preguntó el Rubio con voz misteriosa.

—Nada —lo tranquilizó don Camilo.

—Me parecía que tú me habías dicho que con la excusa de la política, lo habías asesinado para apoderarte de su dinero.

—¡No he dicho eso! —gritó el Rubio sacando a relucir la pistola y apuntándola a la cara de don Camilo—. ¡No lo dije, pero es verdad! ¡Sí, es verdad, y si usted tiene el valor de contarlo, lo fulmino!

—Nosotros estas cosas no se las decimos ni siquiera al Padre Eterno —dijo don Camilo, tranquilizándolo—. De todos modos, Él lo sabe mejor que nadie.

El Rubio pareció calmarse. Aflojó la mano y miró la pistola.

—¡Qué cabeza! —exclamó riendo—. Ni me había dado cuenta de que estaba con el seguro.

Hizo girar el tambor y dejó la bala encañonada.

—Don Camilo —dijo luego con voz extraña—; estoy harto de ver a ése junto a mi cama. Aquí no hay vuelta: o usted me absuelve o disparo.

La pistola le temblaba ligeramente en la mano. Don Camilo palideció y miró al Rubio en los ojos. Jesús —dijo mentalmente—, este perro está rabioso y disparará. Una absolución concedida en estas condiciones no tiene valor. ¿Qué hago?

—Si tienes miedo, absuélvelo —respondió la voz del Cristo.

Don Camilo cruzó los brazos sobre el pecho.

—No, Rubio —dijo.

El Rubio apretó los dientes.

—Don Camilo, ¡déme la absolución o disparo!

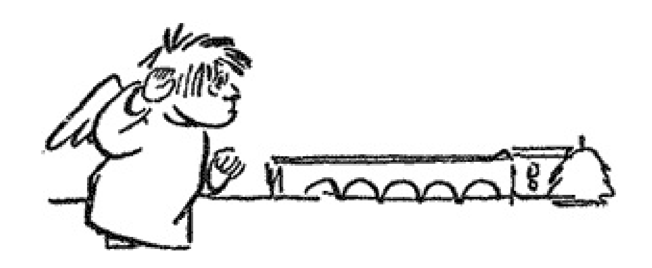
—No.

El Rubio apretó el gatillo y el gatillo cayó, pero el tiro no salió.

Entonces fue don Camilo el que disparó, y el tiro dio justo en el blanco, porque las trompadas de don Camilo siempre hacían impacto. Luego subió al campanario y a las once de la noche repicó a fiesta durante veinte minutos. Todos dijeron que don Camilo se había vuelto loco, todos menos el Cristo, que meneó la cabeza sonriendo, y el Rubio, que, corriendo enloquecido, a través de los campos, había llegado a la orilla del río y estaba por arrojarse al agua oscura; pero el repique de las campanas lo alcanzó y lo detuvo.

Y el Rubio volvió atrás, porque había escuchado una voz nueva para él y éste fue el verdadero milagro, pues una pistola que falla es un suceso de este mundo, pero que un cura eche a volar festivamente las campanas a las once de la noche es realmente cosa del otro mundo.

Hombres y animales



La Grande era un fundo al que no se le veía la terminación, con un establo de cien vacas, quesería a vapor, pomar y pare usted de contar. Todo ello propiedad del viejo Pasotti, quien vivía solo en la Abadía, teniendo a sus órdenes un ejército de criados y peones.

Un día los peones iniciaron un movimiento y capitaneados por Peppone fueron todos a la Abadía, donde el viejo Pasotti les dió audiencia desde una ventana.

—¡Que los parta un rayo! —gritó Pasotti, asomando la cabeza—. ¿Es que en este puerco país ya no se acostumbra dejar en paz a los hombres de bien?

—A los hombres de bien, sí —contestó Peppone—, pero no a los explotadores que niegan a los trabajadores lo que les corresponde por derecho.

—Para mí, el derecho es lo que establece la ley —rebatió Pasotti— y yo con la ley estoy en paz. Peppone entonces dijo que hasta que Pasotti no hubiese concedido las mejoras, los jornaleros de la Grande se abstendrían de trabajar.

—¡A sus cien vacas les dará de comer usted! —concluyó Peppone.

—Bien —repuso Pasotti. Y cerrando la ventana fue a reanudar el sueño interrumpido.

Así empezó la huelga en la Grande y fue una resistencia organizada personalmente por Peppone, con brigadas de vigilancia, turnos de guardia, mensajeros y puestos de asedio. Las puertas y las ventanas del establo fueron clavadas y selladas.

El primer día las vacas mugieron porque no habían sido ordeñadas. El segundo día mugieron por falta de ordeño y porque sentían hambre, y el tercer día a lo demás se agregó la sed, de manera que los mugidos se oían hasta más allá de los límites de la comuna. Entonces la vieja sirvienta de Pasotti salió por la portezuela de servicio de la Abadía y explicó a los hombres del puesto de asedio que iba a la farmacia del pueblo a comprar un desinfectante.

—Ha dicho el patrón que no quiere pescarse el cólera con el olor de las vacas cuando hayan muerto de hambre.

Esta noticia hizo menear la cabeza a los más viejos criados que trabajaban con Pasotti desde hacía cincuenta años y sabían que éste tenía la cabeza más dura que el hierro. En estas circunstancias intervino personalmente Peppone con su estado mayor

y sus hombres y dijo que si alguien tenía el coraje de acercarse al establo, lo trataría como a un traidor de la patria.

En la tarde del cuarto día acudió a la casa parroquial Santiago, un antiguo vaquero de la Grande.

—Hay una vaca que debe parir y muge que parte el alma. Y morirá de seguro si no se la ayuda, pero si alguien se acerca al establo le rompen los huesos.

Don Camilo fue a asirse de la barandilla del altar.

—Jesús —dijo al Cristo crucificado—, ¡tenedme o emprendo la marcha sobre Roma!

—Cálmate, don Camilo —lo amonestó el Cristo dulcemente. Nada puede obtenerse con la violencia. Es preciso calmar a la gente con el razonamiento, y no exasperarla con actos de violencia.

—Así es —suspiró don Camilo—. Hay que inducir a la gente a razonar. Lástima que mientras los inducimos a razonar, las vacas revientan.

El Cristo sonrió.

—Si empleando la violencia, que llama a la violencia, logramos salvar cien animales pero perdemos un hombre, y si usando la persuasión perdemos cien animales pero evitamos la pérdida de ese hombre ¿a tu juicio es mejor la violencia o la persuasión?

Don Camilo, que no quería renunciar a la idea de la marcha sobre Roma, tanta era su indignación, meneó la cabeza.

—Vos, Jesús, me sacáis la cuestión de su terreno. No se trata aquí de cien animales, sino del patrimonio público. La muerte de cien animales no representa únicamente un daño para aquel cabeza dura de Pasotti, sino un perjuicio para todos, buenos y malos. Y el caso puede tener tal repercusión que llegue a exacerbar más aun las discordias existentes y originar un conflicto de proporciones, en el cual, en vez de uno tengamos veinte muertos.

El Cristo no estaba de acuerdo.

—Si razonando hoy evitas un muerto, ¿por qué razonando no podrías evitar los muertos de mañana? Don Camilo, ¿has perdido la fe?

Don Camilo salió a caminar por los campos, llevado por sus nervios, y, mira qué casualidad, de pronto empezó a oír cerquita los mugidos de las cien vacas de la Grande. Luego oyó la charla de los hombres del puesto de asedio y diez minutos después se halló metido en el grueso caño de cemento del canal de riego, que pasaba bajo la red metálica y que por fortuna estaba sin agua.

—Ahora —pensó don Camilo— yo estaría arreglado si alguno estuviese esperándome en el fondo del caño para recibirme con un garrotazo en la cabeza.

Pero dentro no había nadie, y don Camilo pudo encaminarse cautamente por el canal, hacia la alquería.

—¡Alto ahí! —dijo poco después una voz; pero don Camilo de un salto estuvo fuera del canal y se ocultó detrás de un grueso tronco.

—¡Alto o disparo! —repitió la voz, que ahora partía de atrás de otro grueso tronco del lado opuesto del canal.

Era la noche de las casualidades y don Camilo se encontró casualmente con una herramienta de acero respetable entre las manos. Tiró hacia atrás algo que se movía y contestó:

—Cuidado, Peppone, porque yo también disparo.

—¡Ah! —rezongó el otro—. ¡Raro hubiese sido que no se me pusiera delante también en este asunto!

—Tregua de Dios —dijo don Camilo—. Quien falte a la palabra será carne del demonio. Ahora cuento y cuando diga «tres», los dos saltamos dentro del foso.

—No sería usted cura si no fuese tan desconfiado —dijo Peppone. Y a las «tres» saltó y los dos se encontraron en el fondo del canal.

Llegaba del establo el infernal mugido de las vacas, tan lastimero que daba un sudor frío.

—Me figuro cómo debes divertirte con esta música —susurró don Camilo—. Lástima que cuando las vacas hayan muerto, la música se acabará. Hacen bien en mantenerse firmes. Más aún, tendrás que explicarles a los trabajadores que deben quemar los graneros, los heniles y también las casas que habitan. Piensa qué rabia para el pobre Pasotti, obligado a refugiarse en un hotelito suizo y a gastar los pocos millones que tiene allá depositados.

—¡Habrá que ver si podrá llegar a Suiza! —contestó Peppone amenazador.

—¡Justamente! —exclamó don Camilo—. Tienes razón. Ya es tiempo de acabar con la vieja historia del quinto mandamiento que ordena no matar. Y cuando te veas ante el Padre Eterno, le hablarás claramente «Pocas historias, querido señor Padre Eterno, o bien Peppone declara la huelga general y pone a todos de brazos cruzados». A propósito, ¿cómo harás, Peppone, para hacer cruzar de brazos a los querubines? ¿Lo has pensado?

Peppone mugió peor que la vaca que estaba por tener el ternerito y se quejaba como para partir el corazón.

—¡Usted no es un cura! —dijo rechinando los dientes—. ¡Usted es el comandante general de la Gepeú!

—De la Gestapo —corrigió don Camilo—. La Gepeú es cosa de ustedes.

—¡Usted entra de noche en las casas ajenas armado de un ametrallador como un bandido!

—¿Y tú? —preguntó sereno don Camilo.

—¡Yo estoy al servicio del pueblo!

—¡Y yo estoy al servicio de Dios!

—¡No se puede hablar con los curas! ¡Al cabo de dos palabras sacan a relucir enseguida la cuestión política!

—Peppone —comenzó con dulzura don Camilo.

Pero Peppone no lo dejó proseguir.

—¡No me vengas con la monserga del patrimonio nacional y otras historias, porque como es verdad que hay Dios, disparo! —exclamó.

Don Camilo meneó la cabeza.

—Con los rojos no se puede hablar. ¡Al cabo de dos palabras sacan a relucir enseguida la cuestión política!

Oyóse un fuerte mugido de la vaca que estaba por parir.

—¿Quién está ahí? —dijo en ese momento alguien que estaba cerca. Era el Brusco, que llegaba seguido del Magro y del Pardo.

—Hagan una larga recorrida por la calle del molino —ordenó Peppone.

—Está bien —contestó el Brusco—. ¿Con quién estás hablando?

—¡Con tu alma maldita! —gritó Peppone enfurecido.

—La vaca que está por tener el ternerito grita —barbotó el Brusco.

—¡Vete a contárselo al cura! —gritó Peppone—. ¡Déjala que reviente! ¡Yo cuido los intereses del pueblo, no los de las vacas!

—No te alteres, jefe —balbuceó el Brusco, escurriéndose con la escuadra.

—Bien, Peppone —susurró don Camilo—. Vamos ahora a cuidar los intereses del pueblo.

—¿Qué intenciones tiene?

Don Camilo se encaminó tranquilamente costeando el canal hacia la alquería, mientras Peppone le intimaba que se detuviese o le haría una descarga por la espalda.

—Peppone es una bestia porfiada como un mulo —dijo don Camilo—, pero no balea por la espalda a los pobres curas que están haciendo lo que Dios les manda.

Peppone blasfemó, y entonces don Camilo volvióse a él, de golpe.

—Deja de portarte como un caballo o te sacudo en la jeta un directo como el que recibió tu famoso campeón federal…

—No preciso que me lo diga; lo sabía que no pudo haber sido más que usted. Pero aquí se trata de otra cosa.

Don Camilo continuó caminando tranquilamente y el otro le iba detrás rezongando y amenazando con una descarga. Llegado cerca del establo una voz dio el alto.

—¡Vete al infierno! —respondió Peppone—. Ahora estoy yo aquí. Ustedes vayan a la quesería.

Don Camilo no se dignó siquiera mirar la puerta sellada del establo. Subió por la escalera de mano al henil, situado encima del establo, y llamó en voz baja:

—«Santiago».

El viejo vaquero que poco antes había ido a referirle la historia de la vaca, salió de entre el heno. Don Camilo encendió una linterna eléctrica y moviendo un fardo de forraje, levantó en el piso una tapa.

—Baja —le dijo al viejo. Éste descendió por el agujero y permaneció abajo largo rato.

—Ya se libró —susurró al reaparecer—. He hecho mil veces esta operación y la entiendo mejor que un veterinario.

—Ahora vete a casa —le ordenó don Camilo.

El viejo desapareció. Entonces don Camilo levantó de nuevo la tapa e hizo rodar un fardo de pasto.

—¿Qué piensa usted hacer? —dijo Peppone, que hasta ese momento se había mantenido escondido.

—Ayúdame a echar los fardos y después te lo digo.

Peppone, refunfuñando, empezó a bajar fardos y más fardos y cuando don Camilo descendió al establo, cortó los dos alambres, esparció el pasto y lo echó delante de las vacas.

—Tú ocúpate del pesebre de la izquierda —dijo a Peppone.

—¡Ni aunque me degüelle! —gritó Peppone tomando un fardo y llevándolo al pesebre.

Trabajaron como un ejército de boyeros. Luego se presentó el problema de dar de beber a los animales y como se trataba de un establo moderno, con los comederos a lo largo del corredor y los bebederos dispuestos junto a los muros, fue preciso hacerles dar media vuelta a cien vacas y luego romperse los brazos apaleándolas en los cuernos para que dejasen el agua y no reventasen de un atracón.

Cuando hubieron terminado, el establo seguía permaneciendo oscuro, debido a que los postigos de todas las ventanas habían sido clavados por el lado de afuera.

—Son las tres de la tarde —dijo don Camilo mirando el reloj—. Para salir debemos esperar que se haga noche.

Peppone empezó a morderse las manos de rabia, pero después tuvo que serenarse. Era ya de noche, y en un ángulo del establo Peppone y don Camilo todavía jugaban a las cartas a la luz de un farol a petróleo.

—¡Tengo un hambre que me comería un obispo crudo! —exclamó Peppone furioso.

—Es cosa difícil de digerir, ciudadano alcalde —contestó don Camilo con calma, aunque también él estaba viendo todo verde y se habría comido a un cardenal—. Para decir que tienes hambre espera a ayunar los días que han ayunado las vacas.

Antes de salir echaron más pasto en los comederos. Peppone no quería de ningún modo, pues decía que era hacerle traición al pueblo; pero don Camilo fue inflexible.

Así, durante la noche, hubo un silencio de tumba en el establo y el viejo Pasotti,

al no oír más el mugido de las vacas, se asustó pensando que habrían llegado al extremo, si no tenían ya fuerza ni para mugir. Por la mañana bajó entonces a parlamentar con Peppone y, aflojando un poco por ambas partes, el conflicto quedó solucionado.

Por la tarde Peppone llegó a la rectoral.

—¡Eh! —dijo con voz dulcísima don Camilo—. Ustedes los revolucionarios deberían escuchar siempre los consejos del viejo arcipreste. Justamente es así, querido hijo.

Peppone quedó contemplando de brazos cruzados esa admirable desvergüenza.

—Reverendo —dijo Peppone—. ¡Mi ametrallador!

—¿Tu ametrallador? —preguntó sonriendo don Camilo—. No entiendo. ¿Tú tenías un fusil?

—Sí, lo tenía, pero cuando salimos del establo, usted aprovechó descaradamente la confusión que yo tenía en la cabeza para birlármelo.

—Ahora que me haces acordar, me parece que si —respondió don Camilo con delicioso candor—. Discúlpame, Peppone. Lo malo es que, sabes, me vuelvo viejo y no puedo recordar donde lo he metido.

—Reverendo —exclamó Peppone con voz sorda—, es el segundo que me ha birlado.

—¡Bah! No te inquietes, hijo. Tú puedes hacerte de otro. ¡Quién sabe cuántos tienes todavía escondidos en tu casa!

—¡Usted es uno de esos curas que, dale que dale, obligan a un hombre de bien cristiano a convertirse en mahometano!

—Quizás —repuso don Camilo—; pero tú no corres ese peligro. Tú no eres un hombre de bien.

Peppone tiró el sombrero al suelo.

—Si lo fueses, deberías agradecerme lo que hice por ti y por el pueblo.

Peppone recogió el sombrero, se lo encasquetó e hizo ademán de salir. Ya en la puerta, volvióse.

—Usted puede birlarme no dos, sino doscientos mil fusiles ametralladores. El día de la recuperación siempre encontraré una pieza de 75 para abrir el fuego contra estas casas del diablo.

—Y yo encontraré siempre un mortero de 81 para responderte —repuso don Camilo tranquilamente.

Al pasar delante de la iglesia, como la puerta estaba abierta y se veía el altar, Peppone se quitó con rabia el sombrero, pero se lo puso rápidamente antes de que nadie lo viese.

Ya el Cristo lo había visto y cuando don Camilo fue a la iglesia se lo dijo.

—Ha pasado Peppone y me ha saludado —dijo alegremente el Cristo.

—Cuidado, Jesús —advirtió don Camilo—. También otro os besó y luego os vendió por 30 liras. ¡Ése que os ha saludado, tres minutos antes me había dicho que el día de la recuperación siempre encontraría una pieza de 75 para disparar contra la casa de Dios!

—¿Y tú que le contestaste?

—Que hallaré siempre un mortero de 81 para responderle disparando contra la Casa del Pueblo.

—Entiendo, don Camilo. Lo malo es que tú tienes de veras el mortero.

Don Camilo abrió los brazos.

—Jesús —dijo—, se trata de una fruslería que uno no se atreve a tirar porque es un recuerdo. Los hombres somos todos un poco sentimentales. Y luego, ¿no es mejor que ese juguete esté en mi casa y no en la de los otros?

—Don Camilo, siempre tienes razón —contestó sonriendo el Cristo—. Siempre que no cometas algún abuso.

—Eso no lo temo: tengo el mejor consejero del universo —repuso don Camilo.

Y el Cristo no supo qué contestarle.

La procesión



Todos los años, al celebrarse la feria del pueblo, se llevaba en procesión al Cristo crucificado del altar. El cortejo llegaba hasta el dique y allí se efectuaba la bendición de las aguas para que el río no hiciera locuras y se comportara decentemente.

Como en otras ocasiones parecía que también en ésta las cosas funcionarían con la acostumbrada regularidad, y don Camilo estaba dando los últimos toques al programa de la fiesta, cuando apareció el Brusco en la rectoral.

—El secretario del comité —dijo el Brusco— me manda a hacerle saber que el comité participará en la procesión en pleno con bandera.

—Agradezco al secretario Peppone —contestó don Camilo—. Me alegraré de que todos los hombres del comité estén presentes. Sin embargo, es necesario que tengan la amabilidad de dejar la bandera en casa. No debe haber banderas políticas en cortejos sacros. Éstas son las órdenes que tengo.

El Brusco se marchó y poco después llegó Peppone con la cara congestionada y los ojos fuera de las órbitas.

—¡Somos cristianos como todos los demás! —gritó Peppone entrando en la rectoral sin pedir siquiera permiso—. ¿En qué somos distintos de los otros?

—En que cuando entran en casa ajena ustedes ni se quitan el sombrero —respondió don Camilo tranquilamente.

Peppone se quitó el sombrero con rabia.

—Ahora eres igual a los demás cristianos —dijo don Camilo.

—¿Por qué no podemos venir a la procesión con nuestra bandera? —gritó Peppone—. ¿Qué tiene de particular nuestra bandera? ¿Es la bandera de los ladrones y los asesinos?

—No compañero Peppone —explicó don Camilo mientras encendía su toscano—. Es una bandera de partido y aquí se trata de un acto religioso y no político.

—¡En ese caso tampoco deben ustedes admitir las banderas de la Acción Católica!

—¿Por qué? La Acción Católica no es un partido político, tanto es así que yo soy su secretario. Precisamente te aconsejo que te inscribas con tus compañeros.

Peppone soltó una carcajada.

—¡Si quiere usted salvar su alma negra, deberá inscribirse en nuestro partido!

Don Camilo abrió los brazos.

—Procedamos así —repuso sonriendo—, cada cual queda donde está y amigos, como antes.

—Yo y usted nunca hemos sido amigos —afirmó Peppone.

—¿Tampoco cuando estuvimos juntos en los montes?

—¡No! Era una simple alianza estratégica. Por el triunfo de la causa uno puede aliarse hasta con los curas.

—Bueno —dijo don Camilo con calma—. Pero si quieren venir a la procesión deben dejar la bandera en casa.

Peppone rechinó los dientes.

—¡Si cree usted que podrá hacerse el Duce, se equivoca, reverendo! —exclamó —. ¡O con nuestra bandera o no hay procesión!

Don Camilo no se impresionó. «Le pasará» —dijo para sí—. Y en efecto, durante los tres días que precedieron al domingo de la feria, no se oyó hablar de la cuestión. Pero el domingo, una hora antes de misa, llegó a la rectoral gente asustada. La víspera, la escuadra de Peppone había recorrido todas las casas para advertir que quien concurriese a la procesión daría a entender que no le importaba su salud.

—A mí nada me han dicho —observó Don Camilo—. Por lo tanto la cosa no me preocupa.

La procesión debía realizarse al término de la misa. Y mientras en la sacristía don Camilo estaba vistiendo los paramentos usuales, llegó un grupo de parroquianos.

—¿Qué se hace? —preguntaron.

—La procesión —contestó don Camilo tranquilamente.

—Esos son muy capaces de arrojar bombas sobre el cortejo —le objetaron—. Usted no debe exponer a sus feligreses a tal peligro. En nuestra opinión, la procesión debe suspenderse, avisar a la fuerza pública de la ciudad y realizarla cuando hayan llegado los carabineros en suficiente cantidad para garantizar la seguridad de la gente.

—Bien pensado —observó don Camilo—. Entre tanto se podría explicar a los mártires de la religión que obraron muy mal al comportarse como se comportaron y que en vez de ir a predicar el cristianismo cuando estaba prohibido, debieron esperar que llegasen los carabineros.

Seguidamente don Camilo indicó a los visitantes donde estaba la puerta. Se marcharon rezongando. Poco más tarde entró en la iglesia un grupo de ancianos y de ancianas.

—Nosotros venimos, don Camilo —dijeron.

—¡Ustedes se van a casa enseguida! —ordenó don Camilo—. Dios tomará en cuenta sus piadosas intenciones. Ésta es una situación en que los ancianos, las mujeres y los niños deben permanecer en sus casas.

Delante de la iglesia había quedado un grupito de personas; pero cuando se oyeron algunos disparos de armas (era simplemente el Brusco, que con fines demostrativos hacíale hacer gárgaras a su ametrallador, disparando al aire), también el grupito se hizo humo, y don Camilo, al asomarse a la puerta de la iglesia, vió el atrio desierto y limpio como una mesa de billar.

—¿Y, don Camilo, vamos? —preguntó en ese momento el Cristo del altar—. Debe estar magnífico el río con este sol. Verdaderamente lo veré de buena gana.

—Sí, vamos —contestó don Camilo—. Pero fijaos que esta vez, desgraciadamente, estaré solo en la procesión. Si os basta…

—Cuando está don Camilo ya hay de sobra, —dijo sonriendo el Cristo.

Don Camilo se colocó rápidamente la bandolera de cuero con la cuja para el pie de la cruz; bajó del altar el enorme Crucifijo, lo apoyó en el soporte y suspiró:

—Con todo, podían haber hecho más liviana esta cruz.

—Dímelo a mí —repuso sonriendo el Cristo—, a mí, que debí llevarla hasta la cima y no tenía tus espaldas.

Algunos minutos después don Camilo, sosteniendo el enorme Crucifijo salía solemnemente por la puerta de la iglesia.

El pueblo estaba desierto; la gente se había encerrado, corrida por el miedo, y espiaba a través de las celosías.

—Debo producir la impresión de aquellos frailes que andaban solos con la cruz negra por las calles de las ciudades despobladas por la peste —se dijo don Camilo. Luego púsose a salmodiar con su vozarrón baritonal, que se agigantaba en el silencio.

Atravesó la plaza y siguió por en medio de la calle principal, en la que también reinaban la soledad y el silencio.

Un perrito salió de una calleja, y se puso a caminar quietecito detrás de don Camilo.

—¡Fuera! —masculló don Camilo.

—Déjalo —susurró de lo alto el Cristo—. Así Peppone no podrá decir que en la procesión no se veía siquiera un perro.

La calle torcía en el fondo, donde concluían las casas, y de allí partía el sendero que conducía al dique. Apenas dobló, don Camilo halló de improviso obstruída la calle. Doscientos hombres la bloqueaban mudos, con las piernas abiertas y los brazos cruzados. A1 frente de ellos estaba Peppone, en jarras.

Don Camilo hubiera querido ser un tanque. Pera no podía ser sino don Camilo, y cuando llegó a un metro de Peppone se detuvo, sacó el enorme Crucifijo del soporte y lo alzó blandiéndolo como una clava.

—Jesús —dijo—, teneos firme, que empiezo a repartir.

Pero no fue necesario porque, comprendida al vuelo la situación, los hombres retrocedieron hacia las aceras y como por encanto se abrió un surco en la masa.

Solamente Peppone quedó a pie firme en medio del camino, puesto en jarras y con las piernas abiertas. Don Camilo afirmó el pie del Crucifijo en el soporte y marchó derecho hacia Peppone.

Éste se hizo a un lado.

—No me aparto por usted sino por él —dijo señalando el Crucifijo.

—¡Y entonces quítate el sombrero! —gritó don Camilo sin mirarlo.

Peppone se quitó el sombrero y don Camilo pasó solemnemente entre sus hombres. Cuando llegó al dique se detuvo.

—Jesús —dijo en voz alta—, si en este inmundo pueblo las casas de los pocos hombres de bien pudieran flotar como el arca de Noé, yo os rogaría enviar tal crecida que arrase el dique e inunde todo el pueblo. Mas, como los pocos hombres de bien viven en casas de ladrillos iguales a las de tantos canallas, y no sería justo que los buenos debieran sufrir por las culpas de los pillos del tipo del alcalde Peppone y de toda su chusma de bandoleros sin Dios, os ruego salvar al pueblo de la inundación y concederle toda clase de prosperidades.

—Amén —murmuró la voz de Peppone detrás de don Camilo.

—Amén —repitieron en coro los hombres de Peppone, que habían seguido al Crucifijo.

Don Camilo tomó el camino del regreso y cuando llegó al atrio y se volvió para que el Cristo diese su última bendición al río lejano, se vió delante al perrito, a Peppone, a los hombres de Peppone y todos los habitantes del pueblo. También al boticario, que era ateo, pero que, ¡caramba!, un cura como don Camilo, capaz de hacer simpático al Padre Eterno, no lo había nunca encontrado.

El mitin



Apenas Peppone leyó en las esquinas el manifiesto en el cual se decía que un orador de la ciudad hablaría en la plaza en un mitin a invitación del comité del Partido Liberal, dió un brinco.

—¿Aquí, en el baluarte rojo, se podrá permitir una provocación semejante? —gritó—. ¡Ya veremos quién manda aquí!

Convocó a su estado mayor y el suceso inaudito fue estudiado y analizado. La proposición de incendiar inmediatamente el comité del Partido Liberal quedó descartada. La de impedir la reunión también fue rechazada.

—¡Vean las insidias de la democracia! —concluyó Peppone—. ¡Que el primer atorrante pueda permitirse el lujo de hablar en una plaza pública!

Decidieron permanecer en el orden y la legalidad: movilización general de todas las fuerzas, organización de escuadras de vigilancia para evitar celadas; ocupar los puntos estratégicos, custodiar el comité y alistar los mensajeros para pedir refuerzos en las fracciones vecinas.

—El hecho de realizar un mitin aquí demuestra que están seguros de arrollarnos —dijo—. De todos modos no nos tomarán desprevenidos.

Los vigías apostados a lo largo de las calles de acceso al pueblo debían comunicar cualquier movimiento sospechoso. Entraron en servicio desde la mañana del sábado, pero durante el día no se vió ni un gato.

Por la noche el Flaco avistó a un ciclista sospechoso, que luego resultó ser un borracho normal. El mitin debía efectuarse la tarde del domingo y hasta las 15 no se vió a nadie.

—Llegarán todos con el tren de las 15 y 35 —dijo Peppone. Y dispuso una vigilancia perfecta en los alrededores de la estación.

Y he aquí que llegó el tren y solamente bajó de él un hombrecito flacucho con una pequeña valija de fibra.

—Se ve que han sabido algo y no se han sentido con suficientes fuerzas para dar el golpe —argumentó Peppone.

En aquel momento el hombrecito se acercó y saludando cortésmente, preguntó a Peppone si tendría la amabilidad de indicarle dónde estaba el comité del Partido

Liberal.

Peppone lo miró estupefacto.

—¿El comité del Partido Liberal?

—Sí —explicó el hombre—, debo pronunciar un pequeño discurso dentro de veinte minutos y no quisiera llegar tarde.

Todos miraron a Peppone y éste se rascó la cabeza.

—Realmente es algo difícil explicarle, pues el centro urbano está a un par de kilómetros de aquí.

El hombrecito tuvo un gesto de contrariedad.

—¿Será posible hallar un medio para llegar?

—Tengo el camión afuera —gruñó Peppone—. Si quiere subir.

El hombre agradeció. Se dirigió al camión y cuando lo vió lleno de sujetos de aspecto torvo, de pañuelo rojo y distintivo, miró a Peppone.

—Soy el jefe —dijo Peppone—. Venga delante conmigo.

A mitad del camino Peppone frenó el vehículo y miró en la cara al hombrecito, que era un señor de mediana edad, delgado, de facciones muy finas.

—¿Luego usted es liberal? —preguntó.

—Sí —contestó el señor.

—¿Y no tiene miedo al encontrarse aquí solo entre cincuenta comunistas?

—No —contestó tranquilo el hombre.

Un murmullo amenazador se alzó entre los hombres del camión.

—¿Qué lleva en esa valija? ¿Un explosivo? —preguntó Peppone.

El hombre se echó a reír y la abrió.

—Un pijama, un par de pantuflas y un cepillito de dientes —explicó.

Peppone manoseó el sombrero y se golpeó los muslos.

—¡Cosa de locos! —gritó—. ¿Se puede saber por qué no tiene miedo?

—Justamente porque estoy solo y ustedes son cincuenta —explicó tranquilamente el hombrecito.

—¡Qué cincuenta y no cincuenta! —gritó Peppone—. ¿Usted no piensa que yo solo y con una sola mano soy capaz de hacerlo volar hasta aquel canal?

—No, no lo pienso —contestó el hombre con calma.

—Entonces usted es un loco, o un inconsciente, o uno que busca engatusar al pueblo.

El hombre rió de nuevo.

—Mucho más simple, señor mío: soy un hombre de bien.

Peppone se paró.

—¡No, mi querido señor! ¡Si usted fuese un hombre de bien no sería un enemigo del pueblo! ¡Un sirviente de la reacción! ¡Un instrumento del capitalismo!

—Yo no soy enemigo de nadie ni sirviente de nadie. Soy uno que piensa de

distinto modo que usted.

Peppone volvió a sentarse y partió velozmente.

—¿Ha hecho usted testamento antes de venir? —le preguntó burlonamente mientras marchaban.

—No —contestó el hombre con naturalidad—. Mi única riqueza es mi trabajo y si muero no puedo dejárselo a nadie.

Antes de entrar en el pueblo Peppone se detuvo un momento para hablar con el Flaco, que era el motociclista mensajero. Luego, por calles secundarias llegó al comité del Partido Liberal.

Las puertas y las ventanas estaban cerradas.

—Nadie —dijo sombrío Peppone.

—Ciertamente ya estarán todos en la plaza, pues es tarde —comentó el hombre.

—¡Ya! Debe ser así —admitió Peppone, guiñando un ojo al Brusco.

Llegados a la plaza, Peppone y los suyos rodearon al hombre, hendieron el gentío y lo condujeron a la tribuna. El hombre subió a ella y al encontrarse ante dos mil personas de pañuelo rojo, se dirigió a Peppone, que lo había acompañado hasta el palco.

—Disculpe —dijo— ¿no me he equivocado, por casualidad, de reunión?

—No —aseguró Peppone—. Sucede que los liberales son en total veintitrés y no sobresalen mucho de entre la masa. Le digo la verdad, si yo hubiese estado en su pellejo, ni hubiera soñado convocar un mitin aquí.

—Se ve que los liberales tienen mayor fe que usted en la corrección democrática de los comunistas —replicó el hombre.

Peppone tragó bilis y luego se acercó al micrófono.

—¡Compañeros! —gritó. Les presento a este señor que pronunciará un discurso. Cuando acabe todos ustedes irán a inscribirse en el Partido Liberal.

Una enorme carcajada acogió esas palabras, y cuando se hizo algún silencio el hombre habló.

—Agradezco la cortesía de vuestro jefe —dijo—; pero tengo el deber de manifestaros que no responde a mis deseos lo que él ha afirmado. Pues, si al final de mi discurso, todos fuesen a inscribirse en el Partido Liberal, yo me vería obligado a inscribirme en el Partido Comunista, y esto sería contrario a mis principios. No pudo proseguir porque en ese instante llegó silbando un tomate que dió al orador en la cara.

La gente se echó a reír y Peppone palideció.

—¡El que ríe es un puerco! —gritó en el micrófono. La gente enmudeció.

El hombre no se había movido y con la mano procuraba limpiarse la cara. Peppone era un instintivo y, sin saberlo, era capaz de actitudes grandiosas. Sacó el pañuelo del bolsillo, luego volvió a guardarlo, desanudó el gran pañuelo rojo que llevaba al cuello y se lo ofreció al hombre.

—Lo llevaba cuando estuve en los montes —dijo—. Límpiese.

—¡Bravo, Peppone! —gritó una voz tonante desde una ventana del primer piso de una casa vecina.

—No necesito la aprobación del clero —contestó con orgullo Peppone, mientras don Camilo se mordía la lengua por haberse dejado escapar ese grito.

El hombre sacudió la cabeza, se inclinó y se acercó al micrófono.

—Demasiada historia está encerrada en este pañuelo para que la manche un vulgar episodio que pertenece a la crónica menos heroica del mundo —dijo—. Para limpiar esta mancha basta un pañuelo común.

Peppone enrojeció y se inclinó también él, y entonces mucha gente se conmovió y prorrumpió en un formidable aplauso, mientras el muchachón que había arrojado el tomate partía a puntapiés en las asentaderas hacia la salida de la plaza.

El hombre volvió a hablar calmosamente, sin acritud, suavizando aristas, evitando argumentos duros, pues había comprendido que aun cuando se desbocase, nadie le habría dicho nada y habría sido una vileza aprovecharse de la impunidad.

Al finalizar lo aplaudieron y cuando bajó de la tribuna le abrieron paso.

Llegado al fondo de la plaza se encontró bajo el pórtico de la municipalidad y quedó allí turbado con su valijita en la mano, pues no sabía hacia dónde ir ni qué hacer. En ese momento apareció don Camilo y encaró a Peppone, que se hallaba detrás del hombrecito, a dos pasos de distancia.

—¡Se ponen pronto de acuerdo ustedes, gente sin Dios, con los tragafrailes liberales! —exclamó en voz alta don Camilo.

—¿Qué? —dijo Peppone estupefacto, dirigiéndose al hombrecito—. ¿Usted entonces es un tragafrailes?

—Pero… —balbuceó el hombre.

—¡Cállese! —lo interrumpió don Camilo—. ¡Avergüéncese, usted que quiere la Iglesia libre en el Estado libre!

El hombre iba a protestar, pero Peppone no lo dejó comenzar.

—¡Bravo! —gritó—. ¡Venga esa mano! ¡Cuándo se trata de tragafrailes, yo soy amigo hasta de los liberales reaccionarios!

—¡Muy bien! —respondieron los hombres de Peppone.

—¡Usted es mi huésped! —dijo Peppone al hombre.

—¡Ni por sueños! —rebatió don Camilo—. El señor es mi huésped. Yo no soy un villano que tira tomates a la cara de los adversarios.

Peppone se plantó amenazante delante de don Camilo.

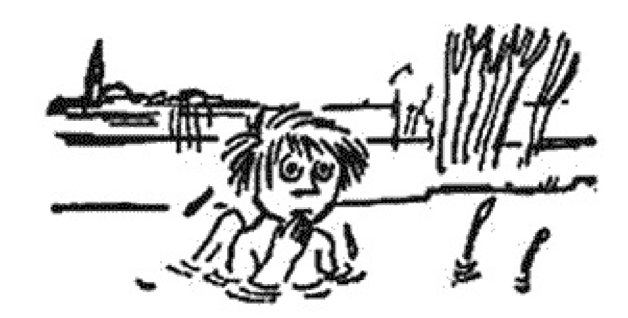
—He dicho que es mi huésped —dijo con voz bronca.

—Y como también lo he dicho yo —repuso don Camilo— significa que si quieres, resolvemos el asunto a trompadas, y así recibes también las que debían recibir los papanatas de tu descalabrado Dynamos.

Peppone apretó los puños.

—Vámonos —dijo el Brusco—. ¿Vas a ponerte ahora a trompearte en la plaza con los curas? Finalmente se resolvió realizar un encuentro en campo neutral. Los tres fueron a comer al merendero de Luisón, hostelero completamente apolítico, y de esa manera el torneo de la democracia terminó con resultado cero.

A orillas del río



Entre la una y las tres de la tarde en agosto, el calor, en los pueblos ahogados entre los maizales y el cáñamo, es algo que se ve y toca. Se diría que uno tiene ante los ojos, a un palmo de la nariz, un extenso velo ondulante de vidrio hirviente.

Atraviesas un puente, miras abajo, en el canal, y ves el fondo seco y resquebrajado, y aquí y allá algún pescado muerto. Y cuando del camino que corre sobre el terraplén miras dentro de un cementerio, te parece sentir crepitar bajo el sol ardiente los huesos de los muertos.

Por la carretera provincial marcha lentamente algún carrito de ruedas altas, lleno de arena. El carretero duerme boca arriba sobre la carga, con la panza al aire y el dorso abrasado; o bien, sentado en el cabezal pesca con una pequeña podadera dentro de media sandía sostenida entre las piernas como una jofaina.

Al llegar al dique grande se ve el río, vasto, desierto, inmóvil y silencioso: antes que un río parece un cementerio de aguas muertas.

Don Camilo se encaminaba al dique grande con un pañolón blanco metido entre el sombrero y el cráneo, a la una y media de una tarde de agosto, y viéndolo así bajo el sol, en medio de la blanca carretera, no hubiera podido imaginarse nada más negro ni más clerical.

«Si en este momento existe en el radio de veinte kilómetros uno solo que no duerma, me dejo cortar la cabeza» —dijo para sí don Camilo.

Saltó el dique y fue a sentarse a la sombra de un montecillo de aromos. A través del follaje se veía centellar el agua. Se desvistió, dobló cuidadosamente las ropas y haciendo de ellas un atado lo ocultó entre las hojas de un arbusto. Luego se metió en el río en calzoncillos.

Estaba tranquilísimo, seguro de que nadie podía verlo, pues aparte de la hora solitaria, había elegido un lugar completamente a trasmano. De todos modos fue discreto y al cabo de media hora salió del agua y caminando debajo de los aromos llegó al arbusto, pero su vestido no estaba.

Don Camilo sintió faltarle el aliento.

Un robo no podía ser, pues a nadie podía apetecerle una sotana vieja y desteñida. Sin duda se trataba de una diablura. Y en efecto, no pasó mucho tiempo sin que se

oyesen llegar de la orilla voces que se acercaban. Cuando don Camilo pudo distinguir algo y vio una compacta brigada de mozos y mozas y cuando reconoció al Flaco en el sujeto que marchaba a la cabeza, comprendió la maniobra y le entraron ganas de quebrar una rama y empezar a repartir garrotazos. Pero eso era precisamente lo que esperaban esos malditos: sorprender a don Camilo en calzoncillos y regocijarse con el espectáculo.

Entonces don Camilo se arrojó al agua y nadando con la cabeza sumergida fue a refugiarse en una islita situada en medio del río, y allí tomó tierra desapareciendo entre los juncos.

Aunque no lo vieron, pues había subido por la parte opuesta del juncal, habían advertido su retirada; entonces se desplegaron a lo largo del río y esperaron, cantando y riendo. Don Camilo estás sitiado.

¡Cuán débil es el hombre fuerte cuando se siente ridículo!

Don Camilo se tendió entre los juncos y esperó. Sin ser visto, él veía, de modo que pudo advertir la llegada de Peppone seguido del Brusco, del Pardo y de todo el estado mayor. El Flaco explicaba con grandes aspavientos el caso y todos reían. Después llegó más gente y don Camilo se dió cuenta de que los rojos se disponían a hacerle pagar todas las cuentas viejas y nuevas, habiendo encontrado esta vez el mejor sistema, porque cuando uno cae en ridículo ya no produce miedo a nadie, así tenga puños de una tonelada y aunque represente al Padre Eterno. En verdad había un grande equívoco, pues don Camilo nunca había querido infundir miedo a nadie, excepto al Diablo. Pero ahora la política se había complicado de tal manera que los rojos consideraban al párroco un enemigo y decían que si las cosas no marchaban bien era por culpa de los curas. Cuando los negocios van mal lo importante no es encontrar el modo de hacerlos marchar mejor, sino a quién echarle la culpa.

—Jesús —dijo don Camilo—, me da vergüenza dirigirme a vos en calzoncillos, pero la situación es grave y si no es pecado mortal que un pobre párroco que muere de calor se meta en el agua, ayudadme porque con mis propias fuerzas no saldré del paso.

Habían traído frascos de vino, barajas y una armónica. La ribera parecía una playa veraniega y se veía que ni remotamente pensaban abandonar el bloqueo; al contrario, lo iban extendiendo y para ello habían ocupado medio kilómetro de la ribera aguas arriba, más allá de la zona famosa del vado, doscientos metros de orilla cubierta de maleza y zarzas, porque desde 1945 nadie había puesto allí los pies.

Al retirarse los alemanes habían derribado los puentes y minado una amplia zona de la ribera en los dos extremos de los lugares vadeables, de modo que aquel sitio y su correspondiente de la orilla opuesta, estaban sembrados de minas colocadas tan arteramente que después de dos desastrosas tentativas los desmontadores habían

resuelto aislar la zona con estacas y alambres de púas.

Los rojos de Peppone no vigilaban esta parte ni era necesario, pues sólo un loco habría osado descender en aquel semillero de minas. No había, pues, modo de zafarse, porque si don Camilo hubiese intentado salir aun más arriba habría acabado justo en el pueblo, y si hubiera intentado hacerlo aguas abajo, habría ido a dar en el bosque. Y un párroco en calzoncillos no puede permitirse estos lujos.

Don Camilo no se movió: permaneció echado en el suelo húmedo, limitándose a masticar un junco y a seguir un complejo razonamiento.

—¡Bah! —concluyó—. Un hombre respetable puede seguir siéndolo aun en calzoncillos. Lo importante es que haga algo respetable. Entonces el vestido no cuenta.

La noche caía y en la orilla se encendieron antorchas y linternas. Aquello parecía de veras un sarao mundano en una playa. Cuando el verde de las hierbas ennegreció, don Camilo se dejó deslizar al agua y se abandonó cautamente a la corriente basta que tocó el bajo fondo del vado, donde hizo pie. Entonces marchó decidido hacia la orilla. No podían verlo, porque más que nadar caminaba bajo el agua, sacando de vez en cuando la boca para respirar.

Ya estaba en la orilla: lo difícil era salir del agua sin ser notado. Si lograba ganar las malezas, fácilmente habría llegado al dique y saltándolo a toda carrera, habría podido alcanzar los maizales y los viñedos y allí el huerto de la casa parroquial. Se asió de una mata y se izó lentamente, pero cuando casi había llegado, la mata se desarraigó y don Camilo cayó de nuevo al agua. El ruido fue oído por la gente, pero con otro salto don Camilo alcanzó la orilla y desapareció entre los matorrales.

Hubo un griterío y todos se apiñaron en la orilla a tiempo que la luna iluminaba el paisaje.

—¡Don Camilo! —gritó Peppone adelantándose a los demás—. ¡Don Camilo!

Nadie contestó y el silencio heló a la gente.

—¡Don Camilo! —volvió a gritar Peppone—. ¡No se mueva, en nombre de Dios! ¡Está en la zona minada!

—Lo sé —contestó tranquila la voz de don Camilo desde un matorral situado en el centro de la zona maldita.

El Flaco avanzó con un atado en la mano.

—Don Camilo —gritó—. ¡No se mueva, que si llega a tocar una mina con la punta de un dedo, salta!

—Ya lo sé —contestó tranquila la voz de don Camilo.

El Flaco tenía la cara llena de sudor.

—¡Don Camilo! —gritó—. Ha sido una broma estúpida. Párese: aquí tengo su ropa.

—Mi ropa. Gracias, Flaco. Si me la quieres traer, aquí estoy.

Una rama se agitó en el centro del matorral. El Flaco abrió la boca y se volvió para mirar a los demás. En el silencio se oyó la risita irónica de don Camilo.

Peppone arrebató las ropas de las manos del Flaco.

—Se las alcanzo yo, don Camilo —dijo, encaminándose lentamente hacia el alambrado de púas. Y ya estaba por saltarlo cuando el Flaco lo alcanzó rápidamente y lo tiró hacia atrás.

—No, jefe —dijo, aferrando el atado y entrando en el recinto—. Quien rompe paga.

La gente retrocedió. Todos tenían la frente empapada en sudor y se tocaban nerviosamente la boca con las manos.

El Flaco avanzaba hacia el centro del matorral pisando con prudencia. El silencio pesaba como plomo.

—Aquí la tiene —dijo el Flaco con un hilo de voz, cuando llegó a la espesura.

—Bien —murmuró don Camilo—. Entra. Tú tienes derecho a verme en calzoncillos.

El Flaco rodeó la espesura.

—Y ahora, ¿qué efecto te hace un arcipreste en calzoncillos? —preguntó don Camilo.

—No lo sé —balbuceó el Flaco—. Veo todo negro con puntitos rojos. También la luna.

Jadeaba.

—Yo —balbuceó el Flaco— he robado algunas chucherías, he soltado algunas bofetadas, pero nunca hice mal a nadie.

—Ego te absolvo —le respondió don Camilo, signándole una cruz en la frente.

Se encaminaron luego despacio hacia el dique, donde la gente esperaba la explosión conteniendo el aliento. Pasaron el alambrado de púas y tomaron el camino, yendo delante don Camilo, seguido por el Flaco, que caminaba en puntas de pie como si aun estuviese en el campo minado. Iba con la mente nublada y de pronto cayó al suelo sin sentido. Peppone, que marchaba veinte metros detrás al frente del resto de la tropa, se inclinó sin apartar la vista de la espalda de don Camilo, levantó al Flaco por el cuello de la chaqueta y lo arrastró consigo como si fuera un fardo de trapos. En la puerta de la iglesia volvióse don Camilo un instante, saludó a la muchedumbre con una grave reverencia y entró.

Los demás se retiraron en silencio y en el atrio quedó solo Peppone, plantado sobre las piernas abiertas, mirando fijamente la puerta cerrada y sosteniendo por la solapa al Flaco desmayado. Luego meneó la cabeza y se marchó él también llevándose detrás de sí el paquete.

—Jesús —susurró don Camilo al Cristo crucificado—, a la Iglesia se la sirve también tutelando la dignidad de un párroco en calzoncillos.

El Cristo no contestó.

—Jesús —susurró por segunda vez don Camilo—, ¿he cometido acaso un pecado mortal yéndome a tomar un baño?

—No —contestó el Cristo—; has cometido un pecado mortal cuando desafiaste al Flaco a que te trajera la ropa.

—No creía que me la trajese. He sido incauto, no maligno.

En ese momento se oyó un trueno lejano hacia el río.

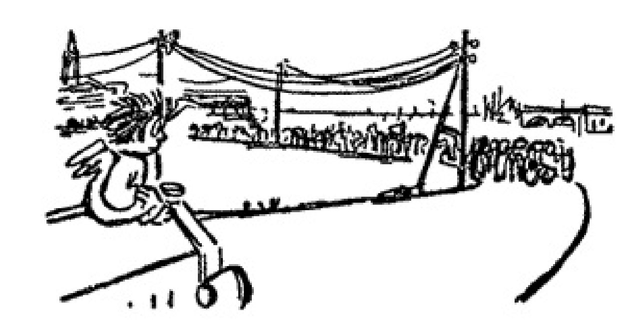
—De vez en cuando pasa una liebre por la zona minada y hace estallar una mina —explicó don Camilo más con la intención que con palabras—. Y ahora es necesario concluir que vos…

—No discurras más, don Camilo —lo interrumpió el Cristo sonriendo—. Con la fiebre que tienes es imposible sacar conclusiones serenas.

Entre tanto Peppone había llegado a la puerta de la casa del Flaco. Llamó y salió a abrirle un viejo que, sin hablar, tomó el paquete que Peppone le entregó. Y fue en ese instante cuando él también oyó el trueno que le hizo menear la cabeza y pensar en un montón de cosas. Entonces se hizo devolver un momento al Flaco y le soltó un pescozón que le erizó los cabellos.

—¡Adelante! —dijo con voz lejana el Flaco, mientras el viejo volvía a hacerse cargo de él.

Los brutos



Hacía una semana que don Camilo andaba en permanente agitación, corriendo atareado a diestra y siniestra y olvidándose hasta de comer. Una tarde, regresando del pueblo vecino, apenas llegado al suyo, debió descender de la bicicleta porque algunos hombres estaban cavando una zanja nuevecita que cruzaba la carretera.

—Ponemos una cañería para un nuevo desagüe —explicó un obrero—. Orden del alcalde.

Don Camilo se encaminó derecho a la Municipalidad, donde, enojado, le espetó a Peppone esta andanada:

—¡Aquí todos nos volvemos locos! ¿Precisamente ahora se ponen a cavar esa porquería de zanja? ¿No saben que hoy es viernes?

—¿Y con eso? —contestó Peppone, haciéndose el sorprendido—. ¿Está prohibido cavar una zanja en viernes?

Don Camilo rugió:

—¿Pero no comprendes que apenas faltan dos días para el domingo?

Peppone mostrose preocupado. Tocó un timbre y apareció el Brusco.

—Oye —lo interpeló Peppone—. El reverendo dice que como hoy es viernes no faltan más que dos días para el domingo. ¿Qué te parece?

El Brusco tomó seriamente en consideración el asunto, sacó el lápiz y se puso a echar cuentas en un papel.

—Efectivamente, —dijo luego— teniendo presente que son las cuatro de la tarde y que de aquí a medianoche hay ocho horas, para llegar al domingo faltan solamente treinta y dos.

Don Camilo había seguido esta farsa echando espuma y finalmente perdió la paciencia.

—He comprendido —gritó—. ¡Es una maniobra estudiada para boicotear la visita del obispo!

—Reverendo —preguntó Peppone—, ¿qué tiene que ver el canal de la cloaca con la visita del obispo? Además, y discúlpeme, ¿quién es este obispo? ¿Y a qué viene?

—¡A llevarse al infierno tu alma condenada! —gritó don Camilo—. Es preciso cerrar enseguida la zanja, que de otro modo el obispo el domingo no podrá pasar.

Peppone puso cara de zonzo.

—¿No podrá pasar? ¿Y cómo pasó usted? Si no me equivoco, sobre la zanja hay una buena pasarela.

—¡Pero el obispo viene en automóvil! —exclamó don Camilo—. ¡No se puede hacer descender del coche al obispo!

—Disculpe, no sabía que los obispos no pudiesen caminar a pie —replicó Peppone—. Si eso es así, la cuestión cambia de aspecto. Brusco, telefonea a la ciudad y pide que manden sin demora una grúa. La tendremos junto a la zanja y cuando llegue el automóvil del obispo, lo levantamos con la grúa y lo transportamos del otro lado. ¿Entendido?

—Entendido, jefe. ¿De qué color desea la grúa?

—Que sea niquelada o cromada; lucirá mejor.

En circunstancias como ésta, aun quien no hubiese tenido los puños blindados de don Camilo hubiera empezado a repartir bofetadas. Pero precisamente en casos como éste don Camilo en cambio tenía la virtud de recobrar inmediatamente la calma. Porque entonces su razonamiento era de una sencillez formidable «Si éste me provoca tan desfachatadamente, tan sin disimulo, significa que espera mi reacción. Luego, si yo le doy un puñetazo en la cara le presto un servicio. En efecto, aquí pegaría, no a un Peppone sino a un alcalde en funciones y esto produciría un escándalo mayúsculo, creándome una atmósfera hostil a mí y por consiguiente al obispo».

—No importa —dijo—. También los obispos pueden caminar a pie.

Esa misma tarde habló en la iglesia con acento casi plañidero, suplicando a todos que se mantuvieran tranquilos, limitándose a rogar a Dios que iluminara la mente del señor alcalde para que la ceremonia no sufriera desmedro con transbordos o se descompaginara la procesión al verse obligada la multitud de los fieles a cruzar, una persona por vez, la mal segura pasarela. Y era preciso también rogar a Dios para que impidiera que el puentecillo se rompiese durante el paso y evitar que un día de júbilo se convirtiese en una jornada de luto.

Este perfidísimo discurso tuvo el poder de enardecer a las mujeres, las cuales, al abandonar la iglesia, se agolparon ante la casa de Peppone y le dijeron tantos improperios que Peppone tuvo que asomarse para vociferar que fueran todas al infierno y que la zanja sería rellenada.

Las cosas parecieron arreglarse, pero la mañana del domingo todas las calles aparecieron empapeladas con el siguiente manifiesto impreso:

Compañeros: Tomando como pretexto la iniciación de una obra de utilidad pública, la reacción ha organizado una indigna algarada que ofende nuestro sentido democrático. Mañana será huésped de nuestro pueblo el representante de un estado extranjero, el mismo representante que indirectamente ha dado origen a la indigna algarada. Teniendo en cuenta vuestro resentimiento y vuestra indignación, debemos evitar mañana cualquier demostración que pueda complicar las relaciones con los extranjeros y en consecuencia os invitamos categóricamente a limitaros a acoger al representante del estado extranjero con una decorosa indiferencia.

¡Viva la República democrática!
¡Viva el proletariado! ¡Viva Rusia!

Todo ello fue alegrado por una movilización general de los rojos, los cuales, según se vio enseguida, tenían la misión específica de caminar de arriba a abajo *con decorosa indiferencia*, ostentando corbatas y pañuelos colorados.

Don Camilo, palidísimo, atravesó la iglesia y se apresuró a salir.

—¡Don Camilo! —lo llamó el Cristo—. ¿Por qué tanta prisa?

—Debo ir a recibir al obispo en la carretera —explicó don Camilo— y es un poco lejos. Además, el camino está lleno de gente de pañuelo rojo y si el obispo no me ve creerá encontrarse en Stalingrado.

—¿Y esos de pañuelo rojo son extranjeros o de otra religión? —se informó el Cristo.

—No, son los habituales canallas que de vez en cuando veis aquí ante vos en la iglesia.

—Si eso es así, don Camilo, será mejor que dejes en el armario de la sacristía ese chisme que te has atado bajo la sotana.

Don Camilo sacó el ametrallador y volvió a guardarlo en la sacristía.

—Lo volverás a tomar cuando yo te diga —ordenó el Cristo.

Don Camilo se encogió de hombros.

—Si espero que me lo digáis vos, estamos frescos —exclamó—. No me lo diréis nunca. Os confieso: en muchísimos casos el Viejo Testamento…

—¡Fuera, reaccionario! —dijo sonriendo el Cristo—. ¡Mientras pierdes el tiempo charlando, tu pobre anciano e indefenso obispo está a la merced de la endemoniada furia roja!

Efectivamente, el pobre anciano e indefenso obispo estaba ya a la merced de la furia roja. Desde la siete de la mañana los fieles se habían ubicado a ambos lados de la carretera, formando dos largas y formidables murallas de entusiasmo; pero Peppone, pocos minutos antes de que llegase el automóvil del obispo, apenas vió elevarse el humo del cohete con que el vigía le indicaba el paso del enemigo, dió la orden de avanzar y con una maniobra fulmínea todos los efectivos rojos hicieron una marcha frontal de medio kilómetro, de tal manera que cuando el obispo llegó, encontró la calle repleta de una turba de pañuelos rojos. De gente que se paseaba de un lado al otro o se detenía formando grupos, ostentando el más sublime desinterés por el automóvil que estaba llegando y que debió adelantar a paso de hombre y abrirse camino a toques de bocina.

Era realmente la demostración de *decorosa indiferencia* que quería el estado mayor. Peppone y sus secuaces, andando entre los grupos, no cabían en sí de gozo.

El obispo (aquel famoso, viejo como Matusalem, todo blanco y encorvado, que, cuando hablaba, no parecía que fuese él quien lo hacía sino una voz procedente de otros siglos), advirtió al punto esa *decorosa indiferencia y* ordenó al chofer que parase el automóvil. Y cuando el coche se detuvo (era un coche descubierto), y él intentó girar la manija de la portezuela, se vio que le faltaban las fuerzas, pero el Brusco que estaba allí cayó en la trampa, y cuando se dió cuenta, pues Peppone le propinó un puntapié en las canillas, era demasiado tarde y ya había abierto la portezuela.

—Gracias, hijo —dijo el obispo—. Será mejor que llegue al pueblo a pie.

—Pero queda lejos —se le escapó al Pardo, recibiendo él también en las canillas el puntapié.

—No importa —contestó riendo el obispo—. No deseo perturbar de ningún modo vuestras reuniones políticas.

—No es una reunión política —explicó sombrío Peppone—. Son trabajadores que charlan tranquilamente de sus asuntos. Quédese nomás en su automóvil.

Pero el viejo obispo había descendido ya y el Brusco recibió el segundo puntapié porque viéndolo tan inseguro le había ofrecido el apoyo de su brazo.

—Gracias, gracias, hijo —dijo el obispo. Y se puso en marcha después de hacerle señas a su secretario que se apartase, que él quería andar solo. Así llegó a la zona ocupada por los partidarios de don Camilo, al frente de la horda roja que lo seguía hosca y silenciosa; y en primera fila y al flanco del obispo iban Peppone, el estado mayor y la escuadra de los más leales pues como había dicho Peppone, justamente habría bastado que un cretino hiciese alguna tontería contra «ese tal» para que la reacción la aprovechara e hiciera sobre ella la más puerca especulación del universo.

—La orden no cambia ni debe cambiar —concluyó—. «Decorosa indiferencia».

Apenas lo vió llegar, don Camilo se abalanzó al obispo.

—Monseñor —exclamó agitadísimo—, ¡perdóneme, pero la culpa no es mía! Yo lo esperaba aquí con todos los fieles y a último momento…

—No te preocupes —dijo el obispo sonriendo—. La culpa solamente es mía, que quise bajar para hacer un paseíto a pie. Los obispos cuando envejecen se vuelven todos un tanto locos.

Los fieles aplaudieron, sonaron las bandas y el obispo miró en torno complacido.

—Grande y hermoso pueblo —dijo, emprendiendo la marcha—. Realmente hermoso, alegre y muy bien cuidado. Debe tener una administración muy capaz.

—Se hace lo que se puede por el bien del pueblo —dijo el Brusco recibiendo el tercer puntapié de Peppone.

Llegado a la plaza, el obispo vió la fuente nueva y se detuvo.

—¡Una fuente en un pueblo de la tierra baja! —exclamó—. Ello quiere decir que hay agua.

—Basta saberla buscar, Eminencia —advirtió el Pardo, que tenía el mérito principal de la obra—. Hemos colocado trescientos metros de caño y el agua ha surgido con la ayuda de Dios.

El Pardo recibió el puntapié reglamentario; luego, como la fuente estaba delante de la Casa del Pueblo, el obispo vió el edificio amplio y nuevo y se interesó por él.

—¿Y ese hermoso palacio, qué es?

—¡La Casa del Pueblo! —contestó Peppone orgulloso.

—¡Magnífica de veras! —exclamó el obispo.

—¿Quiere verla? —dijo Peppone impulsivamente al tiempo que un terrible puntapié en las canillas lo hacía brincar. Se lo había dado don Camilo.

El secretario del obispo, un mozo flaco, de gran nariz y de anteojos, se había apresurado a advertirle que no convenía, pero ya el obispo iba hacia el edificio, en el cual entró. Le hicieron ver todo: el gimnasio, la sala de lectura, la sala de escritura, y cuando llegó a la biblioteca se acercó a los estantes y empezó a leer los títulos en el lomo de los libros. Frente al estante «político», lleno de libros y opúsculos de propaganda, nada dijo, limitándose a suspirar; pero Peppone, que estaba junto a él, lo notó.

—Nadie los lee, monseñor —susurró.

Eludió enseñarle las oficinas, pero no pudo resistir a la tentación de mostrar al obispo el salón-teatro, que era su orgullo, y fue así como, al salir, el prelado topó con el enorme retrato del hombre de los ojos pequeños y los gruesos bigotes.

—Usted sabe cómo es la política, Eminencia —dijo en voz baja Peppone—. Y además, créame, en el fondo no es malo.

—Que el buen Dios le ilumine la mente también a él —contestó en voz baja el obispo.

En toda esta historia la posición psicológica de don Camilo era especialísima. Porque, si bien le indignaba que se aprovechara la bondad de un obispo para hacerle visitar una Casa del Pueblo, cosa que clamaba por la venganza de Dios, por otra parte le complacía que el obispo viese qué clase de pueblo capaz y evolucionado era ése. Además, importábale que impresionado el obispo por la organización roja, aumentara a sus ojos la importancia y el significado del oratorio jardín de don Camilo.

Cuando la visita hubo acabado, don Camilo se acercó.

—Es lástima, monseñor —dijo en voz alta para que Peppone oyese bien—, es lástima que el señor Peppone no os haya hecho ver su depósito de armas. Parece ser el mejor provisto de la provincia.

Peppone iba a contestar, pero el obispo se lo impidió.

—No será mejor provisto que el tuyo —respondió riendo.

—¡Muy bien dicho! —aprobó el Pardo.

—Tiene también un mortero de 81 sepultado no sé dónde —exclamó el Brusco.

El obispo volvióse al estado mayor.

—¿Lo habéis querido de nuevo? —dijo—. Entonces tenéoslo. ¿No os dije que es un sujeto peligroso?

—No nos asustamos por tan poco —dijo Peppone haciendo una mueca.

—No lo perdáis de vista —aconsejó el obispo.

Don Camilo meneó la cabeza.

—Vos siempre os chanceáis, monseñor —exclamó—, sin imaginaros siquiera qué raza de gente son estos individuos.

Al salir, el obispo vió fijado en la cartelera el famoso manifiesto y se detuvo a leerlo.

—¡Ah! —dijo—. ¡Debe llegar aquí el representante de un Estado extranjero! ¿Quién es, don Camilo?

—No me ocupo de política —respondió éste—. Hay que preguntárselo al señor que ha hecho el manifiesto. Señor Peppone, monseñor desearía saber quién es el representante del estado extranjero del que habla el manifiesto.

—¡Bah! —rezongó Peppone tras un breve titubeo—. La América de siempre.

—Comprendo —dijo el obispo—. Son los americanos que vienen a buscar el petróleo por estos lados. ¿Digo bien?

—Sí —contestó Peppone—. Es una porquería: ¡el petróleo es nuestro!

—Me doy cuenta —aprobó el obispo gravemente—. Pero habéis hecho bien en predicar la calma y en ordenar a vuestros hombres que limiten la manifestación a una decorosa indiferencia. A mi juicio no tenemos ningún interés en indisponernos con América. ¿No os parece?

Peppone abrió los brazos.

—Monseñor —dijo—, usted me entiende. ¡Uno soporta hasta que puede y luego

llega el momento en que se le escapa la paciencia!

Cuando el obispo llegó delante de la iglesia, encontró en fila, ordenados, todos los chicos del jardín-oratorio, quienes cantaron una canción de bienvenida. Luego, del grupo de los niños salió un gran ramo de flores que, caminando, avanzaba lentamente, y cuando estuvo ante el obispo las flores se levantaron y apareció debajo un niño tan chiquito, tan hermoso, tan rizadito y tan bien vestido que las mujeres parecían haberse enloquecido.

Se hizo un gran silencio y el niñito, de corrido y sin turbarse recitó con voz clara y fina como un hilo de agua una poesía dedicada al obispo. Al terminar, la concurrencia gritó entusiasmada y decía que había estado maravilloso.

Peppone se acercó a Don Camilo.

—¡Miserable! —le dijo al oído—. Usted se ha aprovechado de la inocencia de un niño para ponerme en ridículo ante todo el inundo. Le romperé los huesos. En cuanto a ése, le haré ver quién soy yo. ¡Ustedes me lo han contaminado y voy a echarlo en el Po!

—Buen viaje —le contestó don Camilo—. Es tu hijo y puedes hacer con él lo que quieras.

Y aquello fue realmente un episodio repugnante de brutalidad, porque Peppone, habiéndose llevado al pobre niño como un paquete a la orilla del río, lo obligó con amenazas de una violencia brutal a recitarle tres veces la poesía del obispo, el pobre viejo, débil e ingenuo, representante de un Estado extranjero, recibido, según los planes preestablecidos con *decorosa indiferencia*.

La campana



Después de don Camilo haber agredido al Pardo durante una semana, a razón de tres veces por día, dondequiera lo encontraba, gritándole que tanto él como los demás maestros albañiles eran unos bandidos que querían enriquecerse a expensas del pueblo, había llegado a ponerse de acuerdo sobre el precio y logrado renovar el revoque del frente de la casa parroquial. Y ahora, de vez en cuando, don Camilo iba a sentarse en el banco del atrio para gozar como de un espectáculo, mientras fumaba su medio toscano, aquella blancura de cal que, con el verde de las persianas recién barnizadas y el jazmín que engalanaba la puerta, resultaba una magnificencia.

Sin embargo, al término de la contemplación, don Camilo volvíase a mirar el campanario y suspiraba pensando en la Gertrudis.

Se la habían llevado los alemanes a la Gertrudis, y ello le roía el hígado a don Camilo desde hacía tres años. Porque la Gertrudis era la campana más grande y más gruesa y para obtener el dinero necesario con que adquirir otra semejante, necesitábase la mano de Dios.

—No te hagas mala sangre, don Camilo —le dijo un día el Cristo del altar—. Una parroquia no sufre menoscabo aunque en la torre de su iglesia haya una campana de menos. Dios tiene un oído muy fino y oye perfectamente aun cuando lo llamen con una campanillita del tamaño de una avellana.

—De acuerdo —repuso suspirando don Camilo—. Pero los hombres son duros de oído y las campanas sirven principalmente para llamar a los hombres. Con ellos es preciso hablar fuerte: la masa escucha al que hace bulla.

—Insiste, don Camilo, y tendrás éxito.

—He ensayado todo, Jesús. Quien estaría dispuesto a dar dinero no lo tiene y los ricos no sueltan una lira aunque los degüellen. Con los billetes de la Sisal casi acierto dos veces[6]… ¡Es lástima! Habría bastado que alguien me hubiera dicho solamente una palabra, un nombre, y con eso habría podido comprar diez campanas.

El Cristo sonrió.

—Perdóname, don Camilo, mi negligencia; por lo que has dicho, el año próximo

seguiré con atención el campeonato de fútbol. ¿Te interesa también la lotería? Don Camilo se sonrojó.

—Me habéis interpretado mal —protestó—. ¡Al decir «alguien» no quise ni remotamente aludiros! Hablaba en sentido genérico.

—Me place, don Camilo —aprobó gravemente el Cristo—. Es prudente, cuando se trata de cosas como éstas, hablar siempre en sentido genérico.

Algunos días después don Camilo fue llamado a la villa de la señora Cristina, la dueña del Soto, y cuando regresó rebosaba de felicidad.

—¡Jesús! —exclamó deteniéndose jadeante ante el altar—. Mañana veréis arder aquí ante vos un cirio de diez kilos. Iré yo mismo a la ciudad a comprarlo y si no lo tienen, lo mandaré fabricar.

—¿Y quién te da el dinero, don Camilo?

—No os preocupéis: ¡aunque tenga que vender el colchón vos tendréis el cirio! ¡Bastante habéis hecho por mí!

Luego don Camilo se calmó.

—La señora Cristina ofrece a la iglesia el dinero necesario para reponer la Gertrudis.

—¿Y cómo le ha venido esa idea?

—Dice que hizo un voto —explicó don Camilo—. «Si Jesús me ayuda a combinar cierto negocio, ofreceré la campana a la iglesia». El negocio ha salido bien y, gracias a vuestra ayuda, dentro de un mes la Gertrudis alzará de nuevo su voz al cielo. ¡Voy a ordenar el cirio!

El Cristo volvió a llamar a don Camilo, que había partido a todo vapor.

—Nada de cirios, don Camilo —dijo el Cristo severamente—. Nada de cirios.

—¿Y por qué? —dijo don Camilo estupefacto—. No tengo ningún mérito en el suceso —contestó el Cristo—. Yo no ayudé a la señora Cristina a concertar su negocio. No me ocupo de concursos con premios ni de comercio. Si yo me ocupara del comercio, quien gana en un negocio tendría razón para bendecirme, y el que pierde, para maldecirme. Si tú encuentras una cartera con dinero, no soy yo quien te la ha hecho hallar, como no he sido yo quien la hizo perder a tu prójimo. El cirio enciéndeselo al intermediario que ayudó a la señora Cristina a ganar nueve millones. Yo no soy un agente de negocios.

La voz del Cristo era desacostumbradamente dura y don Camilo sentíase avergonzado.

—Perdonadme —balbuceó—. Soy un pobre cura de campaña, rudo e ignorante, y mi cerebro está lleno de niebla.

El Cristo sonrió.

—No calumnies a don Camilo —dijo el Cristo—. Don Camilo entiende siempre mi voz y ello significa que no tiene el cerebro lleno de niebla. A menudo es la cultura

la que pone niebla en la mente. No eres tú quien ha pecado; más bien tu reconocimiento me conmueve, porque tú, en toda pequeña cosa que te causa alegría siempre estás dispuesto a ver la benevolencia de Dios. Tu alegría es siempre honesta, como lo es la de pensar ahora en recuperar la campana. Y eres honesto cuando quieres agradecerme esta recuperación. Deshonesta es la señora Cristina creyendo poder obtener con dinero la complicidad de Dios en sus sucios negocios.

Don Camilo había escuchado en silencio y con la cabeza gacha. Alzó luego la frente.

—Os agradezco, Jesús. ¡Voy a decirle a aquella usurera que guarde su dinero! —exclamó—. ¡Mis campanas deben ser todas campanas decentes! ¡Prefiero morir sin haber vuelto a escuchar la voz de Gertrudis!

Y se marchó orgulloso y decidido. El Cristo lo miró alejarse, sonriendo, pero cuando don Camilo llegaba a la puerta, lo llamó:

—Don Camilo —dijo—, sé perfectamente lo que significa para ti tu campana porque leo en tus pensamientos en todo instante. Y esta renuncia tuya es tan grande y noble que por si sola bastaría para purificar el mismísimo bronce de la estatua del Anticristo. ¡Vade retro, Satanás! ¡Vete, o me obligarás a concederte, además de la campana, quién sabe qué otra invención tuya!

Don Camilo había quedado suspenso.

—¿Puedo tenerla, entonces?

—Sí; te la has ganado.

En tales contingencias don Camilo olvidaba invariablemente quién era. Estaba delante del altar: se inclinó, dió una media vuelta y echó a correr; luego, al llegar al medio de la iglesia, paró el motor y alcanzó la puerta patinando.

El Cristo lo miró satisfecho porque éste también es un modo de cantar loas al Señor.

Pocos días después ocurrió un suceso desagradable. Don Camilo sorprendió a un muchacho que estaba garabateando con carbón sobre el blanco revoque de la casa parroquial, y saltó como un búfalo. El muchacho se escurrió como un lagarto, pero don Camilo había perdido la luz de la razón y lo persiguió.

—¡Te alcanzaré así tenga que reventarme los pulmones! —gritó.

Comenzó, pues, una furibunda carrera a través de los campos, y a cada paso la cólera de don Camilo aumentaba. En cierto momento el muchacho se encontró frente a un cerco espeso; se detuvo y lleno de susto, sin aliento para decir una palabra, esperó a don Camilo poniendo las manos a modo de paragolpes.

Don Camilo llegó como un tanque y con la mano izquierda asió de un brazo al muchacho, mientras levantaba la derecha para descargar el temporal de pescozones. Pero sintió bajo los dedos un bracito tan flaco y tan liviano que se estremeció, abrió la

mano y dejó caer el brazo levantado.

Entonces miró al chico y se encontró ante el rostro pálido y los ojos asustados del hijo de Tormento. Tormento era el más desgraciado de la banda de los muy leales a Peppone, y no que fuese un holgazán, pues siempre andaba en busca de trabajo. Lo malo era que cuando encontraba un empleo trabajaba tranquilamente un día y el segundo peleaba con el patrón; de este modo prácticamente trabajaba cinco días por mes.

—Don Camilo —imploró el muchacho—. No lo haré más.

—¡Fuera de aquí! —le dijo bruscamente don Camilo. Después mandó llamar a Tormento y éste entró en la rectoral con aire insolente, con las manos en los bolsillos y el sombrero ladeado compadronamente.

—¿Qué quiere del pueblo el clero? —preguntó con arrogancia.

—En primer lugar que te quites el sombrero o te lo hago volar de un revés; secundariamente que no te hagas el guapo, que eso no va conmigo.

Tormento era flaco y una ruina como su hijo. Un puñetazo de don Camilo lo habría matado. Arrojó el sombrero sobre una silla y puso cara de aburrido.

—¿Quiere decirme tal vez que mi hijo le ha ensuciado el palacio episcopal? Ya lo sé; me lo ha dicho. Su eminencia gris será servida: esta noche castigaremos al muchacho.

—Si tienes el valor de tocarlo, te quiebro el pescuezo —gritó don Camilo—. ¡Lo que debes hacer es darle de comer! ¿No te has dado cuenta de que ese desdichado está reducido a un esqueleto?

—No todos han recibido del Padre Eterno la fortuna… —empezó sarcásticamente Tormento.

Pero don Camilo no lo dejó continuar.

—¡Cuando encuentres un trabajo consérvalo en vez de perderlo al segundo día por hacerte el revolucionario!

—¡Usted debe ocuparse de sus sucios asuntos! —contestó Tormento con violencia. Luego volvió la espalda para marcharse, pero don Camilo lo agarró de un brazo. En ese momento sintió bajo los dedos un brazo enflaquecido como el del muchacho y soltó la presa.

Más tarde fue a protestar ante el Cristo.

—¡Jesús! —exclamó—, ¿es posible que yo me encuentre siempre entre las manos bolsas de huesos?

—Todo es posible en un país afligido por tantas guerras y tantos odios —respondió suspirando el Cristo—. Más bien, procura tener quietas las manos. Don Camilo se dirigió al taller de Peppone, donde lo halló trabajando en un torno.

—Es necesario que tú como alcalde hagas algo por el hijo de ese desgraciado de Tormento —dijo don Camilo.

—Con los recursos que la Municipalidad tiene en caja, puedo darle viento con el cartón del almanaque —contestó Peppone.

—Entonces haz algo como jefe del comité de tu sucio partido. Tormento es uno de tus más bravos pillastres, si no me equivoco.

—Idem, puedo darle viento con la carpeta de mi escritorio.

—¡Por favor! ¿Y todo el dinero que les manda Rusia?

Peppone siguió limando.

—El correo del zar rojo se ha retrasado —contestó—. ¿Por qué no me presta usted un poco del dinero que le manda la América?

Don Camilo se encogió de hombros.

—Si no te haces cargo de la situación como alcalde o como cabeza de la recua, deberías cuando menos comprender, como padre de un hijo, la necesidad de ayudar a ese infeliz que viene a ensuciarme con carbón el muro de mi casa. Precisamente dile al Pardo que si no me lo limpia, y gratis, yo atacaré al partido de ustedes en el diario mural de los demócratas cristianos.

Peppone siguió limando y luego dijo:

—El hijo de Tormento no es el único de la comuna que tiene necesidad de mar o de montaña. Si yo hubiera encontrado dinero, habría fundado ya una colonia.

—¡Pues ponte a la obra! —exclamó don Camilo—. Mientras estés aquí haciendo de alcalde limando bulones no te vendrá el dinero. Los campesinos están llenos de plata.

—Los campesinos no descosen una puntada, reverendo, a sus bolsas. Darían dinero solamente si se tratara de organizar una colonia para engordar sus terneros. ¿Por qué no recurre usted al Papa o a Truman?

Riñeron dos horas y estuvieron a punto de tomarse a puñetazos por lo menos treinta veces. Don Camilo regresó tardísimo.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó el Cristo—. Me pareces agitado.

—Por fuerza —contestó don Camilo—. Cuando un pobre cura ha debido altercar dos horas con un alcalde proletario para hacerle comprender la necesidad de establecer una colonia marítima, y luego ha debido discutir otras dos para convencer a una usurera capitalista, que suelte los cobres destinados a instalar la colonia, no puede estar alegre.

—No comprendo —contestó el Cristo.

Don Camilo titubeó.

—Jesús —dijo finalmente—, debéis excusarme si os he metido en danza en este asunto del dinero.

—¿También a mí?

—Sí, para convencer a esa usurera de que debía aflojar los centavos he debido decirle que esta noche me habéis aparecido en sueños y me habéis dicho que sería de

vuestro agrado que ella lo diese más bien para una obra benéfica que para comprar la nueva campana.

—Don Camilo, ¿después de haber hecho semejante cosa, tienes aún el coraje de mirarme?

—Sí —contestó sereno don Camilo—. El fin justifica los medios.

—No creo que Maquiavelo sea uno de esos textos sagrados sobre los cuales te está permitido fundarte —exclamó el Cristo.

—Jesús —respondió don Camilo—, será una blasfemia, pero a veces él también resulta cómodo.

—También esto es verdad —admitió el Cristo.

Diez días más tarde, cuando delante de la iglesia pasaron cantando los niños que iban a la estación para marchar a la colonia, don Camilo corrió a saludarlos y a rellenarlos de estampitas. Y cuando se vió delante al hijo de Tormento, que era el último de la fila, le puso cara enojada.

—¡Cuándo te hayas repuesto, ajustaremos cuentas! —amenazó.

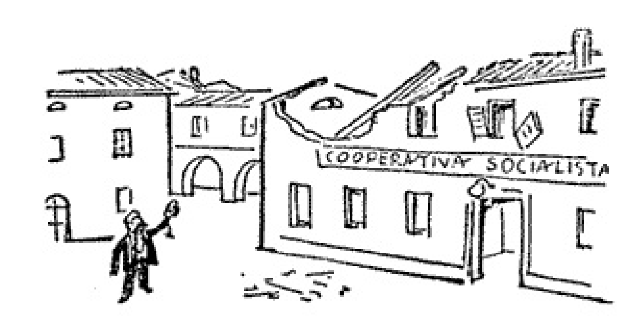
Y cuando vió que Tormento seguía un poco apartado la fila de los niños, tuvo un gesto de disgusto.

—¡Familia de criminales! —barbotó, volviendo las espaldas y dirigiéndose a la iglesia.

Después, durante la noche, soñó que Jesús se le aparecía y le decía que habría preferido que el dinero de la señora Cristina fuese empleado en una obra de bien antes que en comprar una campana.

—Ya está hecho —susurró don Camilo en sueños.

Un viejo testarudo



Cuando en 1922 rondaban por la tierra baja, los 18 BL, con las escuadras que iban a quemar las cooperativas socialistas, Maguggia era ya «el viejo Maguggia»; alto, delgado como un clavo y con la barba larga.

Y cuando de improviso también llegó al pueblo el camión con la escuadra, todos se encerraron en sus casas o escaparon hacia las orillas del río; pero el viejo Maguggia permaneció en su puesto. Así, cuando los destructores entraron en la cooperativa, lo encontraron de pie tras el mostrador del almacén.

—Aquí no entra la política —dijo el viejo Maguggia al que parecía jefe de la banda—. Ésta es una cuestión administrativa. Esta cooperativa la he fundado yo, la he administrado siempre yo, las cuentas están en regla y quiero que siga así hasta el fin. En esta hoja está el inventario de las existencias del almacén; denme el descargo y después quemen lo que les parezca.

Eran todos cabezas sin sentimiento, porque solamente las cabezas sin sentimiento pueden hacer política quemando los quesos de rallar, el tocino, los salames, la harina, rompiendo a golpes de hacha las calderas de cobre de las queserías y matando a tiros a los cerdos, como entonces se hacía en las cooperativas socialistas de la tierra baja. Con todo, después de haberle contestado que le darían, no un descargo, sino una descarga de palos, se rascaron la cabeza, contaron los quesos parmesanos y demás artículos principales y escribieron al pie de la nota: «Está bien».

—Si desea ser indemnizado, presente la lista a la administración —le dijeron con sorna.

—No tengo prisa, hay tiempo. Hagan su comodidad —contestó el viejo Maguggia, alejándose del lugar. Pero se detuvo en la plaza para ver arder la cooperativa, y cuando de todo el edificio no quedó sino uno que otro tizón, se quitó el sombrero y marchó a su casa.

Nadie lo molestó, y el viejo Maguggia vivió encerrado en su pedazo de tierra, sin que nadie volviese a verlo en el pueblo.

Una tarde de 1944, don Camilo lo vio aparecer delante de la casa parroquial.

—Me han propuesto nombrarme podestá[7] —explicó—. Yo me he rehusado y ahora quieren vengarse enviando a mi hijo a Alemania. ¿Puede ayudarme? Don

Camilo contestó que sí.

—Un momento, don Camilo —prosiguió el viejo Maguggia—. Quede bien claro que yo pido la ayuda de don Camilo, hombre a quien estimo, no la del cura don Camilo, que, por el solo hecho de ser cura, no puedo estimar.

El viejo Maguggia era un «socialista histórico», de aquellos que esperan ansiosamente morir para poder contrariar al cura rehusando los auxilios religiosos y disponiendo que los funerales se celebren al son de *La Internacional*.

Don Camilo llevó las manos detrás y rogó mentalmente a Dios que se las cuidase.

—Está bien —repuso—. Como hombre lo sacaría a usted con gusto de aquí a puntapiés, pero como sacerdote debo ayudarlo. Quede, sin embargo, bien claro que lo ayudo por ser un hombre de bien y no por anticlerical.

Terminó el sobresalto y pasó el tiempo. Un día se dijo en la comarca que el viejo Maguggia estaba tan enfermo que en pocas horas moriría. Una tarde alguien llegó hasta don Camilo para avisarle que Maguggia deseaba hablarle.

Don Camilo subió a la bicicleta y afirmándose en el manubrio a la manera de Girardengo, partió como un rayo. Delante de la puerta dió con el hijo de Maguggia.

—Me desagrada, don Camilo —explicó el mozo—, pero debe hablar desde aquí.

Y lo condujo a un costado de la casa, ante una ventana abierta, bajo la cual, dentro de la pieza, estaba el lecho del viejo Maguggia.

—He jurado que jamás un cura cruzaría el umbral de esta casa —explicó el viejo Maguggia—, y usted no debe ofenderse.

Don Camilo tenía unas ganas bárbaras de irse, pero en cambio se quedó.

—¿Puedo hablarle como a un hombre y no como a un cura? —dijo el viejo Maguggia.

—Hable.

—Quiero morir sin deudas sobre la conciencia —dijo el viejo Maguggia—. Lo he llamado para agradecerle por haber salvado el pellejo de mi hijo aquella vez.

—Yo nada tengo que ver —manifestó don Camilo—. Si su hijo se salvó, no debe agradecerme a mí sino a Dios.

—Don Camilo, no vayamos al terreno político —dijo el viejo Maguggia—. ¡Déjeme morir en paz!

—¡Usted no podrá morir en paz si no muere en la gracia de Dios! —exclamó angustiado don Camilo—. ¿Por qué, si siempre ha querido tanto al prójimo, se aborrece tanto a sí mismo?

El viejo Maguggia meneó la cabeza.

—Y a usted, don Camilo, ¿qué le importa eso? —preguntó.

Y después de un silencio:

—Comprendo: le preocupan los funerales civiles, pensando que le acarrearían a

usted como párroco un daño moral. Bien; quiero morir tranquilo, sin que nadie piense mal de mí. Rechazo los auxilios religiosos, pero para darle a usted una satisfacción personal, dejaré escrito en mi testamento que quiero funerales religiosos.

—¡Como satisfacción personal yo puedo mandarlo al infierno! ¡No soy un tendero! —gritó don Camilo.

El viejo suspiró y don Camilo recobró la calma.

—Maguggia —imploró—, piense un momento, mientras yo ruego a Dios para que le ilumine la mente.

—Es perfectamente inútil —contestó el viejo—. Dios me ha iluminado siempre; de otro modo no hubiera podido vivir obedeciendo a todos sus mandamientos. Pero no me confesaré para que usted no piense que el viejo Maguggia ha hecho el gallito con los curas hasta que se sintió bien, y luego, cuando la ha visto negra, le ha entrado el chucho y ha aflojado. ¡Prefiero ir al infierno!

Don Camilo jadeaba.

—Pero si usted cree en Dios y en el infierno, ¿por qué no quiere morir como un buen cristiano?

—¡Para no darle el gusto a un cura! —contestó porfiado el viejo Maguggia.

Don Camilo regreso a su casa agitadísimo y fue a contarle todo al Cristo del altar.

—¿Será posible que un hombre de bien —concluyó— deba condenarse a morir como un perro por causa de un estúpido orgullo de esta especie?

—Don Camilo —contestó el Cristo suspirando—, todo es posible cuando interviene la política. En la guerra el hombre puede perdonar al enemigo que poco antes trataba de matarlo y puede partir con él su pan, pero en la lucha política, el hombre odia a su adversario y el hijo puede matar al padre y el padre matar al hijo por una palabra.

Don Camilo caminó de arriba abajo, luego se detuvo y abriendo los brazos dijo:

—Jesús, si está escrito que Maguggia muera como un perro, es inútil insistir. Sea hecha la voluntad de Dios.

—Don Camilo, no llevemos la cuestión al terreno político —lo amonestó severamente el Cristo.

Dos días después corrió la noticia por el pueblo de que el viejo Maguggia había sido operado y que todo había salido magníficamente bien. Y, transcurrido un mes, don Camilo lo vió aparecer en la rectoral, ágil y vivaz.

—Ahora es distinto de entonces —dijo Maguggia—. Y como deseo agradecer al Padre Eterno, siguiendo la vía ordinaria, quiero comulgar. Dado, sin embargo, que se trata de un asunto entre yo y el Padre Eterno y no entre mi partido y el suyo, me sería grato que usted no convocara para presenciar la ceremonia a todos los clericales de la provincia, con gallardetes y banda de música.

—Está bien —contestó don Camilo—. Mañana a las cinco. Estará sólo presente el

jefe de mi partido.

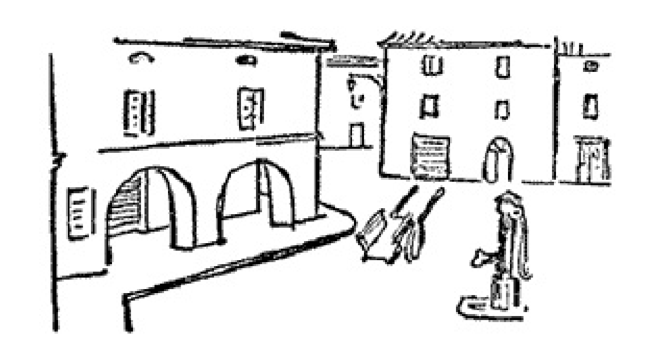
Cuando Maguggia hubo salido, el Cristo preguntó a don Camilo quién era ese jefe de su partido.

—Vos —contestó don Camilo.

—Don Camilo, no lleves la cuestión al terreno político —reprochó el Cristo sonriendo—. Y antes de decir que la voluntad de Dios es la de dejar morir como un perro a un hombre honrado, piénsalo dos veces.

—No hagáis caso —contestó don Camilo—. ¡Se dicen tantas cosas!

LA HUELGA GENERAL



Sentado en un banco delante de la rectoral, don Camilo fumaba su medio toscano, cuando vio llegar a toda carrera un ciclista. Era el Flaco.

Había aprendido un nuevo tipo de frenada, la frenada «a la Togliatti[8]», como la llamaba él: un trabajo muy complicado al fin del cual el Flaco quedaba de pie detrás de la bicicleta, con la rueda posterior entre las piernas o bien tendido cuan largo era en el suelo, con la bicicleta encima.

Don Camilo estuvo mirándolo: El Flaco frenó «a la Togliatti», dejó la máquina contra el muro de la iglesia y avanzó hacia la puerta de la torre. Pero la puertecita estaba cerrada con llave y era inútil sacudirla.

—¿Hay algún incendio? —inquirió don Camilo, levantándose y acercándose.

—No; sucede que el gobierno es un puerco y es preciso convocar al pueblo.

Don Camilo volvió a sentarse.

—Vete a llamar al pueblo en bicicleta; emplearás un poco más de tiempo, pero harás menos alboroto.

El Flaco abrió los brazos resignado.

—¡Qué le vamos a hacer! —suspiró—. El que manda hace la ley. El Duce siempre tiene razón. Dicho esto, retomó su máquina y emprendió el regreso, pero apenas hubo dado vuelta a la esquina, paró de repente la bicicleta y echó a correr a pie.

Cuando don Camilo se dió cuenta, era tarde, porque ya el Flaco estaba trepando como una ardilla por el alambre del pararrayos y ya se encontraba a media torre. Llegado arriba, subió la escalerita de mano del último piso y comenzó a tañer las campanas.

Don Camilo consideró los hechos serenamente. No valía la pena esperar que el Flaco descendiera. Si había llegado la orden de indignación general, un palo en las espaldas del Flaco hubiera sido interpretado como una provocación. Cosa que debía evitarse cuidadosamente. Por lo tanto, don Camilo volvió a la rectoral; pero antes se corrió un momento hasta detrás de la esquina de la casa y después de aflojar las tuercas del cubo de la rueda anterior, se la quitó a la bicicleta y se la llevó a su casa.

—Así podrás frenar a lo De Gasperi —refunfuñó, cerrando la puerta con el cerrojo.

Después de media hora de campaneo, la gente acudió a la plaza y cuando todos estuvieron reunidos, Peppone asomó al balcón de la Municipalidad y empezó a hablar.

—Bajo un gobierno antidemocrático y reaccionario —dijo—, la arbitrariedad se convierte en ley. La cual ley ordena que la inicua sentencia de desalojo, en perjuicio del aparcero Polini Artemio se haga ejecutiva, pero el pueblo defenderá sus derechos y no lo permitirá.

—¡Muy bien! —aulló la muchedumbre.

De esta manera y en este tono continuó Peppone, al que hacían coro las públicas protestas de los oyentes. Luego se designó una comisión que redactó un ultimátum al prefecto: o se suspendía la ejecución de la sentencia y se iniciaba el procedimiento para anularla, o se declaraba la huelga general. Veinticuatro horas de plazo para decidir.

Vino gente de la ciudad y la comisión fue a la ciudad; se cruzaron telegramas y llamadas telefónicas; las veinticuatro horas se alargaron a cuarenta y ocho y luego a noventa y seis, pero no se obtuvo ningún resultado. Finalmente, se decretó la huelga general.

—¡Nadie deberá trabajar por ningún motivo! —afirmó Peppone—. Cuando se dice huelga general, quiere decirse abstención del trabajo sin excepción. Se formarán escuadras de vigilancia y se intervendrá inmediatamente.

—¿Y las vacas? —dijo el Brusco—. Será necesario darles de comer y ordeñarlas. Y si las ordeñas no puedes tirar la leche; habrá que hacer queso.

Peppone bufó.

—¡Ésta es la maldición de los países eminentemente agrícolas! —exclamó—. ¡En la ciudad se organiza pronto una huelga general! Cierras las fábricas y las oficinas, y buenas noches. No es preciso ordeñar las máquinas y al cabo de quince días de huelga no ha sucedido nada, pues basta poner en movimiento la maquinaria. Mientras que aquí, si dejas morir una vaca, nadie es capaz de ponerla de nuevo en movimiento. Sea como sea, tenemos la suerte de hallarnos sobre un camino importante, y por lo tanto, podemos bloquearlo y retrasar el tránsito de toda la provincia. Además, podríamos muy bien dar a la huelga una importancia nacional, levantando cincuenta metros de rieles e interrumpiendo la línea ferroviaria.

El Pardo se encogió de hombros.

—Tú los levantas y dos horas después llegan tres carros blindados y cuando han reconstruído la vía, no la levantas más.

Peppone rebatió que a él le importaban un pepino los carros blindados; sin

embargo, quedó pensativo. Pero se consoló pronto.

—Bueno, la huelga resultará lo que resulte; lo importante es que la sentencia de desalojo no sea cumplida. Éste es el punto básico. ¡Organizaremos escuadras de defensa y si es necesario hacer fuego, lo haremos!

El Pardo se echó a reír.

—Si quieren ejecutar el desalojo, lo harán —dijo—; ocurrirá como con los rieles: llegan cinco carros blindados y tú estás frito.

Peppone quedó más pensativo aún.

—Tú piensa en organizar barricadas, mensajeros y puestos de observación en uno y otro extremo de la carretera provincial. El Flaco y Sufrimiento que se encarguen de los cohetes. Que alguien vigile las orillas del río. Eso no es de cuidado: donde hay agua y terraplenes los carros blindados no van. Del resto me encargo yo.

En los tres días que siguieron hubo mitines y manifestaciones, pero no sucedió nada de extraordinario. El bloqueo de la carretera provincial funcionaba a la perfección: los automóviles llegaban, se detenían, los conductores renegaban, volvíanse atrás ocho o nueve kilómetros, tomaban caminos secundarios y dando un rodeo seguían adelante.

Don Camilo no asomó la nariz ni un segundo, pero sabía todo porque era como si se hubiese ordenado la movilización general de las viejas y desde la mañana hasta la noche era un continuo ir y venir de abuelas y bisabuelas. Pero, generalmente, llevaban noticias de escasísima importancia. La única importante le llegó al fin del tercer día y el mensajero fue la viuda de Gipelli.

—Peppone ha celebrado una gran asamblea y yo he escuchado todo —explicó la mujer—. Estaba negro, se ve que las cosas andan mal. Gritaba como un condenado. Ha dicho que los de la ciudad pueden decidir cuanto quieran, pero que el desalojo no se hará. Ha dicho que el pueblo defenderá sus derechos a toda costa.

—¿Y el pueblo qué decía?

—Eran casi todos rojos. Gente venida también de las otras fracciones y gritaban como malditos. Don Camilo abrió los brazos.

—¡Qué Dios les ilumine las mentes! —suspiró. Hacia las tres de la madrugada don Camilo se despertó. Alguien estaba tirando piedritas contra su ventana.

Don Camilo sabía dónde le apretaba el zapato y se cuidó de asomarse. Bajó cautelosamente al piso bajo, y no con las manos vacías, y fue a espiar desde una ventanita medio escondida entre los sarmientos de la vid que trepaba por la fachada de la casa. Desde allí, como la noche era clara, vió quién tiraba las piedritas y le abrió la puerta.

—¿Qué te sucede, Brusco?

El Brusco entró y pidió que no encendiese la luz. Antes de decidirse a hablar pasaron algunos minutos. Luego empezó en voz baja.

—Don Camilo, estamos listos. Llegan mañana.

—¿Quiénes?

—Carabineros y policías con carros blindados, para hacer ejecutar el desalojo de Polini.

—No veo nada de extraño —repuso don Camilo—. Es la ley. La justicia ha establecido que Polini no tiene razón y Polini debe marcharse.

—¡Linda justicia! —exclamó el Brusco rechinando los dientes—. ¡Esto se llama querer jorobar al pueblo!

—No me parece que sea el caso de venir a las tres de la mañana a promover una discusión de esta especie —observó don Camilo.

—La cuestión no es ésta —replicó el Brusco—. El lío es que Peppone ha dicho que el desalojo no se hará y usted sabe que cuando él se empeña, es cosa de sudar frío.

Don Camilo se puso las manos en la cintura.

—Vamos al grano, Brusco.

—Bueno —susurró el Brusco—; el caso es que cuando se vea del lado de la ciudad, primero un cohete verde y después un cohete rojo, significa que los carros blindados están llegando de ese lado, y entonces saltará un pilar del puente sobre el Arroyito. Si se ve el cohete verde y después el rojo en la parte opuesta de la carretera, saltará el puente de madera del Canal. Don Camilo aferró por el pecho al Brusco.

—Lo hemos minado yo y Peppone hace dos horas. Peppone está de guardia con la pila en la orilla del Arroyito y yo estoy de guardia con la pila en la orilla del Canal.

—¡Tú te quedas aquí y no te mueves; que, si no, te quiebro el pescuezo! —exclamó don Camilo—. O más bien, acompáñame que vamos a desmontar la mina.

—Ya está hecho —dijo el Brusco—. Soy el último de los cobardes porque he traicionado a Peppone, pero me parecía que cometería una bellaquería mas gorda, no traicionándolo. Cuando lo sepa, me mata.

—No lo sabrá —dijo don Camilo—. Y ahora quédate aquí y no te muevas. Debo ir a amansar a aquel loco, aunque tenga que romperle la cabeza.

El Brusco estaba preocupado.

—¿Cómo hará? Ése, apenas lo vea, comprenderá, y antes de darse por vencido, hará saltar el puente sin esperar las señales. Además, ¿cómo llega a la orilla?

Usted debe pasar el puente y cien metros antes está el Pardo en su puesto de vigía.

—Iré por los campos.

—Él está en la otra orilla y usted deberá atravesar el río.

—Dios me ayudará.

Don Camilo se echó encima una capa negra, saltó el cerco del huerto y salió al campo. Eran ya las cuatro y alboreaba. Pasó entre las hileras de vides, se mojó atravesando los prados, pero llegó sin ser visto hasta detrás del dique del Arroyito. A

cien metros del puente, en la parte opuesta, debía de estar en acecho Peppone.

Don Camilo no tenía un plan formado: es difícil hacerse un plan en estas circunstancias. Es preciso estar sobre el terreno y ver; luego se decide. Se arrastró detrás de un matorral, trepó cautelosamente por el terraplén y se asomó.

Peppone estaba de pie sobre el terraplén opuesto, casi frente a él y miraba hacia la ciudad. A su lado tenía la cajita de la pila con la manecita levantada. Don Camilo empezó a trazar un plan de envolvimiento; había mucha agua y corría vertiginosa hacia el puente; pero subiendo río arriba escondido detrás del terraplén, habría encontrado un buen sitio para atravesar inadvertido, nadando, si fuera preciso, con la cabeza bajo el agua. El puente estaba cerca, a ochenta o noventa metros, pero por ese lado no había nada que hacer.

No se había movido todavía cuando se oyó un silbido y de la parte de la ciudad se elevó un cohete verde. Dentro de pocos instantes se elevaría el cohete rojo, confirmando.

—¡Jesús —imploró don Camilo—, hazme pájaro o pez por diez segundos! —y se arrojó al agua. Un poco gracias a la corriente que lo arrastraba, un poco con sus braceos desesperados y otro poco con la ayuda del Padre Eterno, el hecho es que cuando Peppone sintió llamarse y se dió vuelta, don Camilo estaba ya agarrado como una ostra a un pilar del puente.

En ese momento se elevó el cohete rojo.

—¡Don Camilo, salga de ahí! —gritó Peppone—. ¡Déjese caer! ¡Salga que va a saltar todo!

—Saltaremos juntos —contestó don Camilo.

—¡Salga de ahí! —vociferó Peppone con la mano en la palanca de la pila—. ¡Voy a hacer saltar el puente y usted quedará debajo!

—Te arreglarás después con el Padre Eterno —contestó don Camilo abrazándose con mayor fuerza al pilar.

Se oía acercarse los carros blindados. Peppone vociferó otra vez y parecía mil veces loco; al fin dejó la palanca y se sentó sobre el terraplén.

Los carros pasaron retumbando sobre el puente.

Transcurrió algún tiempo. Peppone se levantó, pero don Camilo permanecía aferrado a su pilar.

—¡Salga de ahí, cura de mil demonios! —gritó Peppone con furia.

—Si no desprendes los hilos y tiras la pila al agua, yo me quedo aquí hasta el año próximo. Le he tomado cariño a este pilar.

Peppone desprendió los alambres y arrojó la pila al río. Don Camilo le dijo que tirase también los hilos y Peppone obedeció.

—Ahora ven a darme una mano —concluyó don Camilo.

—Si me espera a mí, echará raíces —contestó Peppone, acostándose detrás de un

bosquecito de aromos. Allí se le juntó don Camilo.

—Estoy deshonrado —dijo Peppone—. Renunciaré a todo.

—A mí me parece que te habrías deshonrado si hubieses hecho saltar el puente.

—¿Y qué le digo ahora al pueblo? ¡Había prometido impedir el desalojo!

—Dile que te pareció estúpido haber combatido para libertar a Italia y luego declararle la guerra a Italia.

Peppone aprobó.

—Esto también es cierto —murmuró—. Lo de Italia me va bien como alcalde; ¿pero como jefe de la sección? ¡He rebajado el prestigio de mi partido!

—¿Por qué? ¿Manda el estatuto de tu partido que debes hacer armas contra los carabineros? Y si no lo manda, explícales a esos melones que, en el fondo, también los carabineros son hijos del pueblo, explotados por el capitalismo.

—Sí señor: ¡por el capitalismo y por los curas! —aprobó Peppone—. ¡También los carabineros son hijos del pueblo, explotados por el capitalismo y por los curas clericales!

Don Camilo estaba mojado como un pollito y no tenía ganas de reñir. Se limitó a decirle a Peppone que no dijera necedades.

—Cura clerical no quiere decir nada.

—Sí señor, algo significa —rebatió Peppone—. Usted, por ejemplo, es un cura, pero no es un cura clerical.

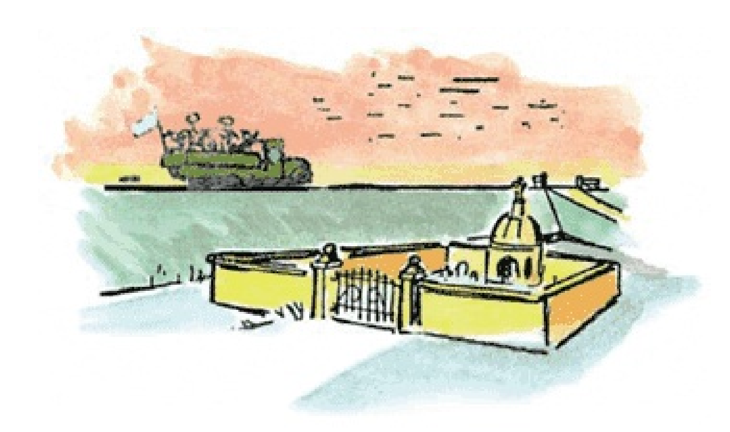
Desde ese momento todo volvió a su quicio, pues, para compensar el desalojo de Polini, fueron concedidos finalmente a la comuna los fondos destinados a la construcción en piedra del puente provisorio de madera sobre el Canal y de este modo se remedió la desocupación. *(«Por el beneficio de la masa hemos creído conveniente sacrificar la utilidad del individuo Polini Artemio, aparcero. De todos modos, el pagaré ha sido simplemente renovado, no pagado: ¡la cuenta con el gobierno queda abierta, compañeros*!)».

Más tarde don Camilo dijo en la iglesia que había sido hallada por un feligrés una rueda de bicicleta y que quien la había perdido podía ir a retirarla a la casa parroquial. Esa misma tarde llegó el Flaco y se llevó la rueda, y además un puntapié de dos toneladas en el trasero.

—Nosotros ajustaremos las cuentas después —dijo el Flaco—. Cuando venga la segunda ola.

—Mira que sé nadar —le advirtió don Camilo.

La gente de ciudad



A los que don Camilo verdaderamente no podía tragar era a los «rojos» de la ciudad. Los proletarios de la ciudad funcionan bien mientras no salgan de allí, mas apenas franquean sus puertas se creen obligados a ostentar que son de la ciudad y entonces se vuelven odiosos como el humo en los ojos.

Se comprende que esto sucede cuando viajan en grupos y especialmente si lo hacen en camión, porque entonces empiezan a gritar «campesino cuadrado» a todos los infelices que encuentran a lo largo de la carretera, y al que es gordo le gritan «panzudo», y si por acaso se meten con una muchacha, no hablemos.

Cuando han llegado y bajan del camión, comienza el verdadero espectáculo; adoptan enseguida un paso de perdonavidas y con el cigarrillo metido en la boca torcida, como si se lo hubiesen flechado adentro, caminan contoneándose, a caballo de sus pantalones, y muestran una figura que va entre *Za la Mort*[9] y un marinero neocelandés franco. Luego se despatarran en la hostería junto a una mesa, se arremangan la camisa mostrando los brazos blancos tatuados por las pulgas, se desgañitan y dan puñetazos sobre la madera, gritando como si sacaran la voz de las tripas. Al regreso, si en el camino se encuentran con una gallina errante, con seguridad no se les escapa.

La tarde de un domingo llegó un camión cargado de «rojos» de la ciudad, con la excusa de escoltar a un personaje de campanillas de la Federación, que venía a hablarles a los pequeños propietarios. Terminado el mitin, antes de dirigirse al comité para informar al importante personaje sobre la situación local, Peppone dijo a los de la ciudad que eran huéspedes del comité y que podían ir libremente a la hostería del Molinillo, donde había una damajuana de agrillo a disposición suya.

Eran unos treinta, más cinco o seis muchachas ataviadas con trapos rojos. Una de ellas de pronto gritaba: «¡Eh, Luisito, largá!» Y entonces el tal Luisito se sacaba el cigarrillo de la boca y lo arrojaba a la muchacha, que lo cazaba al vuelo y se ponía a fumar a largas bocanadas, echando el humo por todos los agujeros, hasta por los oídos. Se sentaron en el frente de la hostería y se pusieron a beber y a cantar, y no

cantaban mal, especialmente cosas de ópera. Al fin se cansaron y empezaron a criticar a los que pasaban por la calle. Así, cuando apareció don Camilo en bicicleta, al ver a un tipo tan grande rieron como locos y gritaron:

—¡Miren! ¡Un cura de carrera!

Don Camilo pasó tranquilo entre las carcajadas como un «panzer» sobre un montón de paja. Luego, llegado que hubo al término de la calle, en vez de doblar hacia su casa, volvió atrás.

El segundo pasaje tuvo mayor éxito aún que el primero, pues la masa de los rojos de la ciudad le gritó a coro:

—¡Fuerza, panzudo!

Don Camilo siguió imperturbable, sin pestañear. Después, naturalmente, llegado al término del pueblo, debió detenerse y volver atrás. Este tercer pasaje fue memorable, pues de «panzudo», la masa pasó fácilmente a la imagen de la «bolsa», y saliendo de lo genérico, halló el modo de especificar también el contenido.

En la situación de don Camilo cualquiera se habría resentido. Pero don Camilo tenía nervios de acero y un formidable dominio de sí mismo.

«Si creen provocarme se han equivocado», pensó. «Un sacerdote no puede armar bronca con los borrachines de una hostería. ¡Un sacerdote no desciende al nivel de un descargador borracho!»

Por lo cual frenó, dejó a un lado la bicicleta, avanzó hacia el grupo, arrebató la mesa, la alzó sobre la gente y la lanzó en medio de ésta. Luego, habiéndose encontrado un banco entre las manos, empezó a sacudirlo en el aire.

En ese momento llegó Peppone con un montón de gente y don Camilo se calmó. La escuadra de servicio debió escoltarlo hasta su casa, pues, salidos de bajo la mesa y cesado el temporal, los de la ciudad se habían puesto a gritar que querían ahorcarlo, y eran las mujeres las más enardecidas.

—¡Linda cosa, señor cura! —le reprochó Peppone, llegados que fueron a la puerta de la rectoral—. La política le hace perder verdaderamente el *dominustecum*.

—¡Usted no es un cura, usted es un escuadrista! —le gritó el personaje importante de la Federación, que había llegado en ese momento. Pero al punto vio la mole enorme de don Camilo y las manos enormes como palas y rectificó:

—¡Usted es una escuadra completa de acción[10]!

Don Camilo se echó en la cama. Después cerró la ventana, después cerró la puerta y corrió el pasador, después metió la cabeza bajo la almohada, pero no había caso. Alguien lo llamaba de abajo, y la voz se oía insistente.

Entonces bajó a pasos lentos y fue a presentarse al Cristo del altar.

—¿No tienes nada que contarme, don Camilo?

Don Camilo abrió los brazos.

—Ha sido algo independiente de mi voluntad —dijo—. Para evitar toda posibilidad de incidentes, yo me había alejado del pueblo durante el mitin. No imaginé que esos tales habrían venido a sentarse frente a la hostería del Molinillo. Si lo hubiera sabido, me habría quedado afuera hasta la noche.

—Pero cuando pasaste la primera vez sabías que estaban allí —rebatió el Cristo —. ¿Por qué volviste?

—Había olvidado el breviario en la casa donde estuve durante el mitin.

—No mientas, don Camilo —exclamó severamente el Cristo—. El breviario lo tenías en el bolsillo. ¿Puedes negarlo?

—Me guardaré bien —protestó don Camilo—. Lo tenía en el bolsillo y creía haberlo olvidado. Cuando fui a sacar el pañuelo y encontré el breviario, ya había pasado delante de la hostería. Por fuerza tenía que regresar. No hay otro camino, como sabéis.

—Podías haberte vuelto a la casa donde estuviste antes; bien sabías que esa gente estaba delante de la hostería, pues ya habías oído que te gritaban de atrás. ¿Por qué, pudiéndolo, no evitarles la ocasión de manifestar su mala crianza?

Don Camilo movió la cabeza.

—Jesús —dijo con gravedad—, ¿por qué, si es ley divina que el hombre no debe pronunciar en vano el nombre de Dios, Dios ha dado a los hombres el uso de la palabra?

El Cristo sonrió.

—Hubieran encontrado el modo de blasfemar el nombre de Dios por escrito o usando el alfabeto de los mudos —contestó—. Pero la razón es que la virtud consiste precisamente en no pecar aun poseyendo los medios y los instintos de pecar.

—En tal caso si yo quiero ayunar por penitencia durante tres días, no debo ingerir ningún medicamento que me suprima el hambre por completo, sino que es mi deber dejar intacta el hambre y dominarla.

—Don Camilo —dijo preocupado el Cristo—, ¿dónde quieres conducirme?

—Ergo, si yo, llegando al término de la calle, entiendo demostrar a Dios que yo, conforme a sus mandamientos sé dominar mis instintos y sé perdonar a quien me insulta, no debo evitar la prueba sino afrontarla severamente y volver a pasar otra vez delante de aquellos sinvergüenzas.

El Cristo meneó la cabeza.

—El razonamiento es vicioso, don Camilo. Tú no debes inducir en tentación al prójimo, no debes incitarlo al pecado, no debes provocarlo.

Don Camilo abrió los brazos tristemente.

—Perdonadme —suspiró—; ahora comprendo mi error. Y dado que exhibir hoy en público este hábito del que hasta hace poco me sentía orgulloso puede constituir

una tentación y puede inducir a pecar a tanta gente, o no saldré más de casa o iré de paseo vestido de tranviario.

El Cristo se inquietó un poco.

—Ésas son sutilezas de sofista. Pero yo no quiero discutir más con quien se vale de argumentos capciosos para justificar su mala acción. Quiero admitir tu buena fe cuando pasaste por tercera vez delante de la hostería; pero ¿cómo explicas el hecho de que en vez de demostrar a Dios que sabes dominar tus instintos y perdonar a quien te injuria, has bajado de la bicicleta y empezado a menear mesas y bancos?

—He cometido un error de apreciación y un pecado de presunción; es decir, me he equivocado creyendo saber calcular el tiempo, y así, cuando bajé de la bicicleta, seguro de que habían pasado por lo menos diez minutos desde el instante en que oí el último insulto, vi que estaba delante mismo de la hostería, pues apenas habían transcurrido escasos segundos.

—Digamos décimos de segundos, don Camilo.

—Sí, Señor. Y pequé de presunción pensando merecer que Dios me iluminaría de tal modo la mente que podría dominar perfectamente mis instintos. He tenido demasiada fe en vos, Jesús. Si creéis que el exceso de fe sea condenable en un sacerdote, condenadme.

El Cristo suspiró.

—El caso es grave, don Camilo. Sin darte cuenta, el demonio ha venido a habitar en ti y ahora se mezcla en tus palabras y blasfema por tu boca. Prueba a pasarte tres días a pan y agua y sin fumar. Verás que el diablo se sentirá incómodo y se irá.

—Está bien —dijo don Camilo—, y gracias por vuestro consejo.

—Espera para agradecerme el tercer día —dijo el Cristo sonriendo.

Se habló mucho de la cosa en el pueblo. Después, apenas don Camilo terminó su dieta antidiablo (óptima cura que lo sanó completamente de los sofismas), llegó a la rectoral un funcionario de la policía de la ciudad, seguido por Peppone y su estado mayor.

—La justicia ha efectuado indagaciones sobre el crimen —explicó Peppone con gravedad— y encuentra que la versión escrita dada por usted a la autoridad local de los carabineros no coincide con la denuncia formulada a la Federación por los compañeros agredidos.

—He dicho toda la verdad sin agregar una jota —afirmó don Camilo.

El funcionario sacudió la cabeza.

—Aquí, sin embargo, se declara que su comportamiento fue provocativo, o, más aún, «desfachatadamente provocativo».

—Es el comportamiento que tengo siempre que voy en bicicleta —contestó don Camilo—. Aquí nadie lo encontró nunca provocativo.

—Bah, según —dijo Peppone—. Muchos, aquí, al verlo pasar a usted en bicicleta sienten el deseo de que se le parta la horquilla y vaya a dar con la nariz en el suelo.

—En todas partes hay bellacos —explicó don Camilo—. Esto no significa nada.

—Secundariamente —prosiguió el funcionario—, mientras su versión dice que usted estaba solo, la contraria afirma que llegó gente en su ayuda, gente que esperaba en acecho, y esto me parece atendible vistos los resultados del encuentro.

Don Camilo protestó altivamente.

—Yo estaba solo, y aparte de los bancazos, bastaba la mesa que arrojé sobre esa gentuza, para abollar cinco o seis melones de la ciudad.

—Quince melones —especificó el funcionario. Luego preguntó a Peppone si la mesa era la misma que habían visto momentos antes. Peppone asintió.

—Reconocerá, reverendo —díjole entonces con ironía—, que resulta algo difícil que un hombre solo pueda juguetear de ese modo con una mesa de roble que pesará casi dos quintales.

Don Camilo se hundió el sombrero en la cabeza.

—Yo no sé cuantos kilos pesará —dijo ásperamente—; pero de cualquier manera no cuesta mucho pesarla.

Y se puso en marcha seguido por los demás. Llegados a la hostería del Molinillo, el funcionario señaló la mesa de roble.

—¿Es ésta, reverendo?

—Ésta —contestó don Camilo, y aferrando la mesa, Dios sabe cómo, la levantó sobre su cabeza con los brazos tendidos y la arrojó al prado vecino.

—¡Lindo golpe! —gritaron todos.

Peppone se adelantó silencioso, se quitó el saco, agarró la mesa, apretó los dientes, la enarboló y la arrojó al prado.

Se había reunido mucha gente y estallaron gritos de entusiasmo.

—¡Viva el alcalde!

El funcionario, que había quedado con la boca abierta, tocó la mesa e intentó inútilmente moverla. Luego miró a Peppone.

—En nuestro pueblo las cosas se hacen así —exclamó Peppone con orgullo.

Entonces el funcionario dijo: «Está bien», y saltando en su automóvil partió como un rayo. Peppone y don Camilo se miraron ferozmente y luego, volviéndose las espaldas, se marcharon sin cambiar palabra.

—No entiendo nada de todo esto —refunfuñó el hostelero del Molinillo—. Curas, comunistas, todos la tienen con esta pobre mesa. ¡Maldita sea la política y quien la inventó!

El asunto terminó como era de prever: llegó el llamado del obispo y don Camilo fue a la ciudad con las piernas que le temblaban.

El obispo, viejo, pequeñito y todo blanco, estaba solo en un salón del piso bajo,

hundido en un sillón forrado de cuero.

—Volvemos a las andadas, don Camilo —dijo—; ¡no te basta ventilar a la gente con los bancos y ahora pones también en circulación las mesas!

—Un momento de debilidad, monseñor —balbuceó don Camilo—. Yo…

—Lo sé todo, don Camilo —lo interrumpió el obispo—. Me veré obligado a enviarte a la cima de un monte, en medio de las cabras.

—Monseñor, ellos…

El obispo se había puesto de pie, y encorvado sobre el bastón habíase plantado delante de don Camilo, mirando hacia arriba, hacia la cumbre de aquel hombrón.

—¡Ellos no tienen importancia! —exclamó, amenazando con el bastón—. ¡Un sacerdote de Dios, un hombre a quien está confiada la misión de predicar el amor y la dulzura, no puede convertirse en satanás arrojando mesas a la cabeza del prójimo! ¡Vergüenza!

El obispo caminó unos pasos hacia la ventana y luego dióse vuelta.

—¡Y no me vendrás con el cuento de que estabas solo! ¡Has organizado el golpe, has tendido la emboscada! ¡Un hombre solo no machuca quince cabezas!

—No, monseñor —contestó don Camilo—. Estaba solo, se lo juro. Ha sido la mesa la que cayendo sobre el montón hizo el pastel. Comprenderá que era un mueble grande y pesado como ése —y don Camilo tocó la maciza mesa entallada que estaba en el centro del salón, mientras el obispo miraba severamente a don Camilo.

—*¡Hic Rhodus, hic salta*[11]! —dijo—. ¡Si no eres un vil mentiroso, dame la prueba! ¡Levántala si eres capaz!

Don Camilo se llegó a la mesa y la asió con ambas manos. Era mucho más pesada que la de la hostería, pero cuando don Camilo se ponía en marcha era peor que la América.

Le crujían los huesos, y las venas del cuello parecían fajinas. Pero despegó la mesa del suelo y lentamente la levantó sobre su cabeza y allí la sostuvo con los brazos tendidos.

El obispo lo miraba conteniendo el aliento. Cuando vió la mesa en alto sobre la cabeza de don Camilo, dió en el suelo un golpe con el bastón y ordenó:

—¡Tírala!

—Pero, monseñor —gimió don Camilo.

—¡Tírala, te ordeno! —gritó el obispo.

La mesa fue a estrellarse en un ángulo del salón y la casa tembló. Por fortuna la habitación era del piso bajo; que, de no ser así, se habría producido una catástrofe.

El obispo miró la mesa, tocó con el bastón las tablas rotas, luego, volviéndose hacia don Camilo suspiró, meneando la cabeza.

—¡Pobre don Camilo! ¡Qué lástima! Tú no llegarás nunca a obispo.

Suspiró otra vez y luego abrió los brazos.

—Si yo hubiera sido capaz de enarbolar así una mesa, probablemente todavía sería párroco en mi aldea.

Alarmada por el estruendo, la gente de la casa se asomó a la puerta del salón con los ojos fuera de las órbitas.

—¿Qué ha sucedido, monseñor?

—Nada.

La gente contemplaba la mesa astillada.

—¡Ah! —dijo el obispo—. Nada. He sido yo. Don Camilo me ha enfadado un poco y he perdido la paciencia. Es cosa fea dejarse dominar por la ira, hijos míos. El Señor me perdone. *Deo gracias*.

Se marcharon y el obispo tocó la cabeza de don Camilo, que se había arrodillado ante él.

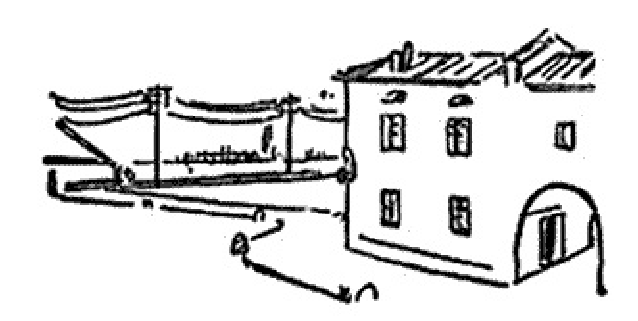
—Vete en paz, mosquetero del Reino de los Cielos —dijo sonriendo—. Y gracias por haberte fatigado tanto para divertir un poco a un pobre viejo.

Don Camilo regresó a su casa y refirió todo al Cristo.

Éste, sacudiendo la cabeza, dijo con un suspiro:

—¡Banda de chiflados!

Filosofía campestre



Se produjo la huelga de los jornaleros y mensuales en plena cosecha y los cultivos en los fundos grandes comenzaron a desmedrarse.

Era éste un bocado que don Camilo no podía tragar y cuando llegó la orden de disminuir la ración a los animales para reducir la producción de leche, fue a encararse con Peppone, quien andaba continuamente de recorrida, inspeccionando los puestos de vigilancia.

—Oye —le dijo—, si una mujer cría a su hijo juntamente con el de otro y si le pagan poco por su servicio de nodriza, ¿qué hace para que la retribuyan mejor?

Peppone se echó a reír.

—Le dice al padre de la criatura: «O me das más o lo crías tú».

—Bien —exclamó don Camilo—. Pero esa nodriza, en cambio, es una mujer singular y para hacerse pagar más, ¿sabes qué hace? Toma una medicina que poco a poco le disminuye la leche y luego le dice al padre del crío: «O me pagas mejor o sigo hasta que no tenga una gota de leche». De esa manera quedan sin alimento los dos: su hijo y el hijo del otro. ¿Te parece que sea una mujer inteligente?

Peppone torció la boca.

—No vayamos por el lado de la política —rezongó—. Las comparaciones son la mayor bellaquería del mundo, pues reducen todos los problemas a un ejemplo práctico mientras que lo que cuenta en la vida es la teoría. La historia de la nodriza es muy bonita, pero la verdad es que quien trabaja debe ser pagado con justicia y entonces cuando el trabajador recibe lo justo, entra en juego también la nodriza que con la justicia social recibe un salario mayor sin necesidad de valerse de remedios y otras porquerías. Y la justicia social, querido señor cura, es una cosa que alguna vez hay que empezarla si se quiere llegar al fondo, porque es como un ovillo: si uno no consigue encontrar la punta del hilo para devanarlo, ¿debe esperar que se la indique el Espíritu Santo? Por algún lado se empieza y después a lo largo del camino todo se arregla.

Don Camilo lo interrumpió.

—¿Las comparaciones ya no son la mayor bellaquería del mundo?

—Depende del que las hace.

Y encogiéndose de hombros Peppone agregó:

—Se comprende: lo que cuenta es la teoría general.

—Entonces yo te digo que la teoría general es que en tiempos de carestía mundial se come lo que hay y si uno destruye lo poco que hay, después puede silbar *La Internacional* cuanto quiera, pero revienta, porque nadie le dará nada.

—¡Reventaremos todos! —exclamó Peppone—. De todos modos, antes o después tenemos que morir.

—¡Y bueno, revienta! —gritó don Camilo yéndose.

Y cuando llegó a la iglesia se desahogó con el Cristo del altar mayor.

—Ésa es gente que necesitaría una lección —dijo don Camilo—. Mandadles un ciclón que haga volar todo. El mundo se ha vuelto maldito, lleno de odios, de ignorancia y de perversidad. Hace falta un diluvio universal. Moriremos todos, se hará la cuenta final, cada cual se presentará ante el tribunal divino y recibirá el castigo o el premio que merezca.

El Cristo sonrió.

—Don Camilo, para llegar a esto no hace falta un diluvio universal. Cada uno está destinado a morir cuando le llega el turno y a presentarse ante el tribunal divino para recoger el premio o el castigo. ¿No es lo mismo aunque sin cataclismos?

—También eso es verdad —reconoció don Camilo, tranquilizándose.

Pero luego, como en el fondo le disgustaba un poco renunciar de lleno a la idea del diluvio, trató de salvar lo que fuese salvable.

—Si cuando menos pudierais hacer llover un poco. El campo está seco, los embalses de las centrales están vacíos.

—Lloverá, lloverá, don Camilo —le aseguró el Cristo—. Desde que el mundo es mundo siempre ha llovido. La máquina está combinada de tal manera que en un momento dado debe llover. ¿O eres del parecer que el Eterno se haya equivocado en la organización del universo?

Don Camilo se inclinó.

—Está bien —dijo suspirando—. Comprendo perfectamente la justicia de lo que decís. Pero que un pobre cura de campaña no pueda siquiera permitirse pedir a su Dios que haga llover aunque sea dos baldes de agua, perdonadme, es desalentador.

El Cristo se puso serio.

—Tienes mucha razón, don Camilo. No falta sino que tú también hagas una huelga de protesta.

Don Camilo quedó mortificado y se alejó cabizbajo, pero el Cristo lo llamó.

—No te aflijas, don Camilo —susurró el Cristo—. Sé que es para ti pecado mortal ver que hay hombres que dejan malograrse la gracia de Dios, pues sabes que yo bajé del caballo para recoger una migaja de pan. Pero es preciso perdonarlos porque no lo hacen para ofender a Dios. Ellos buscan afanosamente la justicia sobre

la tierra porque no tienen ya fe en la justicia divina y procuran afanosamente los bienes terrenales porque no tienen fe en la recompensa divina. Por eso creen solamente en lo que se toca y se ve y los aviones son para ellos los ángeles infernales de este infierno terrestre que en vano tratan de convertir en paraíso. Es el fruto de la excesiva cultura que conduce a la ignorancia, pues si la cultura no está sostenida por la fe, en un cierto punto el hombre sólo ve la matemática de las cosas. Y la armonía de esta matemática se vuelve su Dios y olvida que es Dios el creador de esa matemática y esa armonía. Pero tu Dios no está hecho de números, don Camilo, y en el cielo de tu Paraíso vuelan los ángeles buenos. El progreso torna el mundo cada vez más pequeño para los hombres: algún día, cuando las máquinas corran a cien millas por minuto, el mundo parecerá a los hombres microscópico y entonces el hombre se hallará como un gorrión en el ápice de un altísimo mástil, asomado sobre el infinito, y en este infinito volverá a encontrar a Dios y la fe en la verdadera vida. Entonces odiará las máquinas que han reducido el mundo a un puñado de números y las destruirá con sus propias manos. Pero aun se necesitará tiempo, don Camilo. Por el momento no temas: tu bicicleta y tu motorcito no corren ningún peligro.

El Cristo sonrió y don Camilo le agradeció por haberlo hecho nacer.

La «Volante proletaria», capitaneada por el Flaco, avistó una mañana a uno que estaba trabajando bajo una hilera de vides en casa de Verola y lo capturó conduciéndolo casi en peso a la plaza donde los jornaleros y mensuales esperaban sentados en el suelo.

Lo rodearon: era un hombre cuarentón y protestaba con vehemencia.

—Esto es un secuestro de persona —gritaba.

—¿Secuestro de persona? —dijo Peppone que acababa de llegar—. ¿Y por qué? Nadie te detiene aquí. Si quieres irte, márchate.

El Flaco y los demás de la «Volante proletaria» lo soltaron. El hombre miró en torno y vio una muralla de personas que, inmóviles, con los brazos cruzados, lo miraban hoscas y silenciosas.

—En fin, ¿qué quieren de mí? —exclamó el hombre.

—Y tú, ¿qué has venido a buscar aquí? —replicó Peppone.

El hombre no contestó.

—¡Puerco carnero! —exclamó Peppone, tomándolo por la delantera de la blusa y sacudiéndolo—. ¡Traidor!

—A nadie traiciono —contestó el otro—. Tengo necesidad de ganar y trabajo.

—¡También toda esta gente tiene necesidad de ganar y no trabaja!

—¡No nada tengo que ver con ellos! —exclamó el hombre.

—¡Te lo haré ver yo! —gritó Peppone. Y, soltándolo, le aplicó un revés con la mano, que lo arrojó al suelo como un trapo.

—Nada tengo que ver —balbuceó el hombre levantándose con la boca llena de sangre.

Un puntapié del Pardo lo devolvió a Peppone.

—¡Revísalo! —ordenó Peppone al Flaco. Y mientras éste hurgaba en los bolsillos del hombre, Peppone lo tenía sujeto por los brazos, sin que le valiera forcejear.

—¡Al río! —vociferó la turba.

—¡Ahórquenlo! —gritó una mujer despeinada.

—¡Un momento! —dijo Peppone—. Primeramente debemos saber con qué raza de canalla hemos tropezado.

El Flaco le había pasado la cartera encontrada en un bolsillo del hombre, y Peppone, después de entregar el hombre al Brusco, revisó los papeles y leyó atentamente los documentos personales. Luego, volvió a guardar todo en la cartera y la devolvió a su dueño.

—Déjenlo —ordenó con la cabeza gacha—, hay un error.

—¿Por qué? —gritó la mujer desgreñada.

—Porque sí —contestó Peppone, duro y agresivo. La mujer retrocedió.

Hicieron subir al hombre al camioncito de la «Volante proletaria» y lo acompañaron hasta la entrada del cerco por donde lo habían sacado.

—Puede volver a trabajar —dilo Peppone.

—No, no —dijo el hombre—. Vuelvo a casa. Debe haber un tren dentro de una hora.

Hubo algunos minutos de silencio. Entre tanto el hombre se había lavado la cara en la acequia y se la secaba con el pañuelo.

—Lo siento —dijo Peppone—. Pero usted, un profesor, un diplomado, no puede meterse contra los pobres trabajadores de la tierra.

—El sueldo de los profesores es menor que el del último de sus labriegos. Además yo estoy sin empleo. Peppone meneó la cabeza.

—Lo sé, pero aquí no se trata de eso. Aun cuando el labriego y usted necesiten la misma cantidad de alimentos, el hambre del labriego es distinta de la suya. El labriego, cuando tiene hambre la siente como la sentiría un caballo y no puede dominar su hambre porque nadie le ha enseñado a hacerlo. En cambio usted sabe.

—Pero mi hijo no lo sabe.

Peppone abrió los brazos.

—Si es su destino que haga lo que hace usted, aprenderá.

—¿Le parece justo todo esto?

—No lo sé —dijo Peppone—. La cuestión es que no se comprende cómo nosotros y ustedes, encontrándonos en el fondo en iguales condiciones, no podemos nunca hacer causa común contra los que tienen demasiado.

—Usted lo ha dicho: porque, aun teniendo necesidad de los mismos alimentos,

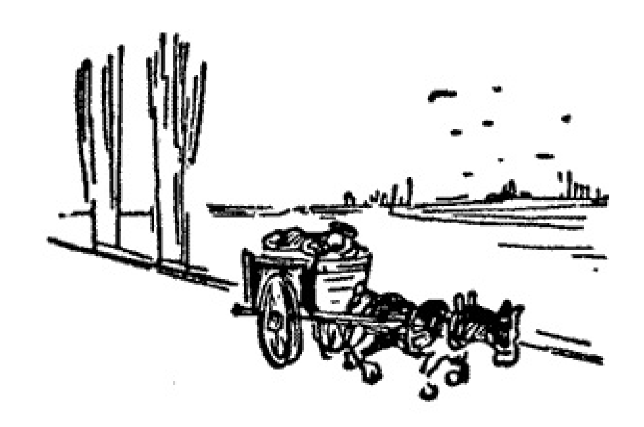
nuestra hambre es distinta de la de ustedes.

Peppone meneó la cabeza.

—Si no lo hubiese dicho yo, parecería que aquí hay algo de filosofía —murmuró.

Se marcharon, cada uno por su camino, y el asunto concluyó allí. Y el problema de la clase media quedó sin solución.

Julieta y Romeo



Cuando se decía «Es uno de la Quemada», estaba todo dicho, y si en algún suceso entraba uno de la Quemada, significaba que habían volado trompadas capaces de encrespar el pelo. La Quemada era una larga faja de tierra entre el Bosque Grande y el dique mayor, y la finca era llamada así por ser la tierra tan pelada como si por allí hubiese pasado Atila. Únicamente sembrando dinamita se habría obtenido algo, porque debajo todo eran guijarros y probablemente tratábase de un antiguo lecho del río. La había comprado Ciro cuando regresó de la Argentina, en días lejanos, y sobre ella se había roto los riñones; pero mientras él continuaba sembrando trigo, sólo le nacían hijos. Hallándose así con un ejército al que debía matar el hambre, había empleado los últimos centavos traídos de la Argentina en adquirir un tractor, una trilladora y un prensa-forrajes, y como eran las primeras máquinas llegadas a esa zona en 1908, no solamente se había rehecho, sino que poseía tantas máquinas que podía trillar en las eras mayores de tres o cuatro comunas. En 1908 ya lo llamaban «el viejo de la Quemada» pues aunque apenas rayaba en los cuarenta años, tenía seis hijos, de los cuales el primero ya había cumplido dieciocho y era un animalote como un hombre.

Limitando con la Quemada, saliendo del Bosque Grande, estaba el fundo de la Torrecita, cuyo dueño era Filotti, quien en 1908 tenía treinta animales y cinco hijos, yéndole muy bien, pues en su tierra bastaba escupir para que brotasen maíz y trigo dignos de una exposición internacional.

Para pintar como estaban las cosas, es preciso decir que a Filotti en ese tiempo, aunque hinchado de dinero, para sacarle una lira se necesitaba el auxilio del Padre Eterno. Con todo, antes que utilizar las máquinas de la Quemada, gastaba tres veces más haciendo venir un tractor de los quintos infiernos. Estupideces: una gallina muerta a cascotazos, un perro apaleado. Pero en la tierra baja, donde el sol, en verano, raja la cabeza a la gente y estruja las casas, y donde, en invierno, no se sabe cuál sea el cementerio y cuál el pueblo, basta una tontería como ésas para llevar a dos familias a una perpetua guerra.

Filotti era tan hombre de iglesia que, antes que perder una misa habría dejado morir a toda su familia; y para contrariarlo, el viejo de la Quemada descansaba el sábado y trabajaba el domingo. Además, tenía siempre un muchacho de centinela alrededor de la casa para avisarle cuando aparecía Filotti en la vecindad del cerco lindero. Entonces salía y empezaba a vocear blasfemias capaces de descortezar un roble. Filotti aguantaba tragando hiel y capitalizando el veneno para tiempos mejores. Estando así las cosas llega la huelga de 1908. La gente parecía loca, de tan decidida a hacer las cosas en serio. Naturalmente, la emprendieron también con el cura, parcial de los señores, y escribieron en las paredes que si alguien tenía el valor de ir a misa, se arrepentiría.

Llegó el domingo y Filotti, poniendo a sus hijos y parientes de guardia en el establo, tomó su escopeta y fue tranquilo a misa. Encontró al viejo cura en la casa parroquial.

—Me han dejado solo —dijo el cura—. Todos se han escapado, incluso la criada y el sacristán. Se morían de miedo.

—No importa —dijo Filotti—. La haremos lo mismo.

—¿Y quién me ayuda a misa?

—Eso va por mi cuenta.

Fue así como el viejo cura empezó a celebrar la misa sirviéndole de monaguillo Filotti, quien estaba arrodillado en la grada del altar, pero con la escopeta bajo el brazo.

No había un alma en la iglesia y afuera parecía que todos hubiesen muerto.

En el momento de la Elevación, cuando el sacerdote alzó la Hostia consagrada, la puerta de la iglesia se abrió de par en par con estrépito. El sacerdote instintivamente se volvió y vio en el atrio a la gente congregada y muda.

Ciro de la Quemada apareció en la puerta. Tenía puesto el sombrero y el cigarro en la boca.

El cura quedó con la Hostia en alto, petrificado. Ciro echó una bocanada de humo, se hundió más el sombrero, metió las manos en los bolsillos y entró en la iglesia.

Filotti, primero tocó la campanilla, luego apuntó con la escopeta y lo fulminó con una descarga. Volvió a cargar, tocó nuevamente la campanilla, y el cura, recobrándose, prosiguió la misa tranquilamente.

En el atrio no habían quedado tampoco las moscas. Ciro no estaba muerto ni siquiera gravemente herido. Había quedado tendido en tierra porque tenía miedo de recibir otra perdigonada. Se levantó cuando la misa hubo acabado, fue a casa del médico, hacerse sacar los perdigones que le habían convertido un costado en un cedazo y no dijo ni pío.

Cuando al cabo de un mes estuvo completamente restablecido, una tarde llamó a

sus cuatro hijos mayores, dio a cada uno una escopeta y salió. La «Caminera» estaba en presión y los cuatro hijos hicieron escolta a la máquina. Ciro subió, movió la llave, tomó el volante e inició la marcha.

Las «camineras» ya no existen hoy porque el tractor a petróleo las ha desalojado. Eran maravillosas, semejantes a las aplanadoras de vapor, pero sin el rodillo delantero. Eran lentas, potentes, silenciosas. Servían para trillar y para roturar los terrenos vírgenes.

Empezó la marcha a través de los campos hacia la casa de Filotti. Salió un perro, pero no tuvo tiempo ni de ladrar porque un garrotazo ya lo había dejado seco. Soplaba un fuerte viento y la máquina pudo llegar a cuarenta metros de la casa sin que nadie la sintiese. Ciro hizo una maniobra, el hijo mayor tomó el extremo de un cabo de acero del árgano y mientras el viejo aflojaba la palanca avanzó lento e inexorable hacia la era negra y silenciosa. Los otros muchachos lo seguían con las escopetas embrazadas. Llegó al pilar más grueso de la «puerta muerta», enganchó el cable y retrocedió corriendo.

—Listo.

Ciro puso en marcha la maquina y sucedió el terremoto. Enrolló luego el cable, dió un silbido y regresó a su casa.

No murió ninguno de los Filotti, pero sí tres vacas, y media barraca se vino abajo.

Filotti no chistó.

Cuenta privada entre ellos: la justicia no tenía nada que ver.

No ocurrieron otros hechos de igual violencia. Cuando acontecía algún pequeño incidente entre los chicos, los dos asnos salían lentamente de sus casas y se encaminaban hacia el cerco lindero, allí donde había un peral salvaje. Las familias en pleno los seguían en silencio. A veinte metros del límite se detenían silenciosas mientras los dos hombres se salían al encuentro hasta el peral. Allí se quitaban el saco, se arremangaban y empezaban a trompearse sin decir palabra. Cada puñetazo era de una tonelada, y caían lentos e implacables como mazazos sobre un yunque.

Cuando se habían molido bien los huesos regresaban a sus bases seguidos de sus familias.

Después los chicos crecieron, no hubo va ocasión de incidentes y los dos viejos dejaron de cascarse. Y más tarde vino la guerra que se llevó a un par de hijos del uno y del otro. La siguieron los líos de posguerra, etcétera, y así pasaron cerca de veinte años sin que ninguno de ellos al parecer pensara más en el pasado. Pero en 1929, Mariolino, el primer nieto del viejo Ciro, entendió que a los dos años de edad un hombre tiene el deber moral de recorrer el mundo para formarse un concepto de la vida, y se puso en camino tambaleándose. Llegado que hubo al cerco lindero, bajo el histórico peral, se sentó. Al poco rato llegó de improviso una mocosa del mismo tonelaje: era cierta Gina, también de dos años, la primera nietecita de Filotti.

Allí sucedió que los dos habrían querido tener derecho exclusivo sobre una pera medio podrida caída del árbol, y el resultado fue que empezaron a arañarse y arrancarse los pelos. Después, cuando se cansaron, se escupieron en la cara y volvieron a la base.

No fue necesaria ninguna explicación: todo el ejército estaba en la mesa y cuando entró Mariolino con la cara llena de rasguños, el padre quiso levantare, pero el viejo Ciro con un gesto lo clavó en la silla. Luego se levantó él y seguido a la distancia por toda la tribu se encaminó al peral.

Allí lo esperaba el viejo Filotti. Los dos andaban por los cincuenta y cinco años, pero se trompearon como cuando eran jóvenes. Sin embargo, como después se dieron cuenta de que para componer los huesos necesitaron cosa de un mes o más, sucedió que una mañana el viejo Ciro, llegado al cerco encontró que alguien lo había cerrado a medias con un alambrado. Entonces él hizo otro tanto con la otra mitad y no se habló más del asunto.

En las grandes ciudades la gente se preocupa particularmente de vivir de manera original y de ahí que salgan a relucir, por ejemplo, cosas como el existencialismo, que no significan un cuerno, pero que dan la ilusión de vivir conforme a sistemas diferentes de los antiguos. En cambio, en los pueblos de la tierra baja se nace, se vive, se ama, se odia y se muere según los acostumbrados esquemas convencionales. Y a la gente le importa un bledo si se ve mezclada en un lío que es una copia cualquiera de *Sangre romañola* o de *Romeo y Julieta* o de *Los Novios* o de *Caballería Rusticana* y de otras patrañas literarias. Por tanto es un repetir eterno de historias vulgares, viejas como el cuco; pero al fin, hechas las cuentas, los de la tierra baja concluyen bajo tierra exactamente como los literatos de la ciudad, con la diferencia de que éstos mueren más rabiosos que los del campo, porque a los de la ciudad no sólo les desagrada morir, sino además morir de un modo vulgar, mientras que a los campesinos sólo les disgusta no poder seguir respirando. La cultura es la más grande porquería del universo, pues amarga la vida y también la muerte.

Pasaron años y más años. Otra guerra y otra posguerra. Rojos como el fuego los de la Quemada y negros como el carbón los de la Torrecita.

Estando así las cosas, una tarde un doméstico de los Filotti vino a llamar a don Camilo.

—Asunto urgente —explicó—. Venga enseguida. Don Camilo se halló en presencia del congreso familiar en pleno. Estaban todos sentados en torno de la enorme mesa y el viejo Filotti presidía la sesión.

—Siéntese —dijo con gravedad, indicándole una silla vacía a su derecha—. Tengo necesidad de su asistencia espiritual.

Se hizo un instante de silencio; luego el viejo Filotti con un gesto mandó entrar a

Gina, su primera nieta, que era de veras una hermosa muchacha.

Paróse delante del abuelo y el viejo la apuntó con el dedo, amenazante.

—¿Luego es verdad? —preguntó.

La muchacha bajó la cabeza.

—¿Desde cuánto tiempo?

—No recuerdo —balbuceó la muchacha—. Cuando él hizo el agujero en el alambrado éramos chicos, quizás tendríamos cuatro o cinco años.

El viejo levantó los brazos.

—¿Así que aquel vago hizo un agujero en el cerco? —gritó.

—Calma —le aconsejó don Camilo—. ¿Quién *es* ése que llama vago?

—Mariolino, el de la Quemada.

—¿Ése? —gritó don Camilo, alzándose bruscamente.

—Ese mismo, don Camilo.

Don Camilo se acercó a la joven.

—¡El hijo del Anticristo, el alma condenada de Peppone, el delincuente rojo, ése que en sus discursos excita al pueblo a la revuelta! Contesta, desvergonzada, ¿cómo has podido poner tus ojos de muchacha honesta y temerosa de Dios en aquel tizón del infierno?

—Éramos niños —explicó la muchacha.

—Es claro… el agujero en el cerco —dijo sarcásticamente el viejo Filotti.

Se levantó lentamente, se acercó a la muchacha y le aplicó una bofetada.

La joven escondió la cara entre las menos, pero al instante alzó la cabeza y dijo con voz dura: «Nos casaremos».

Había transcurrido poco más de una semana y una tarde, al anochecer, estaba don Camilo sentado en su sillón leyendo un librito de los suyos, cuando sintió llamar tímidamente a la puerta de la rectoral. Fue a abrir y se encontró frente a una mujer que llevaba la cabeza cubierta por un chal negro. En la oscuridad del zaguán no la reconoció, pero cuando ella entró en su despacho vió que era Gina, la de los Filotti.

—¿Qué vienes a hacer a estas horas? —preguntó asombrado.

—A casarme —contestó la muchacha.

Don Camilo pensó en Lucía Mondella[12] y se echó a reír. Y luego, ¿qué pasa con don Rodrigo[13]? —exclamó—. Además, para casarse son necesarios por lo menos dos.

—Estoy aquí —dijo una voz, y entró Mariolino, el de la Quemada.

Don Camilo apretó los puños.

—¿Qué vienes a hacer en la casa del ministro de Dios, tu emisario del Cominfierno?

Mariolino asió a Gina por el brazo.

—Vamos —rezongó—; ¿no te he dicho siempre que estos clericales tienen los

dientes envenenados por la política?

El mozo llevaba el pelo despeinado, caído sobre los ojos, e instintivamente lo echó hacia atrás. Se le vió entonces una herida en la frente.

—¿Qué has hecho? —preguntó don Camilo.

Intervino Gina, llena de rabia.

—Le han saltado encima todos los de su casa y lo han llenado de puñetazos en la cabeza y de silletazos en las espaldas por causa de una chismosa que fue a delatar que nos hacíamos señas. Son unos malditos bolcheviques: habría que excomulgarlos.

Mariolino tomó a la muchacha por un hombro y la empujó bajo una lámpara.

—Los míos son malditos bolcheviques —dijo con ironía—; en cambio, los tuyos son todos santos, llenos del temor de Dios. Mire aquí.

A la muchacha se le había caído el chal que le cubría la cabeza y le sombreaba el rostro, y así descubierta, se vio que tenía la cara llena de moretones y que parecía haber sido peinada por un gato hidrófobo.

—Hacía quince días que la tenían encerrada en su cuarto como en la cárcel y apenas han sabido que desde la ventana me hacía señas, la han golpeado como a un haz de cáñamo. Ustedes los Filotti son una gavilla de beatos hipócritas, falsos como Judas —gritó el mozo.

—Y ustedes los de la Quemada son unos delincuentes sacrílegos, unos criminales sin Dios y sin conciencia —replicó con vehemencia la muchacha.

—¡Vendrá Stalin a ajustarle las cuentas! —exclamó el joven.

—¡Vendrá la justicia y los pondrá a todos en presidio! —dijo la muchacha—. ¡No veo la hora en que nos casemos para sacarte los ojos!

—¡Y yo no veo la hora en que seas mi mujer para llenarte la cara de cachetadas! —rebatió el mozo.

Don Camilo se levantó.

—¡Si no acaban, los tomo a puntapiés a los dos! —dijo resuelto.

La muchacha se dejó caer en una silla, oculta la cara entre las manos y se echó a llorar.

—Era lo que me faltaba —dijo sollozando—; los de mi casa quieren pegarme, él quiere pegarme, el párroco quiere pegarme. Todos me quieren pegar. ¿Qué hice yo de malo para que todos estén contra mí?

El mozo le apoyó una mano en el hombro.

—No te hagas mala sangre —le dijo con voz afectuosa—, ¿yo no estoy en tus mismas condiciones? ¿He hecho algún mal?

—Tú no —gimió la muchacha—; tú eres la víctima de esos canallas de tu casa.

—¡Alto! —dijo don Camilo—. No volvamos a las andadas. Si han venido aquí para pelear pueden marcharse.

—Hemos venido a casarnos —dijo la muchacha.

—Si, a casarnos —agrego el mozo—. ¿Tiene alguna oposición que hacer? ¿Somos o no somos cristianos como los demás? ¿Somos o no somos mayores de edad? ¿Somos o no somos libres, o para casarse hace falta el permiso de la democracia cristiana?

Don Camilo abrió los brazos.

—No te calientes —contestó con calma—. Yo no he dicho que no quiero casarlos, yo los casaré como he casado a todos los que han venido aquí en regla. Todo se hará conforme a las leyes.

—¡Es que nosotros tenemos prisa! —exclamó la muchacha.

—Aquí estoy para servirlos: corrido el tiempo mínimo para las amonestaciones, ustedes se casarán. El joven se encogió de hombros.

—¡Las amonestaciones! ¡Si los nuestros saben que vamos a casarnos, esta vez nos matan! No, reverendo; es un caso de urgencia, es preciso que nos case enseguida.

Don Camilo habló con dulzura.

—Muchachos, el matrimonio no es una broma. Se hace en diez minutos, pero dura toda una vida. Es un acto grave, solemne, aunque sea celebrado con la mayor modestia y sencillez. Existen reglamentaciones que no se pueden derogar. Tengan paciencia: el matrimonio no es un sambayón en que basta cascar dos huevos, batirlos juntos y en diez minutos está listo.

Intervino el mozo.

—¿Y si un desgraciado está muriéndose y quiere casarse con una mujer, primero hay que hacer las amonestaciones y después esperar el tiempo prescripto? ¿El aliento para que corran los días prescriptos, se lo provee el obispado?

—Me presentas un caso especial —replicó don Camilo.

—Éste es un caso igual —explicó el muchacho—, porque en él está comprometido nuestro pellejo, usted lo sabe y por lo mismo puede perfectamente casarnos in articolum mortorum, como si estuviésemos en agonía.

Don Camilo abrió los brazos.

—Justo; ¡el articolum mortorum son cuarenta años entre los dos y una salud como para llegar a los ciento cincuenta cada uno! No nos precipitemos. Déjenme pensar. Déjenme ir a consultar con monseñor cómo hacemos, dado el caso presente, para ampararles la incolumidad.

—¡Es preciso que nos casemos enseguida! —afirmó con voz decidida la muchacha.

—¿Y por qué? ¿No es lo mismo aplazar unos días? Nadie se está muriendo.

—Eso lo que hay que ver —dijo el mozo.

—Nos hemos escapado de casa —agregó la muchacha—. Y no volveremos más. Pero no podemos irnos del pueblo si antes no nos hemos casado.

—Si antes no nos casamos no será posible —insistió el muchacho.

Don Camilo sintió escalofríos. Esa afirmación serena, precisa, segura, hecha con el tono de quien sabe que no se puede caminar sobre el agua o ver con las orejas, lo dejó sin aliento y contempló con admiración a los dos jóvenes.

—Tengan paciencia —dijo acongojado—, déjenme pensar hasta mañana. Les aseguro que arreglaré todo.

—Está bien —contestó el mozo—. Volveremos mañana.

Salieron los dos, y don Camilo, cuando quedó solo apretó los puños e hinchó el pecho.

—¡Los casaré a riesgo de hacer la revolución mundial! —exclamó.

Solo en su taller, Peppone estaba trabajando en el motor de un tractor cuando sintió chirriar la puerta. Alzó la vista y vió delante de si a Mariolino y a Gina.

Para Peppone verse delante un Filotti o una víbora cornuda era lo mismo: además con Gina Filotti tenía cuentas personales porque con su lengua sacrílega ella lo había desacreditado en toda la sección femenina.

—¿La has traído para hacerle rectificar el cerebro? —preguntó.

Peppone sabía perfectamente que los dos se entendían y conocía además la oposición de las familias, pero no había querido nunca hablar del asunto con Mariolino por cuanto el principio de Peppone era que «Un compañero, cuando ha servido al partido, después puede servir, si quiere, también a la reina del Perú. Basta que el compañero sea comunista del pescuezo para arriba».

—¿Has venido a hacerle rectificar el cerebro? —se limitó por tanto a preguntar.

—No lo necesito, señor «podestá» —contestó la muchacha.

Esto de llamarlo «podestá» en vez de alcalde, era otra de las bellaquerías de Gina, y Peppone por eso jamás la había tragado.

Se le acercó agresivo y le puso bajo la nariz un enorme dedo sucio.

—Usted —gritó— debe mirar cómo habla o le tuerzo el pescuezo como a una gallina.

—Sí, como a una de esas gallinas que usted y su escuadra nos robaron para festejar el primero, —le replicó impertérrita la muchacha—. Pero no se enoje: hemos comprendido perfectamente que ustedes lo hicieron por la democracia y que se trataba de gallinas fascistas.

La idea de la purga en el gallinero de los Filotti había sido una iniciativa personal del Flaco y se remontaba al año 1945. Por lo tanto, ese rescate anticipado de las gallinas, juntamente con otros actos, había entrado en la amnistía. Pero de vez en cuando en los momentos políticamente más delicados, la reacción local sacaba a relucir la desgraciada historia de las gallinas de los Filotti, y quien pagaba siempre los platos rotos era el pobre Flaco, que recibía la acostumbrada pateadura de Peppone.

Peppone se le acercó aun más y Mariolino estrechó contra sí a la muchacha para

defenderla. En ese momento Peppone vio la herida en la frente de Mariolino y los moretones en la cara de la muchacha.

—¿Ha sucedido algún accidente?

Mariolino refirió su caso y Peppone fue a rascarse la nuca junto al tractor.

—¡Maldito sea! —observó al fin—. No comprendo qué gusto encuentran en ser zurrados. Hay tantas mujeres y tantos hombres…

—También hay muchos partidos —lo interrumpió con dureza la muchacha—. ¿Por qué usted se ha obstinado justamente en ser de aquél que lo hace odiar por el noventa por ciento del pueblo?

—¡El noventa por ciento un cuerno, preciosa! Aquí el sesenta por ciento está con nosotros —afirmó Peppone.

—¡Veremos en las próximas elecciones! —replicó la muchacha.

Peppone abrevió el diálogo.

—De todos modos son cosas de ustedes y yo no entro ni quiero entrar en ellas. Soy el secretario del comité y no el secretario galante.

—Usted es el alcalde —dijo la muchacha.

—Es sabido, ¡y a mucha honra! ¿Y qué hay con eso?

—Hay que debe casarnos enseguida —exclamó la muchacha.

—¡Ustedes están locos de atar! Yo aquí soy un mecánico —dijo riendo Peppone, luego de un instante de perplejidad, metiendo la cabeza dentro de la caja del tractor y volviendo a martillar.

La muchacha se dirigió burlona a Mariolino.

—¿Así que —exclamó en voz alta— éste es el famoso Peppone, que no le tiene miedo a nadie?

Peppone sacó la cabeza de la caja.

—Aquí no se trata de tener o no miedo, sino de la ley, y yo no puedo casar en un taller. Además, ciertas formalidades no las recuerdo. Lo arreglaremos todo. Vengan mañana a la Municipalidad. No comprendo qué necesidad tienen de casarse a las diez y media de la noche. ¡Nunca he visto un amor tan urgente!

—No es cuestión de amor —explicó Mariolino—, sino de necesidad. Nos hemos escapado de casa y no volveremos; pero no podemos dejar el pueblo si no estamos casados. Cuando estemos a mano con la ley y con la conciencia, tomaremos el tren y adiós. Donde llegamos, llegamos, y siempre andaremos bien, pues se trata de empezar una cosa de la nada.

Peppone se rascó la cabeza.

—Comprendo —murmuró—. Todo esto es justo, pero es preciso esperar siquiera hasta mañana. Procuraré remediarlo. Por esta noche tú duermes aquí en el camión y ella puede ir a dormir en casa de mi madre.

—Yo no duermo fuera de casa si no estoy casada —dijo la muchacha.

—Nadie la obliga a dormir —contestó Peppone—. Puede quedarse despierta para recitar el rosario y rezar por la América. Sí, porque ahora, si no le sienta mal, la bomba atómica también la tenemos nosotros.

Sacó del bolsillo un diario y lo abrió. Mariolino tomó a la muchacha de un brazo.

—Gracias, jefe; volveremos mañana —dijo.

Y salieron dejando a Peppone con el diario en la mano.

—¡Vaya al infierno también la bomba atómica! —exclamó manoseando el diario y arrojándolo lejos.

Cien años antes, la crecida del río había roto el dique grande, y el agua había llegado hasta los Alamos, reconquistando en un minuto el pedazo de tierra que los hombres le habían robado durante tres siglos y quedándose en ella.

Entre el dique y los Alamos, en un bajo, estaba el viejo oratorio, una iglesita con un pequeño torreón, y el agua la había cubierto toda entera con el viejo sacristán adentro. Al cabo de unos meses alguien pensó en recuperar la campana que había quedado en el campanario sumergido, y se había zambullido en el agua arrastrando detrás de sí una larga cuerda provista de un gancho. Como tardaba en subir a la superficie, los que estaban en la orilla empezaron a tirar la soga, tira que te tira, nunca terminaba, como si hubiese sido echada en medio del océano. Finalmente salió el gancho, que no traía nada enganchado. Y en aquel preciso instante se oyó venir del fondo del río un apagado repique de campana.

La campana sumergida se oyó sonar algunos años más tarde la noche en que cierto Tolli se suicidó ahogándose en el río. Luego se la volvió a oír cuando la hija del hostelero del puente se arrojó al agua. Probablemente nadie oyó nunca nada, puesto que es imposible oír el repique de una campana sepultada en el agua, pero la leyenda quedó.

En los campos de la tierra baja las leyendas vienen con el agua: de vez en cuando la corriente trae un fantasma y lo lanza a la deriva.

Cuatrocientos años antes, durante otra crecida, uno de esos molinos flotantes que aun hoy se ven anclados en medio del río pintados a cuadros negros y blancos con la leyenda «Dios me salve» en el frente de la chocita de madera montada en dos barcas unidas, se hundió. Estaba a bordo el molinero cojo, un viejo maligno al que Dios se sirvió mandar al demonio. Pero quedó su fantasma vagando sobre las aguas, y en ciertos grises atardeceres de invierno el molino aparecía y anclaba delante de éste o de aquel pueblo y el molinero cojo descendía e iba por los campos a extraer uno por uno los granos de trigo sembrados, llenando bolsas y más bolsas. Luego molía el grano y echaba la harina al viento, formando una niebla que se podía cortar con el cuchillo y ese año la tierra no producía trigo.

Estupideces en las que nadie creía, pero en las que todos pensaban cuando en las

noches invernales se sentía rugir el viento y aullar un perro lejano.

La noche de los novios era justamente una de aquellas en que se recordaba al molinero cojo y la campana sumergida.

Hacia las once llamaron a la puerta de don Camilo y éste se tiró de la cama. Era uno de los Filotti.

—¡Gina ha desaparecido! —dijo agitado—. ¡El viejo lo necesita enseguida!

El birloche rodó por las calles oscuras y don Camilo halló a todos los Filotti reunidos en la gran cocina, comprendidos los niños, en camisa y con los ojos abiertos del tamaño de una moneda grande de cobre.

—Oímos golpear la ventana de la pieza de Gina. Antonio fue a ver qué pasaba y encontró el cuarto vacío —explicó Filotti—. Se ha escapado por la ventana; sobre la cómoda estaba esta carta.

Don Camilo leyó la hoja, que contenía pocas palabras: «*Nos vamos. O nos casamos en la iglesia como todos los cristianos o nos casaremos en el Oratorio Viejo, y entonces oirán tocar la campana*».

—No debe hacer más de una hora —exclamó el viejo—. A las nueve y cuarenta, cuando la mujer de Santiago le llevó una bujía, todavía estaba en su cuarto.

—En una hora se hacen bastantes cosas —gruñó don Camilo.

—Don Camilo, ¿usted no sabe nada?

—Y ¿qué puedo saber?

—Menos mal. Temía que aquellos desgraciados hubiesen ido a verlo y que usted se hubiera apiadado. ¡Que vayan al infierno, malditos sean! —gritó el viejo. Volvamos a la cama.

Don Camilo asestó un puñetazo de media tonelada sobre la mesa.

—¡A la cama un cuerno! —gritó—. Y al infierno irá usted, viejo reblandecido. ¡Es necesario encontrarlos!

Sobre el dique grande soplaba el viento con fuerza, pero allá en la faja de tierra entre el dique y el agua, el aire parecía quieto, como si se hubiese detenido entre las ramas desnudas de los aromos. El mozo y la muchacha caminaron en silencio y se pararon solamente cuando estuvieron en la orilla del río.

—El Oratorio Viejo está allá abajo —indicó Mariolino.

—Sentirán sonar la campana —murmuró la muchacha.

—¡Malditos sean todos! —rezongó el mozo.

—No hay que maldecir a nadie —suspiró la muchacha—. Cuando uno va a morir no debe maldecir. Malditos somos nosotros que nos quitamos la vida. Es un delito enorme.

—¡Mi vida es mía y yo hago de ella lo que quiero! —contestó el joven con aspereza.

—Quizás tengamos por testigos al viejo sacristán del Oratorio y al molinero cojo —suspiró la joven.

Una ola breve llegó a la playa y les mojó los pies.

—Es fría como la muerte —suspiró la muchacha estremeciéndose.

—Es cosa de un momento —dijo el mozo—. Nadaremos hasta lo hondo, luego nos abrazaremos fuerte y nos dejaremos resbalar hacia abajo.

—Oirán sonar la campana —susurró la muchacha— tan fuerte como nunca ha sonado, porque ahora somos dos que vamos al mismo tiempo a buscar al viejo campanero. Nos abrazaremos estrechamente y nadie podrá decir nada.

—La muerte une más que el cura y que el alcalde —dijo el mozo.

La muchacha no respondió. De noche el río atrae como el abismo. Millares de muchachas en todos los siglos se han encontrado a orillas de un río y de pronto han empezado a caminar lentamente hacia el agua y han seguido caminando lentamente hasta que las aguas las cubrieron.

—Caminaremos tomados de las manos —susurró la muchacha—. Cuando la tierra falte de pronto bajo nuestros pies, habremos llegado al hondón del Oratorio y entonces nos abrazaremos.

En efecto, se tomaron de las manos y comenzó marcha horrenda e inexorable.

Don Camilo, seguido por la tropa de los Filotti había salido del fundo y llegado al camino que conduce al río.

—En la cabina de la luz nos dividiremos: la mitad de esta parte del dique y la otra mitad de la otra. Luego unos se encaminarán río arriba y otros río abajo. Si aún no han llegado al agua, se lo impediremos.

Linternas eléctricas, bujías, candiles, lámparas de aceite y hasta los faroles de las bicicletas proyectaban las luces que guiaban en la búsqueda silenciosa.

Y he aquí que, andados cien metros, llegaron al punto donde en el camino principal desemboca una callejuela lateral, y casi toparon con otra tropa: los de la Quemada. Se comprende que todos, menos el viejo. Peppone, comandaba la banda, lo que no tenía nada de milagroso, pues don Camilo, antes de salir de su casa y subir a la calesa de los Filotti, habíale dicho a la vieja criada que corriese a contarle al alcalde lo que estaba ocurriendo para que él avisase a los bolcheviques de la Quemada.

Los dos cabecillas se enfrentaron y se miraron fieramente. Peppone se quitó el sombrero y saludó. Don Camilo respondió quitándose el sombrero y luego 1as dos tropas marcharon juntas. Con todas esas lucecitas en medio de la noche aquello parecía una escena de novela.

—Subimos y aquí nos dividimos —dijo, llegado al dique, el comandante supremo don Camilo.

—Sí, Duce —respondió Peppone. Y don Camilo lo miró con malos ojos.

Uno, dos, tres pasos: el agua llega ya a las rodillas de los jóvenes. Ya no está fría. Y la marcha horrenda continúa implacable, cuando de improviso parten voces de la orilla, ambos se vuelven y ven el dique lleno de luces.

—Nos buscan —dijo la muchacha.

—Si nos agarran nos matan —exclamó el mozo.

Diez pasos más y llegarían al talud del hondón. Pero ya el río y la muerte habían perdido su fascinación. Las luces y la gente volvían a unirlos violentamente con la vida.

De un salto regresaron a la orilla y subieron al terraplén. Más allá divisábanse los campos desiertos y los bosques.

Pero fueron vistos enseguida y comenzó la caza. Los dos corrían sobre el terraplén, y más abajo, a uno y otro lado, las dos tropas los perseguían encarnizadas.

Fueron sobrepasados y a un grito de Peppone, el cual marchaba jadeando como un rebaño de toros a la cabeza de la columna que procedía a lo largo del río, las dos escuadras se juntaron sobre el terraplén.

Cuando llegó don Camilo, que navegaba a todo vapor con la sotana alzada hasta el estómago, la maniobra de tenaza había terminado.

—¡Desgraciada! —gritó una mujer de los Filotti, avanzando hacia Gina.

—¡Sinvergüenza! —gritó una mujer de la Quemada, arrojándose amenazadora sobre Mariolino.

Los Filotti asieron a su muchacha, los otros su muchacho y levantáronse gritos iracundos de mujeres. Pero aparecieron Peppone y don Camilo, que traían en las manos, cada uno, una inquietante vara de roble.

—¡En nombre de Dios! —dijo don Camilo.

—¡En nombre de la ley! —gritó Peppone.

Todos callaron y el largo cortejo se ordenó y así marchó hacia las casas. Delante Julieta y Romeo, los novios. Detrás de ellos don Camilo y Peppone con sus garrotes de roble. Más atrás, y apareadas, las dos tropas silenciosas.

En cuanto descendieron del terraplén el cortejo tuvo que detenerse porque halló el camino bloqueado por el viejo Filotti, el cual, al ver a su nieta levantó sus puños al cielo. Naturalmente en ese instante llegó el viejo de la Quemada, el cual pretendía arrojarse sobre su nieto. Y de este modo se encontraron como por milagro uno junto al otro. Se miraron ferozmente aunque sumaban ciento sesenta y seis años, estaban llenos de encono como en la juventud.

Las dos tropas se abrieron silenciosas a cada lado del camino y todos levantaron las luces.

Los dos viejos se enfrentaron, apretaron los puños y empezaron a aporrearse, pero la animosidad era mayor que las fuerzas, y después de un asalto volvieron a mirarse

recelosos y a estudiarse apretando los puños. Aún más: Filotti tenía el valor de soplarse los nudillos como hacen los muchachos para dar fuerza al puño.

—Procede —dijo Don Camilo volviéndose a Peppone.

—No puedo, soy el alcalde. Además mi intervención tendría un significado político.

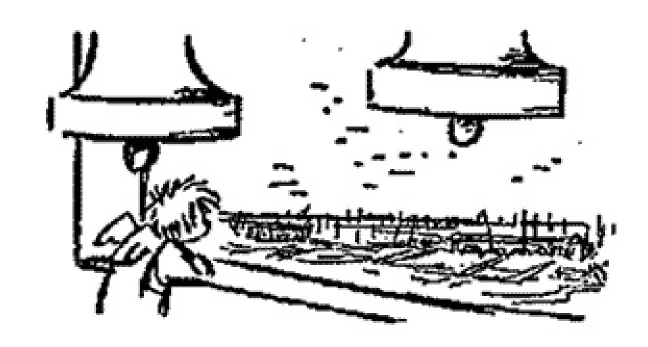
Entonces don Camilo se adelantó, apoyó delicadamente la mano derecha en la nuca de Filotti y la izquierda en la del otro, y luego, con un golpe seco y preciso, mandó la cabeza del uno a chocar con la del otro.

No se vieron chispas porque los huesos eran viejos, pero el ruido del topetazo se oyó lejos.

—Amén —dijo Peppone reiniciando la marcha.

Y así terminó esta historia como todas las historias. Pasaron los años y ahora en el alambrado que separa el fundo de la Torrecita del de la Quemada sigue viéndose el agujero famoso, que un niño pequeñito se divierte en atravesar de uno a otro lado. Y el viejo Filotti y el viejo de la Quemada finalmente están vecinos y no litigan; más aún: el sepulturero dice que nunca ha visto a dos muertos marchar tan de acuerdo.

El pintor



La Giselda era una mujer como de cuarenta años, una de esas mujeres que apenas tropiezan con un grupo de gente reunida en una plaza, ponen en tercera, bajan la cabeza y atropellan gritando: «¡Dale, dale!», «¡Fusílalo!», «¡Ahórcalo!», «¡Destrípalo!». Todo ello sin preocuparse mínimamente por saber si esa gente se ha juntado allí porque ha sido capturado un criminal o si está simplemente escuchando las bolas de algún vendedor de pomada para los zapatos.

Una de aquellas mujeres que en los desfiles marchan siempre a la cabeza del rebaño con muchos trapos rojos encima y cantando con voz enfurecida, y que, cuando hay un mitin con discurso de alguien de campanillas, de tanto en tanto chillan brincando: «¡Qué hermosura! ¡Qué divino!»

Y aunque le hablan a él solo, es tanto su furor amoroso que bastaría para satisfacer al Ejecutivo entero y la sección anexa de Agitación y Propaganda.

La Giselda era en el pueblo la revolución proletaria en persona y tan pronto como se enteraba de que en algún fundo se había producido un enredo chico o grande entre trabajadores y patronos, allá corría a «galvanizar las masas». Y si el fundo estaba lejos, se enhorquetaba en la bicicleta de carrera de su marido, y a quien en la carretera le gritaba de atrás cualquier dicharacho, le contestaba que solamente los puercos señores tienen ropa sucia que esconder, pero que el pueblo puede mostrar con la frente alta también el trasero.

En ocasión de la huelga de los braceros, la Giselda se agitó mucho, a pie, en bicicleta o en la camioneta de la escuadra de vigilancia. Fue así como, quince días después de concluida la agitación, alguien entre dos luces le puso una bolsa en la cabeza, la arrastró detrás de un cerco, le levantó el telón y le pintó de rojo las nalgas.

Luego la dejó ahí mismo con la bolsa encasquetada y se marchó riendo burlonamente.

La broma resultó pesada, pues aparte de que para lavar la afrenta la Giselda tuvo que permanecer sentada mucho tiempo en una palangana llena de bencina, Peppone vio en el hecho una sangrienta ofensa hecha a toda la masa proletaria. Se enfureció, realizó un mitin, vociferó palabras de fuego contra los ignotos delincuentes reaccionarios y proclamó una huelga general de protesta.

—¡Paro completo! —gritó al final—. Todo cerrado, todo bloqueado, hasta que la autoridad constituída no haya arrestado a los delincuentes.

El oficial y cuatro carabineros de la estación se pusieron en movimiento; pero pretender descubrir a la gente que de noche y en campo abierto embolsa la cabeza de una mujer y le pinta de rojo las nalgas, es como buscar una aguja en un carro de heno.

—Señor alcalde —dijo el oficial a Peppone, al dar por terminadas las investigaciones del primer día— tenga paciencia, no es el caso que usted persista en una huelga: la justicia funciona igualmente sin huelgas.

Peppone meneó la cabeza.

—Hasta que no haya atrapado a ese delincuente, aquí todo permanecerá parado. ¡Todo!

Al alba de la mañana siguiente se reanudaron las pesquisas. No habiendo podido ver la Giselda quién la había barnizado, pues la bolsa le cubría la cara, los únicos que podrían decir algo eran la misma bolsa y el trasero pintado. El oficial se agarró de la bolsa, la estudió con la lente centímetro por centímetro, la pesó, la midió, la olió, la pateó, pero las bolsas en general tienen muy poca elocuencia y ésa era la bolsa más anónima y taciturna del universo. El oficial mandó llamar al médico municipal.

—Vea usted un poco —dijo—; haga una visita a esa mujer.

—¿Y qué voy a descubrir? Fuera de que la región ofendida ha sido tratada con bencina, aquí no tenemos que vérnosla con los pintores habituales, que cuando han terminado un cuadro le ponen la firma.

—Doctor —repuso el oficial—, aquí no se debe razonar, pues si uno razona se echa a reír y ya no puede pensar. Pero aquí hay gente que no tiene el sentido de lo ridículo e inventa una tragedia que paraliza la vida entera de una comuna.

El médico fue a visitar a la Giselda y regresó al cabo de una hora.

—Tiene un poco de hiperacidez en el estómago y las amígdalas irritadas —explicó abriendo los brazos—. Si le interesa la presión, la he medido. Es cuanto puedo informarle.

Por la tarde volvieron los cuatro carabineros. Ni una huella, ni un indicio. Nada.

—¡Muy bien! —rió Peppone ferozmente cuando supo el resultado—. Desde mañana cerrarán también los panaderos. Se distribuirá la harina y que la gente se arregle fabricando el pan en su casa.

Don Camilo estaba gozando del fresco delante de la rectoral, sentado en el banco, cuando de pronto se le presentó Peppone.

—Reverendo —dijo sombrío y dictatorial—; llame al campanero y hágale subir a la torre con orden de parar el reloj. Aquí debe pararse todo, hasta el reloj. ¡Yo les haré ver a esos bellacos cómo se organiza una huelga general! ¡Paro completo!

Don Camilo sacudió la cabeza.

—Paro completo, empezando por el cerebro del alcalde.

—¡El cerebro del alcalde funciona perfectamente! —gritó Peppone.

Don Camilo encendió su medio toscano.

—Peppone —dijo dulcemente—, tú crees que tu cerebro funciona, y en cambio tu espíritu de faccioso lo ha cerrado y le impide advertirte que estás ahogándote miserablemente en el ridículo. Y esto me desagrada. Si te viese recibir en el lomo una carga de leña, Dios me perdone, no sentiría pena alguna, pero viéndote ridículo me inspiras piedad.

—¡Nada se me importa la opinión del clero! —gritó Peppone—. El reloj debe ser parado o lo paro yo a tiros.

Peppone tenía en la voz y en los gestos un furor desesperado y don Camilo se sintió conmovido.

—El campanero no está —dijo levantándose—. Subamos nosotros.

Treparon a la torre por las escaleritas y llegados a la celda del reloj, se detuvieron ante el mecanismo, que era de los antiguos, de gruesos engranajes.

—Basta meter allí esta estaquilla —explicó don Camilo señalando una rueda— y todo se para.

—Sí, sí, debe pararse —exclamó Peppone sudoroso.

Don Camilo se apoyó en el muro junto a una ventanita que daba sobre los campos.

—Peppone —le dijo—, un hombre simple tenía un hijo enfermo y todas las tardes al niño le subía la fiebre, y no había modo de hacérsela bajar: el termómetro marcaba siempre cerca de los cuarenta. Entonces el hombre simple, que a toda costa quería hacer algo por su hijo, tomó el termómetro y lo aplastó bajo los pies.

Peppone continuaba mirando el mecanismo del reloj.

—Peppone —siguió don Camilo—, tú quieres ahora parar el reloj, pero no me causas risa. Reirán los imbéciles, pero yo experimento por ti la misma pena que siento pensando en aquel padre que pisoteó el termómetro. Peppone, sé sincero: ¿por qué quieres parar el reloj?

Peppone no contestó.

Don Camilo le habló con voz grave.

—Tú quieres parar el reloj porque está en la torre y lo ves mil veces en el día. Dondequiera que vas el reloj de la torre te mira como los ojos del centinela desde la torrecilla de los campos de prisioneros. Si vuelves la cabeza en sentido opuesto es en vano porque sientes aquella mirada clavarse en tu nuca. Y si te encierras en casa y escondes la cabeza bajo la almohada, aquella mirada traspasa las paredes y los toques de las horas te alcanzan y te traen la voz del tiempo. Te traen la voz de tu conciencia. Si tienes miedo de Dios porque has pecado, es inútil esconder el crucifijo que está a la cabecera de tu cama: Dios queda y te hablará durante toda la vida con la voz de tu

remordimiento. Es inútil, Peppone, que pares el reloj de la torre: al tiempo no lo paras. El tiempo continúa, pasan las horas, pasan los días y cada instante es algo que robas.

Peppone alzó la cabeza e hinchó el pecho.

—¡Desínflate, globo lleno de humo! —gritó don Camilo—. Detén el reloj, si quieres, pero no podrás detener al tiempo. Languidecerán las mieses en los campos, las vacas morirán en los establos y el pan disminuirá de instante en instante en la mesa de los hombres. La guerra es la más horrenda de todas las infamias, pero si el malvado intenta invadir tu tierra y depredar tus bienes y tu libertad, tú debes defenderte. Hacer huelga quiere decir defender derechos sacrosantos, defender tu pan, tu libertad y el porvenir de tus hijos. En cambio, ahora eres tú el malvado que lleva a la guerra contra sus semejantes para defender su estúpido orgullo de hombre de partido. Es una «guerra de prestigio», el tipo de guerra más impío y maldito.

—La justicia…

—Existen leyes aceptadas por ti, que tutelan a los ciudadanos de pies a cabeza, por dentro y por fuera. No hace falta la intervención de un partido para proteger el trasero de una Pasionaria de trajín. Para la huelga en vez de parar el reloj.

Descendieron y cuando estuvieron abajo Peppone se plantó delante de don Camilo.

—Don Camilo —le dijo—, nosotros dos podemos hablarnos claro. Diga la verdad: ¿ha sido usted?

Don Camilo suspiró.

—No, Peppone. Soy un sacerdote y como tal no puedo llegar tan abajo. Cuando más, yo hubiera podido pintarle de rojo la cara, pero con sólo eso la cosa habría perdido su significado.

Peppone lo miró en los ojos.

—Yo —dijo don Camilo— me he limitado a ponerle la bolsa en la cabeza, maniatarla y arrastrarla detrás del cerco. Luego me retiré a mis quehaceres.

—¿Y detrás del cerco quién estaba?

Don Camilo se echó a reír.

Peppone habló gravemente.

—Cuando arriesgábamos la piel, yo me fiaba de usted y usted se fiaba de mí. Procedamos como entonces; el secreto quedará entre nosotros dos.

Don Camilo abrió los brazos.

—Peppone: una pobre criatura oprimida y vejada, una infeliz criatura que desde hace años sufre en silencio las penas del infierno, recurre a su párroco en demanda de ayuda. ¿Cómo no escuchar la lastimera súplica? Detrás del cerco estaba el marido de la Giselda.

Peppone pensó en el marido de la Giselda, en ese hombrecito magro y sufrido que

debía remendarse los pantalones, y hacerse la comida mientras su mujer andaba de un lado para otro «activizando a las masas», y se encogió de hombros. Luego pensó que el marido de Giselda era uno de los «blanca flor», y frunció el ceño.

—Don Camilo —dijo con voz dura—, ¿lo ha hecho como demócrata cristiano?

—No, Peppone, como marido; nada más que como marido.

Peppone se marchó a ordenar la vuelta al trabajo.

—¡Pero usted! —exclamó cuando estaba ya en la puerta de la torre, amenazando a don Camilo con el dedo.

—También lo hice para estimular la pintura —explicó don Camilo abriendo los brazos.

La fiesta



Peppone envió algo tarde el texto del manifiesto al viejo Barchini, el papelero-tipógrafo, quien empleó cinco horas en componerlo. Aunque estaba muerto de cansancio y se caía de sueño, encontró todavía fuerzas para ir hasta la rectoral con la primera prueba de imprenta.

—¿Qué es? —preguntó don Camilo, mirando con desconfianza la hoja que Barchini había extendido sobre la mesa.

—Cosa fina, dijo Barchini con picardía.

Lo primero que saltó a los ojos de don Camilo fue un *democraccia* con dos ces, que parecían tres de tantas que eran. Hizo notar que no necesitaba más de una.

—Bien —dijo satisfecho el viejo Barchini—. Apenas regreso la saco y la meto en la palabra sedición, de la penúltima línea, que he debido componer con dos eses porque me faltaron las ces.

—No vale la pena —barbotó don Camilo—. Deja tal como está; siempre es mejor dar incremento a la democracia y no andar pensando en la sedición.

Comenzó a leer atentamente el manifiesto; se trataba en definitiva del programa de la fiesta de la prensa del partido, con consideraciones anexas de carácter político-social.

—¿Qué significa aquí, en el número 6 esto?: *Competición ciclístico-artístico-patriótica por parejas mixtas con las ciudades de Italia ambisexualmente alegóricas*.

—¡Ah! —explicó Barchini—; se trata de una carrera de bicicletas en la que todo concurrente masculino llevará una muchacha sentada en el caño y cada muchacha figurará una ciudad italiana. Una representa a Milán, otra a Venecia, otra a Bolonia, otra a Roma, etcétera. Y cada ciclista irá vestido según el traje típico de la ciudad. Por ejemplo, aquel que lleva en el caño a Milán, viste el «overall» del obrero para significar la industria; el que lleva a Bolonia viste de campesino para significar la familia agrícola; el que lleva a Génova viste de marinero, y así los demás.

Don Camilo pidió otras aclaraciones.

—¿Y esto? Tiro al blanco político satírico popular.

—No lo sé, don Camilo. Es un kiosko que levantarán en la plaza a último momento. Dicen que eso será, después de la carrera de las ciudades, lo más

interesante del día.

Don Camilo había permanecido frío hasta ese momento, pero llegado a las últimas líneas del manifiesto, lanzó un grito:

—¡Pero no!

Barchini sonrió.

—Pues sí, don Camilo. Justamente es así. El domingo por la mañana Peppone y los otros dirigentes de la sección recorrerán las calles principales del pueblo pregonando el diario del partido.

—¡Es una broma! —exclamó don Camilo.

—¡Qué broma! Lo han hecho en todas las principales ciudades de Italia. Y como pregoneros se desempeñaron no solamente dirigentes de federaciones y directores de diarios, sino también diputados. ¿No ha leído?

Cuando se fue Barchini, don Camilo, después de haber caminado un buen rato por su habitación, fue a arrodillarse ante el Cristo del altar.

—Jesús —dijo—, haced venir pronto la mañana del domingo.

—¿Y para qué, don Camilo? ¿No te parece que el tiempo sea suficientemente rápido?

—Sí, pero hay ocasiones en que los minutos parecen horas.

Luego reflexionó un poco.

—Es cierto —agregó— que en otras circunstancias las horas parecen minutos y ésta es una compensación. Dejad, pues, que todo quede como está; esperaré el domingo por la vía normal.

El Cristo suspiró.

—¿Qué pensamiento perverso te pasea por el cerebro?

—¿Pensamientos perversos yo? Si la inocencia pudiera tener un rostro Humano, yo no tendría sino que mirarme en el espejo y decir: «He aquí la Inocencia».

—Quizá sería mejor que dijeses: «He aquí la Mentira».

Don Camilo se persignó y se levantó.

—No me miraré en el espejo —dijo marchándose precipitadamente.

Llegó por fin la mañana del domingo y después de la primera misa don Camilo vistió su mejor sotana, se lustró los zapatos, cepilló con cuidado el sombrero y haciendo un esfuerzo para no echar a correr, llegó despacito a la calle principal del pueblo.

Estaba repleta de gente y todos paseaban con indiferencia, pero se notaba que esperaban algo.

Y en un momento dado se oyó a lo lejos la gruesa voz de Peppone.

—¡El alcalde que vende los diarios! —exclamaron todos poseídos de súbita agitación. Y se apiñaron a lo largo de las aceras como si estuviese por pasar un

cortejo. Don Camilo se plantó en primera fila y sacó el pecho para parecer más alto aún.

Apareció Peppone con un gran fajo de diarios bajo el brazo y de tanto en tanto alguno de los suyos, diseminados a lo largo del recorrido, se separaba del gentío e iba a comprar un periódico. El resto del público estaba mudo porque Peppone vociferaba como un verdadero vendedor de diarios y esto daba ganas de reír, pero como miraba a diestra y siniestra con muy fea cara la gana de reír pasaba enseguida. El espectáculo, con aquel alarido que resonaba en el silencio, con esa gente inmóvil apretada contra las paredes y ese hombrote que caminaba solo en medio de la calle desierta, no era ridículo sino trágico.

Peppone pasó delante de don Camilo y don Camilo lo dejó pasar. Luego, repentinamente, se oyó el vozarrón de don Camilo como un cañonazo:

—¡Diariero!

Peppone volviose lentamente y fulminó a don Camilo con una mirada de Comintern. Pero don Camilo no se turbó. Avanzó tranquilo hacia Peppone, mientras hurgaba en el bolsillo para sacar el portamonedas.

—Por favor, el Observador Romano —dijo con indiferencia, aunque de tal modo que lo oyeran hasta fuera de la provincia.

Peppone, que tenía vuelta la cabeza, giró lo demás del cuerpo hacia don Camilo. No habló, pero en sus ojos se leía un discurso entero de Lenin. Entonces don Camilo pareció sobresaltarse y abrió los brazos sonriendo.

—Oh, discúlpeme, señor alcalde —exclamó—. Estaba distraído y lo había tomado por el vendedor de diarios. Comprendo, comprendo: deme, sí, un ejemplar de su diario.

Peppone apretó aún más los dientes y con lentitud entregó un ejemplar del diario a don Camilo que, puesta la hoja bajo el brazo se puso a hurgar en su billetera. Sacó un billete de cinco mil liras y se lo ofreció a Peppone. Éste miró el billete, luego volvió a mirar fijamente a don Camilo en los ojos e hinchó el pecho.

—Comprendo, comprendo —dijo don Camilo retirando la mano con el billete—. Es estúpido de mi parte pensar que usted pueda darme el vuelto.

Señaló el fajo de diarios que Peppone sostenía bajo el brazo y continuó.

—No debe tener muchas monedas sueltas. ¡Pobrecito! Veo que todavía no ha vendido ninguno.

Peppone no ejecutó el menor acto de violencia. Apretó entre las piernas el fajo de diarios, metió una mano en el bolsillo, sacó un grueso manojo de billetes y empezó a entregar a don Camilo el vuelto de las cinco mil liras.

—Si no le parece mal, es ya el cuarto paquete de diarios que vendo —silbó Peppone mientras seguía desembolsando los billetes.

Don Camilo sonrió complacido.

—Me causa satisfacción saberlo. Pero me bastan cuatro mil quinientas. Quédese con el resto. El honor de haber comprado un diario al señor alcalde vale mucho más de quinientas liras. Además, deme el gusto de ayudar a un diario que, no obstante sus nobles esfuerzos, no alcanza a tener suficiente difusión como para seguir viviendo…

Peppone sudaba.

—¡Cuatro mil novecientos ochenta y cinco! —gritó—. ¡Ni un céntimo menos, reverendo! ¡No tenemos necesidad de su dinero!

—Oh, lo sé, lo sé —dijo don Camilo con ambigüedad guardando el vuelto.

—¿Qué quiere decir? —aulló Peppone apretando los puños.

—Por el amor del cielo, no quiero decir nada. Abrió el diario mientras Peppone se recobraba.

—¡U-ni-dad! —silabeó don Camilo—. ¡Qué raro! Está escrito en italiano.

Peppone, después de mugir brevemente, se marchó volviendo a vocear con tal rabia que parecía la declaración de guerra a las potencias occidentales.

—Discúlpeme —le gritó don Camilo como confundido—. No se enoje. Creía de buena fe que estuviese escrito en ruso.

Por la tarde, cuando vinieron a avisarle que el discurso había concluido y que habían comenzado los festejos populares, don Camilo salió de su casa y fue a pasear sus anchas espaldas por la plaza. La carrera alegórica en bicicleta resultó un espectáculo verdaderamente de primera. Llegó en primer término Trieste, sentada en el caño de la bicicleta del Flaco. Y desde la mañana circulaba precisamente la historia de Trieste, pues durante la sesión del comité algunos habían dicho que no convenía poner en danza a Trieste, a causa del fondo político del asunto; pero Peppone se había desgañitado diciendo que un hermano suyo había muerto por libertar a Trieste y que no admitir a Trieste en la prueba era como decir que su hermano había sido un traidor del pueblo. Así que incluyeron a Trieste, la cual estaba representada por la compañera Carola, la novia del Taco, vestida de tricolor, con la alabarda sobre el apreciable pecho. El Flaco llevaba el uniforme de los soldados de infantería de la guerra del 15 al 18, un pequeño casco en la cabeza y el 91 en bandolera. Reventaba de calor, pero Peppone le había ordenado que llegase primero. «Debes hacerlo por mí y por mi hermano», le había dicho. De ahí que el Flaco llegase primero, aunque después fue necesario hacerle la respiración artificial porque estaba ahogado en sudor.

Don Camilo, viendo llegar a Trieste sobre el caño de la bicicleta de la infantería, parecía haberse vuelto loco de entusiasmo. Y se divirtió también con las carreras de embolsados y con el blanco a la olla, y cuando le dijeron que habían abierto el «Tiro al blanco político-satírico» se lanzó en medio de la multitud para llegar al kiosko. Alrededor de éste había un gentío que daba miedo, pero ello no preocupó a don Camilo, que, cuando se ponía en movimiento era como un «panzer». Debía de ser algo divertidísimo porque todos reían y vociferaban.

En definitiva se trataba de una cosa sencilla: debíase derribar a pelotazos grandes muñecos de madera, de un metro y medio de alto, perfiles pintados soberbiamente por un artista de la ciudad, y lo importante era que representaban a la perfección, en caricatura, a los principales representantes de los partidos del centro y de la derecha.

Y el muñeco más grande figuraba a don Camilo. Don Camilo se reconoció inmediatamente y era de veras cómico así representado. Entonces comprendió porqué la gente se reía tanto. No dijo nada; cerró las mandíbulas y se quedó mirando con los brazos cruzados. En eso se adelantó un mozo con aires de guapo, de pañuelo rojo al cuello; compró seis pelotas y empezó el tiro. Los perfiles eran seis y el último de la derecha era el de don Camilo. El mozo tiraba bien, con puntería, y a cada golpe caía un muñeco. Tras el primero cayó el segundo, luego el tercero, luego el cuarto. Pero a medida que los muñecos en pie disminuían, también disminuían los gritos de la gente. Así, cuando rodó el quinto muñeco había un silencio perfecto.

Tocábale ahora al muñeco de don Camilo.

El joven espió con el rabo del ojo a don Camilo en carne y hueso, que estaba a su lado, a un paso de distancia, después dejó la pelota sobre el parapeto y se marchó.

La gente empezó a rumorear y nadie se adelantaba. De pronto apareció Peppone.

—Dame —dijo.

El encargado del kiosko había enderezado ya todos los muñecos y colocado seis pelotas en el parapeto delante de Peppone. Éste empezó a tirar mientras la gente retrocedía.

Cayó el primer muñeco. Luego el segundo, luego el tercero. Peppone tiraba con ferocidad, con rabia. Cayó el cuarto muñeco, cayó el quinto. Quedaba en pie el de don Camilo.

Éste volvió la cabeza lentamente y encontró la mirada de Peppone. En pocos segundos se desarrolló entre las miradas un largo diálogo, y los ojos de don Camilo debían de tener una elocuencia extraordinaria porque Peppone se había vuelto terroso. Pero esto no significaba nada: en efecto, se arremangó, se plantó firme sobre las piernas, miró al muñeco, llevó el brazo lentamente hacia atrás y disparó el pelotazo.

Con un golpe semejante habría abatido no ya un muñeco de madera sino un buey, tanta era la rabia con que Peppone había lanzado la pesada pelota de trapo.

Ésta, por la violencia del tiro, rebotó después de pegar en el muñeco.

Pero el muñeco no cayó.

—Se ha trabado la charnela —explicó el mozo que atendía al juego, después de mirar detrás del muñeco.

—Las habituales intrigas del Vaticano —dijo riendo burlonamente Peppone, poniéndose el saco y marchándose, mientras la gente, como salida de una pesadilla, reía aliviada.

Don Camilo también se marchó. Ya anochecido, Peppone se le apareció en la casa parroquial.

—Tenga presente —explicó con hosquedad— que habiéndolo reflexionado, apenas usted se retiró hice quitar su muñeco para que la cosa no fuera interpretada como una ofensa a la religión. Yo lo combato como político. Lo demás no me interesa.

—Bueno —contestó don Camilo. Peppone se encaminó hacia la puerta.

—Cuanto al pelotazo que le he tirado, ahora en cierto sentido me disgusta. De todos modos, las cosas han ido bien.

—Sí —respondió don Camilo—, han ido bien. Porque si mi muñeco caía, también habrías caído tú. Tenía pronto un puñetazo como para matar a un elefante.

—Me di cuenta —murmuró Peppone—. De todos modos estaba en danza el prestigio del partido y he debido tirar. Por otra parte, usted esta mañana me jugó una mala pasada delante de la gente.

Don Camilo suspiró.

—También esto es verdad.

—Entonces estamos a mano —concluyó Peppone.

—Todavía no —murmuró don Camilo, alcanzándole algo a Peppone—. Devuélveme el billete de cinco mil que me cambiaste esta mañana y toma éste. El de esta mañana era falso.

Peppone se puso los puños en la cintura.

—¿Es o no un bribón usted? Poco era el pelotazo a su fantoche. ¡Bombas de dinamita tendría que arrojarle a la cabeza! ¿Cómo hago ahora que ya entregué todo el dinero al encargado de la Federación, que vino hoy con el orador?

Don Camilo volvió a meter el dinero en el bolsillo.

—¡Cuánto me disgusta! —suspiró—. No tendré paz hasta que muera, pensando que he perjudicado a tu partido.

Peppone se marchó para no comprometerse.

La vieja maestra



El monumento nacional del pueblo era la vieja maestra, una mujercita pequeña y flaca conocida de todos por cuanto había enseñado el abecé a los padres, a los hijos y a los hijos de los hijos. Ahora vivía sola en una casita un tanto alejada del poblado e iba tirando adelante con nada más que la pensión, porque cuando enviaba a comprar cincuenta gramos de manteca, o de carne o cualquier otro alimento, le cobraban por los cincuenta, pero siempre le daban doscientos o trescientos.

Con los huevos el piadoso engaño no resultaba porque, aunque una maestra tenga dos o tres mil años de edad y haya perdido la noción del peso, la vez que pide un par de huevos y le dan seis, se da cuenta. Resolvió el problema el médico un día que la encontró y viéndola muy desmejorada le ordenó que eliminara los huevos de su alimentación, pues por lo que le dijo no le sentaban.

La vieja maestra infundía respeto a todos y el mismo don Camilo procuraba pasar de largo, pues desde el día en que desgraciadamente su perro había saltado en el huerto de la señora Josefina y le había roto una maceta de geranios, todas las veces que la vieja encontraba a don Camilo lo amenazaba con el bastón y le gritaba que existe un Dios también para los curas bolcheviques.

No podía tragar a Peppone, quien, de niño, iba a la escuela con los bolsillos llenos de ranas, pajaritos y otras porquerías, y que una mañana llegó cabalgando en una vaca junto con aquel otro melón del Brusco, que le hacía de palafrenero. Poquísimas veces salía de su casa y no hablaba nunca con nadie, pues siempre había odiado la chismería, pero cuando le dijeron que Peppone había sido elegido alcalde y escribía manifiestos, entonces salió. Se dirigió a la plaza, se detuvo delante de un manifiesto pegado en el muro, se caló los anteojos y lo leyó de cabo a rabo ceñudamente. Luego abrió su bolso, sacó un lápiz rojo y azul, corrigió los errores y escribió al pie del manifiesto: ¡Asno!

Detrás de ella estaban los más poderosos «rojos» del pueblo, que miraban pensativos, cruzados de brazos y apretando las mandíbulas. Pero ninguno tuvo el valor de decir nada.

La leñera de la señora Josefina estaba en el huerto, detrás de la casa, y siempre la tenía bien provista, porque de noche no faltaba quien saltase el cerco y fuera a echar

en el montón dos o tres leños o un haz. Pero ese invierno fue crudo y la maestra tenía demasiados años sobre sus pequeñas espaldas encorvadas como para no salir vencida. Así, no se la vió más por ninguna parte, ni tampoco se daba ya cuenta de que cuando mandaba a comprar dos huevos le enviaban ocho. Y una noche, mientras Peppone estaba en la sesión del Consejo, alguien vino a decirle que la señora Josefina lo hacía llamar y que se diese prisa porque ella para morir no tenía tiempo de esperar que hiciese su comodidad.

Don Camilo había sido llamado antes y había corrido enseguida, sabiendo que se trataba de horas. Había encontrado una gran cama blanca y en ella una viejecita tan pequeña y tan flaca que parecía un niño. Pero no había perdido del todo los sentidos la vieja maestra y apenas vió la gruesa mole negra de don Camilo, soltó una risita.

—¿Le gustaría, eh, que ahora yo le confesara que he hecho un montón de indecencias? En cambio, nada de eso, querido señor párroco. Lo he llamado porque quiero morir con el alma limpia, sin rencores. Por lo tanto le perdono haberme roto la maceta de geranios.

—Y yo le perdono haberme llamado cura bolchevique —susurró don Camilo.

—Gracias, pero no era necesario —contestó la viejecita—. Pues lo que vale es la intención con que se obra, y yo lo llamé cura bolchevique como llamaba asno a Peppone, sin ánimo de ofender.

Don Camilo, con dulzura, empezó un largo discurso para hacer comprender a la señora Josefina que ése era el momento de despojarse de toda humana prosopopeya, hasta de la más pequeña, para tener la esperanza de ir al Paraíso…

—¿La esperanza? —lo interrumpió la señora Josefina—. ¡Yo tengo la seguridad de ir al Paraíso!

—Éste es un pecado de presunción —dijo don Camilo dulcemente—. Ningún mortal puede tener la seguridad de haber vivido siempre conforme a las leyes de Dios.

La señora Josefina sonrió.

—Ningún mortal, excepto la señora Josefina —respondió—. ¡Porque a la señora Josefina esta noche Jesucristo ha venido a decirle que irá al Paraíso! ¡Así, pues, la señora Josefina está segura, a menos que usted sepa más que Jesucristo!

Ante una fe tan formidable, tan precisa e inequívoca, don Camilo quedó sin aliento y se retiró en un ángulo a decir sus plegarias.

Después llegó Peppone.

—Te perdono lo de las ranas y demás inmundicias —dijo la vieja maestra—. Te conozco y sé que en el fondo no eres malo. Rogaré a Dios para que te perdone tus grandes delitos.

Peppone abrió los brazos.

—Señora —balbuceó—; yo no he cometido nunca un delito.

—¡No mientas! —replicó severamente la señora Josefina—. Tú y los demás bolcheviques de tu raza habéis echado al rey, desterrándolo en una isla lejana para dejarlo morir de hambre junto con sus hijitos. La maestra se echó a llorar, y Peppone, viendo llorar una viejecita tan pequeña, sintió deseos de ponerse a gritar.

—No es cierto —exclamó.

—Es cierto —repuso la maestra—, me lo ha dicho el señor Biletti, que oye la radio y lee los diarios.

—¡Mañana le rompo la cara a ese reaccionario inmundo! —mugió Peppone—. Don Camilo, ¡dígale usted que no es cierto!

Don Camilo se acercó.

—La han informado mal —explicó suavemente—. Son todas mentiras. Ni isla desierta ni muertos de hambre. Todas mentiras, se lo aseguro.

—Menos mal —suspiró la viejecita tranquilizada.

—Además —dijo Peppone—, no fuimos solamente nosotros los que lo echamos. Hubo la votación y resultó que los que no lo querían eran más que los que lo querían, y entonces se ha ido, pero nadie le ha dicho ni hecho nada. ¡Así funciona la democracia!

—¡Qué democracia! —dijo severamente la señora Josefina—. A los reyes no se los echa.

—Disculpe —dijo a su vez Peppone, turbado. ¿Qué podía contestar?

Luego la señora Josefina, algo más tranquila, habló.

—Tú eres el alcalde —dijo— y éste es mi testamento: la casa no es mía y mis pocos trapos debes darlos al que los necesite. Quédate con mis libros, que te hacen falta. Debes hacer muchos ejercicios de composición y estudiar los verbos.

—Sí, señora —respondió Peppone.

—Quiero un funeral sin música porque no es una cosa seria. Quiero un funeral sin coche fúnebre. Quiero que lleven el ataúd en hombros como se usaba en los tiempos civilizados, y sobre el ataúd quiero la bandera.

—Sí, señora —contestó Peppone.

—Mi bandera —prosiguió la señora Josefina—. La que está allí junto al armario. Mi bandera, con el escudo.

Y esto fue todo, porque después la señora Josefina susurró: «Dios te bendiga, aunque seas bolchevique, niño mío». Y cerró los ojos y no los reabrió más.

La mañana siguiente Peppone convocó en la Municipalidad a los representantes de todos los partidos, y cuando estuvieron presentes les dijo que la señora Josefina había muerto y que la comuna, para expresarles el reconocimiento del pueblo, le tributaría solemnes funerales.

—Esto lo digo como alcalde y como tal e intérprete de la voluntad popular los he llamado para que después no me reprochen haber procedido por mi sola cuenta. El

hecho es que la señora Josefina ha manifestado ser su última voluntad que se conduzca el ataúd en hombros y sobre el ataúd quiere la bandera con el escudo. Diga aquí cada cual su opinión. Los representantes de los partidos reaccionarios hagan el favor de quedarse callados, pues de todos modos sabemos muy bien que serían dichosísimos si además trajéramos la banda para tocar la así llamada marcha real.

Habló en primer término el representante del Partido de Acción; y hablaba bien porque era un diplomado.

—¡Por consideración a un solo difunto no podemos agraviar a los cien mil muertos con cuyo sacrificio el pueblo ha conquistado la república!

Y siguió por este estilo, argumentando con mucho calor y concluyendo que la señora Josefina había trabajado con la monarquía, pero por la patria, y por lo tanto nada era más justo que sobre el féretro fuese desplegada la bandera que hoy representa a la patria.

—¡Bien! —aprobó Begollini, el socialista, que era más marxista que Marx—. ¡Ha terminado la era de los sentimentalismos y de las nostalgias: si quería la bandera con el escudo debió morir antes!

—¡Bah, ésa es una estupidez! —exclamó el boticario, jefe de los republicanos históricos—. Se debe decir más bien que hoy la ostentación pública de dicho emblema en un funeral podría suscitar resentimientos que desnaturalizarían la ceremonia, convirtiéndola en una manifestación política y disminuyendo, si no destruyendo, su noble significado.

Tocóle el turno luego al representante de los demócratas cristianos.

—La voluntad de los muertos es sagrada —dijo con voz solemne—. Y la voluntad de la difunta es particularmente sagrada para nosotros, puesto que todos la amamos, la veneramos y contemplamos su actividad prodigiosa como un apostolado. Precisamente por esta veneración y este respeto a su memoria, somos del parecer que debe evitarse cualquier acto irrespetuoso, aunque mínimo, el cual, si bien enderezado a otro propósito, sonaría como una ofensa a la sagrada memoria de la extinta. Por eso, también nosotros nos asociamos a quienes desaconsejan el uso de la vieja bandera.

Peppone aprobó gravemente estas palabras con un movimiento de cabeza. Volvióse luego hacia don Camilo, que también había sido convocado. Y don Camilo estaba pálido.

—¿Qué opina el señor párroco?

—El señor párroco, antes de hablar espera escuchar el parecer del señor alcalde.

Peppone se compuso la garganta y habló.

—En mi condición de alcalde —dijo— les agradezco la colaboración y como alcalde apruebo la idea de evitar la bandera pedida por la difunta. Pero, como en este pueblo no gobierna el alcalde sino los comunistas, yo, como jefe de los comunistas digo que me importa un comino el parecer de ustedes y mañana la señora Josefina irá

al cementerio con la bandera que ella quiere porque yo respeto más a la finada que a todos ustedes vivos, ¡y si alguno tiene algo que objetar lo hago volar por la ventana! ¿Tiene el señor cura algo que decir?

—Cedo a la violencia —contestó don Camilo, sintiéndose volver a la gracia de Dios.

Y así el día siguiente la señora Josefina marchó al cementerio en su féretro, cargado por Peppone, el Brusco, el Pardo y Bólido. Los cuatro llevaban al cuello pañuelos rojos como el fuego, pero sobre el ataúd iba la bandera de la señora maestra.

Cosas que suceden allá, en ese pueblo extravagante donde el sol martillea en la cabeza de la gente y donde la gente razona más a palos que con el cerebro, pero donde por lo menos se respeta a los muertos.

Cinco más cinco



La situación se había puesto tirante por causa de la política, y si bien no había ocurrido nada de particular, cuando Peppone encontraba a don Camilo hacía una mueca de disgusto y volvía la cara hacia otro lado.

Más adelante, en un discurso dicho en la plaza, había hecho alusiones ofensivas a don Camilo, llamándolo «el cuervo del canciller».

Como don Camilo le retrucó en el mismo tono en el periódico de la parroquia, una noche descargaron en la puerta de su casa una carrada de estiércol, por lo que la mañana siguiente debió salir por la ventana utilizando una escalera. Sobre el montón de estiércol habían puesto un cartel: «Don Camilo, abónate la calabaza».

Y aquí comenzó una polémica periodística y mural tan encendida y violenta que difundía siempre más un desagradable olor de garrotazos. Y tras la última réplica de don Camilo en su periodiquito, la gente dijo: «Si los de Peppone no responden, ya se armó».

Y los de Peppone no respondieron; por el contrario se encerraron en un silencio inquietante como el minuto que precede al temporal.

Una noche don Camilo se hallaba en la iglesia, absorto en sus plegarias, cuando oyó rechinar la portezuela del campanario y no tuvo tiempo siquiera de ponerse en pie cuando ya Peppone estaba delante de él. Peppone tenía la cara sombría y llevaba una mano detrás. Parecía ebrio y el cabello le colgaba sobre la frente.

Con el rabo del ojo don Camilo miró un candelabro que estaba a su lado y calculando bien la distancia, se alzó saltando hacia atrás y se encontró blandiendo el pesado artefacto de bronce.

Peppone apretó las mandíbulas y miró en los ojos a don Camilo, que tenía todos los nervios en tensión, seguro de que apenas Peppone mostrase lo que escondía a su espalda, el candelabro habría partido como una saeta.

Peppone retiró lentamente la mano de la espalda y alargó a don Camilo un grueso paquete largo y estrecho.

Lleno de desconfianza, don Camilo no hizo señal de adelantar la mano, y entonces Peppone, colocando el paquete sobre la barandilla del altar, rasgó el papel azul y aparecieron cinco largos cirios, gruesos como rodrigones de viña.

—Está muriendo —explicó con voz profunda Peppone.

En ese momento don Camilo recordó que alguien le había dicho que el hijo de Peppone estaba enfermo desde hacia cuatro o cinco días, pero don Camilo no había prestado mayor atención creyendo que fuese cosa de poca importancia. Ahora comprendía el silencio de Peppone y la ausencia de su réplica.

—Está muriendo —dijo Peppone—. Enciéndalos enseguida.

Don Camilo trajo candelabros de la sacristía y después de introducir en ellos los cinco cirios, se dispuso a colocarlos ante el Cristo.

—No —dijo Peppone con rencor—, ése es uno de los de su pandilla; enciéndalos delante de aquella, que no se mete en política.

Al oír don Camilo llamar «aquella» a la Virgen, apretó los dientes y sintió un deseo loco de romperle la cabeza a Peppone. Pero se calló y fue a ordenar los cirios encendidos ante la estatua de la Virgen, en la capillita de la izquierda.

Luego volvióse hacia Peppone.

—¡Dígaselo! —ordenó Peppone con voz dura. Don Camilo se arrodilló y en voz baja dijo a la Virgen que esos cinco gruesos cirios se los ofrecía Peppone para que ayudase a su hijo que estaba muy enfermo.

Cuando se alzó, Peppone había desaparecido. Pasando delante del altar mayor don Camilo se persignó y trató de escurrirse, pero la voz del Cristo lo detuvo.

—¿Qué te pasa, don Camilo?

Don Camilo abrió los brazos humilladísimo.

—Me disgusta —dijo— que hayan blasfemado como lo hizo ese desgraciado. Yo no hallé fuerzas para decirle algo. ¿Cómo entrar en discusión con un hombre que ha perdido la cabeza porque se le muere el hijo?

—Has hecho muy bien —contestó el Cristo.

—La política es un maldito negocio —dijo don Camilo—. No debéis tomarlo a mal, no debéis ser severo con él.

—¿Y por qué habría de juzgarlo mal? —susurró el Cristo—. Honrando él a mi madre me llena el corazón de dulzura. Me duele un poco que la haya llamado «aquella».

Don Camilo sacudió la cabeza.

—Habéis entendido mal —protestó—. Él dijo: «Enciéndalos todos delante de la bienaventurada Virgen Santísima que está en aquella capillita». ¡Figuraos! Si hubiese tenido la osadía de decir cosa semejante, con hijos o sin hijos lo habría despedido a puntapiés.

—Me alegra que sea así —contestó sonriendo el Cristo—. Verdaderamente me place. Pero al referirse a mí, dijo «ese».

—No lo puedo negar —admitió don Camilo—. De todos modos estoy convencido de que lo dijo para afrentarme a mí y no a vos. Lo juraría, a tal punto estoy

convencido de ello.

Don Camilo salió y a los tres cuartos de hora volvió excitadísimo.

—¿Os lo había dicho? —gritó desenvolviendo un paquete sobre la barandilla—. Me ha traído cinco velas también para vos. ¿Qué me decís?

—Todo esto es muy hermoso —contestó sonriendo el Cristo.

—Son más pequeñitas que las otras —explicó don Camilo—, pero en estas cosas lo que cuenta es la intención. Y debéis tener presente además que Peppone no es rico y con los remedios y los médicos se ha endeudado hasta los ojos.

—Todo esto es muy hermoso —repitió el Cristo.

Rápidamente las cinco velas fueron encendidas y era tanto su fulgor que parecían cincuenta.

—Hasta se diría que despiden más luz que las otras —dijo don Camilo.

Y en verdad daban mucha más luz que las otras, porque eran cinco velas que don Camilo había corrido a comprar en el pueblo, sacando de la cama al almacenero y entregando solamente un anticipo, pues don Camilo era pobre de solemnidad. El Cristo sabía muy bien todo eso y no dijo nada; sin embargo, una lágrima rodó de sus ojos y regó con un hilo de plata la negra madera de la cruz. Y esto significaba que el hijo de Peppone se había salvado.

Y así fue.

El perro



La historia del perro fue un suceso que trastornó un poco todas las cabezas. Una noche se oyó venir de lejos, de la ribera del río, un lamento largo y profundo, y la gente, escalofriada, dijo: «¡Es él!»

Remontando el río contra la corriente, después del pueblo de don Camilo se extendían a lo largo del dique tres pequeñas aldeas: la Roca, Casaquemada y los Rastrojos, y cuando muchos meses antes se oyó decir que en los Rastrojos todas las noches un perro imitaba al lobo sin que nadie consiguiera verlo, se creyó que eran patrañas de borrachos. Cuando luego la historia navegó río abajo y se dijo que el perro aullaba de noche sobre el dique de Casaquemada, la patraña empezó a fastidiar. Más tarde se supo que el perro ponía miedo a los de la Roca, y, entonces todos creyeron, de modo que cuando se oyeron llegar del lado del dique los aullidos, la gente se incorporó en la cama y muchos sufrieron frío.

La noche siguiente ocurrió lo mismo y muchos se santiguaron, porque aquello más que el aullido de una bestia era un lamento humano.

La gente se acostaba con el corazón en la boca y no lograba tomar el sueño, aguardando el aullido, y como esto continuaba se decidió efectuar una batida. Por consiguiente, una mañana, veinte hombres tomaron sus escopetas, rastrearon el dique y sus vecindades, dispararon sus armas contra todas las matas que se movían, pero no encontraron nada. Por la noche recomenzó la historia.

La segunda batida fue igualmente inútil. No hicieron una tercera porque la gente con todo aquel misterio tenía miedo aun de día.

Corrieron las mujeres a rogar a don Camilo que fuera a bendecir el dique, pero don Camilo se negó. Cuando se trata de perros se va al mataperros y no al cura.

—También el Vaticano sabe lo que es miedo —dijo una flor de muchacha llamada Carola, que era la novia del Flaco.

Entonces don Camilo sacó una estaca del huerto y se puso en marcha seguido a distancia por las mujeres, que al llegar a cierto punto se detuvieron, mientras él seguía a lo largo del dique. Buscó a diestra y siniestra, sacudió garrotazos sobre todas las matas y al fin reapareció.

—No hay nada —dijo.

—Ya que estaba allí, pudo sacudirle también una bendición —dijo Carola—. ¡Le habría costado tan poco!

—Si no miras como hablas, te sacudo la bendición a ti y a toda la unión democrática femenina —le previno don Camilo—. Si les molesta el perro métanse algodón en los oídos y dormirán como duermo yo. La broma es que para poder dormir de noche se necesita tener la conciencia tranquila, y muchas de ustedes no la tienen. Mejor será que se hagan ver en la iglesia más a menudo.

Carola se puso a cantar Bandera Roja, que tuvo un final muy rápido porque don Camilo le arrojó el palo por detrás. Luego, durante la noche se oyó aullar el perro, y hasta don Camilo, que tenía, sin embargo, la conciencia limpia, no consiguió dormir.

El día siguiente encontró a Peppone.

—Me han dicho que ayer anduvo buscando al perro —dijo Peppone—. También he ido yo ahora y tampoco he visto nada.

—Si el perro aúlla de noche en el dique significa que el perro de noche está —masculló don Camilo.

—¿Y entonces?

—Y entonces quien verdaderamente quiere encontrarlo debe ir al dique de noche, cuando el perro está allí, y no de día, cuando el perro no está.

Peppone se encogió de hombros.

—¿Y quién va de noche? —preguntó—. Aquí todos tienen miedo como si se tratase del diablo.

—¿También tú? —inquirió don Camilo.

Peppone titubeó un poco.

—¿Y usted? —preguntó.

Caminaron en silencio uno al lado del otro. De pronto don Camilo se detuvo.

—Si encontrase a alguien dispuesto a acompañarme, yo iría —dijo.

—También yo —replicó Peppone—. Yo también voy si encuentro un compañero, pero es difícil dar con él.

—¡Ya! —admitió don Camilo, rehusándose descaradamente a advertir que si los dos buscaban un acompañante, el negocio quedaba arreglado automáticamente.

Hubo un momento de embarazo al cabo del cual Peppone abrió los brazos como resignado.

—Entonces nos veremos esta noche después de las nueve.

En efecto, después de las nueve se encontraron y marcharon cautelosamente entre las vides; si hubiera habido un amplificador el latido de sus corazones habría dado la idea de una ametralladora funcionando a toda velocidad. Llegados a un matorral bajo el terraplén se apostaron y aguardaron en silencio con las escopetas empuñadas.

Pasaron las horas. Se hizo un silencio de cementerio; la luna asomó la nariz por

entre las nubes e iluminó aquella soledad.

De pronto sonó el aullido largo y escalofriante, que paralizó el corazón de don Camilo y de Peppone. Venía del río, y ambos, cautelosamente, salieron del matorral y se asomaron al dique como a una trinchera. El lamento se repitió; no había duda: procedía de un cañaveral que se extendía en el agua unos veinte metros. Don Camilo y Peppone clavaron los ojos en el cañaveral que aparecía a contraluz de la luna y de pronto vieron distintamente una sombra que se movía. Le apuntaron las escopetas. No bien lanzó el aullido, sonaron dos tiros y el aullido se transformó en un chillido de dolor.

Entonces el miedo desapareció y ambos saltaron afuera.

Don Camilo se arremangó la sotana y se metió en el agua, seguido por Peppone. Llegados al cañaveral encontraron un perro negro herido, al que Peppone alumbró con su linterna. No era una bestia salvaje y le lamió la mano: en el acto a Peppone se le pasó la gana de despacharlo de un tiro en la cabeza.

—Le he pegado en una pierna —dijo a don Camilo.

—Por si acaso, le hemos pegado —especificó don Camilo.

Peppone agarró el perro del collar y lo sacó del agua. Bajo el perro había un saco que flotaba enzarzado en las cañas. Don Camilo lo desenredó y se vió que era de factura militar, de tela impermeable que el agua había endurecido como el hierro. Peppone se agachó y con una podadera cortó el alambre que cerraba la boca del saco, pero súbitamente se alzó en pie y, pálido, miró a don Camilo.

—Una historia como otras tantas —dijo don Camilo—. Alguno, quién sabe cuándo, despachó a un hombre, lo metió en un saco y lo arrojó al río. El muerto tenía un perro y el perro se echó al agua y ha seguido el saco, que la corriente llevaba río abajo. El saco se ha enzarzado una vez en algún cañaveral frente a los Rastrojos, después frente a Casaquemada. De día el perro se escondía o iba a buscar su alimento, y de noche volvía junto a su dueño. Quién sabe desde cuanto tiempo aúlla cada noche; pero sólo lo oían cuando el saco se detenía cerca de algún pueblo.

Peppone meneó la cabeza.

—Pero ¿por qué aullaba? —preguntó—. ¿Y por qué lo hacía solamente de noche?

—Quizás porque, para hacerse oír, la conciencia hasta puede tomar prestada la voz de un perro; y porque la voz de la conciencia se oye mejor de noche.

El perro había levantado la cabeza.

—¡Conciencia! —dijo en voz alta don Camilo. El perro contestó con un gañido.

Nunca se pudo saber quién era el desdichado encerrado en el saco, porque el tiempo y el agua habían destruído todo indicio. Después de haber navegado tanto, halló reposo en tierra sagrada. El perro también murió y don Camilo y Peppone lo enterraron tras haber cavado un hoyo profundo como el infierno, donde descansara en paz.

Pero en el pueblo y en los caseríos desparramados sobre el curso del agua aun existen personas que se despiertan en el corazón de la noche y de un salto se sientan en la cama, con la frente helada, porque oyen aullar el perro y lo oirán aullar durante toda la vida.

Otoño



El día 3 por la tarde apareció en la rectoral Barchini, el papelero-tipógrafo.

—Nadie hasta ahora —dijo Barchini—. Se ve que su intención es no hacer nada.

—Hay tiempo todavía —objetó don Camilo—. No son todavía las cuatro.

Barchini meneó la cabeza.

—Por más breve que sea el texto, necesito tres horas para componerlo. Después viene la corrección y luego la impresión. El imprimir en la prensa una hoja por vez es un tormento. Puede estar seguro, don Camilo. En todo caso le avisaré.

Por prudencia don Camilo esperó una hora más. Luego, no habiendo tenido nuevas noticias de Barchini, se echó encima el balandrán y se dirigió a la Municipalidad. El alcalde, naturalmente, no estaba, así que don Camilo se dirigió derecho al taller de Peppone, donde lo encontró atareado en rehacer un tornillo.

—Buenas tardes, señor alcalde.

—Aquí no hay ningún alcalde —contestó el otro de mal talante, sin levantar siquiera la vista de su trabajo—. El alcalde está en la Municipalidad. Aquí solamente se encuentra el ciudadano Giuseppe Bottazzi, el cual, mientras los otros andan paseando, se quiebra el lomo para ganarse el pan.

Don Camilo no se alteró.

Justo —repuso—. ¿Se podría entonces pedir un favor al ciudadano Giuseppe Bottazzi, a menos que haya llegado la orden del Comintern para que el compañero Peppone se comporte como un patán aun fuera del servicio? Peppone interrumpió su trabajo.

—Oigamos —refunfuñó receloso.

—Bien —explicó don Camilo cortésmente—. Necesitaría que el ciudadano Giuseppe Bottazzi fuera tan amable de decir al compañero Peppone que, cuando encuentre al señor alcalde, le ruegue enviar al párroco don Camilo un ejemplar del manifiesto que el municipio ha hecho imprimir en ocasión del 4 de noviembre[14], pues don Camilo querría fijarlo en la cartelera de su recreo infantil.

Peppone se puso a trabajar de nuevo.

—Dígale al señor párroco que en la cartelera de su recreo pegue la fotografía del

Papa.

—Ya está —informó don Camilo—. Ahora preciso un ejemplar del manifiesto destinado a celebrar el 4 de noviembre para leérselo mañana a los niños y explicarles el significado de la fecha.

Peppone rió burlonamente.

—¡Miren un poco! ¡El reverendo, que sabe latín y ha estudiado libros de historia de medio quintal, necesita justamente que el mecánico Peppone, que no cursó más que el tercer grado elemental, le suministre ideas para explicar el 4 de noviembre! Lo siento, pero esta vez le ha salido mal. Si usted ha creído poder divertirse junto con toda su clerigalla de saco haciendo el análisis lógico de mis errores gramaticales, se ha equivocado.

—Te equivocas —protestó con calma don Camilo—. No tengo ninguna intención de divertirme buscando errores gramaticales en el escrito del mecánico Peppone. Quiero simplemente aclararles a mis niños qué piensa la más alta autoridad del pueblo sobre el 4 de noviembre. Yo, párroco, hablando del 4 de noviembre, quiero estar de acuerdo contigo, alcalde. Y esto porque existen algunas cosas sobre las cuales todos debemos estar de acuerdo. Aquí no entra la política.

Peppone conocía perfectamente a don Camilo y se le plantó delante con los puños en las caderas.

—Don Camilo, démosle un corte a la poesía y vayamos al grano. Deje en paz el cuento del manifiesto en la cartelera y dígame qué quiere de mí.

—No quiero nada. Deseo saber si el manifiesto para el 4 de noviembre lo has hecho o no. Si no lo hiciste, aquí estoy yo para ayudarte a redactarlo.

—¡Gracias por el pensamiento tan gentil! ¡Pero el manifiesto no lo hice ni lo haré!

—¿Orden de Agitación y Propaganda?

—¡Orden de nadie! —gritó Peppone—. ¡Orden de mi conciencia, y basta! El pueblo está harto de guerras y de victorias. El pueblo sabe muy bien qué son las guerras sin necesidad de exaltarlas con discursos y proclamas.

Don Camilo meneó la cabeza.

—Has errado el camino, Peppone. No se trata aquí de exaltar una guerra, sino de rendir un homenaje de reconocimiento a aquellos que en esa guerra sufrieron y dejaron el pellejo.

—¡Valiente cosa! ¡Con la excusa de recordar a los muertos y los sufrimientos, se hace la sucia propaganda militarista, guerrera y monárquica! El heroísmo, el sacrificio, el que muere arrojando la muleta detrás del enemigo en fuga, las campanas de San Justo, Trento y Trieste, el Grappa, la conmemoración de Santa Gorizia, el Piave que murmuraba, el boletín de la victoria, los indefectibles destinos: todo eso huele a monarquía y a ejército real y sirve solamente para engreír a los jóvenes, hacer

propaganda de nacionalismo y concitar el odio contra el proletariado. Para esto aparecen Istria, la Dalmacia, Tito, Stalin, el Comintern, América, el Vaticano, Cristo, los enemigos de la religión, etcétera, hasta concluir en que el proletariado es el enemigo de la Patria y por lo tanto es necesario rehacer el imperio.

A medida que hablaba Peppone se iba acalorando y gesticulaba como si lo hiciese en un mitin. Cuando terminó, don Camilo dijo con calma:

—Bravo, Peppone: pareces un artículo completo de Unidad. De todos modos, contesta a mi pregunta: ¿No haces nada por la victoria?

—¡Por la victoria hice ya un montón de fajina y eso basta! Me sacaron del lado de mi madre cuando era todavía un muchacho, me metieron en una trinchera, me llenaron de piojos, de hambre y de suciedad. Luego me hicieron marchar de noche, bajo el agua, con una tonelada de cosas sobre el lomo; me empujaron al asalto mientras llovían las balas como granizo y me dijeron que me las arreglase cuando caí herido. He sido peón, enterrador, cocinero, artillero, enfermero, mulo, perro, lobo y hiena. Después me dieron un pañuelo con Italia estampada, un traje de algodón ordinario, un certificado de haber cumplido mi deber, y regresé a casa para ir a implorar trabajo de aquellos que se habían hecho millonarios a mi costa y a la de todos los otros desgraciados.

Peppone se interrumpió y levantó solemnemente el índice.

—He aquí mi proclama —concluyó—. Y si quiere usted terminarla con una frase histórica póngale en letras rojas que el compañero Peppone se avergüenza de haber combatido para enriquecer a estos puercos y que hoy se sentiría orgulloso si pudiera decir: «¡He sido un desertor!»

—Y entonces —observó don Camilo—, ¿por qué en el 43 fuiste a los montes?

—¿Y eso qué tiene que ver? —gritó Peppone—. Se trata de otra cosa. ¡No me ordenó Su Majestad que fuera! Fui por mi espontánea voluntad. Y sobre todo, ¡hay guerras y guerras!

—Entiendo —dijo don Camilo—. Para un italiano combatir contra adversarios políticos italianos es siempre más simpático.

—No diga zonceras, don Camilo —gritó Peppone—. Cuando estaba allá arriba no hacía política. ¡Defendía a la patria!

—¿Cómo? —exclamó don Camilo—. Me parece haberte oído hablar de la patria.

—Hay patria y patria —explicó Peppone—. La del 15 al 18 era una patria; la del 43 al 45 era otra.

La misa por el sufragio de los caídos en la guerra había llenado de gente la iglesia. No hubo discurso. Don Camilo dijo simplemente: «Al terminar la misa los niños del recreo irán a depositar una corona en el monumento». Así, al terminar la misa, todos se formaron en columna detrás de los niños y el cortejo silencioso desfiló por el pueblo hasta la plaza. Estaba desierta, pero al pie del pequeño monumento a los

caídos, alguien había depositado dos grandes coronas de flores, una de ellas con cinta tricolor y con esta leyenda: «La Municipalidad»; la otra, toda de claveles rojos, que llevaba escrito en la cinta: «El Pueblo».

—La ha traído «la escuadra» mientras usted estaba diciendo la misa —explicó despectivamente el dueño del café de la plaza—. Estaban todos, menos Peppone.

La corona de los niños fue colocada, y sin discurso la concurrencia se disolvió.

Volviendo a su casa don Camilo encontró a Peppone. Casi no lo reconoció porque garuaba y Peppone iba arrebujado en su gabán.

—He visto las coronas —dijo don Camilo.

—¿Qué Coronas? ¿Cuáles? —preguntó con indiferencia Peppone.

—Las del monumento. Lindas. Peppone se encogió de hombros.

—Ah, debe haber sido una idea de los muchachos. ¿Le disgusta?

—¡Figúrate!

Delante de la casa parroquial Peppone hizo ademán de marcharse, pero don Camilo lo retuvo.

—Ven a beber una copa. Puedes estar seguro de que no tiene veneno.

—Otra vez —dijo Peppone—. Quiero ir a casa. No me siento bien; ni siquiera he podido trabajar. Tengo frío y me corren escalofríos por todo el cuerpo.

—¿Escalofríos? La acostumbrada influenza de la estación. La única medicina es un vaso de vino. Además tengo unas magníficas tabletas de aspirina: entra. Peppone entró.

—Siéntate; voy a traer la botella —dijo don Camilo.

Cuando de allí a poco volvió con el vino y los vasos, halló a Peppone sentado, sin haberse quitado el gabán.

—Tengo un frío del demonio —explicó Peppone—, prefiero permanecer cubierto.

—Haz tu comodidad.

Sirvió a Peppone un vaso lleno y le dio dos pastillas blancas.

—Trágalas.

Peppone tragó la aspirina y bebió el vino. Don Camilo salió un momento y regresó con una brazada de leña, que echó en la chimenea.

—Un poco de fuego me hará bien también a mí —manifestó encendiendo la hoguera—. He meditado en tus palabras de ayer —dijo cuando la llama se levantó—. Desde tu punto de vista tienes razón. Para mí la guerra fue cosa muy diversa. Yo era un curita recién salido del seminario cuando me encontré metido en ella. Piojos, hambre, fajina, balas, sufrimientos iguales a los tuyos. Yo no iba a los asaltos, se entiende, pero iba a recoger a los heridos. Cierto que para mí la cosa era distinta: era mi oficio y este oficio lo había elegido yo. Para ti la cosa variaba: tu oficio no era el del soldado. Por fortuna, pues los que eligen el oficio de soldados son de veras toda mala gente.

—No siempre esto es cierto —murmuró Peppone—. También entre los oficiales efectivos hay gente buena. Y luego, hay que reconocerlo, serán unos presumidos que se pasean de monóculo, pero cuando hay que arriesgar el pellejo lo hacen sin tantas historias.

—Sea como sea —continuó don Camilo—, mientras que para mí quedarme bajo las balas a curar heridos y dar el óleo santo a los moribundos representaba mi oficio de cura, para ti aquello era solamente una joroba. El oficio del cura consiste en acaparar almas para enviarlas al Paraíso por la vía del Vaticano. Por eso, para un cura, hallarse en medio de una epidemia de cólera, en un terremoto o en una guerra, es una ganga. Para el que se gana la vida salvando almas, es la cucaña. Pero uno como tú, ¿qué tiene que salvar en una guerra? La piel.

Peppone hizo ademán de cambiar de sitio porque las llamas de la chimenea eran infernales y con las dos aspirinas en el cuerpo y encima el gabán, reventaba de calor.

—No, Peppone —dijo don Camilo—. Si te apartas arruinas el juego. La aspirina se toma para sudar; cuanto más sudes más pronto te curas. Más bien bebe otro vaso. El vino está fresco y te quitará la sed.

Peppone bebió dos vasos más y se secó el sudor.

—Así es la cosa —continuó don Camilo—. Yo entiendo perfectamente que quien se ve obligado a arriesgar la vida sin ningún objeto no desee sino escabullirse. En estas condiciones el que deserta no es un miedoso, es simplemente una criatura humana que sigue su instinto de conservación. Bebe, Peppone.

Peppone bebió. Chorreaba y parecía que estuviera por estallar de un momento a otro.

—Ahora puedes quitarte el gabán —aconsejó don Camilo—. Al salir te lo pones de nuevo y no sentirás el paso del calor al frío.

—No, no tengo calor.

—Yo soy uno que reflexiona —continuó don Camilo—. Has hecho muy bien en no publicar ningún manifiesto. Habrías contrariado tus principios. Yo ayer pensaba simple y egoístamente en mi caso. Para mí, en la guerra había un interés, un negocio. Figúrate que cierta vez, por el afán de salvar un alma y hacer mérito ante el Padre Eterno, sintiéndome llamar por uno que había sido tendido de un balazo entre nuestra trinchera y la austríaca, salté de la trinchera y fui a contarle las cosas acostumbradas que se dicen a los moribundos. El hombre murió en mis brazos y en ese momento recibí dos balas de refilón en la cabeza. Cosa de nada, pero se dice por decir.

—Conozco ese hecho —dijo hosco Peppone—. Lo leí en el diario militar que nos llevaban a la trinchera en vez de traernos algo de comer, ¡esos puercos! Si no me equivoco, también le dieron una medalla.

Don Camilo volvió la cabeza y miró un cuadrito colgado en la pared.

—La puse allí —dijo—. Andan de paseo demasiadas medallas.

—Usted tiene el derecho de llevarla —protestó Peppone, después de haber engullido otro vaso de vino—. El que no ha robado las medallas puede ostentarlas.

—No hablemos de esto, precisamente contigo que tienes otro concepto de la guerra. ¡Pero quítate el gabán!

Peppone semejaba el diluvio universal del sudor, pues no podía más del calor, pero era terco como un mulo y no se quitó el abrigo.

—En el fondo —continuó don Camilo—, tú, que desprecias todo lo que se relaciona con la retórica patriótica; tú, que tienes por máxima que tu patria es el mundo, estás más cerca de lo justo que los demás. Pues para ti un día como el de la Victoria representa una fecha nefasta, por cuanto el que vence en una guerra está más propenso a hacer otra que el que la pierde. ¿Es cierto que en Rusia dan medallas a los desertores y castigan a los que cumplen actos de valor en la guerra?

—¡Ufa! —gritó Peppone—. Ya sabía que había de hallar el modo de llevar esta conversación a la política. ¡Lo sabía!

Luego, de improviso, se calmó.

—Me muero de calor —suspiró.

—¡Pues quítate ese abrigo!

Peppone se quitó el gabán y entonces se vio que en la solapa del saco tenía prendida la medalla de plata ganada en la guerra de 1915 a 1918.

—Claro —dijo don Camilo, bajando del cuadrito su medalla de plata y prendiéndosela sobre la sotana—. Es una idea.

—Es hora —anunció la vieja sirvienta, asomándose.

—Podemos ir a comer un bocado —dijo don Camilo.

Comieron, bebieron un número considerable de botellas y al fin brindaron por no sé qué viejos carcamales, generales de la otra guerra. Luego, al llegar la noche, Peppone se puso el gabán y se encaminó a la puerta.

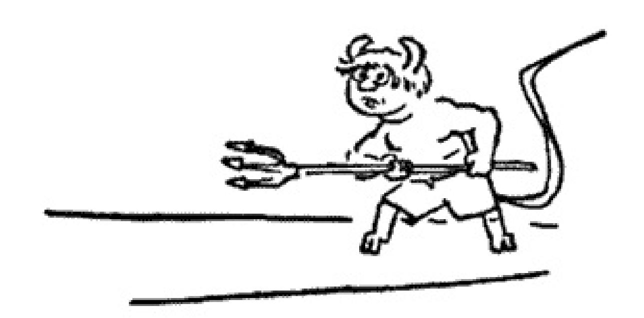
—Espero que no explotará bajamente este momento de debilidad.

—No —contestó don Camilo—. Pero el día en que deba ahorcarte, nadie me impedirá hacerlo con el debido respeto.

—Ya verá usted cuando venga la segunda ola —barbotó Peppone, sombrío, desapareciendo en la noche.

Sombras de muertos revolaban bajo la luz incierta de un cielo gris conmemorativo, y parecía un cuadro alegórico de Plinio Nomellini.

Miedo



Peppone, después de leer el diario llegado por el correo de la tarde, dijo al Flaco, que en un ángulo del taller aguardaba órdenes sentado en un tronco:

—Toma el camión y trae la escuadra dentro de una hora.

—¿Algo grave? —preguntó el Flaco.

—¡Vamos! —gritó Peppone.

El Flaco puso en movimiento el Dodge y partió. Al cabo de tres cuartos de hora estaba de regreso con los veinticinco hombres de la escuadra. Peppone se les unió y llegaron rápidamente a la Casa del Pueblo.

—Quédate de guardia junto al camión —ordenó Peppone al Flaco—. Si ves algo poco claro, avisa. Ubicados en la sala de sesiones, Peppone hizo una relación de hechos.

—Aquí —dijo, golpeando la manaza en la hoja, que ostentaba grandes títulos— las cosas han llegado a los extremos. La reacción se ha desencadenado; se dispara contra los compañeros; se arrojan bombas contra todas las sedes del partido.

Leyó en voz alta algunos párrafos del diario vespertino de Milán.

—¡Y noten que el que dice estas cosas no es un diario de nuestro partido, sino un periódico independiente! ¡Y no son cuentos, porque está escrito claramente bajo los títulos!

—¡Figurémonos! —rezongó el Brusco—. Si se han visto obligados a expresarse así también los diarios independientes, que toman siempre, los malditos, hacia la derecha y nos hacen oposición todas las veces que pueden, es de figurarse que en la realidad los hechos son más graves. No veo la hora de leer mañana la Unidad. El Pardo se encogió de hombros.

—Tal vez encuentres menos noticias —dijo—. En la Unidad hay compañeros muy listos, pero todos literatos, gente de cultura que hace mucha filosofía y tiende siempre a restar importancia a estas cosas para no excitar al pueblo.

—Gente instruida que se preocupa de no perder la línea y no salir de la legalidad —agregó Pielroja.

—¡Poetas, más que todo! —concluyó Peppone—. Pero es gente que cuando toma la pluma en la mano sabe repartir tales palizas que son capaces de acogotar hasta al

Padre Eterno.

Volvieron a hablar de la situación y fueron releídos y comentados los párrafos principales del periódico milanés.

—Aquí la revolución fascista está actuando —dijo Peppone—. De un momento a otro saldrán de nuevo las escuadras de acción, quemarán las cooperativas y las Casas del Pueblo y empezarán a apalear y a purgar a la gente. El diario habla de «sedes fascistas» y de «escuadristas»: no hay como equivocarse. Si se tratara de capitalismo, de monarquía o de cualquier otra cosa, hablarían de «reaccionarios», de «nostálgicos», etcétera. Aquí se habla redondamente de fascismo y de escuadras de acción. Y pensemos que es un diario independiente. Debemos estar listos para afrontar cualquier contingencia.

El Largo expresó que, a su parecer, antes que se movieran los otros, debían ponerse en movimiento ellos: conocía uno por uno a todos los reaccionarios y a los ex de la comuna.

—Los visitamos uno por uno, les damos una paliza y se acabó.

—¡Bah! —objetó el Brusco—. Me parece que de esa manera nos pondríamos inmediatamente en la posición falsa. El diario dice que es preciso contestar a las provocaciones y no provocar las provocaciones. Porque si provocamos, son ellos los que tienen derecho a contestar a las provocaciones.

Peppone aprobó.

—Si es necesario zurrar a alguno, debemos hacerlo con justicia y democracia.

La tarde había caído. En la ribera del río, en otoño, empieza a atardecer a las diez de la mañana y el aire toma el color del agua. Discutieron en calma durante otra media hora cuando de pronto se oyó un estallido que hizo temblar los vidrios.

Salieron y encontraron al Flaco tendido en el suelo, detrás del camión, como un muerto, con la cara bañada en sangre. Confiaron el cuerpo exánime del Flaco a la mujer del guardián y saltaron al camión.

—¡Vamos! —gritó Peppone mientras el Largo tomaba el volante.

Partieron echando chispas y cuando habían hecho dos o tres kilómetros, el Largo se volvió hacia Peppone para preguntarle:

—¿Adónde vamos?

—¡Eso! —barbotó Peppone—. ¿Adónde vamos? Pararon y consideraron la situación. Dieron marcha atrás y regresaron al pueblo, deteniéndose delante del comité demócrata cristiano. Encontraron una mesa, dos sillas y un retrato del Papa, y arrojaron todo por la ventana.

Luego subieron de nuevo al camión y enderezaron decididamente hacia La Huerta.

—No ha podido ser sino ese cobarde de Pizzi el que ha tirado la bomba que ha matado al Flaco —dijo Pielroja—. Ése nos odia a muerte desde cuando discutimos

con él en ocasión de la huelga de los braceros. «Nos volveremos a ver», dijo entonces.

Rodearon la casa, que estaba aislada. Entró Peppone. Pizzi estaba en la cocina revolviendo la polenta. La mujer preparaba la mesa, y el hijo, arrodillado delante del hogar, echaba leña al fuego.

Pizzi alzó la vista, vio a Peppone y comprendió enseguida que algo andaba mal.

Miró al pequeño que jugaba a sus pies.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—¡Han tirado una bomba delante del comité y han matado al Flaco! —gritó Peppone.

—Yo nada tengo que ver —contestó Pizzi.

La mujer se adelantó.

—Llévate al chico —dijo Pizzi a su mujer. Ésta se apartó con el muchacho.

—Dijiste que te la pagaríamos, cuando discutimos con motivo de la huelga general de los braceros. Eres un puerco reaccionario.

Peppone avanzó amenazador, pero Pizzi hizo un paso atrás y empuñando un revólver que estaba sobre la repisa del hogar, lo apuntó contra Peppone.

—Quieto, Peppone, o te fulmino.

En ese momento, alguien que estaba afuera en acecho, abrió la ventana, disparó un tiro de revólver y Pizzi cayó a tierra. Al caer se le escapó a su revólver un tiro que fue a perderse entre las cenizas del fogón. La mujer bajó los ojos sobre el cuerpo del marido y se llevó la mano a la boca. El muchacho se arrojó sobre el padre y empezó a llorar.

Subieron precipitadamente al camión y se alejaron en silencio. Antes de llegar al poblado pararon, bajaron y se dispersaron. Delante de la Casa del Pueblo había gente y Peppone encontró a don Camilo, que salía en ese momento.

—¿Murió? —preguntó Peppone.

—¡Se necesita algo más para matar a un perdido semejante! —dijo riendo don Camilo—. Linda figura han hecho ustedes quemando la mesa del comité demócrata cristiano. ¡Habrá para reírse!

Peppone lo miró hostilmente.

—¡Hay poco que reír, caro reverendo, cuando se tiran bombas!

Don Camilo lo miró con curiosidad.

—Peppone —le dijo—, las posibilidades son dos: o eres un pillo o un cretino.

Peppone, en cambio, no era ni lo uno ni lo otro. Simplemente: no sabía aún que no había estallado una bomba, sino la goma del Dodge, una que, después de reparada, había, sido puesta debajo del camión en la parte trasera. Un trozo de la goma había golpeado la cabeza del pobre Flaco. Peppone fue a mirar debajo del camión, vio la goma destripada y entonces recordó a Pizzi tendido en el piso de la cocina, a la mujer

que se había tapado la boca para no gritar, y al muchacho que gritaba.

Mientras tanto la gente se reía, pero a la hora dejó de reír cuando se esparció por el pueblo la voz de que Pizzi había sido herido.

Murió a la mañana siguiente, y cuando los carabineros fueron a interrogar a la mujer, ésta los miró con ojos desencajados.

—¿Ha visto usted a alguien?

—Yo estaba en la otra pieza; he sentido disparar un tiro y encontré a mi marido en el suelo. No vi nada más.

—Y el muchacho, ¿dónde estaba?

—Ya lo había acostado.

—Ahora, ¿dónde está?

—Lo mandé a casa de la abuela.

No se llegó a saber otra cosa. Al revólver le faltaba una bala y el proyectil que había muerto a Pizzi hiriéndolo en la sien era de igual calibre que la bala del arma que él empuñaba. Se convino en que tratábase de un suicidio.

Don Camilo leyó el sumario, leyó las declaraciones de los familiares, con la confirmación de que Pizzi desde hacía algún tiempo andaba preocupado por un negocio de semillas que habíale fracasado, así como que en muchas ocasiones había manifestado su voluntad de acabar de una vez. Luego fue a platicar con el Cristo.

—Jesús —dijo apesadumbrado—, éste es el primer muerto del pueblo al que no puedo hacer el oficio fúnebre, y es justo que así sea, pues quien se mata a sí mismo mata a una criatura de Dios y se condena. No tendría siquiera derecho a reposar en un camposanto si quisiéramos proceder severamente.

—Por cierto, don Camilo.

—Pero si se tolera que sea sepultado en un camposanto, deberá llegar solo, como un perro, pues quien renuncia a su humanidad se pone al nivel de los animales.

—Esto es doloroso, pero debe ser así.

La mañana siguiente (era domingo) don Camilo pronunció durante la misa un terrible discurso sobre el suicidio. Fue despiadado, tremendo, implacable.

—¡No me acercaría al cadáver de un suicida —terminó— ni aun cuando supiera que ese acto mío habría de devolverle la existencia!

El funeral de Pizzi tuvo lugar esa misma tarde. Él cajón fue cargado en un coche de tercera clase, sin adornos, que se puso en marcha bamboleándose. Detrás, en dos tartanas, iban la mujer, el hijo y dos hermanos de Pizzi. Cuando el cortejo fúnebre entró en el pueblo, la gente cerró las celosías y se puso a espiar por las rendijas.

De repente sucedió algo como para cortar el aliento: desembocó de improviso don Camilo con dos monaguillos y la cruz, y poniéndose delante de la carroza, echó a andar salmodiando.

Llegado al atrio, don Camilo hizo una señal a los dos hermanos de Pizzi, y éstos bajaron el féretro del coche y lo entraron en la iglesia. Allí, don Camilo celebró el Oficio de Difuntos y bendijo los despojos. Volvió después a colocarse delante de la carroza y a pie y salmodiando, atravesó todo el pueblo. Ni un alma se hizo ver.

En el cementerio, bajado el féretro en la fosa, don Camilo hinchó el pecho y gritó con voz de trueno:

—¡Dios premie tu vida honesta, Antonio Pizzi, hombre de bien!

Luego echó un puñado de tierra en la fosa, bendijo el ataúd, salió lentamente y atravesó el pueblo, despoblado por el miedo.

—Jesús —dijo don Camilo cuando estuvo de regreso—, ¿tenéis algo que reprocharme?

—Sí, don Camilo: cuando se acompaña al cementerio a un pobre difunto, no está bien llevar una pistola en el bolsillo.

—Comprendo, Jesús —dijo don Camilo—. Debí haberla llevado en la manga, más al alcance de la mano.

—No, don Camilo; estas herramientas se dejan en casa, aun cuando haya que acompañar los restos de uno que… ha sido suicidado.

—Jesús —dijo finalmente—, ¿queréis apostar que una comisión formada por mis más fieles chupacirios, escribirá indignada al obispo que he cometido un sacrilegio acompañando al cementerio a un suicida?

—No —respondió el Cristo—, no apuesto porque ya le están escribiendo.

—Con este acto me he atraído el odio de todos de aquellos que mataron a Pizzi, de aquellos que aun sabiendo, como saben todos aquí, que Pizzi ha sido asesinado, habrían hallado cómodo que nadie pusiera en duda el suicidio. De los mismos parientes de Pizzi, quienes bien desearían hacer creer no haber sospechado siquiera que él no se ha suicidado. Uno de los hermanos me preguntó: «Pero ¿no está prohibido llevar los suicidas a la iglesia?» De la mujer misma de Pizzi, que tiene miedo, no por ella sino por su hijo, y calla para defenderle la vida.

La portezuela de la entrada lateral chirrió, don Camilo dióse vuelta y vio llegar al hijo de Pizzi.

El muchacho se paró delante de don Camilo.

—Le estoy agradecido en nombre de mi padre —dijo con voz grave y dura de hombre maduro. Luego se marchó silencioso como una sombra.

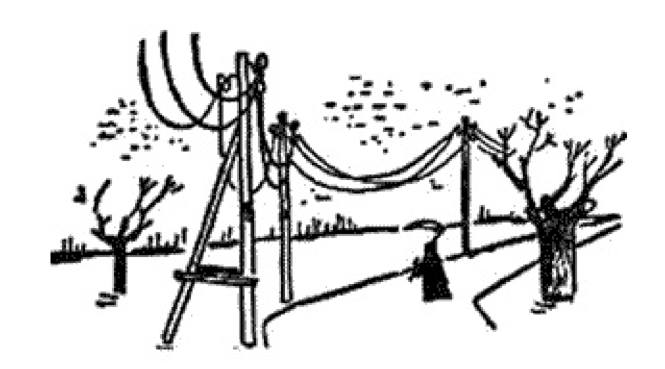
—He ahí —dijo el Cristo—, he ahí uno que no te aborrece.

—Pero su corazón está lleno de odio contra quien le mató al padre, y es una cadena maldita que nadie consigue romper. Ni vos, que os habéis dejado colgar en la cruz por culpa de estos condenados perros rabiosos.

—El mundo no ha acabado —dijo serenamente el Cristo—. El mundo apenas ha comenzado, y allá arriba, el tiempo se mide por millones de siglos. No debe perderse

la fe, don Camilo. Hay tiempo, hay tiempo.

Sigue el miedo



Después de la publicación de su pequeño periódico don Camilo se encontró solo.

—Me parece encontrarme en medio del desierto —confió al Cristo—. Y esta impresión no cambia tampoco cuando estoy rodeado de cien personas, porque ellos están allí, a medio metro de mí, pero entre ellos y yo hay un cristal de un metro de espesor. Oigo sus voces, pero como si vinieran de otro mundo.

—Es el miedo —replicó el Cristo—. Ellos tienen miedo de ti.

—¿De mí?

—De ti, don Camilo. Y te aborrecen. Vivían abrigados y tranquilos dentro del capullo de su vileza. Sabían la verdad, pero nadie podía obligarlos a saberla, porque nadie la había dicho públicamente. Tú has obrado y hablado de un modo tal que ahora ellos *deben* saber la verdad. Por eso te aborrecen y te tienen miedo. Tú ves a los hermanos que, como ovejas, obedecen las órdenes del tirano y les gritas: «¡Despierten de su letargo, miren a la gente libre, confronten su vida con la de los hombres libres!» No te lo agradecerán, y en cambio, te odiaran, y si pueden te matarán, porque tú los obligas a darse por notificados de aquello que ya sabían, pero que por amor de la vida tranquila simulaban no saber. Tienen ojos, pero no quieren ver. Tienen oídos, pero no quieren oír. Son viles, pero no quieren que nadie les eche en cara su vileza. Tú has hecho pública una injusticia y has puesto a la gente en este grave dilema: si callas, aceptas la superchería; si no la aceptas, debes hablar. ¡Era tan cómodo poder ignorar la superchería! ¿Te sorprende esto?

Don Camilo abrió los brazos.

—No —dijo—. Me sorprendería si no supiese que por haber querido decir la verdad a los hombres fuisteis colgado en la cruz. Simplemente: me duele.

A poco llegó un emisario del obispo.

—Don Camilo —explicó—, Monseñor ha leído su periódico y se ha enterado de las reacciones que ha suscitado en el pueblo. El primer número le ha gustado; pero le importa mucho que el segundo no publique la necrología del director. Provea usted.

—Esto es independiente de la voluntad de la dirección —contestó don Camilo—. Por lo tanto, Monseñor debería elevar este ruego, no a mí, sino a Dios.

—Eso es precisamente lo que está haciendo —dijo el enviado—, y le importa que usted lo sepa.

El jefe de los carabineros era un hombre listo. Por casualidad se encontró con don Camilo.

—He leído su periódico —dijo—. El dato de las huellas de los neumáticos en la era de Pizzi es muy interesante.

—¿No se había dado cuenta usted?

—No —contestó el oficial—. Tan no me di cuenta que apenas las vi, las hice llenar aquí y allá con un poco de yeso, y así, por casualidad, confrontando los calcos con las ruedas de varios autocarros del pueblo, he verificado que las huellas han sido dejadas por el Dodge del alcalde.

—Además, siempre por casualidad, he notado que Pizzi se ha disparado el tiro en la sien izquierda cuando tenía el revólver en la mano derecha; y hurgando entre las cenizas del fogón, he hallado la bala escapada del revólver de Pizzi cuando éste cayó herido por el tiro que le llegó a través de la ventana.

Don Camilo lo miró con enojo.

—¿Por qué no lo ha dicho usted?

—Lo dije a quien debía decírselo, reverendo, y me han contestado que si en ese momento hubiese arrestado al alcalde, el asunto habría adquirido inmediatamente carácter político. Cuando estas cosas vienen mezcladas con la política, encallan. Es necesario esperar la ocasión, y usted me la ha dado, don Camilo. No quiero descargar la responsabilidad sobre los demás; quiero solamente evitar el peligro de que las cosas encallen porque hay quien les da derivación política.

Don Camilo opinó que el oficial había hecho muy bien.

—Yo no puedo poner dos carabineros a guardarle las espaldas, don Camilo.

—¡Sería un negro desatino!

—Lo sé; pero si pudiese, le ofrecería un batallón entero —murmuró el oficial.

—No me hace falta: el cuidado de mis espaldas queda a cargo del Padre Eterno.

—Esperemos que ande más atento que con Pizzi —concluyó el oficial.

Las investigaciones prosiguieron al día siguiente, y fueron ferozmente interrogados varios propietarios y colonos. Y como entre éstos estaba también Verola, el cual protestaba indignado, el oficial le dijo con mucha calma:

—Señor mío, dado que Pizzi era apolítico y nada le fue robado, y dado que nuevos elementos hacen pensar, no ya en un suicidio sino en un homicidio, debe excluirse que se trate de un delito político o cometido con propósitos de robo. Por eso debemos orientar la pesquisa hacia aquellos que tenían relaciones de intereses o de amistad con Pizzi y que podían abrigar odio contra él.

La pesquisa continuó el mismo curso durante algunos días y la gente interrogada mostrábase indignadísima.

El Brusco andaba lleno de rabia, pero callaba.

—Peppone —dijo por fin—, ese maldito está jugando con nosotros como si fuéramos niños. Ya verás cuando haya interrogado a todos, también a la partera, dentro de quince días te visitará para pedirte sonriendo si no te disgusta que interrogue a uno de nosotros. Y no podrás decirle que no. Y ése lo interrogará, y se destapará la olla.

—¡Me haces reír! —gritó Peppone—. ¡Ni tampoco si me arranca las uñas!

—No te interrogará a ti, ni a mí, ni a aquellos que nosotros suponemos. Interrogará justamente al que disparó.

Peppone lanzó una risotada.

—¡No digas zonceras! ¡Si tampoco nosotros sabemos quién fue!

Así era en verdad. Nadie había visto quién de los veinticinco hombres de la escuadra había disparado. Caído Pizzi, habían saltado todos al camión y se habían separado sin decir palabra, y del hecho no se habló más.

Peppone miró al Brusco en los ojos.

—¿Quién habrá sido? —preguntó.

—¡Vaya uno a saberlo! A lo mejor fuiste tú.

—¿Yo? —gritó Peppone—. ¿Cómo lo haría si no llevaba armas?

—Has entrado solo en la casa de Pizzi. Nadie ha visto qué has hecho dentro.

—Pero han tirado desde la ventana. ¡Alguien sabrá quién estaba apostado allí!

—De noche todos los gatos son pardos y si alguno ha visto se cuidará de haber visto. Uno solo vio la cara del que disparó el arma. Y es el muchacho. Si no fuera así, la madre no habría dicho que estaba en la cama. Y si el muchacho lo sabe, lo sabe también don Camilo. Si no lo supiera con seguridad, no hubiese dicho ni hecho lo que dijo e hizo.

—¡Maldito sea quien lo ha traído aquí! —gritó Peppone.

Mientras tanto el cerco se estrechaba, y el oficial, todas las tardes iba disciplinadamente a informar al alcalde sobre la marcha de la pesquisa.

—No puedo decir más, señor alcalde —dijo una noche—; pero estamos en la pista. Parece que hay de por medio una mujer.

Peppone exclamó: «¡Pero no!», con un gran deseo de estrangularlo.

Era ya noche y don Camilo se hallaba atareado en la iglesia desierta. Había parado una escalerita en el último peldaño del altar. En un brazo de la cruz se había abierto una hendidura a lo largo de la veta de la madera, y don Camilo, después de haberla estucado, estaba pintando con un poco de barniz el yeso blanco. De pronto suspiró, y el Cristo le habló quedo:

—¿Qué tienes, don Camilo? Desde hace unos días me pareces fatigado. ¿Te sientes mal? ¿Acaso un poco de influenza?

—No, Jesús —confesó don Camilo sin alzar la cabeza—. Es miedo.

—¿Tú tienes miedo? ¿Y de qué?

—No lo sé: si supiese de qué tengo miedo, ya no tendría miedo. Hay algo que no anda, algo suspendido en el aire, ante lo cual me siento sin defensa. Veinte hombres que me acometan con la escopeta empuñada no me atemorizan; me fastidian porque son veinte y yo uno solo y sin escopeta. Si me encuentro en medio del mar y no sé nadar, pienso: dentro de un minuto me ahogaré como un pollito, cosa que me desagrada, pero no me da miedo. Cuando se puede razonar sobre un peligro, no se siente miedo. Este procede de los peligros, que se sienten, pero que no se conocen. Es como caminar con los ojos vendados por un camino desconocido.

Feo negocio.

—¿No tienes ya fe en tu Dios, don Camilo?

—*Da mihi animan, caetera tolle*. El alma es de Dios; los cuerpos, de la tierra. La fe es grande, pero éste es un miedo físico. Inmensa puede ser mi fe, mas si estoy diez días sin beber, siento sed. La fe consiste en soportar esta sed, aceptándola con corazón sereno, como prueba impuesta por Dios. Jesús: yo estoy dispuesto a soportar mil miedos como éste por amor a vos. Pero tengo miedo.

El Cristo sonrió.

—¿Me despreciáis?

—No, don Camilo. Si no tuvieras miedo, ¿qué mérito tendría tu valor?

En los pueblos ribereños el silencio llena de zozobra porque en él se siente la amenaza. Don Camilo pasaba con cuidado el pincelito sobre la madera de la cruz y veía la mano del Cristo traspasada por el clavo. De pronto, le pareció que la mano se animaba, y en ese instante un tiro retumbó en la iglesia.

Alguien había disparado desde la ventana de la capillita lateral.

Ladró un perro, después ladró otro perro. Se oyó lejana una breve ráfaga de ametrallador. Luego, todo volvió al silencio.

Don Camilo miró sobresaltado el rostro del Cristo.

—Jesús —dijo—, he sentido vuestra mano sobre mi frente.

—Tú desvarías, don Camilo.

Don Camilo bajó la vista y la fijó en la mano atravesada por el clavo. Sintió una especie de escalofrío y dejó escapar de entre los dedos el tarro y el pincelito.

La muñeca del Cristo había sido atravesada por la bala.

—Jesús —dijo jadeando—, me habéis rechazado la cabeza y recibisteis en el brazo la bala que me era dirigida.

—¡Don Camilo!

—¡La bala no se ha incrustado en la madera de la cruz! —gritó don Camilo—. Fijaos dónde está.

A la derecha y arriba, en la puerta opuesta a la ventanita, había un cuadro pequeño

que contenía un corazón de plata. La bala había roto el vidrio y se había alojado en el centro del corazón.

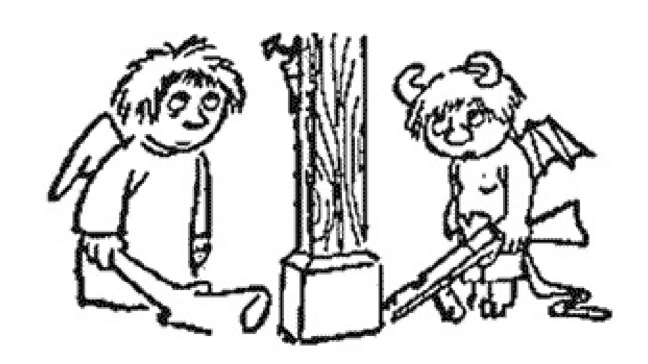
Don Camilo corrió a la sacristía a buscar una escalera larga y tendió un piolín entre el agujero que la bala había hecho en el vidrio de la ventanita y el agujero hecho en el corazón del cuadro. Y ese piolín pasaba a treinta centímetros del clavo hincado en la mano del Cristo.

—Aquí estaba mi cabeza —dijo don Camilo—. Vuestro brazo ha sido herido porque me habéis empujado la cabeza hacia atrás. ¡Ésta es la prueba!

—¡Cálmate, don Camilo!

Pero don Camilo ya no podía calmarse, y si no lo hubiese vencido una fiebre de elefante, sabe Dios qué cosas habría fantaseado. Y Dios, que lo sabía, le mandó tal fiebre que lo tumbó en cama como un trapo mojado.

Amarillo y rosa



La ventana a través de la cual habían disparado daba sobre un campito de propiedad de la iglesia; allí estaban el jefe de los carabineros y don Camilo estudiando el asunto detrás de la capillita.

—Aquí está la prueba —dijo el oficial indicando cuatro agujeros que resaltaban sobre el revoque claro, dos palmos debajo del antepecho de la ventanita famosa.

Sacó del bolsillo un cuchillito, hurgó en uno de los agujeros y al fin desprendió algo.

—Según mi parecer, la cosa es sencilla —replicó el oficial—. El tipo estaba apostado lejos y ha disparado una ráfaga de ametrallador contra la ventana iluminada. Cuatro balas han acabado aquí, en el muro, y una agujereó la ventana y entró.

Don Camilo meneó la cabeza.

—Le he dicho que era un tiro de pistola y disparado desde aquí. ¡No estoy todavía tan reblandecido como para no saber distinguir un tiro de pistola de una ráfaga de fusil ametrallador! Primero ha sido disparado el tiro de pistola, y desde aquí; después, de más lejos, la ráfaga del ametrallador.

—¡Entonces debiéramos encontrar el cartucho aquí cerca! —rebatió el oficial—. Y el cartucho no está.

Don Camilo se encogió de hombros.

—¡Haría falta el crítico musical de la Scala para saber distinguir si un tiro es disparado por una pistola de repetición o por un revólver de tambor! Si ése ha disparado con un revólver de tambor se ha llevado cartucho.

El oficial empezó a husmear por los alrededores y por fin encontró algo sobre el tronco de uno de los cerezos plantados a cinco o seis metros a un costado de la iglesia.

—Una de las balas ha cortado la corteza —dijo. La cosa es evidente.

Se rascó la cabeza, perplejo.

—Bueno —murmuró—, hagamos el policía científico. Tomó un palo y lo clavó en la tierra, rozando la pared, delante de uno de los agujeros del revoque; luego se echó a caminar por el campo, y de vez en cuando miraba el tronco del cerezo

alcanzado por la bala, pasando de la derecha a la izquierda, hasta que el tronco no cubría el palo clavado junto al muro. Sucedió que en cierto momento se encontró delante del cerco, detrás del cual había la zanja y un sendero.

Don Camilo lo alcanzó, y uno de un lado del cerco, uno del otro, comenzaron a explorar el suelo. Buscaron poco. Don Camilo, a los cinco minutos dijo; «Aquí está». Era un cartucho de ametrallador. Después encontraron los otros tres.

—Esto prueba cuanto dije —exclamó el oficial—. El tipo ha tirado desde aquí contra la ventana.

Don Camilo meneó la cabeza.

—Yo no entiendo de fusiles ametralladores, pero sé que en los otros fusiles las balas no hacen curvas. Vea usted mejor.

Llegó un carabinero, el cual avisó al oficial que en el pueblo todos estaban tranquilos.

—¡Mil gracias! —observó don Camilo—. ¡Como que no han disparado contra ellos! ¡Lo han hecho contra mí!

El oficial se hizo dar la tercerola por el carabinero, y, acostándose en el suelo, la apuntó contra el primer vidrio de la ventana de la capilla, hacia el punto donde recordaba que estaba más o menos el agujero de la bala.

—Si usted disparase, ¿dónde iría a dar el tiro? —preguntó don Camilo.

Era un cálculo para niños; partiendo de allí y debiendo pasar a través de la ventanita de la capilla, una bala, cuando más, habría llegado a dar en el primer confesionario a la derecha, a tres metros de la puerta de la iglesia.

—A menos que no fuera una bala amaestrada, ésa no podía pasar por el altar por más voluntad que pusiera —concluyó el oficial—. ¡Lo que significa, don Camilo, que cuando usted aparece mezclado en un asunto, resulta un lío como para arrancarse los pelos! ¿No le bastaba que le disparara uno solo? No, señor: quiere dos. Uno que le tira desde la ventana y otro que le tira desde un cerco distante ciento cincuenta metros.

—¡Bah! Yo estoy hecho así —respondió don Camilo—. ¡No me fijo en gastos!

Por la tarde Peppone reunió en el comité a todo el estado mayor y a los representantes de las fracciones de la comuna.

Peppone estaba sombrío.

—Compañeros —dijo—, un nuevo suceso ha venido a complicar la situación local. Un desconocido ha disparado esta noche contra el llamado párroco, y la reacción aprovecha este episodio para levantar cabeza y arrojar nuevo fango sobre el partido. La reacción, vil como siempre, no tiene el coraje de hablar claro; sin embargo, como hemos sabido, murmura en los rincones y nos atribuye la responsabilidad de este atentado.

El Largo levantó una mano y Peppone le hizo señas de que podía hablar.

—Ante todo —dijo el Largo—, podríamos decirle a la señora reacción que empiece por demostrarnos que se ha producido el atentado contra el cura. Porque, hasta este momento, solamente él lo dice. Y como no había testigos, puede haber sido muy bien el señor reverendo en persona el que disparó el tiro de revólver para poder luego escribir en su inmundo diario infamias contra nosotros. Empecemos por pedir las pruebas.

—¡Bien! —aprobó la asamblea—. El Largo tiene razón.

Peppone volvió a tomar la palabra.

—¡Un momento! Lo que dice el Largo es justo, pero no debemos excluir la posibilidad de que el hecho sea cierto. Conociendo además el carácter de don Camilo, no se puede decir honradamente que sea uno de aquellos tipos acostumbrados a los procedimientos ambiguos…

—Compañero Peppone —interrumpió Spocchia, el jefe de la célula de Molinillo—. ¡Recuerda que el cura es siempre cura! ¡A ti te embroman los sentimentalismos! Si me hubieras hecho caso, su inmundo diario no habría salido, y hoy el partido no habría sido perjudicado por las infames insinuaciones a propósito del suicidio de Pizzi. ¡No hay que tener piedad de los enemigos del pueblo! ¡El que tiene piedad de los enemigos del pueblo traiciona al pueblo!

Peppone dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡No tengo ninguna necesidad de tus lecciones de moral! —vociferó.

Spocchia no se impresionó.

—¡Mientras tanto, si en vez de oponerte nos hubieras dejado obrar cuando se podía —gritó—, ahora no tendríamos que habérnoslas con un montón de puercos reaccionarios! Yo…

Spocchia era un mozo flaco, de unos veinticinco años. El largo pelo lustroso lo llevaba echado hacia atrás, liso a ambos lados, ondulado en la parte superior de la cabeza y formando en la posterior una cresta de gallo, según la costumbre de los campesinos endomingados del Norte y de los guapos de los suburbios romanos. Tenía los ojos chicos y los labios delgados.

Peppone se le arrimó agresivo.

—¡Eres un cretino! —le dijo mirándolo a la cara.

El otro palideció, pero quedó callado.

Vuelto a la mesa, Peppone siguió hablando.

—Aprovechando un episodio que se basa en la sola afirmación de un cura —continuó— la reacción intenta nuevas especulaciones en daño del pueblo. Es preciso que los compañeros estén hoy decididos como nunca. A las innobles insinuaciones…

De repente le ocurrió una cosa extraña, que jamás le había sucedido. Peppone *se escuchó*. Le parecía que él, Peppone, estaba en el fondo de la sala escuchando lo que Peppone iba diciendo.

«*… la carne vendida, la reacción asalariada por los enemigos del proletariado, los agrarios explotadores*»…

A medida que Peppone escuchaba le parecía escuchar a otro.

«*… la camarilla sabanda… El clero falso… El gobierno oscurantista… América… La plutocracia*»…

«¿Qué quiere decir plutocracia? ¿Por qué ése habla de plutocracia si no sabe tampoco qué quiere decir?», pensaba Peppone. Miró en torno de sí y vio caras que casi no reconocía. Ojos ambiguos, y los más ambiguos los del joven Spocchia. Pensó en el Brusco, el fidelísimo, y buscó su mirada, pero el Brusco estaba en el fondo con los brazos cruzados y la frente baja.

«*… pero sepan nuestros enemigos que el espíritu de la Resistencia no se ha debilitado en nosotros… Las armas que empuñamos un día para defender la libertad*»…

Ahora Peppone oyó que estaba gritando como un loco. Pero el aplauso lo hizo recobrarse.

—Así va bien —le susurró Spocchia mientras salían—. Ya sabes, Peppone: basta un silbido y empezamos. Los muchachos están prontos. De aquí a una hora, si es preciso.

—¡Bravo, bravo! —respondió Peppone golpeándole el hombro con la mano. Pero de buena gana le habría triturado la cabeza. Vaya uno a averiguar por qué.

Quedaron solos él y el Brusco, y durante un rato callaron.

—¿Y entonces? —gritó súbitamente Peppone—. ¿Te has vuelto zonzo? ¿No me dices siquiera si he hablado bien o no?

—Has hablado muy bien —respondió el Brusco—. Muy bien. Mejor que todas las otras veces.

Después, entre los dos cayó de nuevo la cortina del silencio.

Peppone hacía cuentas en un libro: de repente aferró un pisapapeles de cristal, lo arrojó con violencia al suelo y gritó con rabia una larga blasfemia, complicada, exasperada.

El Brusco lo miró.

—¡Una mancha de tinta! —replicó Peppone, cerrando el libro.

—Las plumas de siempre de ese ladrón de Barchini —observó el Brusco, cuidándose bien de hacer notar a Peppone que, como estaba escribiendo a lápiz, la historia de la mancha de tinta no cuadraba.

Salieron ya de noche; llegados a la esquina pareció como que Peppone hubiera querido decirle algo al Brusco. Pero abrevió.

—Entonces nos vemos mañana.

—Mañana, jefe. Buenas noches.

—Adiós, Brusco.

Se avecinaba Navidad y ya era menester sacar de la caja las estatuitas del pesebre, limpiarlas, retocarlas con el pincel, reparar las machucaduras. Era ya tarde, pero don Camilo estaba todavía trabajando en su casa. Oyó golpear a la ventana, y cuando vio que era Peppone fue a abrir.

Peppone se sentó mientras don Camilo volvía a su quehacer. Ambos callaron un largo rato.

—¡Viejo Dios! —exclamó de pronto Peppone rabiosamente.

—¿No se te ocurrió otro sitio que la casa parroquial para blasfemar? —preguntó don Camilo sin alterarse—. ¿No podías hacerlo mientras estabas en el comité?

—¡Ya ni blasfemar se puede en el comité! —mascullló Peppone—. Porque también si uno blasfema debe dar explicaciones.

Don Camilo se aplicó a la barba de San José.

—¡En este cochino mundo un hombre de bien ya no puede vivir! —exclamó Peppone al rato.

—¿Y qué te importa? —preguntó don Camilo—. ¿Te has vuelto acaso un hombre de bien?

—Siempre lo he sido.

—¡Ah, qué cosa! Nunca me lo habría imaginado.

Don Camilo siguió retocando la barba de San José. Después pasó a retocarle el vestido.

—¿Le falta todavía mucho? —se informó Peppone con enojo.

—Si me das una mano, acabamos pronto.

Peppone era mecánico y tenía las manos grandes como palas y dedos enormes que se doblaban con esfuerzo. Pero cuando alguien tenía que arreglar un cronómetro, érale preciso acudir a Peppone. Porque así son las cosas, y justamente los hombrachones están hechos para las tareas minúsculas. Fileteaba la carrocería de los automóviles y los rayos de las ruedas de los carros como uno del oficio.

—¡Es lo que faltaba! ¡Que ahora me meta a pintar santos! —refunfuñó—. ¡No me habrá confundido con el sacristán, supongo!

Don Camilo pescó en el fondo de la caja y sacó una cosita de color rosa, grande como un gorrión, y era precisamente el Niño Jesús.

Peppone se encontró en la mano la estatuita, sin saber cómo, y entonces tomó un pincelito y empezó a trabajar con esmero. Él de un lado de la mesa y don Camilo del otro, sin poder verse las caras, porque había entre ellos el resplandor del candil.

—Es un mundo cochino —dijo Peppone—. Uno no puede confiar en nadie si quiere decir algo. No me fío tampoco de mí mismo.

Don Camilo estaba muy absorbido en su trabajo: había que rehacer todo el rostro de la Virgen. Cosa fina.

—¿Y en mí, tienes confianza? —preguntó don Camilo con indiferencia.

—No lo sé.

—Haz la prueba de decirme algo y así lo sabes. Peppone acabó los ojos del Niño: la cosa más difícil. Después repasó el rojo de los pequeños labios.

—Quisiera plantar todo —dijo—. Pero no se puede.

—¿Quién te lo impide?

—¿Impedírmelo? Agarro una tranca de hierro y mato a un regimiento.

—¿Tienes miedo?

—¡Nunca tuve miedo en la vida!

—Yo sí, Peppone. Algunas veces tengo miedo.

Peppone mojó el pincel.

—Bueno, alguna vez también yo —dijo. Se le oyó apenas.

Don Camilo suspiró.

—La bala me pasó a cuatro dedos de la frente —contó don Camilo—. Si no hubiera echado hacia atrás la cabeza, precisamente en ese instante, quedaba seco. Ha sido un milagro.

Peppone había concluido el rostro del Niño y estaba repasando el color rosa del cuerpo.

—Siento haberle errado —masculló Peppone—. Pero estaba demasiado lejos y había de por medio los cerezos.

Don Camilo paró de pintar.

—Desde hacía tres noches —explicó Peppone— el Brusco daba vueltas alrededor de la casa de Pizzi para impedir que el otro matase al muchacho. El muchacho debe haber visto al que disparó desde la ventana contra su padre, y el otro lo sabe. Yo, mientras tanto, daba vueltas alrededor de su casa. Porque yo estaba seguro de que el otro sabía que también usted conoce al matador de Pizzi.

—¿Quién, el otro?

—No lo conozco —respondió Peppone—. Lo he visto de lejos acercarse a la ventana de la capillita. Pero no podía tirarle antes de que hiciese algo. Apenas disparó, disparé también yo. Le erré.

—Agradezcamos al Señor —dijo don Camilo—. Sé cómo tiras, y entonces puedo decir que los milagros han sido dos.

—¿Quién será? Sólo usted lo sabe y el muchacho.

Don Camilo habló lentamente:

—Sí, Peppone, lo sé; pero no hay cosa en el mundo que pueda hacerme violar el secreto de la confesión.

Peppone suspiró y siguió pintando.

—Hay algo que no marcha —dijo parece que todos ahora me miran con ojos distintos. Todos, también el Brusco.

—Al Brusco le parecerá lo mismo, y a los demás también —respondió don Camilo—. Cada cual tiene miedo del otro, y cuando habla parece que cada cual se sintiera siempre obligado a defenderse.

—Y eso, ¿por qué?

—No hagamos política, Peppone. Peppone suspiró de nuevo.

—Me siento como en la Cárcel —dijo sombríamente.

—Siempre hay una puerta para escapar de cualquier cárcel de esta tierra —sentenció don Camilo—. Las prisiones son solamente para el cuerpo. Y el cuerpo cuenta poco.

Ya el Niño estaba concluído, y así, frescamente pintado, rosa y claro, parecía resplandecer en medio de la enorme mano oscura de Peppone.

Peppone lo miró y tuvo la impresión de sentir en la palma la tibieza del cuerpecito. Y se olvidó de la cárcel.

Depositó con delicadeza al Niño rosado sobre la mesa y don Camilo lo puso al lado de la Virgen.

—Mi hijo está aprendiendo el villancico de Navidad —anunció con orgullo Peppone—. Oigo todas las noches a la madre hacérselo repetir antes de que se duerma. Es un fenómeno.

—Lo sé —admitió don Camilo—. También la poesía para el obispo la había aprendido maravillosamente.

Peppone se crispó.

—¡Ésa fue una de sus mayores bribonadas! —exclamó—. Ésa, usted me la paga.

—Para pagar y para morir siempre hay tiempo. Después, junto a la Virgen inclinada sobre el Niño, puso la estatuita del asnillo.

—Éste es el hijo de Peppone, ésta la mujer de Peppone y éste es Peppone —dijo don Camilo, tocando por último al asno.

—¡Y éste es don Camilo! —exclamó Peppone, tomando la estatuita del buey y poniéndola en el grupo.

—¡Bah! Entre animales siempre nos entendemos —concluyó don Camilo.

Saliendo, Peppone volvió a hallarse en la noche oscura del valle del Po, pero ahora estaba tranquilo porque aun sentía en la palma de la mano la tibieza del Niño rosado.

Luego oyó resonarse en los oídos las palabras del villancico, que ya sabía de memoria.

«Cuando, la noche de la víspera, me lo diga, será algo magnífico», se dijo regocijado. «También cuando mande la democracia proletaria, los villancicos habrá que respetarlos. ¡Más bien, hacerlos obligatorios!».

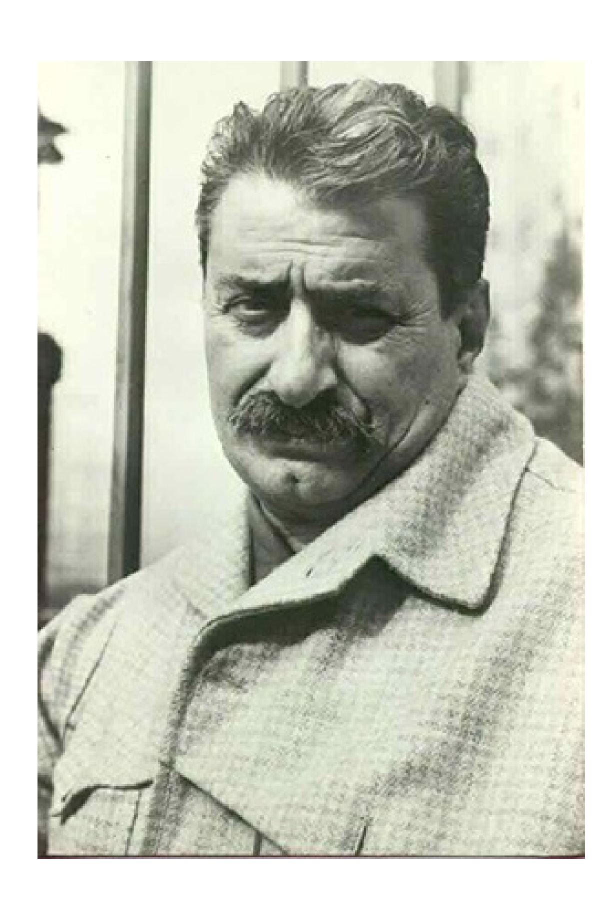
El río corría plácido y lento, a dos pasos, bajo el dique, y también él era una poesía:

una poesía empezada cuando había empezado el mundo y que todavía continuaba. Y para redondear y pulir el más pequeño de los miles de millones de guijarros del lecho del río, se habían requerido mil años.

Y solamente dentro de veinte generaciones el agua habrá pulido una nueva piedrecita.

Y dentro de mil años la gente correrá a seis mil kilómetros por hora sobre automóviles a propulsión superatómica. ¿Y para qué? Para llegar a fin de año y quedar con la boca abierta delante del mismo Niño de yeso que, una de las noches pasadas, el compañero Peppone repintó con su pincelito.





GIOVANNI GUARESCHI (Roccabianca, Parma 1 de mayo de 1908 - Cervia, Ravenna 22 de julio de 1968). Su nombre completo era Giovannino Oliviero Giuseppe Guareschi, fue un dibujante de humor, escritor y periodista italiano. Su padre tenía una tienda pequeña y su madre era profesora; tuvo una infancia feliz hasta que su familia se vio afectada por la crisis económica de los años 1926 y 1927 y Guareschi se vio obligado a abandonar sus estudios en la Universidad de Parma. Antes de dedicarse al periodismo ejerció todo tipo de profesiones, desde portero a docente, hasta comenzar a colaborar en un periódico local. En 1929 fue nombrado editor de la revista *«Corriere Emiliano»*, llegando a ser editor jefe en 1936 de la publicación humorística *«Bertoldo»*. En 1940 se casó con Ennia Pallini, quien se convirtió en el tema de sus columnas autobiográficas.

Al llegar la Segunda Guerra Mundial Guareschi se unió al ejército italiano, en parte para escapar de las denuncias que había recibido al burlarse de Mussolini. Cuando los aliados firmaron su armisticio con los italianos, Guareschi fue arrestado por los alemanes, y enviado a un campo de concentración en Polonia y después a Alemania otros dos años junto a otros soldados italianos: los «IMI» (Internados Militares Italianos). Todas sus experiencias las describió en su *Diario clandestino*. Ya en 1945 pudo fundar la publicación satírica *«Candido»*, en la que seguía usando su tono burlón y crítico, lo que condujo a varios encarcelamientos que contribuyeron a debilitar su salud. *Candido* incluyó las primeras apariciones del personaje que haría famoso a Guareschi, don Camilo.

Notas

[1] En el original se lee la mitra, apócope de mitragliatrice (ametralladora). Arma difundida en Italia desde la última guerra, es un fusil ametralladora más corto que el ordinario. Se lleva generalmente bajo el brazo. Llamado también mitragliatore (ametrallador), así lo denominaremos invariablemente en esta traducción, en género masculino, distinguiéndolo de la ametralladora. <<

[2] Alusión a un dicho famoso atribuido a Piero Capponi, gonfaloniero de la República de Florencia, quien se opuso altivamente a las pretensiones de Carlos VIII, rey de Francia, cuando descendió en Italia el año 1498. Capponi, rompiendo los papeles que contenían las pretensiones del rey, les gritó a sus emisarios: «Podéis sonar vuestras trompetas; nosotros sonaremos nuestras campanas». <<

[3] Traducimos literalmente el «squadrista» del original, con referencia a los miembros de la organización fascista de las escuadras de acción. <<

[4] Se refiere al artículo 7° de la nueva Constitución italiana, relativo a los Pactos de Letrán firmados por la Santa Sede y Mussolini, e incorporados a la Constitución de 1947 como reguladores de las relaciones entre el Estado y la Iglesia Católica. La aprobación o el rechazo del concordato dio origen a una áspera polémica. Los comunistas, después de haberse opuesto, votaron en la Constituyente por la aprobación. <<

[5] Alusión a la cuerda del ahorcado. <<

[6] Se refiere al concurso oficializado de ganadores de fútbol, también llamado «Totocalcio». <<

[7] Este título, que fue el del jefe de las antiguas comunas italianas, fue también el de los alcaldes bajo el régimen fascista. <<



[8] Alusión satírica a la política del jefe del comunismo italiano, doctor Paulino Togliatti. <<

[9] Película italiana estrenada en 1915. <<

[10] Alusión a las pasadas organizaciones fascistas de ese nombre. <<

[11] Versión tradicional latina de un verso de Esopo en que un oyente escéptico invita a un fanfarrón de Rodas a repetir el grandísimo salto que se jactaba de haber hecho. <<



[12] Uno de los dos protagonistas de *Los Novios*, la famosa novela de Manzoni. Lucía y Renzo sorprenden al párroco don Abundio exigiéndole que los case. <<

[13] El hidalgo prepotente que en *Los Novios* quiere impedir el casamiento de Lucía. <<



[14] Día de la Victoria, en que se conmemora la rendición de Austria en la primera guerra mundial. <<